

NÚM. 113

3º EMPERADOR DE AUSTRIA

GALERÍA DE SOBERANOS



Sully.—1633



Mozart.—1756



Rouget de l'Isle.—1760



Beethoven.—1770



Offenbach.—1819



Bizet.—1838

A NATALIA

Ayer me miré al espejo,
vi blanquear mi cabeza,
y con amarga tristeza
exclamé: «Voy para viejo.»

Y en mi rostro, ajado ya,
vi como se reflejaba
una juventud que acaba
y una vida que se va.

Pero me acordé de ti,
y poniendo á la sazón
la mano en el corazón
dije: «La vida está aquí;

»aquí aun hay fuego y hay brío,
hay un algo que palpita,
algo grande que me agita
y conmueve el pecho mío;

»algo que es ser de mi ser
y posee la virtud
de avivar la juventud
con invencible poder.»

Y ese algo grande que así
contra la vejez resiste
es la llama que encendiste
y sigue ardiendo por ti.

Y mientras alentarás
la llama por ti encendida,
mi juventud y mi vida
no se extinguirán jamás.

FRANCISCO JAVIER GODO

2 Mayo 1902.—Valencia.

CUENTO BATURRO, POR GASCÓN



—¡Maño! M' ha dicho el maestro
que no has querido aprender en la
escuela ni la A... ¿Por qué ha sido?

—¡Porque en cuanti que aprenda
la A, querrá que aprenda la B!...

Conflicto de Venezuela

Las noticias que diariamente se reciben de Caracas no pueden ser más pesimistas. La revolución ha sembrado la discordia y tras ella, ha venido la codicia de las potencias amenazando á la república con los bloqueos de sus plazas, sus reclamaciones diplomáticas y su intrusión por manera tan razonada y justa como lo fué la de los Estados Unidos en las diferencias de España con cubanos y filipinos. ¡Con decir que hasta los ingleses censuran la desproporción rigurosa de las medidas tomadas contra Venezuela en relación del fin que se persigue!...

Desde luego todos los representantes sud-americanos en París, comentan también desfavorablemente la actitud de los Estados Unidos en el conflicto venezolano, y dicen sin rodeos ni metáforas, que el gobierno yanqui se ha vendido á los banqueros alemanes, so pretexto de la doctrina de Monroe.

Las últimas noticias que de Caracas se tienen son de que el presidente Castro dió á Mr. Bowen, ministro de los Estados Unidos, poder entero para resolver el conflicto.

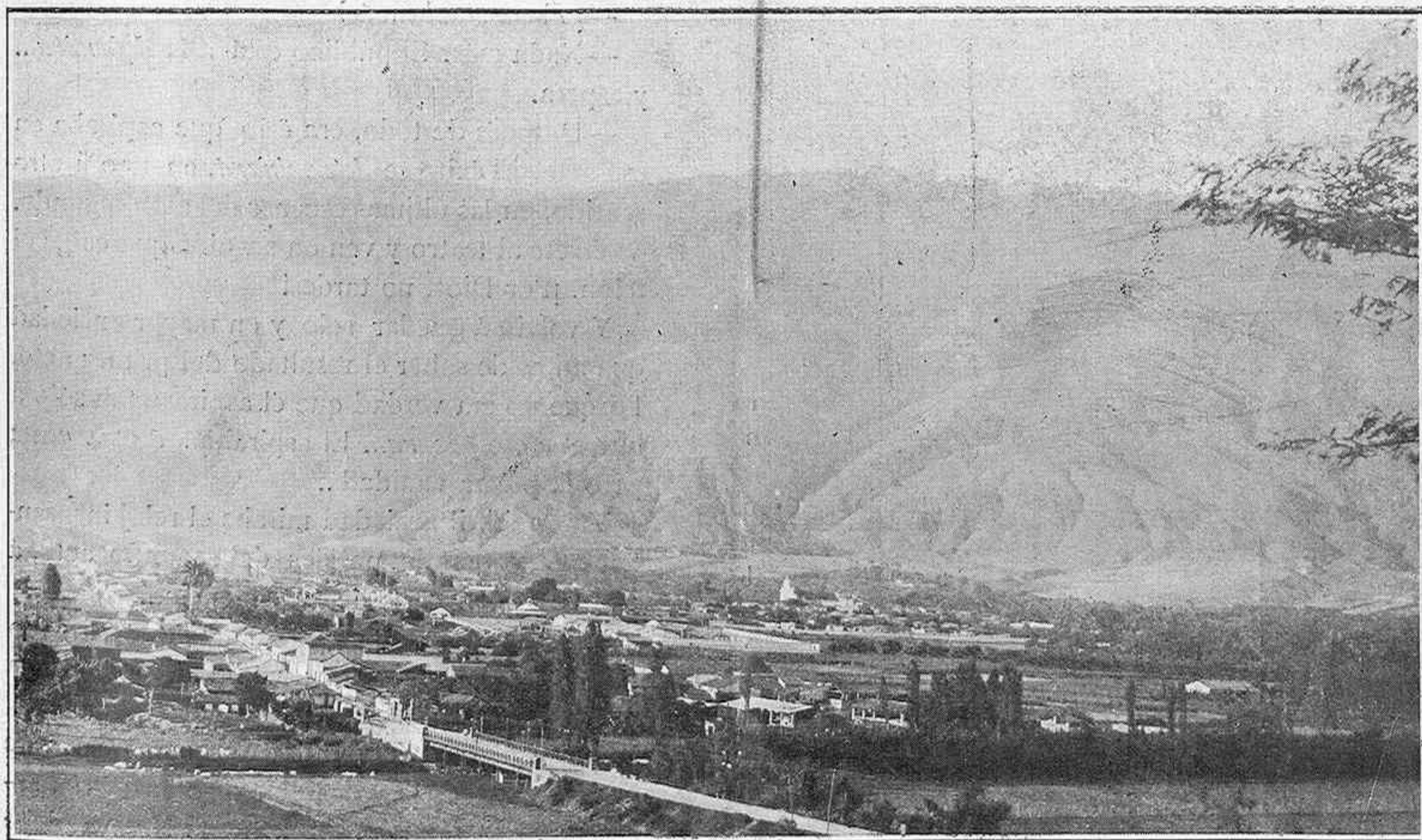
El consentimiento de M. Roosevelt para que Bowen, ministro de los Estados Unidos en Caracas, pueda aceptar el encargo dado por el general Castro para solucionar el conflicto, depende de las garantías que ofrezca el gobierno venezolano para cumplir la sentencia de Bowen.

Parece probable que los aliados se incauten de las aduanas de Venezuela, dando al gobierno venezolano una parte de los ingresos, para atender á los gastos más necesarios; destinando lo demás al pago de las indemnizaciones reclamadas por los súbditos de las diferentes naciones.

¡Quiera Dios devolver la tranquilidad á la república latina!



MONUMENTO A BOLIVAR II. LIBERTADOR, EN LA PLAZA DE CARACAS, QUE LLEVA AQUEL NOMBRE



VISTA GENERAL DE CARACAS, CIUDAD LA MÁS IMPORTANTE DE VENEZUELA



La contraseña

No hay miedo comparable al del autor dramático la noche en que se estrena una obra. Más que miedo, es terror, pánico...

Conozco un autor, que ha sido militar y asegura (y lo creo), que ha tenido menos miedo en una trinchera, oyendo silbar las balas, que entre bastidores oyendo silbar al público...

Se comprende, es decir, lo comprende el que ha pasado por ello.

Las heridas del amor propio son las que más duelen.

Hay autores que tienen miedo hasta cuando estrenan ropa. Miedo... de no poder pagarla. Por más que debían saber aquello de que: «El que la hace la paga.» En cuyo caso...

Ernesto Blanco, autor afamado, cien veces aplaudido, llegó á contraer una afección cardíaca en los bastidores de los teatros, por efecto de las emociones sufridas presenciando los estrenos de sus comedias; por cuya razón hubieron de prohibirle los médicos la asistencia á tan emocionante espectáculo, ó más bien, bárbaro suplicio.

Hace muchos años, este autor famoso estrenó una comedia en el clásico teatro Español, cuyo estreno



formó época en la época á que me refiero.

La tarde de *aquel día memorable*, nuestro hombre le dijo á un amigo íntimo:

—Mira, Fulano, toma una butaca y esta noche te vas á *mi* estreno.

Ya sabes que yo no puedo asistir por *asuntos* del corazón. Pero como tampoco podré soportar la cruel incertidumbre de no saber el resultado hasta después del estreno, vas á hacerme el

favor de darme cuenta de lo que ocurra, acto por acto. Desde las nueve de la noche estaré en el café que hace esquina á la calle de la Gorguera (hoy de Núñez de Arce), frente al callejón del Gato.

El amigo ofreció cumplir puntualmente aquel deseo, y á la hora indicada Ernesto Blanco se instaló en el café mencionado, pidió una taza de tila y pensó:

—Ya habrán levantado la cortina. ¡Lástima que no pueda yo ver el efecto de la primera escena!... Decididamente el corazón es una víscera insoportable.

Cinco minutos después, miró su reloj y empezó á recordar las frases y conceptos de su obra que en aquel momento estarían diciendo los actores, calculando el efecto que á su juicio debían causar. Pero... ¿y si no habían levantado el telón á las nueve en punto?

Y ya no dió paz á la mano ni reposo al pensamiento, mirando el reloj cada tres ó cuatro minutos y recitando, en voz baja, los pasajes que el público estaría, sin duda, saboreando...

—¿Por qué habré escrito tan largo el primer acto? —pensaba, con desesperación, al ver que su amigo tardaba.—No se puede abusar de la paciencia del público, y hay que ser sobrio y conciso, sin perjuicio de la claridad.

Por fin surgió el amigo, y

—¿Qué ha pasado? —preguntó, todo trémulo, el autor.

—Que ha *pasado* el acto.

—¿*Pasar*, nada más?

—Nada más. El público está á la *defensiva*... y espera.

—Después de todo, era á lo que aspiraba en ese acto. El éxito se *determinará*, en uno ú otro sentido, en las últimas escenas del acto segundo. Vuélvete al teatro y ven en seguida que caiga el telón. ¡Por Dios, no tardes!

Y volvió á quedar solo y en mayor ansiedad que antes de saber el resultado del primer acto. Porque no era verdad que él aspirase tan sólo á que el acto *pasara*... El aspiraba... á otra cosa; pero la pícara vanidad...

Y con febril ansiedad miraba el reloj incesantemente y recitaba pasajes del segundo acto, á la vez que se consumía de impaciencia...

—Decididamente,—pensó,—también he cargado la mano en el segundo acto; me he dormido en la suerte, como suele decirse. ¡No se acaba nunca!... Si la comedia no tuviera interés,—que lo tiene, de eso estoy persuadido,—el público se fatigaría, seguramente. ¡Dios mío!... ¿se fatigará? Ya, ya debe haberse concluído... Y ese hombre... ¡que no viene!... Aunque... si el acto *ha entrado* bien, la representación es más larga... porque... los aplausos... y las risas... Aunque no, no hay efectos cómicos...

¡cómo no se rían de mí!—De todas suertes, ya tarda demasiado... ¿Qué habrá pasado, Dios mío? ¿Qué estará sucediendo á estas horas, en estos crueles momentos?

Había pasado más de una hora.

No pudiendo resistir á la impaciencia, pálido, desencajado, roto el muelle del reloj y casi sin darse cuenta de lo que hacía, Ernesto Blanco salió del café y se fué acercando lenta y cautelosamente, como atemorizado criminal, hacia el teatro Español.

El corazón de Ernesto Blanco, aquella víscera insoportable, como él decía, latía con violencia...

Por el camino pensaba en el éxito más ó menos lisonjero de su obra, y se imaginaba como el público entusiasmado, atraído por los interesantes y sensacionales relatos de los personajes, le tributaba una inmensa ovación al mismo tiempo que llamaba con insistencia al autor.



Poco á poco iba aproximándose al punto donde convergían todos sus pensamientos, todas sus inquietudes, y sin que lo advirtiera encontróse frente al edificio, en cuyo interior se representaba su obra, causa de todos sus sufrimientos.

Al divisarle, uno de esos pilluelos (*golfos*, por otro nombre), que hay siempre á la puerta de los teatros vendiendo periódicos y pidiendo contraseñas á los espectadores que salen aburridos, se le acercó rápidamente y con infantil y picaresca alegría le dijo:

—¡Señorito, señorito!... ¡Cómprame usted esta contraseña!... ¡Están silbando horriblemente la comedia y va usted á divertirse mucho!...

FRANCISCO FLORES GARCÍA
Madrid, 1902.

Ilustraciones de SANS CASTAÑO.



Pro patria

BASTA ya del fantástico espejismo que produce el lirismo esplendoroso, y mueran, por olvido generoso, los coloristas en su propio abismo! ¡Descanse en paz el nuevo gongorismo con su germen de frases, contagioso, y vuelva á cautivar lo delicioso

de nuestro excelso y clásico lirismo! ¡Abajo el resplandor de hojadelata, y dejen ya de compararse á coro los tomates con globos de escarlata, el estiércol con fúlgido tesoro, los besugos con góndolas de plata y los buñuelos con sortijas de oro!...

C. OSSORIO Y GALLARDO

TOTUM REVOLUTUM

El veintitrés se celebró el sorteo
y... ¡adiós, vana ficción de mi deseo!
¡Adiós, ensueño loco
que forjó la dorada fantasía!
¿A usted no le tocó la lotería?
Pues bien; ¡a mí tampoco!
Salió la bola grande ¡y ella sola
fué la triste verdad, aun siendo *bola*!
Yo, que creí llegar á potentado
y llenar de oro y plata mi gaveta,
estoy desesperado.
Porque, créame usted, no me ha tocado
¡ni una sola peseta!...
¡Ay! ¿Y aquellos artísticos hoteles
en que daría *teses* por las noches?
¿Y el lujo? ¿Y los criados? ¿Y los coches
tirados por magníficos corceles?
¡Todo lo dibujó la fantasía!
¡Maldita Lotería!
Pero... ¿ve usted que todo fué un ensueño?
Pues aun hay esperanza. Y no es extraño.
Cabe esperar un premio al fin del año,
¡aunque sea pequeño!

Y vamos á otro asunto.

En el Teatro Principal de Barcelona
se estrenaron *Los hijos artificiales*.

Y hace muchos días se anunció en la
prensa una *incubadora* de niños.

¡Cáspita!

¿Quién dice que no se progresa?

Resulta ya un atraso el anuncio de
cierto fotógrafo que pregonaba la espe-
cialidad profesional diciendo:

Niños. Se hacen *ad hoc*. Hay gran surtido.
Variedad de tamaños. Además
garantizo el exacto parecido
para satisfacción de los papás.

¡Pero, qué de cosas pasaron entre el
gobernador civil de Madrid y el general
Borbón!

Lo del general ha resultado muy par-
ticular.

Ya saben ustedes que la cuestión fué
por mor del juego, con el cual quiere
acabar el gobernador citado.

Y el asunto resultó serio.

Y era cosa de juego, eh?

¡Olé por la torería!

Se dijo en más de un papel
que Mazzantini quería
ser diputado por el
Puerto de Santa María.

—¡Qué horror! — Usted pensará.

No hay que asustarse, lector.

Cualquier día llegará
en que el clown Pichel querrá
que le elijan senador.

En el Ayuntamiento de Barcelona ha
habido *gran revuelo*, como dicen ahora
los chicos de la prensa.

¡Qué sesiones tan borrascosas, qué
escándalo entre el público, qué...!

Y todo por la cuestión de Con-
sumos.

Odón de Buen, la cuestión
resolvió en un santiamén.

Dejó el puesto y su gestión.

Por mí, váyanse también
los otros siguiendo á Odón
de Buen.

El notable primer actor Miguel
Cepillo murió en Alicante.

Era un artista de verdad, un gran
cómico.

Y poco fué lo que en elogio de
sus trabajos dijo la prensa.

Pero, en todo hay compensacio-
nes.

Muere un politiquillo
pedante y huero,
ó bautizan á la hija
de algún torero
y de sucesos tales
nos da la prensa
narración ampulosa,
brillante, extensa.

Recuerden ustedes que
Sagasta convocó á los pri-
mates y que, entre todos,
formaron un plan político.

Dijeron los reporters
que era ese plan el del
partido.

¿El del partido? Lo creo.
Y usted ya habrá comprendido
que, al referirme al *partido*,
aludía á don Mateo.

Señores, la tal Pascua
me resultó un bromazo
que, ni en los Carnavales,
en que se dan pesados.
¡Es mucha, mucha broma
la de los aguinaldos!
Propinas... ¡no sé cuántas!
Regalos... ¡mil regalos!
Y es eso lo de siempre:
y es eso lo obligado,
por más que uno en su casa
no tenga cuatro cuartos.
En fin, ¿qué hemos de hacerle?
¡Que siga el despilfarro!
Ya el año acaba, amigos.
Pidamos al nuevo año
que en él no nos hallemos
peor que hoy nos hallamos.
Bien dijo cierta moza
que tengo yo en mi barrio:
—Mientras estemos buenos
podemos ir tirando.—

Julio Martínez Peña

NOTA DEL DIA, por FRADERA



—Mira tú, Pere; si llegan á decir los periódicos dos días antes donde
vivía en Madrid esa familia Humbert, voy allá, la descubro y me gano 25
mil duros.

—¡Y que luego digan que no sirve *pa ná* la policía, Rodríguez!



— Oye, Margarita: ¿tú sabes qué es eso de la deuda flotante?
— ¡Sí, hija!... El yate de tu perseguidor!...

ARTE Y ARTISTAS

Francisco Sans Castaño

No es de los que se mueven ni se exhiben, es de aquellos que paulatinamente van abriéndose paso en fuerza de perseverancia.

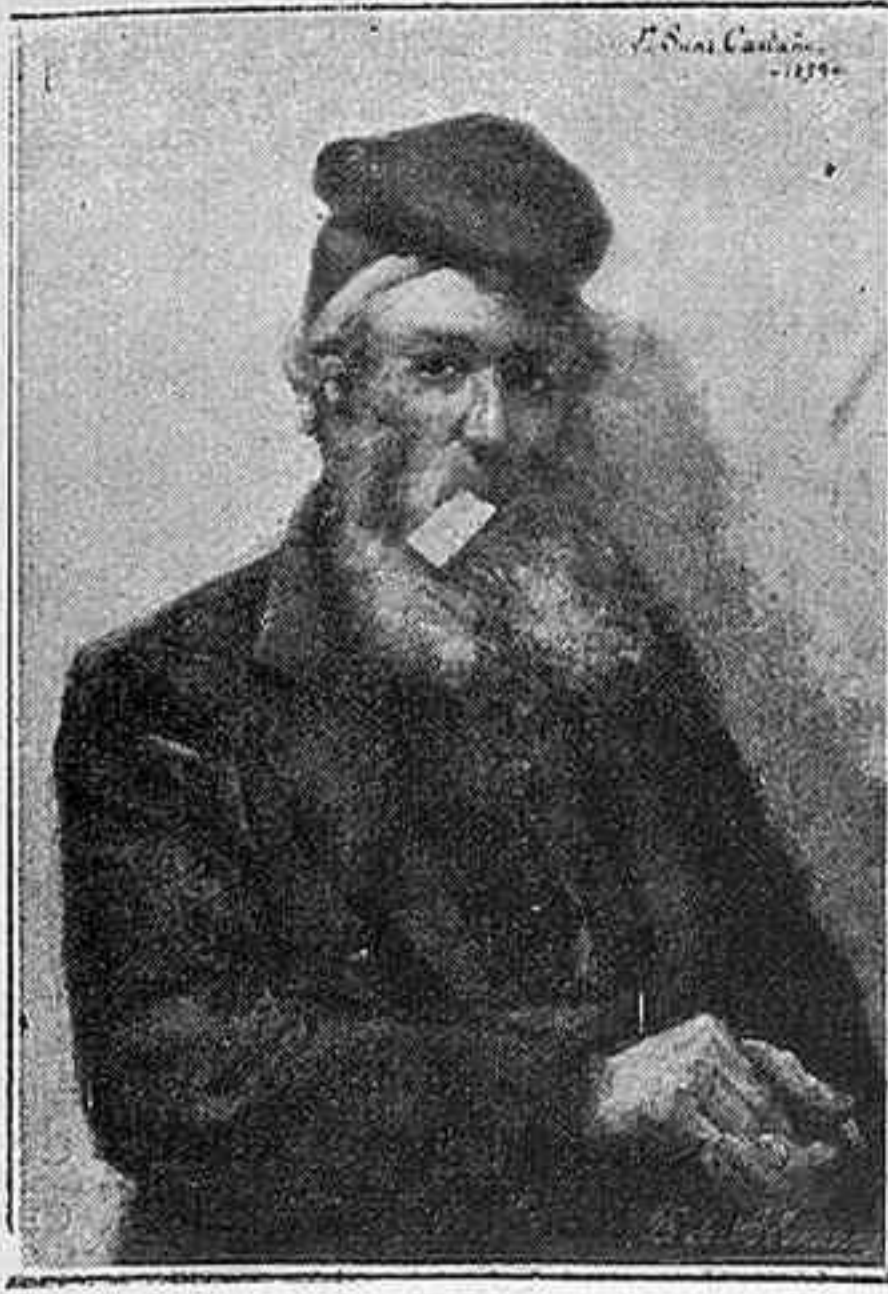
A causa de su plausible combate de investigación, no se limita á determinado género pictórico, sino que ansioso de ampliar sus conocimientos y de sembrar problemas de luz ó de ejecución, acaricia temas distintos, y con ellos se encariña hasta lograr resolverlos á su gusto. De ahí que su personalidad no esté aún bien definida; pero la tendrá el día que se lo proponga. Le será suficiente para conseguirla, tener menos ansias de



conocer, de analizar. La alcanzará cuando á base de los complejos estudios que hasta ahora lleva realizados, se entregue á sí mismo, si es permitido expresarse de esta suerte y se lance á pintar, no para solucionar dificultades de mecanismo ó de color, sino para que su alma colabore en su obra. Condiciones de sobra tiene para ello, y dominando como domina el procedimiento, y *viendo* como *vé* el color, sólo tiene en contra suya su modestia y su insaciable deseo de familiarizarse con los innumerables problemas cromáticos. Pero cuando se convenza de que puede lanzarse á ma-



UN VIEJO VERDE



EL MODELO PARA CABEZAS

En cuanto al hombre, es la seriedad hecha carne. Los amigos sabemos, no obstante, que en el fondo de su alma también retoza á veces la alegría, y que entonces brota el caudal de un ingenio chispeante, que lleva oculto, y sólo se exterioriza en los momentos de comunicación íntima, en los ratos de expansión, en que su espíritu, á ocasiones taciturno, necesita orearse á la vera de los amigos incondicionales.

Leal cual pocos, y constante en sus afecciones, se hace querer en seguida por cuantos le tratan.

Los cuadros de Sans Castaño son una prueba elocuente de la verdad del adagio que asegura que «el estilo es el hombre», pues pocas obras hemos visto que denuncien la personalidad de su autor, tan perfectamente como las de este joven pintor. Y diciendo como decimos, llenos de imparcialidad, las excelentes cualidades que al hombre adornan, su reflejo en sus producciones no puede ser para él, más lisonjero.

PLUMA Y LAPIZ que tiene siempre á orgullo el encomiar los méritos de los que han llegado, experimenta también una verdadera satisfacción al poder



DULCES ENSUEÑOS

yores empresas, no en el sentido de complicadas composiciones, ni el de dedicarse á llenar telas de grandes dimensiones, y sí en el de hacer arte *sentido*, en vez de hacer arte *visto*, se completará por entero y su personalidad se destacará inconfundible sobre el núcleo de los *incoloros*.

En algo de lo que hasta ahora lleva hecho, nos ha parecido ya ver el matiz que caracterizará sus obras: el color fresco, jugoso; la pincelada crasa y amplia; la *nota* imperante; la disposición escénica, sencillísima; y completando el cuadro, exquisito sentimiento poético.

He ahí lo que se nos ocurre del artista.



FLORES TEMPRANAS

alentar, desde su modesta esfera, á quienes como á Sans Castaño de tan lucido presente gozan y tan brillante porvenir tienen.

No hacemos, pues, ningún mérito para con nuestro artista, sino que con los merecidos elogios que le tributamos nos damos un verdadero plato de gusto. Es decir: que es un trabajo, — si trabajo puede llamarse á esto, — verdaderamente reproductivo, con lo cual todos salimos ganando un poco.

EL MUNDO AL DIA



LUNES, 15.—El gobierno de los Estados Unidos envía una nota á Inglaterra y Alemania, declarando que no puede aceptar el bloqueo pacífico que los buques de esas naciones han declarado para los puertos venezolanos. Fundándose en los perjuicios que el tal bloqueo irroga al comercio norteamericano, piden que se declare la guerra á Venezuela si se quiere cometer actos de fuerza. La situación empeora. Italia hace causa común con Inglaterra y Alemania. Hasta Bélgica y España reclaman indemnizaciones. En Venezuela reina agitación grandísima. Algunos de los jefes rebeldes han aceptado el mando de fuerzas regulares para oponerse á cualquier desembarco. Los buques alemanes han arrasado las fortificaciones de Puerto Cabello. La noticia produce pésima y gran impresión en Caracas. Varios alemanes é ingleses, temiendo por su vida, han protestado de la conducta seguida por Inglaterra y Alemania.

MARTES, 16.—Empieza en Montpellier un proceso monstruo. Comparecen ante el tribunal ciento seis árabes acusados de los asesinatos y saqueos cometidos en Margueritte hace poco más de un año. Una multitud inmensa acude á las sesiones. En el grupo compacto que forman los árabes destacan los albornoces más blancos y los rostros más inteligentes de los dos jefes de la insurrección, Yacub-Mohamed y Taarbi. El primero presenta el tipo árabe puro. Un rostro ovalado, la piel atezada, las facciones regulares y bellas, y dos ojos negros que brillan bajo las pobladas cejas como los de los felinos acorralados. Su aspecto es imponente y guarda una actitud digna. Taarbi es de mediana estatura, feo, de rostro inteligente. Mira de continuo á derecha é izquierda, á los jueces y al jurado, al público y á los gendarmes; se advierte que procura adivinar aquellos detalles que no comprende, y de cuando en cuando, al leer el relator alguna palabra ó nombre árabe, sonríe maliciosamente, con expresión de mofa. No tiene motivos para sonreír. El fiscal pide, con las de Yacub y seis acusados más, su cabeza. Yacub parece absorto en algún ensueño, del que no lo sacan ni las miradas del público ni las palabras del relator. Sus ojos parecen ver, desde el Mediodía de Francia, el sol más espléndido del Mogreb abrasado, y sus oídos escuchar los silbidos del sinúm y el rugir de las fieras. Los demás acusados están como atontados. En sus caras se advierte la misma expresión de estupor que se nota en los animales enjaulados. No com-

prenden, de cuanto pasa en torno suyo, más que una cosa: que han sido vencidos, que están en poder de un organismo superior que se dispone á triturarles entre sus engranajes de acero. La lectura del apuntamiento, que es muy largo, da lugar á un incidente cómico. El relator, cansado, se embarulla de continuo, y á uno de los árabes, en vez de llamarle *journalier* (jornalero), le convierte en *journaliste* (periodista).

MIÉRCOLES, 17.—Sir J. Balfour dice en la Cámara de los Comunes que, á consecuencia de la nota de los Estados Unidos, se ha declarado la guerra á Venezuela; pero se niega á dar explicaciones acerca de lo que piensan hacer los ingleses en la América del Sur. El ministro de la Guerra tampoco es más explícito.

—La audiencia de Bruselas condena á trabajos forzados á perpetuidad á Ducocq, que asesinó en París á una niña de ocho años, Angela Chéze. Después de cometido el crimen huyó á Bélgica y no se concedió la extradición pedida por los tribunales franceses porque era súbdito belga. En su patria, pues, ha sido juzgado y condenado, y en ella purgará su indigno crimen.

JUEVES, 18.—Una declaración de amor hecha oportunamente y con desparpajo, ha salvado á un perillán y hecho perder unos diez y siete mil francos á una cantante parisiense muy joven y linda, la señorita Lucila Argaut. Despertó de madrugada oyendo pasos en la habitación contigua y topó con un hombre bien vestido y que calzaba... alpargatas. La joven, alarmada y extrañada, preguntó qué significaba tan intempestiva visita. El desconocido se arrodilló á las plantas de la artista y le hizo una declaración en regla, que no obtuvo favorable acogida. Poco después de salir el intruso, la señorita Argaut comprendió, al entrar en su tocador, que no fué una locura amorosa lo que impulsara al desconocido á visitarla. Del cajón de un mueble habían sido sustraídos siete mil francos, y un cofrecito que guardaba por valor de unos diez mil francos, había desaparecido. El rapaz Lovelace no ha sido habido.

VIERNES, 19.—Se efectúan pruebas de una locomotora eléctrica capaz de producir una marcha de 170 kilómetros por hora. El ensayo se hace en la línea de Chicago á Milwaukee. La nueva máquina es enorme, pesadísima y, sin embargo, la más veloz del mundo.

A. RIERA

CONVITE DE AMIGOS

POR T. DALLA FRANCESCA



1—Hombre, Farruco, cuánto celebro encontrarte, porque quiero que me ayudes á saborear un vinillo nuevo que tengo.



2—No sabe bien.
—Ni tiene buena vista.
—¿Qué ha de tener?
—Echaremos otra copita para probar...



3—Te digo que no veo el modo de tomarle el gusto...
—¡Como que no se puede beber!

COMPRIMÁMONOS

Pon á las ilusiones un correctivo para que el pensamiento no vuele *ab libitum*, porque muy fácilmente viene el delirio que los placeres mata sin conseguirlos. Es preciso que sepas que hay muchos niños de mente soñadora, de genio vivo, que el amor desconocen porque no han visto más que las estampitas de algunos libros, y, sin embargo, en alas de su extravío, se forjan unos goces que nunca ha habido.

Vienen á acariciarlos con sus hechizos mujeres ideales, seres divinos, seductoras huries del paraíso, como nadie en el mundo las ha tenido. Con una fantasía que haga prodigios, ¡claro! nada hay más fácil ni más sencillo que buscar para el alma placeres vivos, sensaciones muy hondas, goces distintos...

Pero este don, en cambio, tiene un peligro, y es que luego en el mundo real y efectivo los amores resultan tan anodinos, que se queda la vida sin atractivos. Se pierde la batalla sin tirar tiros, y toda su energía gasta el instinto. El carácter se *impregna* de escepticismo que queriendo ser grande queda ridículo, y, en fin, cuando se agitan en el vacío todos esos ensueños intempestivos, no queda nada noble ni nada digno, y sin probar los goces... ¡viene el hastío!

SINESIO DELGADO



4—Insisto, Farruco, en lo que te decía: este vino no es bueno...
—¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!...



5—Te aconsejo que no pongas á la venta este vino, porque se desacreditaría la taberna.
—Eso mismo pienso yo.



6—¡No faltes, mujer!... No parece sino que por que un hombre saboree un poco un vinillo, hay derecho para llamarle *curda*.



ÍNDICES

PARTE LITERARIA

	Págs.		Págs.
Abruzos (Duque de los)		Sonetos	18
Los perros siberianos.	568	La cuna vacía.. . . .	57
ALONSO CORTES (Narciso)		El reloj humano.. . . .	358
Idilio frustrado.	30	De ayer á hoy.	365
Audaces fortuna juvat.	141	Instantáneas.	375
ALÓS (Juan de)		CASADÓ (Federico T.)	
Cinta.—Gavota para piano.	498	Los huérfanitos.	428
ALVAREZ CASAS (S.)		CASAS (Elisa)	
La pulsera.. . . .	236	Fiel.	394
ANAZAGASTI (Victorio de)		CASTILLO (Rafael del)	
La caza del pescador.	414	La fiesta de los ramos.	146
ANDRADE MASCARENHAS (Alfredo)		La sospecha.	164
Lisboa: sus alrededores. Cintra.	114	CERRAJERÍA (Gonzalo de)	
ANSORENA (Luis de)		Padre nuestro.. . . .	151
Alma libre.	160	CIBILS (José)	
ARAGÓN FERNÁNDEZ (A.)		Madrigal-Imitación.	210
Recuerdos de la pasión.	154	Mi drama.	220
ARQUES (Joaquín)		Nimbos.. . . .	233
¡Al infierno!.	471	En la aurora.	294
ASTORT (Antonio)		CODINA UMBERT (Josefa)	
Un caso raro.	320	La trenza.	222
Baires (Carlos)		Los burlados.	270
Simpatía y amistad.	486	Divorciados.	306
BARRANTES (Pedro)		CORRAL CABALLÉ (M. del)	
Los sueños de las montañas blancas.	106	Curro el guapo.	232
BAYONA (Enrique de)		CRESPO (Lorenzo V.)	
Gloria.	32	Paginitas de color.	362
Rosario.. . . .	344	La moneda de oro.	507
BENLLIURE (Mariano)		CUETO (Juan)	
La primera peseta.	510	Desde el cuarto-corrección..	120
BERMÚDEZ (Washington P.)		Chichón (Rafael)	
Dos pesos.	214	Cada cosa en su tiempo ó el ciervo de Buitrago.	356
Lo que sacó.	490	Dean (Federico)	
BERNHARDT (Sarah)		Otoñal.	142
El cómico.	561	DELGADO (Sinesio)	
BLANCO (Petra)		Daños y perjuicios.	530
¡Solal!	141	La superstición.	573
BLASCO (Eduardo)		Comprimámonos.. . . .	623
El manguito.	6	DEUSDEDIT	
Leyendas y tradiciones: Tortosa.. . . .	386	¡Imposible!.	198
BORDA (Joaquín)		DUGI (Emilio)	
Vida bohemia	332	El Pecado.	52
BRIONES (Gabriel)		DURÁN TORTEJADA (Miguel)	
Un nombre de mujer.	350	A mi madre.	406
BUSCÓN (Juan)		DUTARY (Alejandro)	
Audiencia ministerial.	376	Cinta azul.	476
Cabezón (Eustaquio)		Fernández Esteban (Rafael)	
Reflexión.	446	Sin catecismo.. . . .	162
CANO (Carlos)		La primera pena.. . . .	430
Un genio anónimo.	3	FLORES (Eduardo)	
		Traicionerica	186

	Págs.		Págs.
FLORES GARCÍA (F.)		LÓPEZ DE MATURANA (José)	
La fama de Mediano.	522	Violetas blancas.	63
La contraseña.	616	Sonetos.	194
FLORETE		Cuadros á pluma.	338
El pan celestial.	98	Aristocrática-Las mariposas.	392
FONTANILLES (Pilar)		LÓPEZ PENHA (Abraham Z)	
La víspera de la boda.	138	Dolorosa.	250
La viuda.	364	Mar (Gil del)	
Las almas partidas.	390	¡Celosa!.. . . .	436
Los moldes.	462	MARTÍNEZ BARRIONUEVO (M)	
FRANK MAURER		Mariposa de alas.	68
El mundo al día.	496	Conmemoración.	76
Gener (Pompeyo)		Guapería andante.	103
De cómo llegó á serlo el último sacerdote de		Ojitos negros.	116
Nemi.	42	¡Sevilla!	351
GERMÁ (Francisco)		MARTÍNEZ LECHA (Julio)	
Leyendas y Tradiciones.	281	Totum revolutum. 501, 508, 519, 538, 542, 559, 575,	
GIMÉNEZ PASTOR (Arturo)		583 592, 610 y 618	
Sol.	88	MARTÍNEZ MARCOS (Luis)	
Las tumbas de los niños.	174	Deliciosa.	89
GIRALDOS ALBESA (F.)		En la tarde.	438
La mártir anónima.	450	MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto)	
GIRÓN (R. B.)		La venganza del agüelo.	92
Después de la crucifixión.	150	La educación.	126
Los siete sabios de Grecia, Sócrates.	178	Un lance.	316
Platón.	190	La justa crítica.	326
Defensa del paso de las Termópilas.	208	MATA Y MANEJA (M. de)	
Heráclito de Efeso.	242	El legado del Gólgota.	157
Los volcanes de la Martinica.	260	MESTRES (Apeles)	
Demócrito.	298	La primera peseta.	541
GODO (Francisco Javier)		MILLÁN Y VÁZQUEZ (M.)	
A Natalia.	614	En el mar.	452
GONZÁLEZ GALÉ (José)		MONTESINOS (Eduardo)	
Ruptura de relaciones.	252	¡Maldito progresol.	258
GONZÁLEZ RABANADA (F.)		MORENO GODINO (F)	
De vuelta á mi hogar.	170	El sol de la bohemia ó la bohemia sin sol.	534 y 603
GONZALO MORÓN (Dolores)		Naon (Pedro J.)	
Arte fin de siglo.	290	Para el abanico.	302
GRANÉS (Salvador M. ^a)		NAUDEAU (Ludovico)	
Episodios de la vida de un caballo.	176	Las tres reinas.	606
GRAS Y ELÍAS (F.)		NAVAS (Conde de las)	
La Virgen de los claveles.	484	Una víctima más de la moda.	254
GUILLÉM (Pedro Juan)		NICOLAU ROIG (Vicente)	
Mi amor.	478	El clavel rojo.	102
GUTIÉRREZ RAMOS (J. J.)		NIN Y TUDÓ	
Pasatiempos.	34	Pensamientos.	451 y 487
Hernández Cid (A.)		O. y G.	
La nieve.	41	Palacio del Vermouth.	513
Planta exótica.	266	Casinos, círculos, sociedades y ateneos.	596
Modernismo.	442	OCHOA (Silverio de)	
HERRANZ (Juan José)		Carita de cera.	122
La verdad.	509	OREA (Luis R. de)	
HERRERA (Eugenio P. de)		En el álbum de la Sta. D. ^a Narcisa de Pastor.	234
El pescador de coral.	438	OSSORIO Y GALLARDO (Carlos).	
Kloock (El Doctor)		Un anarquista.	99
Rarezas artísticas.	548	Calígulez.	308
Lafosse (Pedro Alfredo)		A una dama.	499
La maravillosa arenilla.	285	Soneto.	520
LARRIVA DE LLONA (Lastenia)		Pro patria.	617
Ultratumba.	363	Palacio (Manuel del)	
LARRUBIERA (Alejandro)		Mi primera peseta.	497
El carmín de sus mejillas.	460	PALAU (Melchor de)	
LATORRE (R. M. de)		Recuerdos.	400
El testamento.	184	PALMA (Ricardo)	
LEBLANC (Rodolfo).		De Enrique Heine.	472
Conferencias culinarias.	599	Cabellos blancos.—Pobreza evangélica.	199
		Pérdida irreparable.	257

	Págs.		Págs.
Lo de siempre..	297	SÁNCHEZ PÉREZ (Antonio)	
De Enrique Heine. — La muj-r.	314	Desenlace sin comedia.	14
El estanque.—A..	437	SANMARTÍN Y AGUIRRE (J. F.)	
PARDO BAZÁN (Emilia)		Oro y oropel.	244
La primera peseta.	591	SANTOS CHOCANO (José)	
PERALES (Juan B.)		A Zola —Santa.—El buey.	584
El laberinto.	4	SAÑUDO AUTRÁN (P.)	
PÉREZ NIEVA (Alfonso)		La cruz de hierro.	296
Pedagogía rural.	16	SERRA Y B. (J. M.)	
Dos besos supremos..	28	Sagunto..	353
Entre dos hombres.	110	Palencia.	366
La Cruz.	188	Los almohades.	405, 416 y 426
Los hijos.	219	SERRANO ANGUIA (F.)	
La dicha.	246	Carta original..	310
El billete del tranvía	292	SILES (José de)	
El chiste del clown	318	La riqueza del pobre.	40
Los ciudadanos de doce años.	369	Muerte.	172
El pase del tranvía.	412	La última aventura.	570
La cueva de Garín.	422	SILVELA (Francisco)	
PÉREZ ZÚÑIGA (Juan)		La primera peseta.	554
Méritos y servicios.	20	SORIANO (Manuel)	
Ponerse en lo peor.	112	Año nuevo..	8
Musicofobia.	140	Trinos.	90
El hombre fogoso.	268	Tejerina Gamarra (Eduardo)	
Títeres.	338	¡Tristes recuerdos!	218
El destripador de viudas.	398	TERÁN (José M. ^a)	
La tenacilla de oro.	556	Regalo de boda.	80
PERO NUÑO		Las regatas.	224
El lazo azul.	62	TERÁN (Luis de)	
PEYPOCH (Luis A.)		La ensenada negra.	26
A la Srta. M. F. de R.	114	TOLOSA LATOUR (M.)	
PLANAS DE TAVERNE (L.)		El niño rico.	603
A Blanca Iggius.	509	TOLSTOY	
PRIETO (Casimiro)		Cuentos rusos..	502 y 520
Lluvia de oro.	64	TOMÁS SALVANY (Juan)	
Flor de histeria.	66	Pelotillas.	200
Maneras de color..	278	¡Por esol.	368
PUJOL MARTÍNEZ (Juan)		TORRES Y GISBERT (Francisco de)	
Añoranza.	412	El retrato.	212
Répide (Pedro de)		Un baile á bordo.	464
La música.	54	TORRONCE	
RIERA (A.)		La última peseta..	56
La mala semilla.	78	La justicia del cielo..	30
La gloria.	206	Umber y Santos (José)	
La mano negra	380	Pensamientos.	231
La desgracia.	440	Val (Luis de)	
El mundo al día.	512, 526, 531, 548, 562, 575, 586, 595, 608 y 622	Quejas eternas.	136
RODAO (José)		Asunto gastado.	374
Lo que dan ahora.	2	VALDEGAMAS (Marqués de)	
Una anécdota de Zorrilla.	77	El bastón	580
El disfraz de la Cuaresma.	113	VALLEJO (Mariano)	
El globo y el hombre.	166	Las dos huérfanas.	488
RODRÍGUEZ MÉNDEZ (E.)		VERDAGUER (Jacinto)	
Romance de un gato.	594	<i>Bella nit, bella de día.—Sant Ambrós.—A la Ver- ge de Montserrat.—Los desposoris de la Verge. — Suplemento al número 86.</i>	
RODRÍGUEZ SOLÍS (Enrique)		VÍCTOR TOMEY (Julio)	
El padre y la hija.	134	Feas artes.	38, 50, 74, 86, 124, 158, 182 y 196
Carne de cañón.	256	Antropofagismo.	248
Viudas sospechosas.	434	El Universo.	272
ROURA (R.)		Arqueología humana.	204
El mendigo	458	Adornos vegetales.	392
RUEDA (Salvador)		Caer en la red.	410
A una joven muerta á los 14 años.	509	Seamos quienes somos.	448
El pavero	537		
RUÍZ LÓPEZ (R.)			
La falta..	452		
Tragi-comedia	474		
Sabau (Pedro)			
La mitad ¡y otro tanto!	230		

PARTE ARTÍSTICA

	Págs		Págs.
Agrassot (Joaquín)		BOSQUE (Antonio)	
Después de la merienda.	211	Orla.. . . .	2, 54 y 90
ALPERIZ (Nicolás)		BUIL (V.)	
¡Buenas tardes, maestro!	221	Ilustraciones de: Pedagogía rural.	16
ALVAREZ DUMONT (E.)		Guapería andante.	103
Ilustraciones de: Regalo de boda.	80	Entre dos hombres.	110
Las regatas.	224	La educación.	126
La pulsera.. . . .	236	La sospecha.	164
ARGEMÍ		Muerte.	172
Ilustraciones de: El Laberinto.	3	La cruz	188
La soberbia castigada.	11	Pelotillas.	200
Dos besos supremos	28	Defensa del paso de las Termópilas.	208
La última peseta.	56	Curro el guapo.	232
Consumatum est!	68	Carne de cañón.	256
Conmemoración.	76	La maravillosa arenilla.	285
Sol.	88	La cruz de hierro.	296
Un anarquista.	99	Calígulez.	308
Los hijos.	219	Un caso raro.	320
El billete del tranvía.	292	Vida bohemia	332
Los ciudadanos de doce años.	369	Cada cosa en su tiempo.	356
La falta	452	El pase del tranvía	412
El carmín de sus mejillas	460	La cueva de Garín.	422
Las dos huérfanas.	488	Viudas sospechosas.	434
AZPIAZU		Un baile á bordo	464
Paseo interrumpido.	171	Simpatía y amistad.	486
Balaca (R.)		Escena muda.. sin palabras	511
Tren de la administración militar española	129	524
BÉJAR (Pablo)		Página artística.	585
Ilustraciones de: El manguito.	6	Lo de todos los días.. . . .	593
Desenlace sin comedia.. . . .	14	Camps (Gaspar)	
Gloria.	32	Ilustraciones de: Año nuevo.	8
El Pecado.	52	La fiesta de los ramos.	146 á 156, 156 (II) y 157
Flor de histeria.	66	CARAMBA	
La mala semilla.	78	Miscelánea.. . . .	443
La venganza del agüelo.	92	CARAN D'ACHE	
El pan celestial.	98	La caricatura en el extranjero.	570
El clavel rojo.. . . .	102	CASANOVAS (E.)	
Carita de cera.	122	¡Unos tanto y otros tan poco!	609
El padre y la hija.	134	CILLA (R.)	
La víspera de la boda.	138	Hombres de pluma.	506
La tumba de los niños.	174	Hombres de lápiz.	533
Episodios de la vida de un caballo	176	COSTA (R.)	
El testamento.. . . .	184	Orlas. 64, 106, 170, 194, 210, 234, 250, 278, 281, 294,	
¡Imposible!.. . . .	198	302, 330, 341, 353, 400, 414, 428, 438, 446, 458 y 478	
La gloria.	206	CUCHY (José)	
El retrato.	212	La Virgen de los claveles.	484
La trenza.	222	CUQUI	
La dicha.	246	Cuento viejo.	359
Una víctima más de la moda.	254	Checa (Ulpiano)	
Los burlados.	270	La invasión de los bárbaros	259
Arte fin de siglo.. . . .	290	Dalla Francesca (T.)	
Divorciados.	306	Convite de amigos.	623
Un lance.	316	DIÉGUEZ (Joaquín)	
El chiste del clown.. . . .	318	Orlas.. . . .	509 y 561
La justa crítica.	326	Romance de un gato.	594
Rosario.. . . .	344	DONAZ	
Un nombre de mujer.	350	El sillón del doctor.	71
La viuda.	364	Estevan (E.)	
Audiencia ministerial.	376	El Alcalde de Zalamea.. . . .	55
Las almas partidas.	390	Ferrant (Alejandro)	
Los almohades.	405, 416 y 426	La cruz de Mayo.. . . .	243
¡Celosa!	436	FERRER (J. V.)	
La desgracia.	440	Baldomero Galofre.	388
La mártir anónima.	450	FRADERA (Ricardo)	
Los moldes.	462	Lo que beben algunas naciones.	179
Tragi-comedia.	474		
BLAS			
Escena del natural.	483		
BORRELL (Julio)			
Estudio del natural.	91		

	Págs		Págs.
La regeneración.	443	MASRIERA (José)	
¡Al inferno!	471	Paisaje.	117
Unos cobran la fama.	479	MEIFRÉN (Elíseo)	
Historia natural.	491	Marina.	321
Rarezas artísticas.	548	MILÁ (F. J.)	
Cuenta justa.	551	La riqueza del pobre.	40
Encuentro feliz.	574	MONTAGUD (F.)	
Nota del día.	618	Bellezas femeninas.	502
FRANCÉS (P.)		Salir del paso.	539
Por orden del rey.	418	El viejo pastor.	555
Gari Torrent (O)		MORGAN (Fied)	
¡Triste inventario!	101	Embeleso maternal.	415
GASCÓN (Teodoro)		MUÑOZ DEGRAIN (A.)	
Ilustraciones de: Méritos y servicios.	20	Gitanos de Granada.	267
Feas artes. 38, 50, 74, 86, 124, 158, 182 y 196		MUÑOZ LUCENA (T.)	
Miscelánea. 47, 83, 227, 239, 371 y 455		Ofelia.	389
Ponerse en lo peor.	112	Navarrete (M)	
Musicofobia.	140	Predicción gitana.	203
¿Cómo viven ustedes?	197	De sorpresa en sorpresa	251
Guasa viva.	191	A gran velocidad.	275
La mitad ¡y otro tanto!	230	Historieta muda.	311
Antropofagismo.	248	Derechos y torcidos.	323
El hombre fogoso.	268	NIN Y TUDÓ (J.)	
Títeres.	338	El entierro de Ofelia.	303
Ruptura de relaciones.	352	NOGUÉ (J.)	
Cuentos baturros. 395, 419 y 614		Paisaje.	43
El destripador de viudas.	398	Oliva (A.)	
Caer en la red.	410	Cervantes escribiendo la dedicatoria del <i>Quijote</i>	
Historieta cómica.	563	al Conde de Lemus	425
Cuentos.	573	ORTIZ	
GIMÉNEZ MARTÍN		Un debut.	335
A orillas del Manzanares.	379	¡Hay quien delira por el campo!	431
GIRÓ		Parladé (Andrés)	
Adornos vegetales.	392	Entrega del trofeo de la batalla del Salado al Papa	
Seamos quienes somos	448	Benedicto XII, en Avignón.	258
GONZÁLEZ (Arturo M.)		PASSOS (José)	
L'anyorament.	293	Orlas.	116 y 166
GRAS (R. R.)		PEDRERO (M.)	
Orla.	18	Ilustración de: Quejas eternas.	136
Hernández Nájara (M.)		PLÁ (Cecilio)	
La alegría de la casa.	295	Refrigerio en el camino.	235
Juliá Vilar (Josefina)		POVEDA (A.)	
Flores animadas.	195	Nota cómica.	507
Karikato		Como las tienta el demonio.	559
Los dentistas económicos.	560	Definición terminante.	619
Metamorfosis.	610	PUJOL HERMANN (G.)	
León y Escosura		Ilustraciones de: El lazo azul.	62
Murillo en el convento.	280	El sol de la bohemia ó la bohemia sin sol.	534 y 603
LIZCANO (A.)		Querol (A.)	
La estudiantina.	439	Bajo relieves del monumento á Moyano, en Ma-	
Madrazo (Ricardo de)		drid.	370 y 442
Escenas populares (Nápoles)	9	Requesens (J.)	
El arte por lujo.	19	Orla.	363
MAS Y FONDEVILA (A.)		RIBERA (J.)	
Apunte	490	Dibujo.	430
MARQUÉS (José M. ^a)		ROSALES (E.)	
Ilustración de: Los siete sabios de Grecia. Só-		Doña Blanca de Navarra, entregada al Capital	
crates.	178	de Buch.	473
Platón.	190	RUÍZ MORALES	
Heraclito de Efeso.	242	La justicia del cielo.	30
Demócrito.	298	RUMOROSO (E.)	
Paisaje.	494	La feria de Sevilla.	160
Cabeza de estudio.	495	Sans Castaño (F)	
MÁRQUEZ		La contraseña.	616
Menudencias.	131	Un viejo verde.	620
MARTÍNEZ PADILLA		El modelo para cabezas.	621
Orla.	266		

	Págs.		Págs.
Flores tempranas..	621	De cómo llegó á serlo el último sacerdote de Nemi.	42
Dulces ensueños..	621	Sin catecismo..	162
SERIÑA		Oro y Oropel..	144
Paginitas de color..	362	La fama de Mediano..	522
Asunto gastado..	374	VEHIL (J.)	
Cinta azul..	476	El pavero..	537
SERRA (Vicente)		El bastón..	580
Lectura interrumpida..	239	VIÑAS (G.)	
Historieta muda..	455	Orlas..	218 y 394
SERRA (Víctor)		Xaudaró (J.)	
Historieta muda..	107	Ensimismado..	23
SERRA PAUSAS (J.)		El abuso del sentimiento..	35
Orla..	142	La contrata del acróbata..	95
SOL MENDOZA		¡Se aguló la fiestal..	119
La mano negra..	380	El lenguaje de las flores..	143
SORIANO (Manuel)		Una gracia de Cupido..	215
El amuleto..	259	¡En ridículo!..	227
SOROLLA BASTIDA (J.)		¿Por qué las siguen?..	263
Un boulevard..	388	Viajes de veraneo..	287
Tovar (M.)		¡A la verbena!..	299
La tenacilla de oro..	556	Regla general..	371
TUR (V)		El boxeador Max Boble en la playa..	383
Una cotorra que habla mucho..	59	Un cuarto de vino..	395
Urgell (Modesto)		Marina de tierra..	467
Cuadro..	310	XUMETRA (F.)	
UTRILLO (A.)		Orla..	120 y 186
¡Planchal..	530	El carbonero y la hija del molinero..	407
Haz bien, pero mira á quién..	566	Escultura agrícola..	575
Vayreda y Vila (M.)		Quien mal anda...	578
Margarideta..	459	Dime qué cara tienes y te diré en qué año has nacido..	614
VÁZQUEZ (Nicanor)		Ytuamendi (G.)	
Ilustraciones de: La ensenada negra..	26	Dibujo al lápiz..	447

RETRATOS Y CARICATURAS

Abruzos (Duque de los). Núm. 109	Portada	Henau (M)	525
Alfonso XIII. — Núm. 81..	Portada	Hernández (Eusebio)..	403
Almodobar (Duque de)..	567	Iero (Eduardo)	402
Alós (Juan de)..	498	IGGIUS (Blanca)	509
Alvarez (Josefina)	231	Junyent.	546
Aosta (Duquesa de)..	107	López Puigcerver (J.)	567
Benlliure (Mariano)	510	Manso (R.)	230
Bernhardt (Sarah)..	561	Marcolin (Giuseppe)	547
Bernis (Alberto)	543	Marqués (José M ^a)..	494
Bonaplata (Srta.)..	544	Martínez Barrionuevo (M.)	118
Bordalba (Conchita). — Núm. 66.	Portada	Mascheroni..	544
Borrissof (Wanda) — Núm 77.	Portada	Masó (Bartolomé)..	402
Cano (Carlos)	202	Méndez Capote (Domingo)..	402
Casellas (Raimundo)	22	Mestres (Apeles)..	541
Catalá (Concepción). Núm. 91	Portada	Mezzalama (Flaminio)..	513
Cobeña (Carmen). — Núm. 89	Portada	Miralles y Villalta (Andrés)	454
Colorado (Margarita). — Núm. 93.	Portada	Montilla (Juan)..	536
Comendador..	231	Moret (Segismundo)	536 y 567
Cuevas (Agapito)..	229	Ossorio y Gallardo (Carlos)	499
Díaz (Luciano)	404	Palacio (Manuel del)	497
Eguilior (Manuel)	567	Palacio Valdés (Armando)	536
Emperador de Alemania. — Núm. 107	Portada	Pardo Bazán (Emilia)..	591
Emperador de Austria — Núm. 113.	Portada	Parreño (Carmen) - Núm 101	Portada
Estévez y Romero (Luis)..	403	Peña (N.)..	231
Estrada Palma (Tomás)..	402	Picón (Jacinto Octavio)..	536
Fernani (Francisca) — Núm. 68	Portada	Pretel (Matilde). — Núm. 69.	Portada
Franchetti..	547	Prieto Costa (Casimiro)	202
Galofre (Baldomero)	388	Quesada (Gonzalo de)	403
García Arista (G.)	579	Rausell (N.)	230
García Montes (José M. ^a)..	404		

	Págs		Págs
Reina Elena de Italia.	607	Silvela (Francisco)	554
Reina Margarita de Italia	606	Sorolla (Joaquín)	536
Rey de Portugal.—Núm 110	Portada	Taberner (Amparo).—Núm. 63.. . . .	Portada
Rius Rivera (Juan).	402	Tamayo (Diego)	404
Robert (Dr).—Suplemento al núm. 77.		Terry (Emilio).	403
Rodrigáñez (Tirso)		Tubau de Palencia (María) —Núm. 102.	Portada
Romanones (Conde de)	567	Veragua (Duque de).	567
Sagasta (P. M.).	555 y 567	Verdaguer (Jacinto)—Suplemento al núm. 86.	
Salvador (Amós).	567	Vilumara.	546
Salvador (Srta.)	544	Villagómez (N)	230
Sans Castaño (F.).	620	Weyler (Valeriano)	567
Santos Chocano (José).	584		

DE REDACCIÓN

El Quijote de Avellaneda.	22	El correo, Casa-Torre y Togle.	334
La muerte del doctor Robert. — Suplemento al número 77.		Argentina	341
+ Manuel Argüello Mora.	214	La Sagrada Familia.	346
+ Jacinto Verdguer —Suplemento al número 86		Sigunto.	353
+ Baldomero Galofre	388	Costumbres cubanas.	358
La república cubana.	402	Palencia.	366
Ramón Miralles y Villalta.	454	Lima: Columna del 2 de Mayo.	382
Arte y artistas: José M. ^a Marqués.	494	Puente de Verrugas. — Lima	383
Manuel del Palacio.	497	Tortosa.	386
Mariano Benlliure.	510	La república cubana	401
Lamberto Escaler.	532	Puente Luyano.	407
Apeles Mestres	541	Puente de Balta.	424
Gran Teatro del Liceo.. . . .	543	Conducción de tabaco para el secadero.	455
Francisco Silvela.	554	México.	470
Exitos teatra'es: «El olivar».	579	Islas Baleares.. . . .	482
Historial de la prensa.	585	Taller de José M. ^a Marqués.	494
Modas nuevas de cosas viejas: Los ex-libris	590	Palacio del Vermouth.	513
Emilia Pardo Bazán.	591	Gran Teatro del Liceo.. . . .	543
Conflicto de Venezuela.	615	Decoraciones de «Cristóforo Colombo»	545
Francisco Sans Castaño.	620	«La Estrella Polar» prisionera de los hielos	568
		Comandante Cagni, Petigax, Fensillet, etc.	569
		La vuelta de la caza del oso.	569
		Escenas de «El Olivar».	579
		Redacción de «La Correspondencia de España»	585
		Círculo Ecuestre	596
		Monumento á Bolívar.	615
		Vista general de Caracas.	615

Vistas, tipos y costumbres

Puente de piedra.—Lima.. . . .	47
Calle de Aragón. — Obras para un apeadero en el cruce con el Paseo de Gracia.	58
Parque central. — Habana.	106
Lisboa: sus alrededores; Cintra.	114
Arbol de Monte Real.—Palmeras en la Magdalena del Mar (Lima).	137
Santos lugares.	146 á 156 y 157
La plaza de Cataluña á la hora del entierro del doctor Robert; el paso de la fúnebre comitiva por las Ramblas; otras vistas del acto.—Suplemento al número 77	
Molino de Santa Clara. Lima.. . . .	214
Costumbres cubanas.	226
Arbol en el camino de San Luis.—Lima.	238
El volcán de la Montaña Pelada	260
El Vesubio.	260
Pequeñas colinas de lava en el Vesubio	261
Cráter de Kilania.	261
Corriente de Lava.	262
El Jorulla — México.	262
Geiseres de Islandia.	262
Vistas de Tarragona.	281
Casa de Folgarolas, cuna de Verdguer. — Suplemento al número 86	
Vistas del entierro de Verdguer.—Idem, ídem.	
Casa Torre «Villa-Juana» en Vallvidrera, donde falleció mossén Verdguer.—Idem, ídem.	
Construcción de un Apeadero para el servicio de los ferrocarriles de T. B. y F en la calle de Aragón.	328

Anónimos

Buscando conchas.	65
Portada de los números 73, 84, 86, 103, 104, 105, 106, 109	
Sentencia contra Jesús.	143
La corona.	156 (11)
Una boda á principios del siglo XIX.	187
La verdad y la mentira.	238
Caricaturas.	315
La semilla	319
Compañía de Carmen Cobeña.	329
Orla.	338
¿Qué van á buscar ustedes fuera de su casa?	347
La actividad y el reposo	418
El mar.	424
El mentir de las estrellas.	440
Curiosidades históricas.	499
Lo chic.	500, 515 y 542
Cosas sueltas.	503, 514, 527, 536, 551 y 587
Tchaika.—Canción rusa.	521
M. Henau.	525
Curiosidades históricas.	557
Música descriptiva.	558
«Gaceta de Madrid».	567
La pizarra de mi nieto.. . . .	602
La pizarra de mi nieta.. . . .	611

Portadas

	Núm.
Estevan (E.)	62
Audouard	63
Ribera (Román)..	64
Pla (Cecilio).	65
Concha Bordialba.	66
Cusi (M.)	67
Audouard.	68-69
Delgado (M. O.)	70
Casanovas Clerch	71
Sans Castaño.	72
Pla.	74
Mestres (F.)	75
Santos (E.)	76
Camps.	78
Tamburini..	79
Muñoz Lucena.	80
Béjar.	81
Estevan..	82
Sans Castaño.	83
Seriñá.	85
Junñé.	87
Triadó.	88
Napoleón	89
Seriñá.	90
Esplugas.	91
Delgado.	92
Esplugas.	93
Delgado.	94
Sans Castaño.	95
Pla.	96
Brisson.	97
Esteban.	98
Mestres..	99
Brisson..	100
Matarrodona..	101
Esplugas	102
Santana Bonilla..	107
Kowalski.	108
Santana Bonilla..	110
Cidón..	111
Laurens	112
Santana Bonilla	113

CARTELES ARTÍSTICOS

por orden correlativo de publicación

Corrière della Sera.	Hohenstein
Vino Vermouth..	Hohenstein
Libraire romantique.	Etrdsset
Moet y Chandon..	Mucha

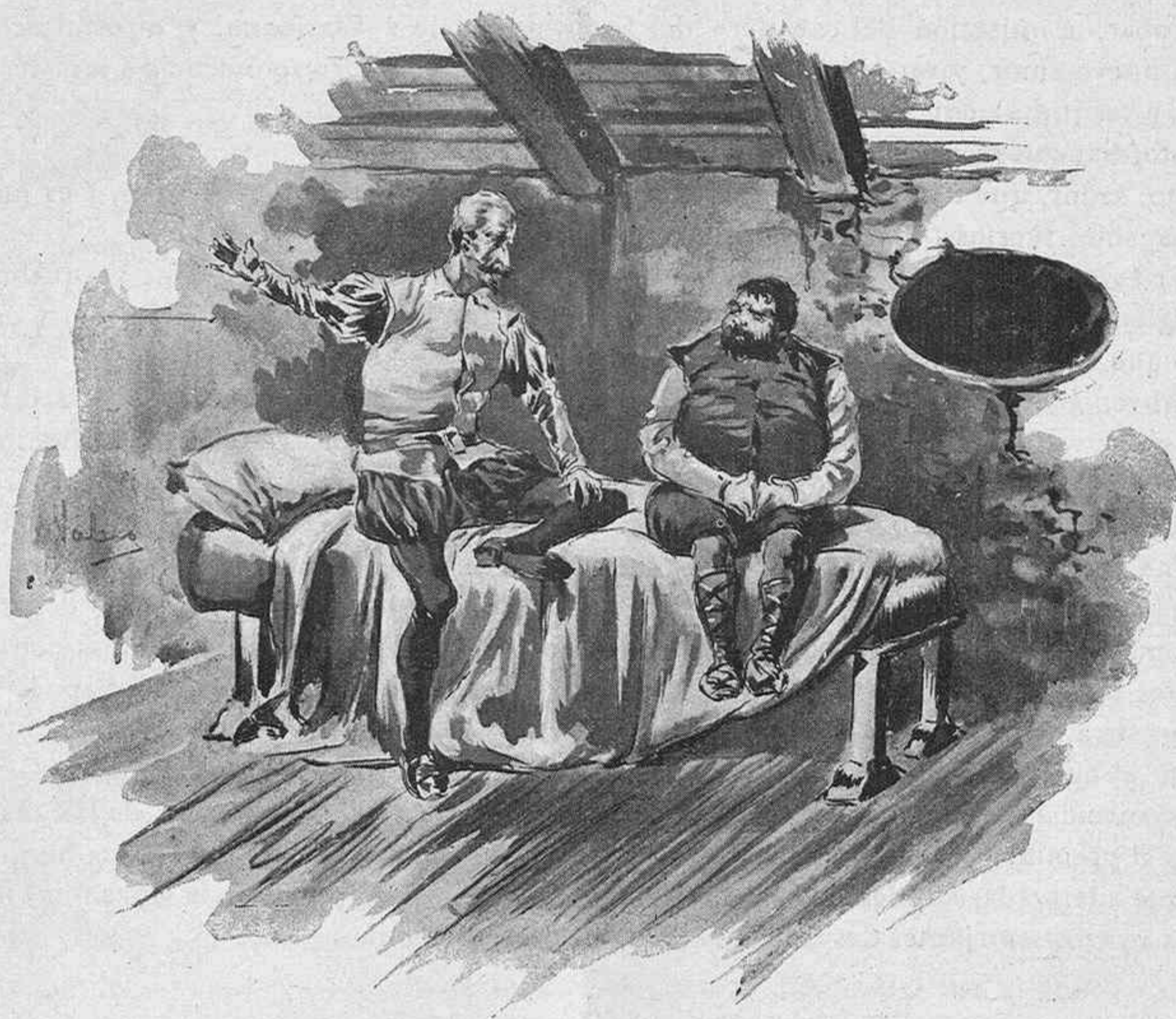
Sociedad italiana de fósforos higiénicos.	Hohenstein
Carnaval de Barcelona, 1898.. . . .	Labarta
Els quatre gats.	Casas
Aceites de olivas y aceitunas.	Hohenstein
Folies Bergère.	Anónimo
Le courrier français..	Cheret
I saltimbanchi.	Anónimo
Esposizione d'igiene.	Hohenstein
Cigarrillos París..	Villa
Newmarket.	Hassall
Cuitura Calliano..	Hohenstein
Première exposition internationale des arts decoratifs modernes, Turin.	Bistolli
Gaiety Theatre, London.	Hassall
Exposizione internazionale, 1901.	Hohenstein
Cordial Campari, Milano.	Hohenstein
Little Red Riding Hood.	David Hallenk Sonsi
La Tribuna, Roma.	Mataloni
Cassa nazionale mutua cooperativa per le pensioni.	Hohenstein
Vino Vermouth Cora.	Hohenstein
Parfumerie V. Rigaud.	Verger
Hotel de Londres.	Mataloni
Concerto Romano Torino..	Campanotto
IV Exposizione triennale di Belle arti della Real Academi di Brera.	Hohenstein
Nestle's Sood.	Mucha
Lo que le pasó á Jonás..	Hassall
Feste celamenti.—Torino, 1902.. . . .	Carpunetto
Società degli amici dell arte.	Hohenstein
Adler.	Anónimo
Destilleria de liquori Gio Buton.	Mataloni
Sidra champagne.	Anónimo
Litografia Dayen.—Torino.	Hohenstein
Agua de Amer.	Feliu
Novissima.	Terry
Habiller-vous.	Anónimo
Minière sulfuree trenza romagna.. . . .	Sudovil
Harper's Weekly.	Parrish
Soowing the wind.	Morron
Edinol. — Section des Produits photogra- piques..	Anónimo
Salutis Soap.	Dudovich
Obras escogidas de E. Sienkiewicz.	Diéguez
Somatose..	Anónimo
Estely-Orgela..	Hans Unger
Aguardientes Ribera.	Costa
Compresse Gasal.	M. Dudovich
Società cattolica di assicurazione.. . . .	Anónimo
Wanda..	Anónimo
Agenzia di viaggi	Galli
Champagne Jules Mumm..	Rialier Dumas

Pasatiempos: en todos los números

—Pardiez, señor—dijo Sancho—que estoy yo esta noche para dar buenos consejos, porque estoy redondo como una chueca; sólo será la falta que me dormiré luégo, porque ya los bostezos menudean mucho.

Subiéronse arriba tras esto ambos á acostar, y puestos en una misma cama, dijo don Quijote:

—Hijo Sancho, bien sabes ó has leído que la ociosidad es madre y principio de todos los vicios, y que el hombre ocioso está dispuesto para pensar cualquier mal, y pensándolo, ponerlo por obra, y que el diablo de ordinario acomete y vence fácilmente á los ociosos, porque hace como el cazador, que no tira á las aves mientras que las ve andar volando, porque entonces sería la caza incierta y dificultosa, sino que aguarda á que se asienten en algún puesto, y viéndolas ociosas, les tira y las mata. Digo esto, amigo Sancho, porque veo que há algunos meses que estamos ociosos, y no cumplimos, yo con el orden de caballería que recibí, y tú con la lealtad de escudero fiel que me prometiste. Querría pues (para que no se diga que yo he recibido en vano el talento que Dios me dió, y sea reprehendido como aquel del Evangelio, que ató el que su amo



le fió en el pañizuelo, y no quiso granjear con él) que volviésemos lo más presto que ser pudiese á nuestro militar ejercicio, porque en ello haremos dos cosas: la una, servicio muy grande á Dios, y la otra, provecho al mundo, desterrando dél los descomunales jayanes y soberbios gigantes que hacen tuertos de sus fueros, y agravios á caballeros menesterosos y á doncellas afligidas; y juntamente ganaremos honra y fama para nosotros y nuestros sucesores, conservando y aumentando la de nuestros antepasados; tras que adquiriremos mil reinos y provincias en un quita allá esas pajas, con que seremos ricos y enriqueceremos nuestra patria.

—Señor—dijo Sancho—no tiene que meterme en el caletre esos guerreamientos, pues ya ve lo mucho que me costaron ese otro año, con la pérdida de mi Rucio, que buen siglo haya; tras que jamás me cumplió lo que mil veces me tenía prometido, de que nos veríamos dentro de un año, yo adelantado, ó rey por lo menos, mi mujer almiranta y mis hijos infantes; ninguna de las cuales cosas veo cumplidas por mí (¿oye vuesa merced, ó duérmese?), y mi mujer tan Mari-Gutiérrez se es hoy, como agora un año; así que, yo no quiero perro con cencerro. Y fuera deso, si

nuestro cura el licenciado Pero Pérez sabe que queremos tornar á nuestras caballerías, le tiene de meter á vuesa merced con una cadena por unos seis ó siete meses en *domus Jetro*, que dicen, como la otra vez; y así, digo que no quiero ir con vuesa merced, y déjeme dormir por vida suya; que ya se me van pegando los ojos.

—Mira, Sancho—dijo don Quijote—que yo no quiero que vayas como la otra vez; antes quiero comprarte un asno en que vayas como un patriarca, mucho mejor que el otro que te hurtó Ginesillo; y en fin, iremos ambos con mejor orden, y llevaremos dineros y provisiones, y una maleta con nuestra ropa; que ya he echado de ver que es muy necesario, porque no nos suceda lo que en aquellos malditos castillos encantados nos sucedió.

—Aun desa manera—respondió Sancho—y pagándome cada mes mi trabajo, yo iré de muy buena gana.

Oyendo su resolución, alegre don Quijote, prosiguió diciendo:

—Pues Dulcinea se me ha mostrado tan inhumana y cruel, y lo que peor es, desagradecida á mis servicios, sorda á mis ruegos, incrédula á mis palabras, y finalmente, contraria á mis deseos, quiero probar, á imitación del caballero del Febo, que dejó á Claridana, y otros muchos que buscaron nuevo amor, y ver si en otra hallo mejor fe y mayor correspondencia á mis fervorosos intentos, y ver juntamente... ¿Duermes, Sancho? ¡Ah Sancho!

En esto, Sancho recordó, diciendo:

—Digo, señor, que tiene razón; que esos jayanazos son grandísimos bellacos, y es muy bien que les hagamos tuertos.

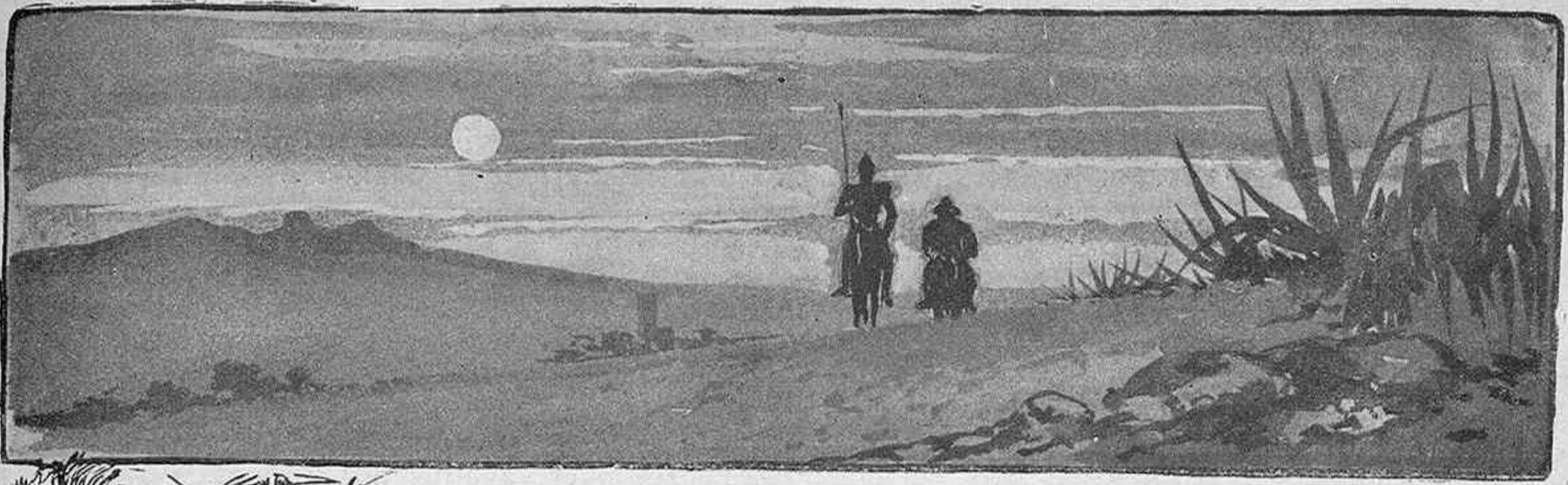
—¡Por Dios—dijo don Quijote—que estás muy bien en el cuento! Estoyme yo quebrando la cabeza diciéndote lo que á ti y á mí más, después de Dios, nos importa, y tú duermes como un lirón. Lo que digo, Sancho, es, ¿entiendes?...

—¡Oh! reniego de la perra que me parió—dijo Sancho;—déjeme dormir con Barrabás; que yo creo bien y verdaderamente cuánto me dijere y piense decir todos los días de su vida.

—Harto trabajo tiene un hombre—dijo don Quijote—que trata cosas de peso con salvajes como éste: quiérole dejar dormir; que yo, mientras que no diere fin y cabo á estas honradas justas, ganando en ellas el primero, segundo y tercero día las joyas de más importancia que hubiere, no quiero dormir, sino velar, trazando con la imaginación lo que después tengo de poner por efecto, como hace el sabio arquitecto, que antes que comience la obra, tiene confusamente en su imaginativa todos los aposentos, patios, chapiteles y ventanas de la casa, para después sacallos perfectamente á luz.

En fin, al buen hidalgo se le pasó lo que de la noche quedaba, haciendo grandísimas quimeras en su desvanecida fantasía, ya hablando con los caballeros, ya con los jueces de las justas, pidiéndoles el premio; ya, finalmente, saludando con grandísima medida á una dama hermosísima y ricamente aderezada, á quien presentaba desde el caballo con la punta de la lanza una rica joya. Con estos y otros semejantes desvanecimientos se quedó al cabo dormido.





CAPITULO III

De cómo el Cura y don Quijote se despidieron de aquellos caballeros, y de lo que á él le sucedió con Sancho Panza después de ellos.

UNA hora antes que amaneciese, llegaron á la puerta de don Quijote el Cura y los alcaldes á llamar, que venían á despertar al señor don Alvaro; á cuyos voces don Quijote llamó á Sancho Panza para que les fuese á abrir, el cual despertó con harto dolor de su corazón. Entrados que fueron al aposento de don Alvaro, el Cura se asentó junto á su cama, y le comenzó á preguntar cómo le había ido con su huésped; á lo cual respondió contándole brevemente lo que con él y con Sancho Panza le había pasado aquella noche; y dijo que si no fuera el plazo de las justas tan corto, se quedara allí cuatro ó seis días á gustar de la buena conversación de su huésped; pero propuso de estarse allí más despacio á la vuelta. El Cura le contó todo lo que don Quijote era, y lo que con él le había acontecido el año pasado, de lo cual quedó muy maravillado; y mudando plática, fingieron hablaban de otro, porque vieron entrar á don Quijote, con cuyos buenos días y apacible visión se levantó don Alvaro, y mandó aprestar los caballos y demás recado para irse.

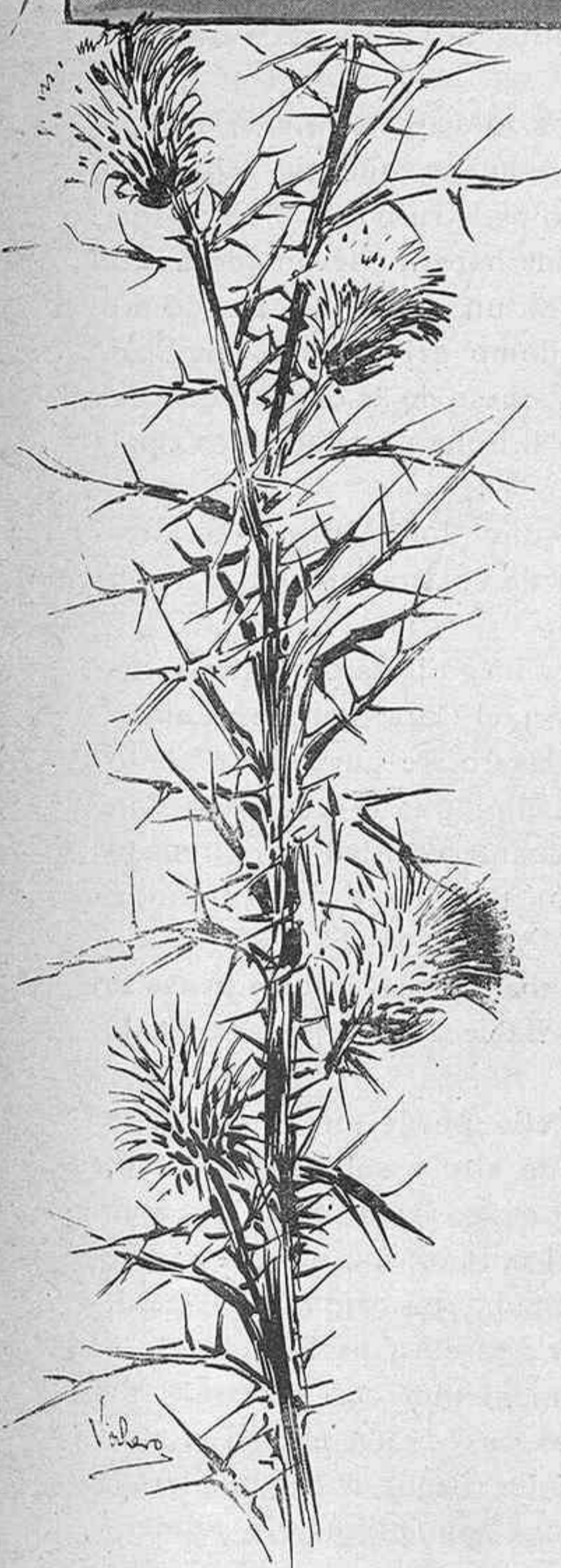
Entre tanto los alcaldes y el Cura volvieron á dar de almorzar á sus huéspedes, quedando concertados que todos volverían á casa de don Quijote, para partirse desde allí juntos. Idos ellos, y vestido don Alvaro, dijo aparte á don Quijote:

—Señor mío, vuesa merced me la ha de hacer de que unas armas grabadas de Milán, que traigo aquí en un baúl grande, se me guarden con cuidado en su casa hasta la vuelta; que me parece que en Zaragoza no serán menester, pues no faltarán en ella amigos que me provean de otras que sean menos sutiles. pues estas

lo son tanto, que sólo pueden servir para la vista, y es notable el embarazo que me causa el llevarlas.

Hízolas sacar luego todas en diciendo esto, y eran peto, espaldar, gola, brazaletes, escarcelas y morrión; y don Quijote, cuando las vió, se le alegró la pajarilla infinitamente, y propuso luego en su entendimiento lo que había de hacer dellas, y así le dijo:

—Por cierto, mi señor don Alvaro, que esto es lo menos en que yo pienso servir á vuesa



merced, pues espero en Dios vendrá tiempo en que vuesa merced se holgará más de verme á su lado, que no en el Argamesilla.

Y prosiguió preguntándole, mientras se volvían á poner en el baúl las armas, qué divisa pensaba sacar en las justas, qué libreas, qué letras ó qué motes; á todo lo cual, por complacerle, le respondió don Alvaro, no entendiendo que le pasaba por la imaginación el ir á Zaragoza, ni hacer lo que hizo, que adelante se dirá.

En esto entró Sancho muy colorado, sudándole la cara y diciendo:

—Bien puede, mi señor don Tarfe, sentarse á la mesa; que ya está el almuerzo á punto.

A lo cual respondió don Alvaro:

—¿Tenéis buen apetito de almorzar, Sancho amigo?

—Ese—dijo él—señor mío, *gloria tibi, Domine*, nunca me falta, y es de manera, que (en salud sea mentado, y vaya el diablo para ruín) no me acuerdo en todos los días de mi vida haberme levantado harto de la mesa, sino fué ahora un año, que, siendo mi tío Diego Alonso mayordomo del Rosario, me hizo á mí repartidor del pan y queso de la caridad que da la confadría, y entonces allí hube de aflojar dos agujeros al cinto.

—Dios os conserve—dijo don Alvaro—esa disposición; que sólo della y de vuestra buena condición os tengo envidia.

Almorzó don Alvaro, y luégo llegaron los tres caballeros con su gente y con el Cura; porque ya amanecía, y viéndolos don Alvaro, se puso al momento las espuelas y subió á caballo; tras lo cual sacó don Quijote del establo á Rocinante ensillado y enfrenado para acompañarles, y dijo, teniéndole por el freno, á don Alvaro:

—Ve aquí vuesa merced, señor don Alvaro, uno de los mejores caballos que á duras penas se podrían hallar en todo el mundo. No hay Bucéfalo, Alfana, Seyano, Babiaca ni Pegaso que se le iguale.

—Por cierto—dijo don Alvaro mirándole y sonriéndose,—que ello puede ser como vuesa merced dice; pero no lo muestra en el talle, porque es demasiado de alto y sobrado de largo, fuera de estar muy delgado; pero debe ser la causa del estar tan flaco el ser de su naturaleza algo astrólogo ó filósofo, ó la larga experiencia que tendrá de las cosas del mundo; que no deben haber pasado pocas por él, según los muchos años que descubre tener encubiertos bajo la silla; pero, como quiera que sea, él es digno de alabanza, por lo que muestra ser discreto y pacífico.

En esto salieron todos á caballo, y el Cura y don Quijote les acompañaron casi un cuarto de legua del lugar. Iba el Cura tratando con don Alvaro de las cosas de don Quijote; el cual se maravillaba en extremo de su extraña locura. Despidiéronse, forzados de los ruegos de los caballeros, y vueltos al Argamesilla, el Cura se fué á su casa, y llegando á la suya don Quijote, lo primero que hizo en apeándose, fué enviar luégo á llamar con su ama á Sancho Panza, con orden de que le dijese trajese consigo, cuando viniese, aquello que le había dicho le traería, que era *Florisbián de Candaria*, libro no menos necio, que impertinente. Vino luégo volando Sancho; y cerrando el aposento por adentro, y quedando en él solos, sacó el libro debajo de las haldas del sayo, y diósele; el cual le tomó en las manos con mucha alegría, diciendo:

—Ves aquí, Sancho, uno de los mejores y más verdaderos libros del mundo, donde hay caballeros de tan grande fama y valor, que ¡mal año para el Cid ó Bernardo del Carpio que les lleguen al zapato!



miento de la jaula, con lo cual acabaron de entender lo que don Quijote era, y la simplicidad con que Sancho le seguía, alabando sus cosas. De suerte que estuvieron en casa de Mosén Valentín casi ocho días Sancho y don Quijote, al cabo de los cuales, pareciéndole á él que estaba ya bueno, y que era tiempo de ir á Zaragoza á mostrar el valor de su persona en las justas, dijo un día, después de comer, á Mosén Valentín:

—A mí me parece, ¡oh buen sabio Lirgando! pues por vuestro gran saber he sido traído y curado en este vuestro insigne castillo sin tenerlo servido, que ya es tiempo de que con vuestra buena licencia me parta luégo para Zaragoza, pues vos sabéis lo mucho que importa á mi honra y reputación; que si la fortuna me fuere favorable (y sí será, siendo vos de mi parte), yo pienso presentaros alguna de las mejores joyas que en ellas hubiere, y la habéis de recibir por me hacer merced; sólo os suplico que no me olvidéis en las mayores necesidades, porque muchos días há que el sabio Alquife, á cuya cuenta está el escribir mis fazañas, no lo he visto, y creo que de industria hace el dejarme solo en algunos trabajos, para que así aprenda dellos á comer el pan con corteza, y me valga por mi pico, como dicen; por tanto, yo me quiero partir luégo á la hora; y si



sois servido de enviar conmigo algún recado en mi recomendación á la sabia Urganda la Desconocida, para que si fuere herido en las justas ella me cure, me haréis muy grande merced en ello.

Mosén Valentín, después de haberle escuchado con mucha atención, le dijo:

—Vuesa merced, señor Quijada, se podrá ir cuando fuere servido; pero advierta que yo no soy Lirgando, ese mentiroso sabio que dice, sino un sacerdote honrado que, movido de compasión de ver la locura en que vuesa merced anda con sus quimeras y caballerías, le he recibido con fin de decirle y aconsejarle lo que le hace al caso, y advertirle á solas de las puertas adentro de mi casa, cómo anda en pecado mortal, dejando la suya y su hacienda, con aquel sobrinito que tiene, andando por esos caminos como loco, dando nota de su persona, y haciendo tantos desatinos; y advierta que alguna vez podrá hacer alguno por el cual le prenda la justicia, y no conociendo su humor, le castigue con castigo público y pública deshonor de su linaje; ó no habiendo quien le favorezca y conozca, quizá por haber muerto alguno en la campaña, tomado de su locura, le cogerá tal vez la Hermandad, que no consiente burlas, y le ahorcará, perdiendo la vida del cuerpo, y lo que peor es, la del alma; tras que anda escandalizando, no solamente á los de su lugar, sino á todos los que le ven ir desa suerte armado por los caminos, si no, vuesa merced lo vea por el día en que entró en este pueblo, cómo le seguían los muchachos por las calles, como

si fuera loco, diciendo á voces: ¡Al hombre armado, muchachos, al hombre armado! Bien sé que vuesa merced ha hecho lo que hace, por imitar, como dice, á aquellos caballeros antiguos Amadís y Esplandián, con otros que los no menos fabulosos que perjudiciales libros de caballerías fingen, á los cuales vuesa merced tiene por auténticos y verdaderos, sabiendo, como es verdad, que nunca hubo en el mundo semejantes caballeros, ni hay historia española, francesa, ni italiana, á lo menos auténtica, que haga dellos mención; porque no son sino una composición ficticia, sacada á luz por gente de capricho, á fin de dar entretenimiento á personas ociosas y amigas de semejantes mentiras; de cuya lición se engendran secretamente en los ánimos malas costumbres, como de los buenos buenas; y de aquí nace que hay tanta gente ignorante en el mundo, que viendo aquellos libros tan grandes impresos, les parece, como á vuesa merced le ha parecido, que son verdaderos, siendo, como tengo dicho, composición mentirosa; por tanto, señor Quijada, por la pasión que Dios pasó, le ruego que vuelva sobre sí y deje esa locura en que anda, volviéndose á su tierra; y pues me dice Sancho que vuesa merced tiene razonablemente hacienda, gástela en servicio de Dios y en hacer bien á los pobres, confesando y comulgando á menudo, oyendo cada día su misa, visitando enfermos, leyendo libros devotos y conversando con gente honrada, y sobre todo con los clérigos de su lugar, que no le dirán otra cosa de lo que yo le digo; y verá con esto cómo será querido y honrado, y no juzgado por hombre falto de juicio, como todos los de su lugar y los que le ven andar desa manera le tienen; y más, que le juro por las órdenes que tengo, que iré con vuesa merced, si dello gusta, hasta dejarle en su propia casa, aunque haya de aquí á ella cuarenta leguas, y aun le haré todo el gasto por el camino, porque vea vuesa merced cómo deseo yo más su honra y el bien de su alma, que vuesa merced propio; y deje esas vanidades de aventuras, ó por mejor decir, desventuras; que ya es hombre mayor; no digan que se vuelve á la edad de los niños, echándose á perder á sí y á este buen labrador que le sigue, que tan poco ha cerrado la mollera como vuesa merced.

Sancho, que á todo lo que Mosén Valentín había dicho, había estado muy atento, sentado sobre la albarda de su caro jumento, dijo:

—Por cierto, señor licenciado, que su reverencia tiene grandísima razón, y lo propio que vuesa merced le dice á mi señor, le digo yo y le ha dicho el cura de mi tierra; y no hay remedio con él, sino que habemos de ir buscando tuertos por ese mundo. El año pasado y éste jamás habemos hallado sino quien nos sacuda el polvo de las costillas, viéndonos cada día en peligro de perder el pellejo por los grandes desaforismos que mi señor hace por esos caminos, llamando á las ventas castillos, y á los hombres, á unos Gaiteros, á otros Guirnaldos, á otros Bermudos, á otros Rodamontes, y á otros diablos que se los lleven; y es lo bueno que son ó meloneros ó arrieros ó gente pasajera, tanto que el otro día á una moza gallega de una venta, hecha una picarona, que me brindaba por cuatro cuartos con los que sacó del vientre de su madre, llamaba á boca llena la infanta galliciana, y por ella aporreó al ventero, y nos pensamos ver en un inflicto de la maldición; y créame vuesa merced, y plegue á santa Bárbara, abogada de los truenos y relámpagos, que si miento en cuanto digo, esta albarda me falte á la hora de mi muerte; y tengo quebrada la cabeza de predicarle sobre estos avisos; pero no hay remedio con él, sino que quiere que, aunque me pese, le siga, y para ello me ha comprado este mi buen jumento, y me da cada mes por mi trabajo nueve reales y de comer; y mi mujer que se lo busque, que así hago yo, pues tiene tan buenos cuartos.

Don Quijote había estado cabizbajo á todo á lo que Mosén Valentín y Sancho Panza habían dicho; y como quien despierta, comenzó á decir desta manera:

—Afuera pereza. Mucho, señor arzobispo Turpín, me espanto de que siendo vueseñoría de aquella ilustre casa del emperador Carlos, llamado el Magno por excelencia, y pariente de los Doce Pares de la noble Francia, sea tanta su pusilanimidad y cobardía, que huya de las cosas arduas y dificultosas, apartándose de los peligros, sin los cuales es imposible poderse alcanzar la verdadera honra. Nunca cosas grandes se adquirieron sin grandes dificultades y riesgos; y si yo me pongo á los presentes y venideros, sólo lo hago como magnánimo, por alcanzar honra para mí y cuántos me sucedieren; y esto es lícito, pues quien no mira por su honra, mal mirará por la de Dios; y así, Sancho, dame luégo á la hora mis armas y caballo, y partamos para Zaragoza;

que si yo supiera la cobardía y pusilanimidad que había en esta casa, nunca jamás la ocupara; pero salgamos della al punto, porque no se nos apegue tan mala polilla.

Sancho fué luégo á ensillar á Rocinante y albardar juntamente su rucio; pero el buen clérigo, que vió tan resuelto y empedernido á don Quijote, no le quiso replicar más; antes estaba escuchando todo cuánto decía á cada pieza que Sancho le ponía del arnés, que eran cosas graciosísimas, ensartando mil principios de romances viejos sin ningún orden, ni concierto, y al subir en el caballo, dijo con gravedad:

—Ya cabalga, Caláinos, Caláinos, el infante.

Y luégo, volviéndose á Mosén Valentín, con su lanza y adarga en la mano, le dijo con voz arrogante:

—Caballero ilustre, yo estoy muy agradecido de la merced que en este vuestro imperial alcázar se me ha hecho á mí y á mi escudero; por tanto, mirad si yo os soy de algún provecho para haceros vengado de algún agravio que algún fiero gigante os haya hecho; que aquí está Mucio Cévola, aquel que sin pavor ni miedo, pensando matar al Porsena que tenía cercada á Roma, puso



intrépido su desnudo brazo sobre el brasero de fuego, dando muestras, en el hecho, de tan grande esfuerzo y valentía, cuanto las dió de corrimiento en la causa dél; y estad cierto que os haré vengado de vuestros enemigos tan á vuestro sabor, que digáis que en buen hora me recibisteis en vuestra casa.

Y diciéndole, tras esto, se quedase con Dios, sin aguardar respuesta, dió de espuelas á Rocinante; y llegando á la plaza, en viéndole los muchachos comenzaron á gritar:

—¡Al hombre armado, al hombre armado!

Y seguido dellos, pasó adelante á medio galope, hasta que salió del lugar, dejando maravillados á todos los que le miraban.

El bueno de Sancho enalbardó su jumento, y subiendo en él, dijo:

—Señor Valentín, yo no le ofrezco á vuesa merced peleas como mi amo ha hecho, porque más sé de ser apaleado, que pelear; pero yo le agradezco mucho el servicio que nos ha hecho; por muchos años lo pueda continuar. Mi lugar se llama el Argamesilla; cuando yo esté allá, estaré aparejado para helle toda merced, y que mi mujer Mari-Gutiérrez sé de cierto que le besa á vuesa merced las manos en este punto.

—Sancho hermano—dijo Mosén Valentín—Dios os guarde; y mirad que os ruego que cuando vuestro señor vuelva á su tierra, vengáis por aquí; que seréis vos y él bien recibidos, y no haya falta.

Respondió Sancho: — Yo se lo prometo á vuesa merced; y quédese con Dios; y plegue á la señora Santa Agueda, que viva vuesa merced tan largos años, como vivió nuestro padre Abraham.

Comenzó tras esto con toda priesa á arrear su asno, y pasando por la plaza, le cercaron los jurados y todos los que en ella estaban, por reir un poco con él; el cual, como los vió juntos, les dijo:

—Señores, mi amo va á Zaragoza á hacer unas justas y torneos reales; si matamos alguna gruesa de aquellos jigantones ó Fierablastes, que dicen hay allá muchos, yo les prometo, pues nos han hecho servicio de volvernós á Rocinante y al rucio, de traerles una de aquellas ricas joyas que ganaremos y una media docena de jigantones en escabeche; y si mi amo llegare á ser (que sí hará, según es de valiente) rey, ó por lo menos emperador, y tras él me viere papa ó monarca de alguna iglesia, les prometemos de hellos á todos los deste lugar, cuando menos, canónigos de Toledo.

Dieron todos con el dicho de Sancho una grandísima risada, y los muchachos que estaban detrás de todos, como vieron que los jurados y clérigos hacían burla de Sancho, el cual estaba caballero en su asno, comenzaron á silbarle, y juntamente á tirarle con pepinos y berenjenas, de suerte que no bastaron todos los que allí estaban á detener su furia; y así á Sancho le fué forzoso bajar del asno y darle con el palo muy aprisa, hasta que salió del lugar y topó á don Quijote, que le estaba esperando, el cual le dijo:

—¿Qué es, Sancho? ¿Qué has hecho? ¿En qué te has entretenido?

Respondió Sancho:

—¡Oh, reniego de los zancajos de la mujer de Job! ¿Cómo se vino vuesa merced y me dejó en la manos de los caldereros de Sodoma? Que le prometo, así yo me vea arzobispo de aquella ciudad que me prometió el año pasado, que me agarraron en yéndose vuesa merced, entre seis ó siete de aquellos escribas y fariseos, y me llevaron en casa del boticario, y me echaron una melecina de plomo derretido, tal, que me hace venir despidiendo perdigones calientes por la puerta falsa, sin que pueda reposar un punto.

—No se te dé nada — dijo don Quijote, — que ya vendrá tiempo en que nos hagamos bien vengados de todos los agravios que en este lugar, por no conocernos, nos han hecho; pero ahora caminemos para Zaragoza, que es lo que importa; que allí oirás y verás maravillas.



Tras éstos entraron veinte ó treinta caballeros de dos en dos, con libreas también muy ricas y costosas, y con letras, cifras y motes graciosísimos y de agudo ingenio, que dejó de referir por no hacer libro de versos el que sólo es corónica de los quiméricos hechos de don Quijote; y así, de sola su entrada haremos mención, la cual fué en la retaguardia de todos los aventureros, al lado del señor don Alvaro Tarfe; que esta traza habían dado para su entrada los jueces. Venía don Alvaro en un buen caballo cordobés, rucio, rodado, enjaezado ricamente, el vestido de tela de oro, bordado de azucenas y rosas enlazadas, y en el campo blanco de su escudo traía pintado á don Quijote con la aventura del azotado, muy al vivo, y esta letra en él:

Aquí traigo al que ha de ser,
según son sus disparates,
príncipe de los orates.

Con la letra rieron todos cuántos sabían las cosas de don Quijote, el cual venía armado de todas piezas, trayendo hasta su morrión en la cabeza. Entró con gentil continente sobre Rocinante, y en la punta del lanzón traía con un cordel atado un pergamino grande tendido, escrita en él con letras góticas el Ave María, y sobre los motes y pinturas que traía en su adarga había añadido á ellas este cuartete, en explicación del pergamino que traía pendiente de la lanza:

Soy muy más que Garcilaso,
pues quité de un turco cruel
el Ave que le honra á él.

Maravillábase mucho el vulgo, de ver aquel hombre armado para jugar la sortija, sin saber á qué propósito traía aquel pergamino atado en la lanza; si bien de sólo ver su figura, flaqueza de Rocinante y grande adarga llena de pinturas y figuras de bellaquísima mano, se reían todos y le silbaban. No causaba esta admiración su vista á la gente principal, pues ya todos los que entraban en este número sabían de don Alvaro Tarfe y demás caballeros amigos suyos, quién era don Quijote, su extraña locura y el fin para que salía á la plaza, pues era para regocijarla con alguna disparatada aventura; y no es cosa nueva en semejantes regocijos sacar los caballeros á la plaza, locos vestidos y aderezados y con humos en la cabeza de que han de hacer suerte, tornear, justar y llevarse premios,

como se ha visto algunas veces en ciudades principales y en la misma Zaragoza. Con presupuesto, pues, de regocijar la plaza, pasaron todos aquellos caballeros delante de sus damas, haciéndoles la debida cortesía; cuál hacía hincar al enseñado caballo de rodillas delante de aquella que era señora de su libertad; cuál le hacía dar saltos y corcovos con mucha ligereza; cuál le hacía

hacer caracoles; y finalmente, todos hacían todo lo que con ellos podían para parecer bien. Sólo el de don Quijote iba pacífico y manso, el cual llegando con don Alvaro á emparejar con el balcón donde estaban los jueces, haciendo una cumplida cortesía los dos al título y á los demás, uno dellos, que era el de mejor humor, se echó sobre el antepecho del tablado y habló á don Quijote desta manera en voz alta, con risa de los circunstantes:

—Famoso príncipe, espejo y flor de la caballería andantesca, yo y toda esta ciudad estamos en extremo agradecidos de que vuesa merced haya tenido por bien el habérmola querido honrar con su valerosa persona; ello es verdad que algunos destes señores caballeros están tristes porque tienen por cosa cierta que vuesa merced les ha de ganar en esta sortija las más preciosas joyas; pero yo he determinado, aunque vuesa merced las merezca y gane todas, no darle sino solamente una de las más preciosas, para mejor poder así satisfacer á todos estos príncipes y caballeros.

Don Quijote, con mucho sosiego y gravedad le respondió, diciendo:

—Por cierto, ilustrísimo juez, más recto que Rodamonte, espejo de los jueces, que estoy tan pesaroso en no haberme hallado en las justas pasadas, que estoy para reventar; mas la causa fué el estar ocupado en no sé qué aventuras de no pequeña importancia; pero ya que en ellas no pude por mi ausencia mostrar el valor que hay en mi persona, quiero que en esta sortija, aunque ello es cosa de juguete para mis exorbitantes bríos, vuesa merced vea con sus ojos si todo lo que ha oído decir de mí y de mis cosas son tan firmes y verdaderas como las de Amadís y las de los demás caballeros antiguos que tanta honra ganaron por el mundo; aunque bien se echará de ver mi valor, pues ya esta mañana al asomar por los balcones de nuestro horizonte el ardiente enamorado de la esquiva Dafnes, me coroné con el Ave de la fortaleza de Dios, que es decir de la que trajo á la Virgen el ángel san Gabriel, habiéndola quitado, como muestra la letra de mi adarga, á un desafortado turco que la traía colgando de la cola de un soberbio frisón, con quién pasó delante de mi balcón, irritando mi cristiana paciencia. Pero topó en mí otro manchego Garcilaso, con más bríos y años que el primero, que vengó tal insolencia.

Con esto tomó el juez que hablaba con don Quijote su pergamino y adarga, y enseñándolo todo á los otros dos jueces y demás caballeros que los acompañaban, después de haberlo mirado y bien reído, se lo volvió todo. Pasó adelante don Quijote, tomadas sus prendas, pomponeándose y mirando muy hueco á todas partes; y llegando al cabo de la calle de donde los demás que habían de jugar la sortija estaban parados, comenzaron á sonar las chirimías y trompetas en señal de que los primeros caballeros querían ya empezar á correrla. Habían ordenado los jueces que después de haber corrido todos la sortija, se darían cada vez cuatro joyas á los cuatro caballeros que mejor lo hubiesen hecho: así, desta vez se las dieron á cuatro, aunque sólo el uno dellos se llevó el anillo en la lanza, que fué don Alvaro Tarfe, que quiso correr con los primeros; el cual, por orden de los jueces, dijo á don Quijote que no corriese hasta la postre, porque así convenía. Llevaron aquellos caballeros los precios que habían ganado, cada uno á su dama; y don Alvaro, que tenía el sujeto de sus pasiones en Granada, dió el suyo, que era unos guantes de ámbar ricamente bordados, á una doncella harto hermosa, hermana de un titular de aquel reino, la cual le recibió con muestras de gran cortesía y agradecimiento. Corrieron segunda vez, y fuéles dado el premio á otros cuatro, de los cuales los dos se llevaron el anillo, y éstos, como los primeros, les presentaron á sus damas; de suerte que muy pocos ó ningún caballero hubo que no presentase joyas á la dama que mejor le parecía. Pues como ya se hiciese tarde, y don Quijote diese prisa á don Alvaro que le dejase correr su lanza, si no, que á pesar de cuántos jueces había en la Europa, correría; advertida su locura de los jueces, hicieron señas á don Alvaro para que le dejase correr dos carreras; y así, tomándole él por la mano, le puso en medio de la calle, frontero del anillo, aguardando la seña de las trompetas; al són de las cuales partió nuestro caballero solo, con su adarga en el brazo izquierdo, espoleando muy aprisa á Rocinante, que con toda la que él le daba, corría poco más de á medio galope; pero fué tan desgraciado, que llegando á la sortija, echó el lanzón cosa de dos palmos más arriba della por encima de la cuerda, y acabando la carrera, bajó muy aprisa la lanza, mirando con mucha atención si llevaba en ella el anillo; lo cual causó notable risa en toda la gente, y más viendo que, como él no la halló en ella, comenzó con gran cólera á volver el caballo al principio de la carrera, adonde estaba don Alvaro, que le dijo con disimulación:

—Vuesa merced, señor don Quijote, dé luégo al punto segunda carrera, porque el caballo no se le resfríe; que aunque vuesa merced no llevó la sortija, el golpe ha sido extremado, pues fué por arriba no más de media vara.

Don Quijote, sin responderle palabra, volvió la rienda á Rocinante, y comenzó á correr, no con poca risa de los que le miraban, yendo don Alvaro á medio galope tras él; llegó, pues, don Quijote á la sortija segunda vez, y con la cólera y turbación que llevaba, erróla por parte de abajo otra media vara; pero el discreto don Alvaro, viendo cuán desgraciadamente lo había hecho su compañero, puesto de piés sobre los estribos, alargó cuánto pudo la mano desde el caballo, y asiendo la sortija y llegándose á don Quijote con mucha sutileza, se la puso en el hierro de la lanza; que lo pudo hacer sin que él lo echase de ver, por llevarla puesta sobre el hombro desque hizo el golpe en señal de gala, y díjole:

—¡Ah mi señor don Quijote, lustre de la Mancha! ¡victoria, victoria! que la sortija lleva vuesa merced en la lanza, si no me engaño.

Miró arriba don Quijote, el cual no pensaba haber topado en ella, como era la verdad, y dijo:

—Ya yo me maravillaba, señor don Alvaro, de que dos veces la hubiese errado; pero la culpa de la primera carrera la tuvo Rocinante, que mala pascua le dé Dios, pues que no pasó con la velocidad que yo quisiera.

—Todo se ha hecho muy bien — dijo don Alvaro — y así vamos á los jueces, y pídales vuesa merced la justicia que tiene.

Iba el buen hidalgo tan ancho y vanaglorioso, que no cabía en toda la calle; y puesto delante de los jueces, dijo, levantando la lanza con la sortija puesta en ella:

—Miren vuestas señorías lo que pide esta lanza y el anillo que della cuelga, y adviertan que ella mesma por sí demanda el premio que justamente se me debe.

El juez que, al entrar de la plaza había hablado con él, había hecho traer á un paje dos docenas de agujetas grandes de cuero, que valdrían hasta medio real, y tomándolas en la mano, llamando primero á todos los caballeros para que oyesen lo que decía á don Quijote, se las ató en el lanzón, diciéndole en voz alta:

—Yo, segundo rey Fernando, os doy con mi propia mano, á vos el invicto caballero andante, flor de la andantesca caballería, esta insigne joya, que son unas cintas traídas de la India, hechas de pellejo del ave fénix, para que las déis, pues sois caballero desamorado, á la dama que os pareciere que tiene menos amor de cuántas ocupan esos balcones; y fuera deso os mando, so pena de mi desgracia, que vos y don Alvaro Tarfe cenéis conmigo en mi propia casa esta noche, juntamente con un escudero vuestro, de quien sé que es fidelísimo y digno de servir á persona de vuestras prendas.

Tocaron luégo las chirimías, y don Quijote, al són dellas, fué mirando á todos los balcones y ventanas, y vió en una que estaba algo baja á una honrada vieja, que debía saber más de la propiedad de la ruda y verbena, que de recibir joyas; la cual estaba con dos doncellas afeitadas de las que se usan en Zaragoza; á ésta, pues, llegó nuestro caballero, y poniendo las agujetas en el poyo de la ventana con el lanzón, la dijo en voz que todos lo pudieron oír:

—Sapientísima Urganda la Desconocida, este vuestro caballero, á quien tanto siempre vos habéis favorecido en todas las ocasiones, os suplica le perdonéis el atrevimiento, y recibáis estas



peregrinas cintas, hechas según estoy informado, del mismo ave fénix, y tenedlas en mucho, porque valen una ciudad.

Las dos mujeres, que semejantes razones oyeron decir á aquel hombre armado, y veían que todo el mundo se estaba riendo de verle presentar las agujetas de cuero á una vieja tal cual la que las acompañaba, que pasaba de los sesenta, corridas y medio riéndose, le dieron con la ventana en los ojos, cerrándola y entrándose dentro, sin hablarle palabra. Quedó algo corrido don Quijote del suceso; pero Sancho Panza, que desde el principio de las justas había estado con dos mozos de cocina á ver la sortija y los premios que su amo había de ganar, como vió que daba las agujetas á aquella vieja, y no las había querido recibir, antes le había cerrado la ventana, levantó la voz, diciendo:

—¡Cuerpo de quien la parió á la muy perra vieja del tiempo de Mari-Castaña, mujer del gran judío y más puerco viejo de los dos de santa Susana! ¿Así ha de cerrar la ventana á uno de los mejores caballeros de todo mi lugar, y no ha de querer recibir las agujetas que le dan, y mal provecho le hagan si buena no ha de ser? Pero ¿qué ha de ser quien, como mi señor dice, se llama Urganda? Y siéndolo, mal puede merecer tales agujetas, que según son ellas de grandes y buenas, sin duda deben de ser de perro. Pues á fe que si agarro un medio ladrillo, que yo las haga á todas que abran, aunque les pese.

Y volviéndose á don Quijote, le dijo:

—Échelas acá vuesa merced, pues no las quieren, ni merecen; que yo las guardaré, y eso nos ahorraremos; y más, que yo hé menester una como el pan de la boca para mis zaragüelles; que ya tengo esta de delante llena de ñudos: muése acá, digo, ¡cuerpo non de Dios! pues servirán para esta mejor ocasión.

Don Quijote abajó la lanza, diciendo:

—Toma, Sancho, guarda estas preciosas cintas, y mételas en nuestra maleta hasta su tiempo.

Sancho las tomó, diciendo:

—¡Miren cuerpo de Barrabás, lo que no quiso la muy hechicera! Pues en buena fe que no me las saquen de las uñas ahora por menos de veinte maravedís, aunque no los valgan; que por el menorete, son de liebre ó trucha, ó no sé de qué diablos.

Llegáronse diez ó doce personas á ver las joyas de las agujetas que aquel labrador tenía en la mano; y fué el caso que entre aquella gente que se juntó, llegó un mozo de harta poca ropa, no menos ligero de piés, que sutil de manos, el cual con suma presteza asió de dichas agujetas, y tomando las armas del conejo, en cuatro brincos se puso fuera de la calle del Coso. Esto no lo vió don Quijote; que á verlo, la mayor tajada del mozo fuera la oreja. Pero el bueno de Sancho Panza, que estaba seguro, á su parecer, de caso tan repentino, comenzó á dar voces, diciendo:

—¡Ténganle, señores, ténganle, pecador de mí; que me lleva hurtada la mejor joya del torneol

Mas cuando el pobre vió las esperanzas perdidas de poderle alcanzar, comenzó á llorar amargamente, mesándose las espesas barbas, juntando una mano con otra y diciendo:

—¡Oh desventurada de la madre que me parió! ¡Oh día aciago para mí, pues en él he perdido unas agujetas tan preciosas y las mejores de toda la Lombardía! ¡Ay de mí! ¿Qué haré, y qué cuenta daré á mi señor de la joya que me encomendó? ¿Qué excusa tendré para huir de su andantesca cólera, para que no me sacuda con ella las costillas con algún ñudoso roble? Si le digo que las he perdido, tendráme por escudero desmazalado; y si le digo que me las hurtó un pícaro, tomará tanto enojo, que desafiará luégo á batalla campal, no solamente al que las hurtó, sino á cuantos pícaros se puedan hallar en toda la picardía. ¡No vendría ya la muerte á llevarme para sí, antes que pasar tan gran dolor! Yo digo que de muy buena gana me mataría, si no fuera porque temo hacerme mal; alto, manos á la labor; yo quiero ir luégo al cocinero cojo de don Alvaro, y pedirle dos cuartos prestados para comprar una soga y ahorcarme con ella; que después se los tornaré doblados; y si acaso hallo algún árbol, como sea tal que desde él pueda llegar los piés al suelo, echaré el cordel en la primera rama, y aguardaré á que pase algún hombre caritativo, á quien rogaré con muchas lágrimas me haga la limosna y caridad de ayudarme á ahorcar por amor de Dios; que soy un pobre hombre, huérfano de padre y madre. Y así, alto, quédate con Cristo, don Quijote de la Mancha, el más valiente caballero de cuantos andantes cría el cierzo y la tra-

sacó dellos más de otros mil ducados, sin otra gran cantidad de dineros que pidió prestados á amigos; que con la confianza de que era hijo único y mayorazgo de caballeros de más de tres mil de renta, fué fácil hallar algunos que se los prestasen. Llegado el concertado domingo, á las doce de media noche, hora de universal silencio por la seguridad que dan los primeros sueños, que, por serlo, son más profundos, se bajó don Gregorio con la aprestada maleta de lo que había de llevar, á la caballeriza, y ensillando en ella dos de los mejores caballos, sin ser de nadie sentido se salió de casa, y fué al monasterio, do estuvo aguardando en la puerta de la iglesia á que su querida doña Luísa saliese, la cual, acabados los maitines, se volvió á su celda, y quitándose en ella los hábitos, se vistió las ropas de secular que don Gregorio le había enviado, y tenía en un arca, como queda dicho; y poniendo las de religiosa sobre una mesa, y dejando allí una bien larga carta escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con don Gregorio, dejó, ni más ni menos, allí una vela encendida, con el breviario y rosario, de quien siempre había sido devotísima, y por él lo había sido en sumo grado de la Virgen, señora nuestra, toda su vida; y tomando tras esto un gran manajo de llaves, las cuales eran de toda la casa y de la iglesia, se salió

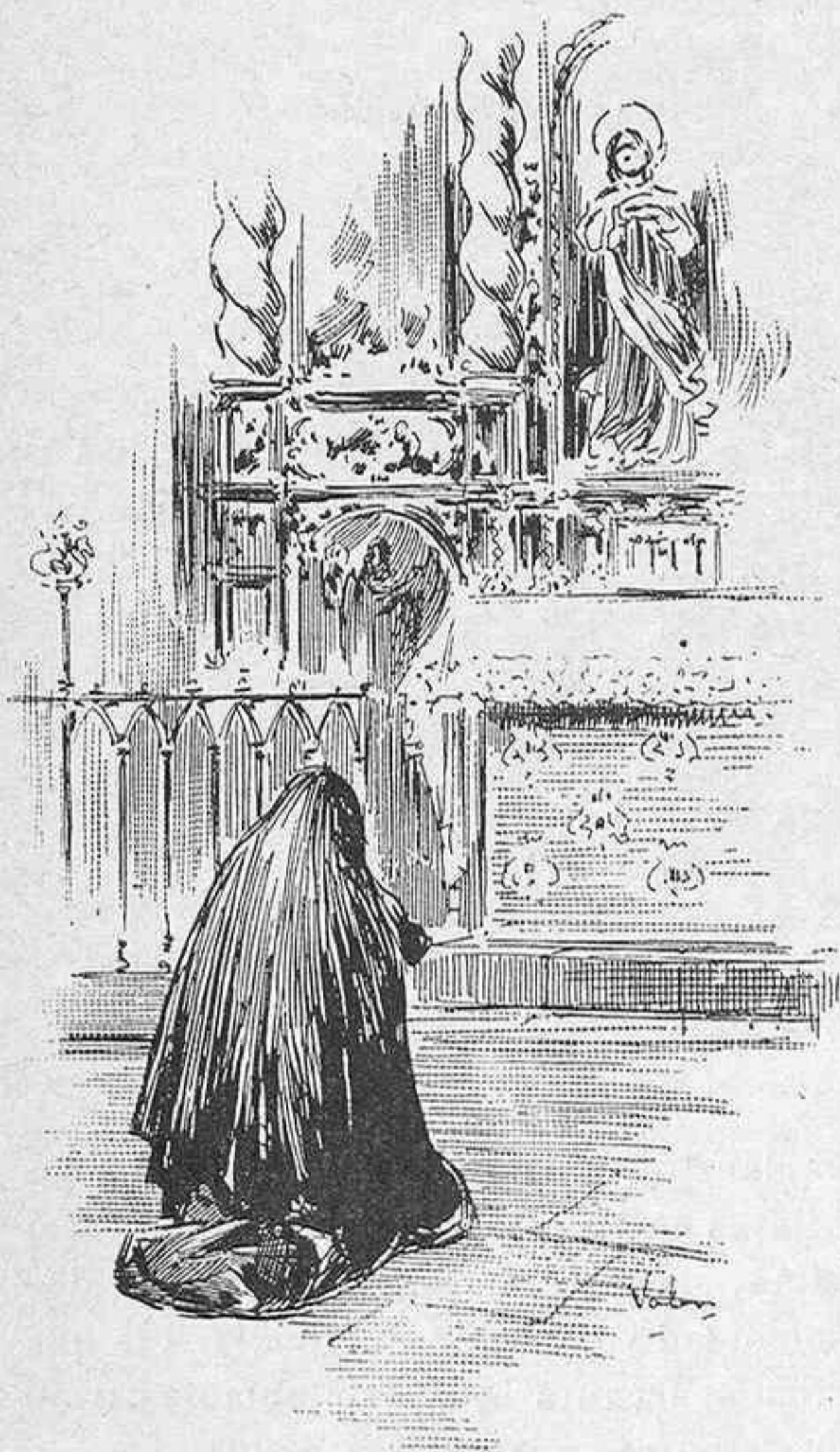


de la celda lo más pasito que le fué posible, y se fué por el claustro, y bajó á la sacristía; y abriéndola sin ser sentida, salió al cuerpo de la iglesia con las llaves en la mano; y habiendo de pasar al salir della por delante de un altar de la Virgen benditísima, de cuya imagen era particular devota, y le celebraba todas las fiestas suyas con la mayor solenidad y devoción que podía, á la que llegó delante della, se hincó de rodillas, diciendo con particular ternura interior y notable cariño de despedirse della, privándose del verla, porque era la cosa que más quería en esta vida:

—Madre de Dios y Virgen purísima, sabe el cielo y sabéis vos cuánto siento el ausentarme de vuestros ojos; pero están tan ciegos los míos por el mozo que me lleva, sin hallar fuerzas en mí con que resistir á la pasión amorosa que me lleva tras sí. Voy tras ella, sin reparar en los inconvenientes y daños que me están amenazando; pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros, Señora, como os encomiendo con las mayores veras que puedo, estas religiosas que hasta ahora han estado á mi cargo: tenedle, pues, dellas, Madre de piedad, pues son vuestras hijas, á las

cuales yo, como mala madrastra, dejo y desamparo: amparadlas, digo, Virgen santísima, por vuestra angélica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente dellas: de Cristo, digo, nuestro Dios y Señor. Volved y mirad, os suplico otra vez, en mi lugar, por estas siervas vuestras que aquí quedan, más cuidadosas de su limpieza y salvación que yo, que voy despeñándome tras lo que me ha de hacer perder lo uno y lo otro, si vos, Señora, no os apiadáis de mí; pero confío que lo haréis, obligada de vuestra inexplicable y natural piedad y de la devoción con que siempre he rezado vuestro santísimo rosario.

Y dicha esta breve oración, y hecha tras ella una profunda reverencia á la imagen, abrió el postigo de la iglesia, y abierto, se volvió á dejar las llaves delante del dicho altar de la Virgen, tras lo cual se salió á la calle, entornando tras sí la puerta. Apenas estuvo fuera della, cuando le salió al encuentro don Gregorio, que la estaba aguardando hecho ojos, y tomándola en brazos (tras haberla tenido un breve rato entre los suyos amorosos), la subió en el caballo que le pareció más manso, con que comenzaron luego á caminar de suerte que los vino á tomar el día seis ó siete leguas lejos de adonde habían salido; y en el primer lugar se proveyeron de todo lo necesario tocante á la comida, con fin de no entrar en poblado, si no fuese de noche, para hurtar así el cuerpo á la mucha gente que tenían por sin duda iría en su busca. En efeto, señores, aquella que había profesado y prometido castidad á Dios, y la había guardado hasta entonces con notables muestras de virtud, permitiéndolo así su divina Majestad por su secreto juicio y por dar muestras de su omnipotencia (la cual manifiesta, como canta la Iglesia, en perdonar á grandes



pecadores gravísimos pecados), y por mostrar también lo que con él vale la intercesión de la Virgen gloriosísima, madre suya, y con cuántas veras la interpone ella en favor de los devotos de su santísimo rosario, la perdió por un deleite sensual y momentáneo, yendo á rienda suelta por el camino fragoso de sus torpezas, olvidada de Dios, de su profesión y de todos los buenos respetos que á quien era debía. Mas no hay que maravillarse hiciese esto, dejada de la mano de Dios, pues, como dice san Agustín, más hay que espantarse de los pecados que deja de hacer el alma á quien desampara su divina misericordia, que de los que comete; que eso, dice David, vocean los demonios, enemigos de nuestra salvación, al hombre que llega á tal miseria, tomando ánimo por ello de perseguirle, y prometiéndose vencerle en todo género de vicios: *Deus dereliquit eum: persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat*. Continuaron su camino los ciegos amantes, con los justos miedos y sobresaltos que imaginar se pueden de quien anda en desgracia de Dios, algunos días, sin parar jamás hasta que llegaron á la gran ciudad de Lisboa, cabeza del ilustre reino de Portugal. Allí, pues, hizo don Gregorio una carta falsa de matrimonio, y alquilando una buena casa, compró sillas, tapices, bufetes, camas y estrado con almohadas para su da-

ma, con el demás ajuar necesario para moblar una honrada casa, comprando juntamente para el servicio della un negro y una negra; cargó, tras esto, de galas y joyas para adorno suyo y de su bella doña Luísa. Pasaron la vida muchos días, acudiendo en aquella ciudad á todo cuánto apetecían sus ciegos sentidos, como fuese de entretenimiento, disolución y fausto, sin perder fiestas, ni comedia, la gallarda forastera (que así la llamaban los portugueses) de cuántas en Lisboa se hacían. Paseaba también sus calles don Gregorio de día, ya con una gala y caballo, y ya con otro,

gozando sin escrúpulo ninguno de conciencia de aquella pobre apóstata perlada, olvidado totalmente de Dios y sin rastro de temor de su divina justicia; porque como dice el Espíritu Santo por boca de Salomón, lo que menos teme el malo cuando llega á lo último de su maldad, es á Dios. Dos años estuvieron en Lisboa los ciegos amantes, gastándolos en la vida más libre y deleitosa que imaginarse puede, pues todo fué galas, convites, fiestas, y sobre todo juegos, á que don Gregorio se dió sin moderación alguna.





CAPITULO XVIII

En que el ermitaño cuenta la baja que dieron los Felices Amante en Lisboa por la poca moderación que tuvieron en su trato.

Es infalible que se llegue al cabo de adonde se saca algo (como dice el refrán) y no se echa. Dígolo, señores, porque, como dieron tanta prisa las libertades de don Gregorio y sus juegos, y las galas de su doña Luísa y sus saraos, á desembolsar los dineros que habían traído de su tierra, sin que de ninguna parte, ni de ningún modo les viniese ganancia, comenzaron al cabo de los dos años dichos á echar de ver ambos se iban empobreciendo; y hiciéronlo tan por la posta, que en breve les fué forzoso vender las colgaduras y aun muchas ó todas las joyas de casa, tras lo cual vendió él tres ó cuatro caballos que tenía; pero remedióse poco con su venta, porque con el dinero que sacó della, codicioso de ganar ó picado de lo perdido, se fué á una casa de juego, do tras perderle todo, vino á perder hasta un famoso ferreruelo que traía, siéndole necesario detenerse hasta la noche sin volver á su casa, porque no le viesen los que le conocían, ir (como de hecho fué) en cuerpo por las calles; y llegando apesarado, corrido, pobre y sin capa á los ojos de su doña Luísa, que le aguardaba con harta necesidad, no tuvo ánimo la triste dama de reprenderle su inconsideración, temerosa de no darle materia para que la dejase ó hiciese alguna bajeza; antes consolándole, dió orden de que vendiesen los negros, como lo hicieron; pero acabáronse presto los dineros que sacaron dellos, parte con el gasto ordinario, y parte con los excesos del juego de don Gregorio, que eran grandes (quizá por permisión divina, para reducirlos á su conocimiento, mediante la necesidad), y llegaron al cabo á verse tales, que ni prenda que empeñar, ni pieza que vender tuvieron; con que el dueño de la casa, conociendo el peligro que corría la cobranza de sus alquileres, dió orden de ejecutarlos por ellos, si no le daban por seguro algún abonado fiador; fuéles imposible hallarle; y así, hubo el galán de rematar con los vestidos de su doña Luísa, á la cual viendo llorosa, desnuda, corrida y medio desesperada, dijo el pródigo mozo un día:



Valero

—Dadlos por pasados—replicó uno de los canónigos.

—No, señor—dijo Sancho;—gansos que ocupan veinte leguas de tierra, no pasan tan presto; y así resuélvase en que no pasaré adelante con mi cuento, ni lo puedo hacer con buena conciencia, hasta que los gansos no estén de uno en uno desotra parte del río en que no tardarán más que un par de años, cuando mucho.

Con esto se levantaron del suelo, riendo todos como unos locos, sino don Quijote, que le quiso dar á todos los diablos; pero apaciguáronle los de la compañía, después de lo cual se despidieron dél, diciéndole:

—Sírvase vuesa merced, señor caballero andante, de darnos licencia; que pues el sol, ya negándonos su luz por comunicarla á los antípodas, deja la tierra sin la molestia que su riguroso calor le causaba, razón será le mostremos en el caminar, por tener la jornada algo más larga que vuesa merced y su compañía, á la cual suplicamos nos mande y emplee en su servicio; que á todo acudiremos como pide la obligación en que nos ha puesto la merced recibida y la buena compañía que se nos ha hecho.

—Ese agradecimiento noble estimo yo en nombre destos señores, en lo que es razón—replicó don Quijote;—y por él y en nombre dellos rindo las debidas gracias, ofreciendo en servicio de vuestras mercedes cuánto nuestras fuerzas valieren; y acompañáramoslos todos con la prisa, aunque voy á la Corte por un forzoso desafío, si me igualaran los piés deste señor soldado, y reverendo ermitaño, con cuyo cansancio me acomodo, obligado de su buen término y mi natural piedad.

Despidiéronse en esto con mucha cortesía los unos de los otros, y don Quijote puso el freno á Rocinante, en que subido, comenzó á caminar con el ermitaño y soldado por diferente parte poco á poco, hacia un lugarejo donde tenían determinado quedarse aquella noche, yendo aguardando á Sancho, que se quedó enlambardando su rucio. Entre tanto que llegaban al pueblo, platicaron el ermitaño y el soldado sobre los referidos cuentos; y como eran agudos y estudiantes, pudieron fácilmente meterse en puntos de teología, y uno dellos fué admirándose del siniestro fin que tuvo Japelin, y el feliz don Gregorio y la Priora. En esto volvieron todos las cabezas, y más don Quijote, que con mucha atención les iba escuchando, y vieron á Sancho Panza, que venía muy repantigado sobre su asno. Llegándoseles cerca, dijo:

—Por la vida de Matusalén juro que, aunque murió muy buena muerte aquel don Gregorio, con todo, por el camino he venido pensando en cuán mal lo hizo en dejar á la pobre doña Luísa en Badajoz sola, y en las manos de aquellos fariseos que tan enamorados andaban della, con que le dió ocasión de ser peor de lo que era ya.

—¿No véis, Sancho—respondió el ermitaño—que todo fué permisión de Dios, el cual de muy grandes males suele sacar mayores bienes, y no permitiera aquellos, si no fuera por ocasionarse con ellos para mostrar su omnipotencia y misericordia en estos otros? que en fin, de lo mismo que el demonio traza para perdernos, toma nuestro buen Dios ocasión de ganarnos; que son el demonio y Dios como la araña y abeja, que de una misma flor saca la una ponzoña que mata, y la otra miel suave y dulce que regala y da vida.





CAPITULO XXII

Cómo, prosiguiendo su camino don Quijote con toda su compañía, toparon una extraña y peligrosa aventura en un bosque, la cual Sancho quiso ir á probar como buen escudero.

YENDO nuestro buen hidalgo caminando con toda su compañía y platicando de lo dicho, ya que llegaban á un cuarto de legua del pueblo do habían de hacer noche, oyeron en un pinar, á la mano derecha, una voz como de mujer afligida; y parándose todos, volvieron á escuchar lo que sería, y sintieron la misma voz lamentable, que decía:

—¡Ay de mí, la más dedichada mujer de cuántas hasta agora han nacido! ¿Y no habrá quien me socorra en esta tribulación, en que la fortuna, por mis grandes pecados, me ha puesto? ¡Ay de mí, que sin duda habré de perecer aquí esta noche, entre dientes, garras y colmillos de alguna de las muchas fieras que semejantes soledades suelen poblar! ¡Oh traidor perverso! ¿Y por qué me dejaste con vida, pues me fuera harto mejor que, con los filos de tu cruel espada, me cortaras el cuello, que no haberme dejado desta suerte con tanta inhumanidad? ¡Ay de mí!

Don Quijote, que semejantes razones oyó sin ver quien las decía, dijo á los compañeros:

—Señores, esta es una de las más extrañas y peligrosas aventuras que jamás he visto, ni probado desde que recibí el orden de caballería; porque este pinar es un bosque encantado, donde no se puede entrar sin grandísima dificultad, en medio del cual tiene el sabio Frestón, mi contrario antiguo, una cueva, y en ella muchos y muy notabilísimos caballeros y doncellas encantadas, entre los cuales, por saber que en ellos me hace singular agravio y sinsabor, ha traído presa á mi íntima amiga la sabia Urganda la Desconocida, y la tiene llena de cadenas, atada á una rueda de molino de aceite, la cual voltean dos ferocísimos demonios; y cada vez que la pobre sabia llega

abajo, y la coge la piedra por el cuerpo, da aquellas terribles voces: por tanto ¡oh clementísimos héroes! atender; que sólo á mi persona atañe y de juro pertenece probar esta insólita aventura, y libertar á la afligida sabia, ó morir en la demanda.

Cuando el ermitaño y Bracamonte oyeron semejantes dislates á don Quijote, y ponderaron los visajes y afectos con que lo decía, lo tuvieron totalmente por loco; pero con todo, disimulando este conceto que dél tenían, le dijeron:

—Mire vuesa merced, señor don Quijote, que por esta tierra no se usan encantamientos, ni este pinar está encantado, ni puede haber cosa de las que vuesa merced dice; y sólo se puede buenamente colegir de las voces que se oyen, que algunos salteadores habrán robado alguna mujer y dádola de puñaladas, la habrán dejado en medio deste pinar, y desto se debe de lamentar.

Á pesar de cuántos lo contradicen—replicó don Quijote—son las voces de la persona y por las causas que dicho tengo.

Viendo Sancho Panza lo que altercaban sobre decernir quién y por qué razón pronunciaba los confusos lamentos que oían, se llegó á su amo, muy repolludo en el rucio, y quitándose la caperuza, puesto en su presencia, le dijo:

—Ya los días pasados vió vuesa merced, mi señor don Quijote, saliendo de Zaragoza, cómo me las tuve tiasas con el señor Bracamonte, que está presente; y que si no fuera por vuesa merced y por el respeto que tuve á la venerable presencia deste señor ermitaño, no dejara de dar cima, tronco, ó cómo diablos lo llaman los caballeros andantes, á la aventura ó batalla que con él tuve, pero batalla en que se me dió por vencido; y así para que merezca venir á ser por mis pulgares, andando los tiempos, tenido por esos mundos, ínsulas y penínsulas por caballero andante, como vuesa merced lo es, y haga á cuántos topare tuertos y cojos, le pido desencarecidamente se esté aquí con estos señores; que yo iré quedito, subido en mi rucio, sin permitirle diga en el camino palabra buena, ni mala, á ver si es la que ahí dentro se queja la sabia Urganda, ó cómo se llama; y si cojo descuidado al bellaconazo del sabio que vuesa merced dice, verá cómo, después de haberle dado media docena de gentiles mojicones, se le traigo aquí agarrado de los cabezones; pero si acaso muriéremos en la demanda yo y mi fidelísimo jumento, suplico á vuesa merced, por amor del señor san Julián, abogado de los cazadores, que nos haga enterrar juntos en una sepultura; que pues en vida nos quisimos como si fuéramos hermanos de leche, bien es que en la muerte también lo seamos; y mándeme enterrar en los montes de Oca; y si por mi ventura fuere camino para llevarnos á ellos la Argamesilla de la Mancha, nuestro lugar, deténganos en ella siete días con sus noches, en honra y gloria de las siete cabrillas y de los siete sabios de Grecia; lo cual hecho, iremos alegres nuestro camino, habiendo empero almorzado primero lindamente.

Rióse don Quijote, diciendo:

—¡Oh Sancho, y qué grande necio que eres! Pues si te he de llevar muerto con tu rucio, ¿cómo quieres descansar siete días con sus noches en la Argamesilla, y después almorzar para ir adelante?

—Pardiez —replicó Sancho— que tiene razón; vuesa merced perdone; que no había caído en que iba muerto.

—Pues, Sancho —dijo entonces don Quijote;— porque veas que deseo tu aprovechamiento



en las aventuras, te doy plenaria licencia para que vayas y pruebes ésta, y ganes la honra della que se me debía; y me la quito para dártela, con fin de que comiences á ser caballero novel, prometiéndote que si le das, cual confío de tu brazo, á esta peligrosa hazaña que emprendes, en llegando á la española Corte, tengo de hacer con su católico monarca que, por fuerza ó por grado te dé el orden de caballería, para que, dejando el sayo y la caperuza, subas armado de todas piezas en un andaluz caballo, y vayas á justas y torneos, matando fieros gigantes y desagraviando opresos caballeros y tiranizadas princesas con los filos de tu espada, sin trepidar los soberbios gigantes y fieros grifos que te hicieren resistencia.

—Señor don Quijote — dijo Sancho — déjeme á mí; que á cachetes haré yo más en un día, que otros en una hora; y si puedo poner un poco de tierra en medio, como haya abundancia de guijarros, quedará la vitoria por mía, y muertos todos los gigantes, aunque tope un cahiz de ellos; y con esto, adios; que voy á ver en qué pára esta aventura; mas déme primero su bendición.

Don Quijote le santiguó, diciendo:

—Déte Dios en este trance y semejantes lides la ventura y acierto que tuvieron Josué, Gedeón, Sansón, David y el santo Macabeo contra sus contrarios, por serlo de Dios y de su pueblo.

Comenzó luégo Sancho á caminar; y andados cuatro pasos, volvió á su amo, diciendo:



—Mire vuesa merced, señor, que si acaso diere voces, viéndome en algún peligro, que acuda luégo, y no demos que reir al mal ladrón, pues podría vuesa merced llegar tan tarde, que ya Sancho hubiese llevado, cuando llegase, media docena de mazadas de gigantes.

—Anda, Sancho — dijo don Quijote — y no tengas miedo; que yo acudiré á tiempo.

Con esto se fué; y apenas hubo andado otros seis pasos, cuando volvió, diciendo:

—Y mire vuesa merced, tome esto por seña de que me va mal con este sabio, que encomendado sea á las furias infernales: que cuando yo diga dos veces ¡ay, ay! venga como un pensamiento; porque será señal infalible de ya me tiene en tierra, atado de piés y manos, para quitarme el peliejo, como un san Bartolomé.

—No harás cosa buena — dijo don Quijote — pues tanto temor tienes.

—Pues, ¡pesia á la madre que me parió! — dijo Sancho — estáse vuestra merced arrellenado en su caballo, y esotros dos señores riéndose, como si fuese cosa de burla el irme yo triste á meter solo entre millones de gigantes, más grandes que la torre de Babilonia, ¡y no quiere que tema! Yo le aseguro que si alguno de sus mercedes viniera, hiciera peor: ¡cuerpo non de Dios con ellos, y aun con la perra que me hizo pedir tal licencia, ni tratar de meterme en estos ruidos, y buscar perro con cencerro!

que me traiga la cabeza
de aquel moro renegado
que, delante de mis ojos,
ha muerto cuatro cristianos.

Fablad, fablad; non estedes mudos; que quiero ver si en esta plaza se topa entre vosotros home que, teniendo sangre en el ojo, sepa volver por su dama, contra la grande fermosura de la reina Cenobia que conmigo traigo, la cual por si sola es bastante, como yo sé por luenga experiencia, á daros bien que hacer á todos juntos y á cada uno por si; por tanto dadme luego la respuesta, que uno solo soy y manchego, que para cuantos sois basta.

El Corregidor y cuantos con él estaban, que semejantes razones oyeron decir á don Quijote, no sabían á qué las atribuir, ni qué responderle á ellas. Mas quiso Dios que, estando en esta confusión, llegasen á la plaza dos hidalgos mancebos de la ciudad, y viendo el estado y corrillo que hacían al hombre armado toda aquella gente y el Corregidor, llegándose á ellos; el uno le dijo.

—Han de saber vuestas mercedes que el armado que miran, há dias que me causó la misma admiración que á todos les causa; porque habrá como un mes, poco más ó menos, que pasó por aquí con el mismo traje que le ven, y posó en el mesón del Sol, do viéndole yo, y aquí el señor don Alonso, á la puerta, llegamos á hablarle, y de sus palabras colegimos que es loco ó falta de juicio; porque él nos dijo tantos dislates, y con tales afectos y visajes, ya del imperio de Trapisonda, ya de la infanta Micomicona, ya de las inmensas heridas que en diferentes batallas había recebido, y de quien había salido curado por el milagroso bálsamo de Fierabrás, que jamás le podimos acabar de entender; pero informándonos de un labrador harto simple que traía consigo, y él le llamaba su escudero, nos dijo cómo su amo era de un lugar de la Mancha, hidalgo muy honrado y rico y muy amigo de leer libros de caballerías, y por imitar los antiguos caballeros andantes, había dos años que andaba de aquella manera; y con esto nos contó muchas cosas que le habían sucedido á él y á su amo en la Mancha y Sierra-Morena; de lo cual quedamos maravillados, sin saber á qué poderlo atribuir, sino sólo á que el triste se habría desvanecido leyendo libros de caballerías, teniéndolos por auténticos y verdaderos; así que, de cuánto aquí dijere no hagan vuestas mercedes caso; antes, si quieren gustar dél, preguntémosle algo, y verán cómo habla con tal reposo, que parece algún gran príncipe de los antiguos; y lea vuesa merced, señor Corregidor, las letras que trae en la adarga, que son tan ridículas, que confirman bastantemente cuanto he dicho.

Oyendo esto el Corregidor, volvió la cabeza, y llamando á un alguacil, le mandó fuese volando á la cárcel, y que, sacando della y de las prisiones en que estaba aquel labrador que poco há había llevado á ella por su orden, se lo trajese suelto á su presencia; y volviéndose á don Quijote, que estaba aguardando la respuesta lleno de coraje, le dijo:

—Señor caballero, yo el emperador y todos estos duques, condes y marqueses que conmigo están, agradecemos mucho á vuesa merced su buena venida á esta corte, pues merecemos tener en ella hoy la flor de la caballería manchega y el desfacedor de los agravios del mundo: por tanto, respondiendo á la su demanda, decimos: que ninguno se atreve á entrar en batalla con vuesa merced, porque su valor es conocido y su nombre es manifiesto en este imperio, como lo es en todos los del universo; y así nos damos por vencidos y confesamos la hermosura desa señora reina que dice. Sólo pedimos á la su merced sea servido de nos la hacer, quedándose en esta Corte quince ó veinte dias, en los cuales toda ella le servirá y regalará, no conforme vuesa merced merece, sino según nuestra posibilidad permitiere; y tenga vuesa merced por bien que yo y todos estos príncipes vamos á ver, á su casa, á esa señora reina, para que, mereciendo besarle las manos, le ofrezcamos nuestras vidas y haciendas.



Don Quijote le respondió:

—Señor emperador, de hombres sabios y discretos es arrimarse siempre al mejor y más sano consejo; y así, vuestras mercedes, como tales, reconociendo el valor de mi persona, la fuerza de mi brazo y la razón que llevo en defender la grandísima ferrosura de la reina Cenobia, han dado en la cuenta y caído en el punto de la verdad; no como otros fieros jayanes, que, fiándose del furor de sus indómitos corazones y de las fuerzas de sus brazos y de los filos de sus cortadoras espadas, han presumido, como locos, entrar en batalla conmigo; pero ellos han llevado, y llevarán cuantos los imitaren, el justo pago que merecieron sus sandeces y locas arrogancias: por tanto, respondiendo



á lo que vuestra serenidad y esos potentados me piden, de que les honre, con mi persona, esta Corte por quince días, digo que no lo puedo hacer por agora de ninguna manera, porque tengo aplazada una fiera batalla para la Corte del rey Católico, contra el arrogante y membrudo gigante Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, y se acerca el plazo della; pero en acabándola, doy palabra á todas vuestras altezas que, no estorbándolo otra alguna importante y nueva aventura, como suele suceder muchas veces, volveré á visitarles y á ennoblecer este grandioso imperio, con mi persona.

Estando en estas pláticas, llegó el alguacil con el bueno de Sancho, el cual, como viese á don Quijote en medio de tanta gente, se llegó á él, diciendo:

—¡Ah señor don Quijote! ¿no sabe ¡cuerpo non de Dios! como vengo de pasar una de las más terribilísimas aventuras que el Preste Juan de las Indias, ni el rey Cuelo de Antiopía, ni cuántos caballeros andantes se crían en toda la andantesca provincia, pueden haber pasa-

do? Ello es verdad que unos estantiguos ó picaranzones, que estaban allí presos, me han hurtado la bolsa por arte de encantamiento, y echado por el pescuezo abajo, invisiblemente, más de setecientos mil millones de piojos; pero á fe que quedan buenos, pues los dejo acomodados como ellos merecen, para que otros tales no se atrevan á tal, de aquí adelante, con escuderos tan andantes y de estofa como yo, sino que tomen ejemplo, y viendo la barba de su amigo remojar, echen la suya á quemar.

—¡Oh mi Sancho!—dijo don Quijote:—¿qué has habido y qué te ha sucedido con esos malandrines y ladrones que dices? Cuéntamelo, con el castigo que les has dado. ¿Disteles acaso á todos de palos?

—Peor—dijo Sancho.

—¿Cortásteles las cabezas?

—Peor—respondió él.

—¿Partístelos por medio?

—Peor hice—respondió.

—¿Hiciste sus carnes tajadas muy pequeñas, para echarlas á las aves del cielo?

—Peor—replicó Sancho.

—Pues ¿qué castigo—dijo don Quijote—les diste?

—El castigo—añadió Sancho—que les di (¡ah pobres dellos, y cuáles quedan!), que comenzamos á jugar al ¿qué es cosa y cosa? y cuando hubieron dicho todos, les pregunté yo: ¿Qué es cosa y cosa que parece burro en pelo, cabeza, orejas, dientes, cola, manos y pies, y lo que más es, hasta en la voz, y realmente no lo es? Y no me supieron jamás decir que era la burra. ¡Mire vuestra merced

si les paré buenos, pues de corridos quedan hechos unas monas, sin saber qué les ha sucedido! Y aun si no me llamara tan por la posta aquí el señor alguacil, yo les dejara como nuevos, con otra pescuda que tenía ya en el pico de la lengua.

Riéronse todos los que la simpleza de Sancho oyeron; pero don Quijote, sin hacer caso della, haciéndoles señas con las manos, les dijo que cuántos quisiesen ver y besar las hermosísimas manos de la reina Cenobia, se fuesen tras él. Hiciéronlo todos así, yendo siempre por el camino el Corregidor hablando con Sancho, y riendo mucho de las boberías que decía. Llegaron pues al mesón del Sol, y entrando delante don Quijote, bajó de Rocinante, y llamando á Bárbara por su nombre de invictísima reina Cenobia, salió luego ella de la cocina, donde estaba, con una capa vieja del huésped por saya; porque, como arriba queda dicho, había quedado la pobre en el bosque en camisa, y faltábale el reparo que le había hecho el manto del ermitaño, y después el de la ropa vieja de la mujer del mesonero, que hasta allí la había traído. Apenas la vió don Quijote, cuando con grande mesura le dijo:

—Estos príncipes, soberana señora, quieren besar las manos á vuesa alteza,

Y entrándose tras esto con Sancho en la caballeriza para hacer desensillar y dar de comer á Rocinante, salió ella á la puerta del mesón, con la figura siguiente: descabellada, con la madeja medio castaña y medio cana, llena de liendres y algo corta; por detrás, la capa del huésped, que dijimos, traía atada por la cintura, en lugar del faldellín; era viejísima y llena de agujeros, y sobre todo tan corta, que descubría media pierna y vara y media de pies llenos de polvo, metidos en unas rotas alpargatas, por cuyas puntas sacaban razonable pedazo de uñas sus dedos; los pechos que descubría entre la sucia camisa y faldellín dicho, eran negros y arrugados, pero tan largos y flacos, que le colgaban dos palmos; la cara trasudada y no poco sucia del polvo del camino y tizne de la cocina, de do salía; y heroseaba tan bello rostro el apacible lunar de la cuchillada que se le atravesaba: en fin, estaba tal que sólo podía agrandar á un galeote de cuarenta años de buena boya. Apenas hubo salido de la puerta, obligada de las voces de su bienhechor don Quijote, cuando, viendo en ella al Corregidor, caballeros y aguaciles que le acompañaban, quedó tan corrida, que se quiso volver á entrar; mas detúvola el Corregidor diciéndole, disimulando cuánto pudo la risa que le causó el verla:

—¿Sois vos, acaso, la hermosa reina Cenobia, cuya singular hermosura defiende el señor Quijote el manchego? Porque si sois vos, él anda muy necio en esta demanda, pues con sola vuestra figura podéis defenderos, no digo de todo el mundo, pero aun del infierno; que esa cara de *requiem* y talle luciferino, con ese rasguño que le amplifica, y esa boca tan poco ocupada de dientes, cuanto bastante para servir de postigo de muladar á cualquier honrada ciudad, y esos pechos carilargos, adornados de las pocas y pobres galas que os cubren, descubren que más parecéis criada de Proserpina, reina del estigio lago, que persona humana, cuanto menos reina.

Turbada la triste Bárbara de oírle, y sospechando que la querría llevar á la cárcel, porque acaso había sabido el mal trato de hechicera que, como abajo diremos, había usado en Alcalá, le respondió llorando:

—Yo, mi señor Corregidor, no soy reina, ni princesa, como este loco de don Quijote me llama, sino una pobre mujer natural de Alcalá de Henares, llamada Bárbara, que siendo engañada por un estudiante, me sacó de mi casa, y á seis ó siete leguas de Sigüenza me dejó desnuda y desbalijada como estoy, atada de pies y manos á un árbol, y me llevó cuanto tenía. Quiso Dios que, estando en tal conflicto, pasaron por junto de aquel pinar este don Quijote y el labrador que le sirve de escudero, y me desataron, trayéndome consigo y prometiéndome volver á mi tierra.

Como el Corregidor le oyó decir que era de Alcalá, llamó á un pajecillo suyo que detrás dél estaba, y dijo á Bárbara:

—¿Véis aquí este muchacho, que ha venido de allá no há un mes?

El paje, mirándola bien, la conoció, y dijo:



—¡Válate el diablo, Bárbara de la cuchillada! ¿y quién te ha traído á Sigüenza?

Su amo le preguntó si la conocía, y él respondió que sí, y que era mondonguera en la calle de los Bodegones de Alcalá, con fama de harto espesa, y que había dos meses que la habían puesto á la puerta de la Iglesia de San Yuste en una escalera, con una coroza, por alcahueta y hechicera; y que se decía por Alcalá sabía bravamente de revender doncellas destrozadas por enteras, mejor que Celestina. Como ella oyó lo que el paje decía, y vió que se reían todos, le respondió con mucha cólera, diciendo:

—¡Por el siglo de mi madre, que miente el pícaro desvergonzado! que si me pusieron en la escalera, como dice, fué por envidia de unas bellacas vecinas que yo tenía; cuanto y más que por hacer bien á ciertos amigos que me lo rogaron, me vino todo ese mal. Pero á fe que no podrán decir de mí otra cosa, pues no estuve allí por ladrona, como otras que sacan á azotar cada día por esas calles; ¡por hacer bien; sea Dios alabado!

Y comenzó á llorar tras esto, al compás de los demás á reír. Salió luego don Quijote; y como la

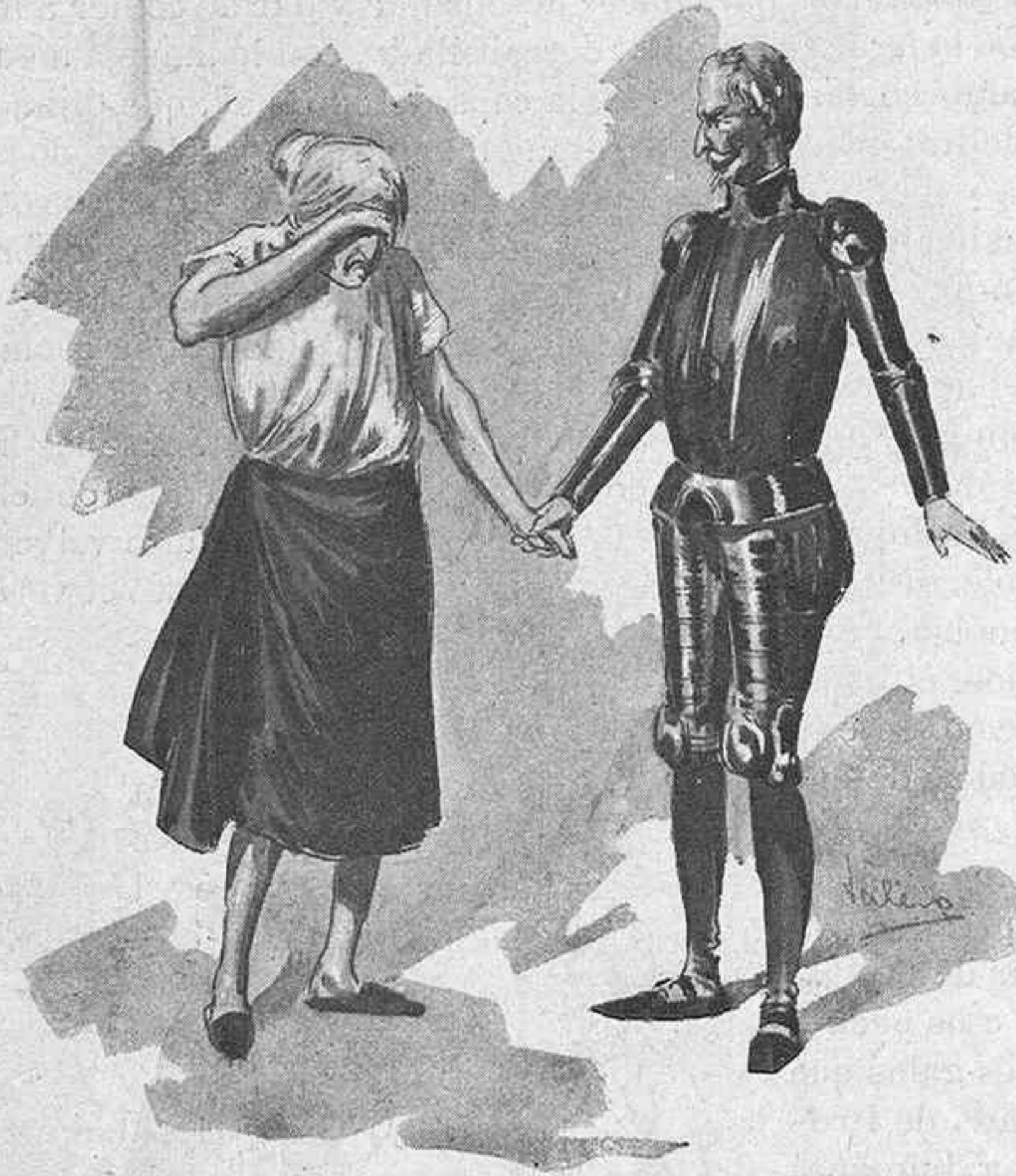
vió llorando de aquella manera, la asió de la mano, diciéndola:

—Non vos cuitedes, fermosísima é poderosa reina Cenobia; que asaz sería yo mal andante caballero, si non vos ficiese tan bien vengada de las sandeces de aquel estudiante y de las alevosías que vos han fecho, que podáis decir sin reproche, que si sois fermosa fembra, que también el caballero que desfizo tal tuerto es uno de los mejores del mundo.

Y volviéndose al Corregidor y á los que con él venían, les dijo:

—Soberanos príncipes, yo me parto mañana para la Corte; si por algún tiempo, como suele suceder, algún caballero tártaro ó rey tirano viniere á quereros perturbar la paz, cercando con su fuerte ejército esta vuestra imperial ciudad, y llegare á teneros tan apretados y puestos en tal extremo, que os viéredes compelidos, por la grandísima hambre y falta de bastimentos en duro cerco, á comer los hombres, los caballos, jumentos, perros y ratones, y las mujeres sus amados hijos, en-

viadme á llamar do quiera que estuviere; que os juro y prometo, por el orden de caballería que recibí, de venir solo y armado como veis, y entrar por el campo del pagano, de noche, haciendo, en dos ó tres dellas, en él una espantosisima riza, pasando en la última dellas, á fuerza de mi brazo, por medio de todo el ejército del contrario, y entrando, á pesar de sus centinelas, escaramuzas y armas, en la ciudad, de la cual luego saldréis todos con mucha alegría, al son de una suave música, á recibirme, acompañados de muchas hachas, y estando las ventanas llenas de luminarias y de asombrados serafines de mi valor, más hermosos todos que las tres bellas damas que vió desnudas el venturoso Paris en el monte Ida, siendo imposible contener sus regaladas voces y dejar de decirme: ¡Bien venga el valentísimo caballero!—Y porque no sé si será entonces mi apellido del Sol, ó de los Fuegos, ó de la Ardiente Espada, ó del Escudo Encantado, no aseguro el que me darán; pero sin duda sé que, al que me dieren, añadirán: Bien venga el deseado de las damas, el Febo de la discreción, el norte de los galanes, el azote de nuestros enemigos, el libertador de nuestra patria y, finalmente, la fortaleza de nuestros muros.—Tras lo cual me llevará el rey á su real casa, do regalándome él y sirviéndome sus grandes, y sobre todo, recuestándome importunamente su hija, única en sucesión y más en beldad y prudencia; dando ejemplo al mundo, y á los caballeros andantes que en él me sucedieren, de continencia, cortesía y fuerzas, emplearé las mías en atropellar los nupciales deleites que toda la Corte y la misma infanta me ofrecerán, obligado de algún benévolo planeta que para mayores y más grandiosas empresas me llamará, en gloria de los dichosos coronistas, y



me coma, mande vuesa merced dejarme ir á despedirme de Mari-Gutiérrez, mi mujer, que es colérica, y si sabe que vuesa merced me ha comido sin que yo me haya despedido della, me terná por un grandísimo descuidado, y no podré después verle una buena cara; basta, que le prometo bien y verdaderamente no volver aquí para el día en que vuesa merced mandare; y plegue á Dios, si faltare, que esta caperuza me falte á la hora de la muerte, que es cuando más la habré menester.

—Amigo—respondió el autor—no hay remedio de ese negocio.

Y levantando la voz, dijo:

—¡Hola! ¿á quién digo? Criados, traedme luego aquí aquel asador de tres púas, en que suelo espetar los hombres enteros, y asadme al punto á este labrador.

El pobre Sancho, que tal oyó decir, volvió la cabeza y vió á Bárbara, que estaba hablando con uno de los representantes, lleno de risa y dijola, con increíble dolor de su ánima:

—¡Ay, señora reina Segovia! ¡Comasión del pobre de Sancho, su leal lacayo y servidor, y mire la tribulación en que está puesto! Y pues es tan impotente, ruegue á ese señor moro que me eche á aquellas partes en que más de mí se sirva; sólo no me mate.

Entonces llegó Bárbara, diciendo:

—Suplico á vuesa merced, poderosísimo señor alcaide y noble castellano deste alcázar, remita por amor de mí esta vez á Sancho vida y miembros; que le debo buenos servicios, y salgo por fiadora de su enmienda, obligando, si no lo hiciera, todos sus bienes muebles y raíces, habidos y por haber, al castigo que ordenare vuesa merced darle.

Respondióle el autor, con gran boato y fingida cólera:

—Vuesa merced, señora reina de la calle de los Bodegones de Alcalá, me perdone; que de ninguna manera puedo dejar de acabar con este villano, si no es que, volviéndose moro, siguiese el Alcorán de nuestro Mahoma.

—Digo—respondió Sancho—señor turco, que creo en cuantos Mahomas hay de levante á poniente, y en su Alcorán, de la suerte y como vuesa merced lo manda, y como lo permite y consiente nuestra madre la Iglesia, por quien daré la vida y ánima y cuanto puedo decir.

—Pues es menester—dijo el autor—que con un cuchillo muy agudo os cortemos un poco del pluscuamperfecto.

Respondió Sancho:

—¿Qué pluscuam, señor, es ese que dice? que yo no entiendo esas algarabias.

—Digo—replicó el autor—que para que seais buen turco, es menester primero, con un cuchillo bien afilado, retajaros.

Volvió en esto la cabeza hacia atrás, por no poder disimular la risa que le causó la simplicidad de Sancho; y disimulando cuanto pudo, le dijo, al cabo de rato:

—Levantaos, señor moro nuevo, dad acá la mano, y mirad que de aquí adelante habéis de hablar algarabía, como yo; que presto subiréis á arraez, aljaquí y á gran baján.

—Pardiez, señor—dijo Sancho—que aunque me hagan rebadán, querría más llegar primero á mi lugar á dar cuenta de mí á dos bueyes que tengo en casa, seis ovejas, dos cabras, ocho gallinas y un porquete, y á despedirme de Mari-Gutiérrez en lengua moruna, y á decirle cómo me he vuelto ya turco; que quizás ella también se querrá tornar turca; pero hallo un inconveniente en si lo quisiere hacer, y es que no sé de dónde la podremos retajar, porque no tiene debajo del cielo de dónde.

Respondió el autor, diciendo:

—Eso no importa nada, porque ya la cortaremos el dedo pulgar de la mano derecha, y esto bastará.



—A fe—dijo Sancho—que ha dicho muy bien, porque ese dedo no le hará á ella la falta que me hará á mí lo que me quiere cortar; que en efecto es muy mala hilandera; mas, con todo, he pensado de do será mejor circundarla, porque no le quite el dedo que dice; que todavía es bueno tenga cinco dedos en la mano, como Dios manda en las obras de misericordia.

—¿De dónde, pues—preguntó el autor—la circuncidaremos?

—De la lengua—respondió Sancho,—porque la tiene más larga que la del gigante Golias, y es la mayor parlera y responenta que hay en todas las parlerías y tierras de papagayos.

Con esto se volvieron á la puerta de la venta, adonde tenían al buen hidalgo don Quijote los mosos del hato, sentado en una silla, desarmado y asido de suerte, que no le dejaban menear; á viéndole el autor, dijo á Sancho:

—Hermano, ya veis cómo está vuestro amo; es menester que le digáis cómo ya sois moro, y le persuadáis á que también él lo sea, si quiere librarse de la tribulación en que está puesto, porque, si no, dentro de dos horas nos le comeremos asado, en el asador en que pensábamos asaros á vos.

—Déjeme vuesa merced á mí —dijo,—que yo le haré tornar moro por la posta.

Púsose delante de don Quijote el autor, diciéndole:

—¿Qué es, caballero? ¿Cómo se va? Al fin habéis venido á parar en mis manos, de donde primero que salgais, habéis de tener las barbas tan largas, que os arrastren por el suelo, y las uñas de pies y manos tan grandes, como unos colmillos de elefante; tras que os veréis comido de ratones, lagartos, chinches, piojos, pulgas, moscas, mosquitos, tábanos y otras asquerosas sabandijas, y maniatado con una gruesísima cadena en una lóbrega cárcel, con otros de vuestro jaez, que allí están con grillos á los pies y esposas en las manos, hasta que acaben sus tristes y desventuradas vidas.

Don Quijote le respondió, diciendo:

—No pienses ¡oh sabio contrario mío! que tus locas y vanas palabras y perjudiciales obras

han de ser bastantes á hacerme quebrar un punto lo que debo guardar como verdadero caballero andante, ni amedrentarme en el debido sufrimiento á los vecinos trabajos y tribulaciones que me amenazan, pues estoy cierto que, por discurso de tiempo, y al cabo, cuando mucho, de setecientos años, he de quedar libre deste tu cruel encantamiento, en que contra toda ley y razón, por sólo tu gusto, me tienes puesto; y no desespero ¡oh inhumano encantador! de que antes del dicho plazo algún príncipe griego novel me saque de aquí, pues uno habrá que saldrá de Constantinopla de noche, sin despedirse de nadie de la Corte y sin que lo sepan sus padres, espoleado de su honor, y alentado con el consejo de un grande y sapientísimo mago, amigo suyo; y después de haber pasado grandísimos trabajos y peligros, y haber ganado mucha honra por todos los reinos y provincias del universo, llegará aquí á este fortísimo castillo, y matando los fieros gigantes que por prevención tuya su entrada defiendan como guardas della y de la puente levadiza que le fortifica, matará también á los dos rapantes grifos, inhumanos porteros de su primera puerta; y entrando en el primer patio, y no sintiendo rumor, ni viendo persona que se le oponga, se sentará, de cansado, en el suelo un rato, y luego oirá una furiosa voz que, sin saber quién la pronuncia, le dirá:—Levántate, príncipe griego; que en aciaga hora y para tu daño entraste en este castillo;—y apenas habrá acabado de decillo, cuando saldrá un ferocísimo dragón echando fuego por la boca y ponzoña por los ojos, con las uñas



crecidas más que dagas vizcaínas, y con una cola tau aguda y larga como un acicalado montante, con la cual todo cuanto encontrare echará por el suelo; pero matándole el dicho príncipe, ayudado de su favorable y benévolo sabio con invencibles socorros, se deshará á la postre todo este encantamiento; y entrando victorioso otra puerta más adentro, se hallará en un apacible jardín lleno de varias flores, poblado de amenísimos, fructíferos y aromáticos árboles, cuyas copas poblarán cisnes, calandrias, ruiseñores y mil otras diferencias de jucundísimas aves, fertilizándole mil arroyos, dificultosas de discernir sus aguas si son de cristal ó leche; en medio del cual se le aparecerá una hermosísima ninfa, vestida de una rozagante ropa sembrada de carbunclos, diamantes, esmeraldas, rubies, topacios y amatistas; el cual, dándole con rostro benévolo con la una mano un manojo de llaves de oro, y poniéndole con la otra en la cabeza una guirnalda de agno casto y amaranto, desaparecerá tras una celestial música; y luego dicho príncipe con las llaves de oro llegará á abrir las mazmorras, dando libertad jucundísima á todos los presos y presas dellas, y á mí el postrero, pidiéndome por merced le arme por mis manos caballero andante y le admita por inseparable compañero; lo cual, concediéndoselo yo todo, obligado de su hermosura, discreción y esfuerzo, iremos por el mundo después innumerables años juntos, dando fin y cima á cuántas aventuras se nos ofrecieren.





CAPÍTULO XXVII

Donde se prosiguen los sucesos de don Quijote con los representantes.

ADMIRADOS quedaron, en suma grado, los comediantes, de ver el extraño género de locura de don Quijote, y los disparates que ensartaba; pero Sancho, que había estado escuchando detrás del autor todo lo que su amo había dicho, le dijo:

—Pues, señor Desamorado, ¿cómo va? Acá estamos todos por la gracia de Dios.

—¡Oh Sancho!—dijo don Quijote—¿Qué haces? ¿Hate hecho algún mal este nuestro enemigo?

—Ninguno—respondió Sancho;—si bien es verdad que me he visto ya casi con un asador en el rabo, en que quería este señor moro asarme para comerme; pero hame perdonado, por ver me he tornado moro.

—¿Qué dices, Sancho?—dijo don Quijote—¡Moro te has tornado! ¿Es posible que tan gran necesidad has hecho?

—Pues pesia á las barbas del sacristán del Argamesilla—respondió Sancho—¿no fuera peor que me comiera, y que después no pudiera ser moro, ni cristiano? Calle; que yo me entiendo; escapemos una vez de aquí; que luego después verá lo que pasa.

Entonces el autor, apiadándose de las congojas y trasudores en que veía á don Quijote, cansados ya de reir los estudiantes, Bárbara y toda la compañía, dijo:

—Ahora sús, señor caballero, no es ya tiempo de más disimular, ni de traer encubierto lo que es razón que se descubra; y así habéis de saber, señor don Quijote, que yo no soy el sabio vuestro contrario, de ninguna manera; antes soy un grande y fiel amigo vuestro, y cual tal siempre y en todas partes he mirado y miro por vuestros negocios, mejor que vos propio, y agora, por probar vuestra prudencia y sufrimiento, he hecho todo lo que habéis visto: por tanto, déjenle todos luego, y huelgue y repose en este mi castillo todo el tiempo que le pareciere; que para tales príncipes y caballeros como él le tengo yo aparejado; y dadme ¡oh famosísimo caballero andante! un abrazo; que aquí estoy para serviros, y para no haceros daño alguno, como pensaste, y advertid que al venir aquí vos y la gran reina Cenobia ha sido todo guiado por mí gran saber, porque os importa infinito á vos y á

vuestros servidores lleguéis á la gran Corte del rey Católico, en la cual os aguardan por momentos un millón de príncipes, y de do habeis de salir con grande aplauso y vitoria.

Soltáronle en eso los mozos, y el autor le abrazó, y con él los compañeros hicieron lo mismo. Cuando don Quijote se vió suelto, asombrado de cómo él le tenía por nigromántico, y lo que le había dicho, teniéndolo todo por verdad, se levantó, y abiertos los brazos, se fué para él, diciendo:

—Ya yo me maravillaba ¡oh sabio amigo! que en tan grande trabajo y tribulación, como en la que agora me había puesto, dejádes de favorecerme con vuestra prudentísima persona y eficaces ardides; dadme esos brazos, y tomad los míos, desmembradores de robustos gigantes, y verdugos expertos de enemigos vuestros y míos.

Con esto todos le volvieron á abrazar con nuevas muestras de alegría, y llegándose la mujer del autor á ver el rostro de aquel loco, á quien todos abrazaban, le dijo, considerada su ridícula figura:

—Señor caballero, yo soy hija de aqueste grande sabio su amigo; mire vuesa merced que, si en algún tiempo hubiere menester su favor, ó si algún gigante ó mago me llevare encantada, que no deje de favorecerme en todo caso; que aquí mi padre se lo pagará.

—Y aun—dijo otra de las representantes, que estaba aparte riendo—le dejará entrar de balde en la comedia, con sólo medio real que le ponga en la mano.

Respondió don Quijote:

—No es menester, soberana señora, encargarme á mí lo que á vuestro servicio toca, teniendo yo tantas obligaciones á vuestro sabio padre; pero creedme, que aunque todo el universo se conjurase contra vuestra beldad, y todos cuantos sabios y magos nacen en Egipto viniesen á España para tocaros en un sólo pelo de la cabeza, que yo sólo, dejado el gran poder de vuestro padre, bastaría, no sólo para defenderos y sacaros á pesar suyo de sus manos, sino para poner en las vuestras sus alevosas y falsas cabezas.

En esto le llamó el autor diciendo:

—Señor caballero, ya la cena está aparejada y las mesas puestas; y así vuesa merced se sirva de venírnosla á honrar en compañía mía y destes señores, porque después tenemos que hacer un negocio de importancia.

Esto dijo, porque pensaban ensayar en cenando una comedia que habían estudiado para Alcalá y la Corte. Estaba Sancho maravillado de ver á su amo libre de aquella prisión, y tan alegre, que llegándose al autor le dijo:

—¡Ah señor sabio! esto de tornarme yo moro, ya que su merced nos ha dado á conocer su valor, ¿ha de pasar adelante? porque en Dios y en mi conciencia me parece que no lo puedo ser de ninguna manera.

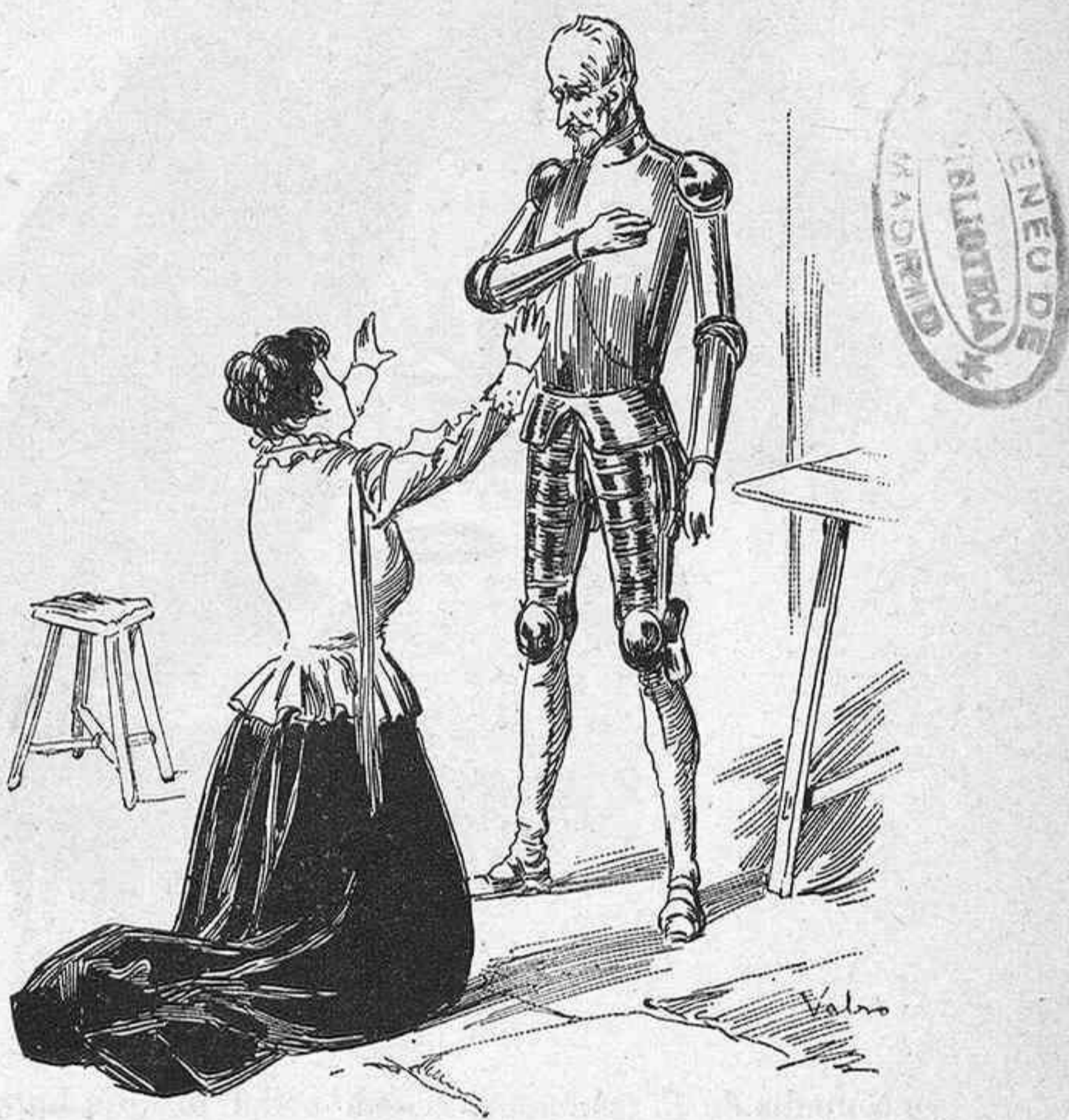
Respondióle el autor diciendo:

—¿Pues por qué no lo podéis ser?

—Porque quebrantaré—dijo él—cada día la ley de Mahoma, que manda no comer tocino, ni beber vino; y soy tan bellaco guardador deso, que en viéndolo á mano, no dejaré de comer y beber dello si me aspan.

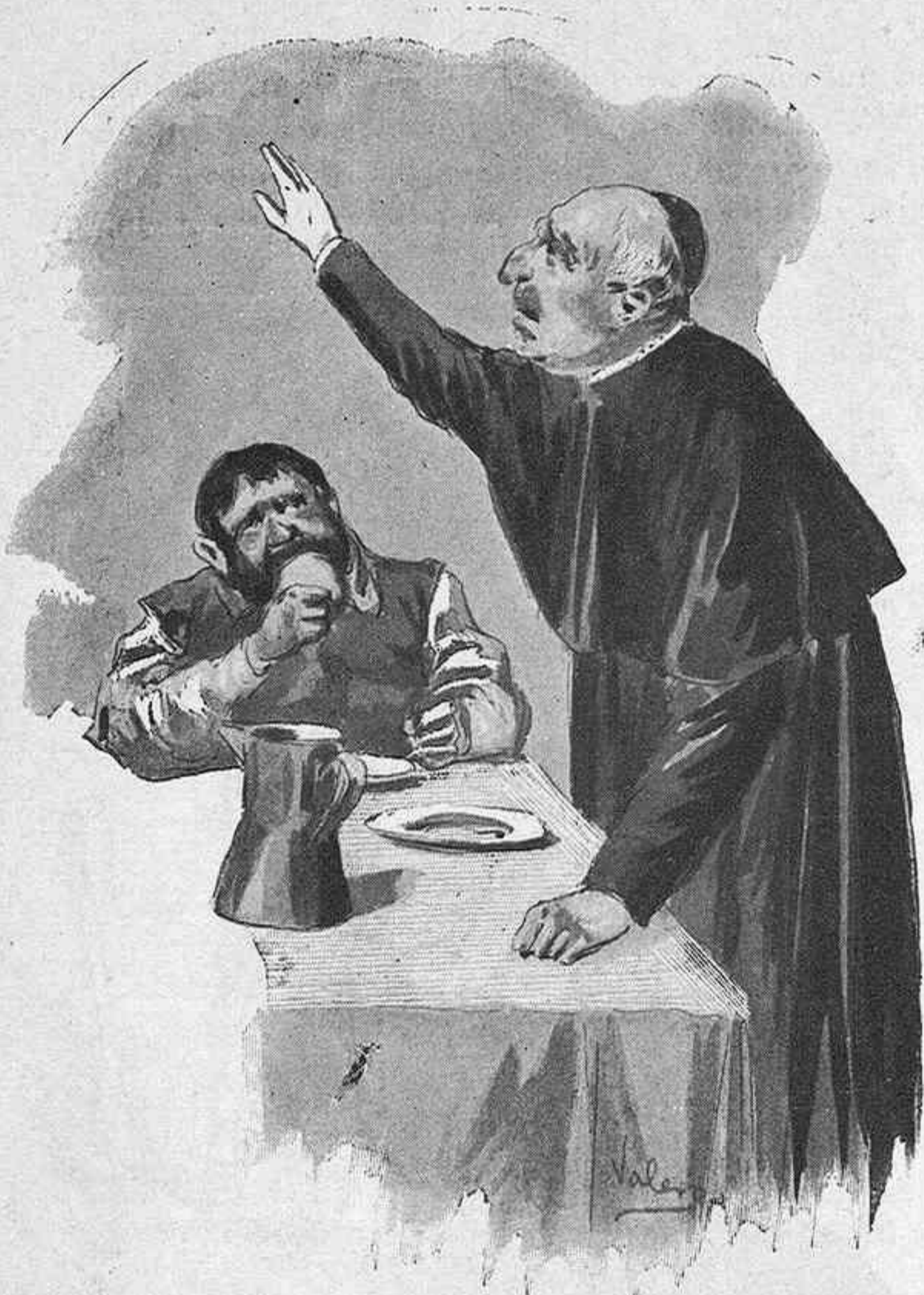
A esto respondió un clérigo que acaso se halló en la venta:

—Si vuesa merced, señor Sancho, ha prometido á este sabio mago volverse moro, no se le dé nada de la promesa, pues yo, en virtud de la bula de composición, le absuelvo della como de lo hecho; y lo puedo hacer en su virtud, con sólo darle de penitencia que no coma, ni beba en tres días enteros; y advierta que con sólo cumplir esta leve penitencia se quedará tan cristiano, como antes se estaba.



—Eso, señor licenciado, no me lo mande—respondió Sancho—pues no digo tres días, pero aun tres horas no me atrevería á cumplir esa penitencia, aunque supiese que me habian de quemar, no haciéndolo; lo que vuesa merced me puede recetar, si le parece, es que no duerma con los ojos abiertos, ni beba con los dientes cerrados, ni traiga el sayo bajo la camisa, ni haga mis necesidades atacado. Estas cosas, aunque tienen su dificultad, yo le doy palabra de cumplillas, en Dios y mi conciencia.

Llegaron tras estas razones á sentarse á cenar á la mesa; y antes de hacello, estando todos alre-



dor della en pie y quitados los sombreros, comenzó el clérigo á echar la bendición en latin, y comenzaron á cenar; y dijo el autor:

—Sepan vuestas mercedes, señores, que la causa por que Sancho no se quitó la caperuza á la bendición, es porque aun le han quedado las reliquias de cuando era moro, si bien es verdad que aun está por retajar y circuncidar; pero he dilatado el hacello, porque lleno de lágrimas me rogó denantes que le retajase, si era forzoso hacello, de la caperuza, y no de la parte en que de ordinario se ejecuta la circuncisión, por ser esa la de que su mujer estaba más celosa, y de quien le pedía más cuenta.

Y tras esto fué contando todo lo que con él le había sucedido; y acabando de hacello con la cena, levantados ya los manteles, prosiguió volviéndose á don Quijote, y diciéndole cómo para hacerle fiesta en aquel su castillo había mandado hacer una comedia, en la cual entraba también él, y la que le dijo que era su hija. Don Quijote se lo agradeció con mucho comedimiento; y sentándose en el patio de la venta en compañía de Bárbara, del clérigo, de los dos estudiantes, y de Sancho y de los de la posada, comensaron á ensayar la gra-

ve comedia de *El testimonio vengado*, del insigne Lope de Vega Carpio, en la cual un hijo levanta un testimonio á la Reina su madre en ausencia del Rey, de que comete adulterio con cierto criado, instigado del demonio, y agraviado de que le negase un caballo cordobés en cierta ocasión de su gusto, guardando en negarle el orden expreso que el Rey su esposo le habia dado. Llegando, pues, la comedia á este paso, cuando don Quijote vió á la mujer del autor, á quien él tenia por su hija, tan afligida, por hacer el personaje de la Reina, á quien se levantaba el testimonio, y por otra parte advirtió que no habia quien defendiese su causa, se levantó con una repentina cólera, diciendo:

—Esto es una grandísima maldad, traición y alevosía, que contra Dios y toda su ley se hace á la inocentísima y castísima señora reina; y aquel caballero que tal testimonio le levanta, es traidor, fementido y alevoso, y por tal le desafío y reto luego aquí á singular batalla, sin otras armas más de las con que ahora me hallo, que son sola espada.

Y diciendo esto, metió mano con increíble furia, y comenzó á llamar al que levantaba el testimonio, que era un buen representante, el cual, riéndose con todos los demás de la necia cólera de don Quijote, se puso en medio con su espada desnuda, diciéndole que aceptaba la batalla para la Corte delante de su majestad, con solos veinte días de plazo; y mirando si hallaba alguna cosa por allí que dalle en gaje, vió arrimada á un poste de la venta una albarda, y sobre ella un ataharre, y tomándole medio riendo, se le arrojó diciendo:

—Alzad, caballero cobarde, esa mi rica y preciada liga, en gaje y señal de que sea nuestra batalla delante de su majestad para el tiempo que tengo dicho.

Don Quijote se abajó y la tomó con la mano; y como vió que del hacello se reían todos, dijo:

—No es de valientes caballeros, ni de sabios y discretos principes reirse de que un traidor y alevoso como éste tenga ánimo para hacer batalla conmigo; antes habian de llorar, viendo á la señora reina tan afligida, aunque su ventura ha sido no poca en haberme hallado yo presente en tal trance, para que semejante traición no pase adelante.

Y volviendo la cabeza, dijo á Sancho:

—¡Oh mi fiel escudero! toma esta preciada liga del hijo del Rey, y métela en nuestra maleta hasta de hoy en veinte dias; que tengo de matar á este alevoso principe que tal testimonio ha levantado á mi señora la Reina.

Sancho la tomó y dijo á su amo:

—¿Para qué quiere vuesa merced que metamos este ataharre en la maleta entre la ropa blanca, estando tan sucio? Dele al diablo; que yo le ataré en la cincha del rucio, y allí irá hasta que topemos cuyo es.

—¡Oh necio!—dijo don Quijote—¡y esto llamas ataharre!

—Pues ¿qué diablos—dijo Sancho—es sino ataharre?

—¿No ves, animalazo,—replicó don Quijote—que es una riquísima liga del hijo del Rey, como lo dicen estos rapacejos de oro, de cada uno de los cuales cuelga una esmeralda ó un rubí ó un diamante?

—Lo que yo veo aquí—respondió Sancho—si no estoy borracho, es una empleita de esparto, con dos cordeles á los cabos, harto sucios, y sirve de ataharre de algún jumento.

—¿Hay tal locura semejante—dijo don Quijote—como la de este escudero, que una liga de tafetán doble, encarnado; diga que es ataharre?

—Digo—respondió Sancho—una y doscientas veces, que es tan ataharre, como mi agüelo: no tiene que porfiar.

Maravilláronse todos de la porfia del amo y del criado sobre el ataharre; y llegando el autor, le tomó en la mano diciendo:

—Señor Sancho, mire vuesa merced bien lo que dice y abra los ojos; que este ataharre, para lo de este mundo es liga, y de grandísimo valor; para lo del otro, no digo nada.

—Ello será lo que yo digo—respondió Sancho;—que no soy ciego, y tengo gastados más ataharres destos, que hay estrellas en el limbo.

En esto salió un labrador de la caballeriza, cuya era la albarda y ataharre, y llegándose á Sancho le dijo:

—Hermano, dad acá mi ataharre; que no está ahí para que vos os alcéis con él.

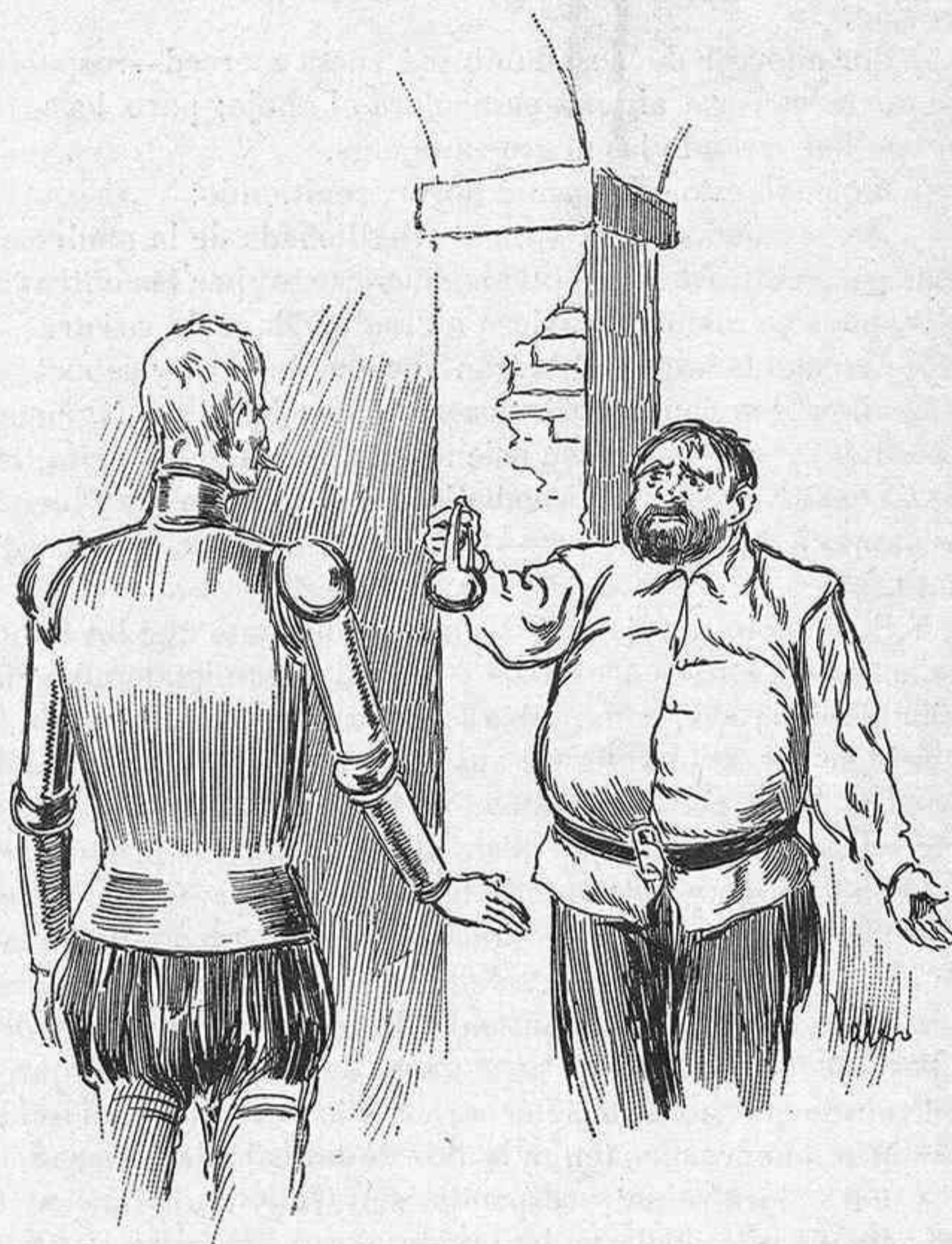
Holgó Sancho infinito de oír esto; y volviéndose lleno de risa á los circunstantes, les dijo:

—¡Bendito sea Dios, señores, que estarán contentos! A fe que ahora, aunque les pese, han de confesar mi buen juicio, pues ven que acerté de la primera vez que este era ataharre, cosa en que jamás supieron caer tantos y tan buenos entendimientos.

Y diciendo esto dió el ataharre al labrador, lo cual viéndolo don Quijote, se llegó á él, y tirando reciamente, se lo quitó diciendo:

—¡Ah villano soez! ¿y de cuándo acá fuiste tú digno de traer una tan preciada liga como ésta, ni todo tu zafio linaje?

Tras lo cual se le iba á meter en la faltriquera; pero impidióselo el labrador, que no sabia de burlas, asiéndole del brazo, y porfiando don Quijote que se lo contradecía. El labrador, en fin, como



era hombre membrudo y de fuerza, y esas le faltaban á don Quijote, por estar tan flaco, pudo darle un empellón tal en los pechos, que le hizo caer con él de espaldas, y saltándole encima, le quitó por fuerza el ataharre de la mano. Llegó Sancho en esto á ayudar á su amo, dando dos ó tres crueles mojicones en la cabeza al labrador, el cual revolviendo hecho un león contra Sancho, le cinchó dos ó tres veces el ataharre por la cara. La risa de los comediantes era notable, grande la prisa de los estudiantes en despartillos, notable la diligencia de Bárbara en ayudar á levantar á don Quijote, cuya cólera era infinita, y mayor el sufrimiento del pobre Sancho, el cual puesta la mano sobre las narices, de las cuales le salía mucha sangre, por haberle alcanzado el labrador con el ataharre en ellas, comenzó á ir furioso tras él hacia la caballeriza diciendo:

—Aguarda, aguarda, descomunal arriero, y verás si te hago confesar, mal que te pese, que eres mejor que yo, con ser un grandísimo bellaco, puerco y hijo de otro tal.

Don Quijote le dió voces, diciendo:

—Vuélvete, hijo Sancho, y déjale ir; que harto trabajo lleva consigo, pues como infame ha huido de la batalla sin osar atendernos; pero ¿qué ha de osar atender un sandio tal cual él es? Y ya te he dicho muchas veces que al enemigo que huye, la puente de plata; y si nos lleva la preciada liga, no hay que espantar dello; porque muchos ladrones, yo he leído en libros, que han robado á caballeros andantes, no sólo sus preciados caballos, sino también sus ricas armas, ropa y joyas.

—No me espanto del hurto—dijo Sancho,—que avezado está vuesa merced á que ladrones se le atrevan á hurtar joyas preciosas; que ya en Zaragoza otro me hurtó de las manos, con las uñas de las suyas, las reales agujetas del ave fétrix, ó como se llama, que vuesa merced ganó por su buena lanza en la sortija.

Encolerizóse don Quijote desta nueva, diciendo:

—Pues, ¿cómo, villano, si tal pasó, no me lo dijiste luego allí, para que hiciera añicos al ladrón atrevido?

—Por ahorrar de pesadumbre á vuesa merced—respondió Sancho—lo he callado, y por temor de que no le causase alguna pasacólera el enojo; pero baste el que he tenido por ello y las lágrimas que me han costado las negras agujetas.

Y diciendo esto comenzó á llorar, repitiendo:

—¡Ay, agujetas de mi ánima! ¡Desdichada de la madre que os parió, pues tal desgracia ha visto pasar por vosotras! No os olvidéis, os ruego, por las entrañas de Cristo, deste vuestro fiel y leal servidor, pues yo mientras viviere no me olvidaré de vosotras, ni de vuestra bonísima condición. ¡Así mal provecho le hagan al ladrón vuestra dulzura y sabor!

Acallóle don Quijote, dándose por pagado de sus lágrimas y del perdón que tras ellas le pidió por la pérdida; y saliendo de su asiento el autor, lleno de risa, le tomó por la mano y le dijo:

—Vuesa merced, señor caballero, lo ha hecho muy bien en esta batalla, y así tras ella será razón nos vamos á acostar, por ser ya tarde y estar vuesa merced cansado; y quédese la comedia en este punto.

Y llevándole con Sancho á un mal aposento que les había prevenido, no se quiso salir dél hasta que los dejó á ambos acostados y cerrados, temiendo no echasen sus mozos al pobre Sancho una melecina de agua fría, como sabía lo tenían pensado. Llegada la mañana, se salió sin decirles nada, por consejo de los estudiantes, el autor, con toda su compañía, de la venta, y se fué para Alcalá. Levantóse algo tarde, por el cansancio de las pendencies pasadas, don Quijote, abriéndole la puerta el ventero; y la primer cosa que hizo al despertar fué preguntar á Sancho por la reina Cenobia, y si la había dado cama y todo recado la noche pasada, con la decencia que su real persona merecía.

—Yo, señor—respondió Sancho—como estuve tan ocupado en la sangrienta batalla que tuvimos con aquel que nos hurtó el ataharre ó liga, ó como es su gracia, no me acordé della más que si no fuera reina; pero á lo que entendí, dos mozos de aquellos de los representantes la hicieron merced de llevalla consigo, con no poco gusto della, por no dar que decir á malas lenguas.

Estando en esto, subió Bárbara con los estudiantes adonde estaba don Quijote y Sancho, diciendo:

—Muy buenos días tenga la flor de los caballeros: ¿cómo le ha ido á vuesa merced esta noche?

—¡Oh señora reina!—respondió don Quijote—la vuesa merced perdone el descuido que con su real persona esta noche se ha tenido, porque la culpa tiene el negligente Sancho, que, teniéndole mandado que ande siempre delante de vuesa merced para ver lo que se le antoja, mirándola á la cara, se ha descuidado, de puro molido de las batallas pasadas, según agora me acaba de decir.

A esto respondió Sancho:

—Yo, señor, harto la miro á la cara; como la tiene tan bellaca, todas las veces que la miro y la veo con aquel sepan cuantos en ella, me provoca á decirle: «cócale, marta,» canción que decían los niños á una mona vieja que estos años atrás tenía en la puerta de su casa el cura de nuestro lugar.

—¡Malos días vivas!—respondió Bárbara—y no llegues, bellaconazo, á los míos, plegue á Cristo! pero calla; que á fe no lo vayas á penar al otro mundo; que hartas pesadumbres sé yo dar de noche á otros más agudos que tú; y en manos está el pandero que le sabrán bien tañer.

Los estudiantes dijeron á Sancho:

—Señor Sancho, no moleste vuesa merced á la señora Reina, que sabe hacer lo que dice, mejor de obras que de palabras. ¿Para qué, diga, quiere verse alguna noche volando por las chimeneas vasares, platos y asadores, donde se vea y se de-see, y llore el no haber querido obedecerla?

—Pues si ella—respondió Sancho—me hace volar por los vasares, yo me quejaré á quien por toda su vida le haga bogar en las galeras.

—¿Pues no ve vuesa merced—replicó el uno de los estudiantes—que las mujeres no reman?

—¿Y qué se me da á mí que no remen?—respondió Sancho;—basta que si ella no remare, á lo menos servirá de dar refresco á la chusma; que para eso yo sé que no le faltará gracia; y estando allí con más comodidad, podrá parecerse de veras en todo á las nubes, ya que por mujer en algo les haya de parecer.

—¿Pues en qué—dijo el estudiante—les ha de parecer, ó cómo les parece en todo?

Respondió Sancho:

—En que cargará en la mar, como hacen las nubes, lo que después á pura fuerza de truenos y relámpagos, descargará en lluvia sobre la tierra; que eso hará si se empreñare en el agua, pues á fuerza de gritos y suspiros, habrá después de vaciar su cargazón; que en lo demás llano es que todas las mujeres se parecen á las nubes, de las cuales por experiencia sabemos dónde y cómo descargan, lo mismo que ignoramos dónde y cómo se entró en ellas.

Rieron los estudiantes y la misma Bárbara de la astróloga explicación de Sancho; pero don Quijote, que no tenía de risible más que la raíz y potencia remota, dijo con despego y ceño á Bárbara:

—La vuesa merced no haga caso ya más de lo que dijere este necio, pues lo es tanto, que jamás dirá sino badajadas: lo que por agora importa es que tratemos de partir de aquí; porque hoy pretendo entrar en la Corte, si no es que se me ofrezca en contrario alguna forzosa ocupación y peligrosa aventura que me detenga en Alcalá.

Y llamando al huésped, remató con él las cuentas con sólo agradecerle el hospedaje, y fuéle fácil salir de su venta él y sus compañeros con tan ligera paga, por haberla ya hecho cumplida por todos el autor de la dicha compañía, apiadado de la locura de don Quijote y simplicidad de su escudero, y dándose por pagado con los malos ratos que les había dado, y buenos y entretenidos que él y su compañía habían recibido. Subió don Quijote en Rocinante, armado como solía, Sancho en su rucio, y Bárbara en su mula, quedándose los estudiantes atrás, por estar ya tan cerca de Alcalá, do por su honra no quisieron entrar acompañados de compañía tan ocasionada para vayas y figas y matracas, como la de don Quijote, á quien dijo Bárbara en comenzando á caminar:

—Señor caballero, vuesa merced me la ha hecho muy grande en haberme traído desde Sigüenza hasta aquí, y en haberme vestido, dado de comer y cabalgadura como si fuera una hermana suya; pero si vuesa merced no me manda otra cosa, yo determino quedarme aquí en Alcalá, que es mi patria, do si en alguna cosa le pudiere servir, lo haré, mandándome con la voluntad que dirán las obras.

—Señora reina Cenobia—respondió don Quijote—mucho me maravillo de oír tal resolución á persona tan discreta, y que ha hecho tantos, tan grandes y peligrosos caminos por reinos incógnitos sólo por hallarme, obligada de la fama de mi valor y persona. ¡Cómo es posible que ahora que tiene mi compañía, que tanto ha deseado y procurado, que la quiera así dejar, no reparando en lo mucho que he hecho y pienso hacer en su servicio, ni en las desgracias que se le pueden ofrecer, atreviéndosele sus enemigos y rebeldes vasallos, sin el respeto debido al gran valor de su persona, viéndola



fuera de mi amparo y lado! Por evitar, pues, estos y otros mayores inconvenientes que se le pueden ofrecer, suplico á la vuesa merced cuán encarecidamente puedo se venga conmigo hasta la Corte; que no pasaremos della en muchos días, atento que sabiendo los grandes mi llegada, es fuerza me detengan, regalándome á porfia por honrarse de mi lado y aprender cosas militares; y allí verá vuesa merced lo que en su servicio hago; y después que hubiere muerto al rey de Chipre, Bramidán de Tajayunque, con quien tengo aplazada la batalla, y al otro hijo del rey de Córdoba, que ayer levantó aquel grave falso testimonio á su madre, quedará á la elección de vuesa merced el irse á Chipre ó quedarse en la Corte de España; y así por amor de mí se ha de hacer lo que agora suplico.

Sancho, que oyó lo que don Quijote había dicho á Bárbara, se llegó á él con mucha cólera diciendo.

—Pardiez, señor, que yo no sé para qué quiere que llevemos con nosotros á la señora Reina; mucho mejor será que se quede aquí en su lugar; que tanto nos ahorraremos. ¿Para qué queremos llevar con ella costa, sin ningún provecho? ¡Gentil carga de basura para entrar cargados de ella en la Corte! Déla á Lucifer y no la ruegue más; que el ruín, cuando le ruegan, luego se ensancha; y no nos faltará sin ella la misericordia de Dios. ¡Mirad qué cuerpo, non de Judas Escariote, con ella y con quien le parió y nos la dió á conocer! Pues á fe que si se me suben las narices á la mostaza y comienzo á despotricar, que no sea mucho, estándose en su tierra que la haga echar por la boca y narices más mocos y gargajos, que echa un ahorcado en el rollo. Estánle aquí haciendo á la muy cotorra mil regalos y servicios, llamándola reina y princesa, siendo lo que ella se sabe, como aquellos estudiantes han dicho, ¡y agora se nos hace de pencas! Páguenos la saya y sayuelo colorado y la



mula y lo que nos ha hecho de costa, y adiós, que me mudo; ó como dice Aristóteles, alón, que pinta la uva; y á fe que si yo fuera que mi señor, que se lo había de quitar todo á mojicones, pues no me conoce bien.

—¡Oh, villano!—dijo don Quijote—y ¿quién te mete á tí con la señora Reina? ¿Mereces tú, por ventura, descalzarle su pequeño zapato?

—¡Pequeño!—respondió Sancho;—en Sigüenza me dijo suplicase á vuesa merced la comprase un par de zapatos, y preguntándole yo cuántos puntos calzaba, me respondió que entre quince y diecinueve, poco más.

—¿Pues no ves, insensato, que las amazonas son gente varonil, y como andan siempre en las lides, no son tan delicadas y hermosas de pies como las damas de la Corte, que se están en sus estrados regaladas y ociosas, con que son más tiernas y femeniles qué las valerosas amazonas?

Con no poca resolución replicó Bárbara á las malicias de Sancho, de que estaba ofendida, diciendo:

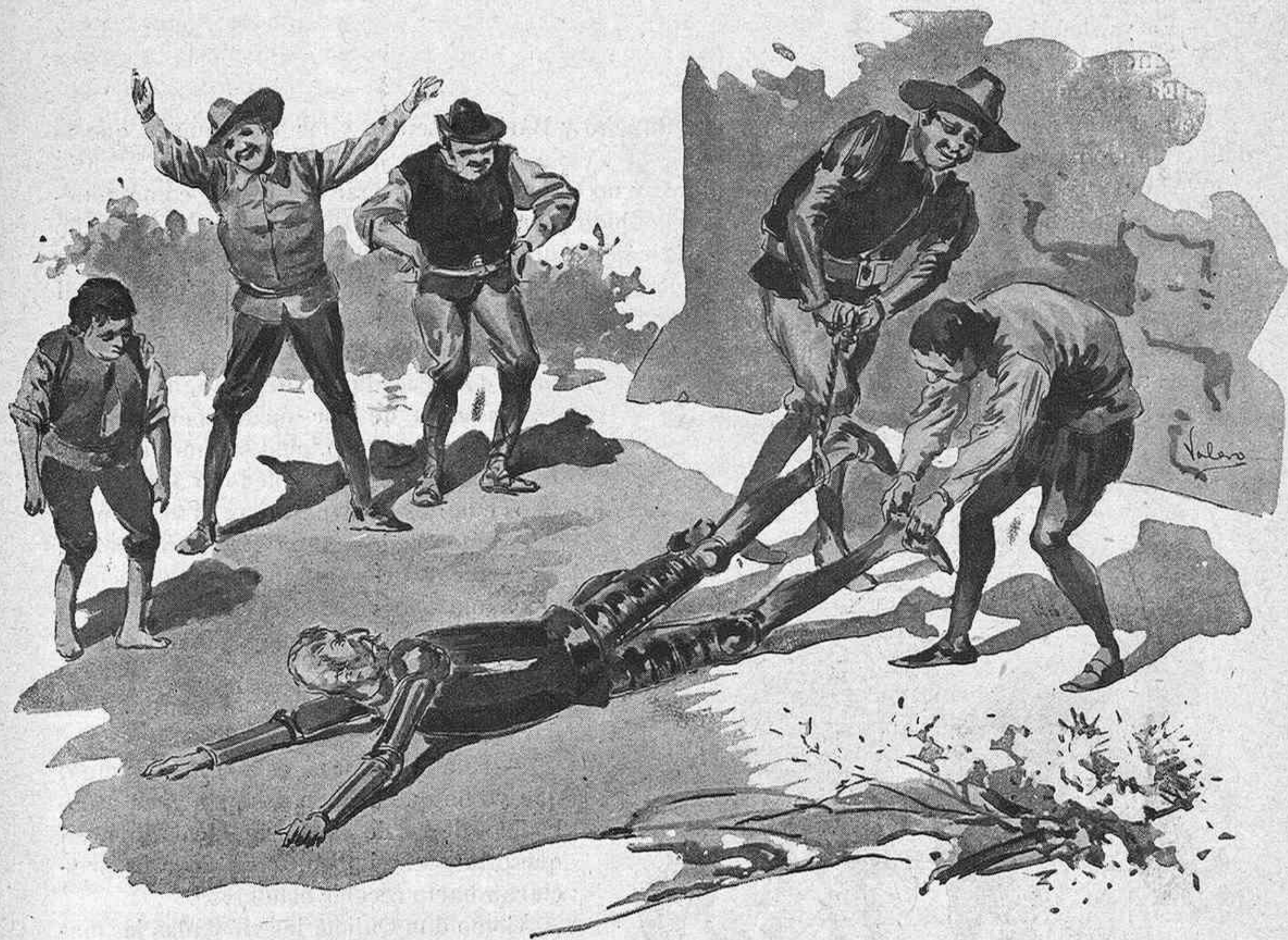
—No pensaba, señor don Quijote, pasar de aquí; pero por saber que doy á vuesa merced contento y hago rabiar á este bellaco de Sancho, quiero llegar hasta Madrid, y allí servir á vuesa merced en cuanto me mandare, á pesar deste villano harto de ajos.

—¿Villano?—respondió Sancho;—villano sea yo delante de Dios; que para lo deste mundo importa poco serlo ó dejarlo de ser; pero es grandísima mentira decir eso otro, de que estoy harto de ajos, pues no comí esta mañana en la venta sino cinco cabezas dellos, que el ladrón del ventero me dió por un cuarto: ¡miren si me había de hartar con ellas! Mas dejando esto aparte, dígame por su vida, señora reina, ¿cuál es peor? ¿haber estado ella esta noche con aquellos dos mozos de los comediantes, y almorzar con ellos esta mañana una gentil asadura frita, bebiéndose con ella dos

azumbres de vino, como dijo el ventero que ha hecho su merced, ó comer yo cinco cabezas de ajos crudos?

—Hermano—respondió Bárbara—si estuve con ellos, no fué por hacer mal á nadie; que libre soy como el cuclillo, y no tengo marido á quien dar cuenta, gracias á *Dómino Dio: et vivit Dómine*; que más lo hice porque hacía un poco de fresco, que no por bellaqueria, como vos sospecháis, que sois un grandísimo malicioso.

—¿Malicioso me llamáis?—replicó Sancho;—á fe que no me lo osárades vos decir detrás, como me lo decís delante; pero vaya; que más longanizas hay que días, y bien sabemos aquí mamarnos el dedo, aunque bobos.



CAPÍTULO XXVIII

De cómo don Quijote y su compañía llegaron á Alcalá, do fué libre de la muerte por un extraño caso, y del peligro en que allí se vió por querer probar una peligrosa aventura.

Todo su cuidado ponía don Quijote en que la reina Bárbara le honrase en la entrada que pensaba hacer en la Corte, y en que no hiciese caso de los atrevimientos de su escudero; y así le dijo:

—Suplico á vuesa merced, altísima señora, no repare en cosa que le diga este animal, sino que disimule con él, como yo hago, dejándole para quien es, siquiera porque lo habemos menester por estos caminos; y pues ya estamos en Alcalá, paréceme marchemos por aquí poco á poco detrás destas murallas, sin pasar por medio del lugar, que es grande y poblado de gente de cuenta; y paréceme será acertado también que vuesa merced se cubra el rostro con ese precioso volante hasta que pasemos de la otra parte, por lo que es conocida de todos; que puestos en ella, nos podremos quedar, si nos pareciere, en algún mesón secretamente esta noche, y á la mañana entrarnos con la fresca en Madrid.

Hizose así, y á la que comenzaron á rodear el muro, volviendo la cabeza Bárbara á Sancho, le dijo:

—Ea, señor galán, seamos amigos, y no haya más enojos conmigo por su vida; que yo le perdono todo lo pasado.

—¿Amigos?—respondió Sancho;—antes seré amigo de un diablo del infierno que della, aunque todo se es uno.

—Pues por el siglo de mi madre—dijo Bárbara,—que hemos de hacer las amistades antes que lleguemos á Madrid.

—Pues por el siglo de mi rucio—replicó Sancho—que primero me vuelva Poncio Pilatos, que sea su amigo.

Bárbara le dijo:

—¡Ea ya, león!

Y Sancho le respondió:

—¡Ea ya, sierpe!

Peró don Quijote, que vió la enemistad que Sancho y Bárbara tenían y los remoquetes que se iban echando por el camino, dijo:

—Ahora sus, Sancho; tú ¿no eres mi escudero, y no te tengo yo de pagar tu salario, como tenemos entre los dos concertado, sirviéndome en todo bien y puntualmente? Pues en virtud de dicho concierto, quiero y es mi voluntad que agora, sin réplica ninguna, seas amigo de mi señora la reina Cenobia; que yo tomo á mi cargo hacer esta noche un famoso convite á su merced y á ti, en señal y firmeza de las futuras y perpetuas amistades, pues no es bien que seamos tres y mal avenidos.

—Por cierto, mi señor—replicó Sancho—que cuando no sea por otra cosa más de por ese convite que vuesa merced dice, lo habré de hacer; aunque fuera razón que, guardando mi punto, aguardará

se pusieran de por medio personas de cuenta á rogármelo, cual son media docena de canónigos de Toledo, ó á lo menos unos cuantos cardenales; pero vaya, pues vuesa merced lo manda. Ea, señora reina, arrójeme acá esas manos, si bien las quisiera más de vaca bien cocidas y con su perejil; que sobre mí que me hicieran hartto más provecho.

Dióle Bárbara la mano riendo, y al dársela le dijo:

—Tomad, amores, esta mano de reina; que yo fio que más de dos principes escolásticos de los de la Corte alcaladina, en que esta noche tenemos de dormir; preciaran hartto recibir este favor.

Como don Quijote les vió dadas las manos, se fué un poco adelante, imaginando en su fantasía lo que había de hacer en la Corte con la reina Cenobia, y batallas del gigante y del hijo alevoso del rey de Córdoba, y cómo se había de dar á conocer á los reyes y grandes; lo cual le hacía ir tan absorto y fuera de sí, que no advertía en que á Sancho venía diciendo Bárbara:

—De aquí adelante, amigo Sancho, nos hemos de querer con el extremo que dos buenos casados se aman, pues ha sido padrino de nuestras paces el señor don Qui-

jote, y en confirmación dellas, quiero que durmamos esta noche dambos en el mesón donde llegáremos; que el corazón me dice no dejará de correr fresco que me obligue á procurar cubrirme con gusto con alguna manta, como la del pelo de vuesa merced, mi señor Sancho; verdad es que imagino será menester rogárselo poco, pues tiene más de bellaco que de bobo.

No entendió Sancho á Bárbara de ninguna manera, y así le respondió:

—Lleguemos una vez con salud al mesón, y cenemos en señal de nuestras amistades, con el



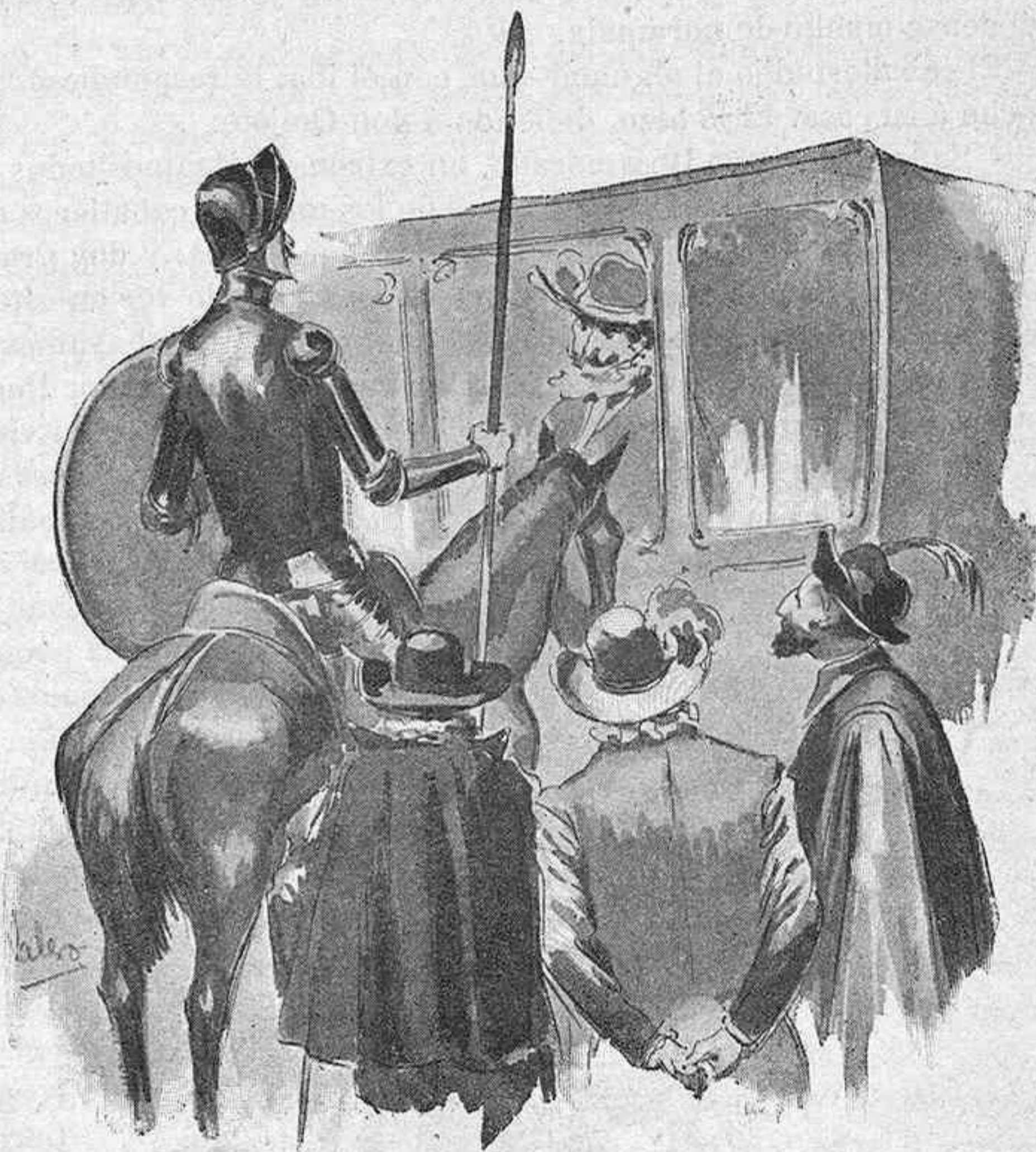
casa aquella noche con la compañía que traía, para divertirse con ellos. Estando en esto, volvió el alguacil á la carroza y dijo:

—Es, señor, aquel hombre una de las más raras figuras que vuesa señoría ha visto; llámase, según dice, Caballero Desamorado, y trae en la adarga ciertas letras y pinturas ridiculas; y juntamente viene con él una mujer vestida toda de colorado, lo cual dice que es la gran Cenobia, reina de las Amazonas.

—Pues guien hacia allá la carroza—dijo el señor,—y veremos qué es lo que dice.

Ya que llegaban cerca dél, tiró don Quijote de la rienda de Rocinante, y llegóse á un lado de la carroza, y puesto en presencia del caballero, dijo con voz grave y arrogante, que lo oyesen los circunstantes:

—Íncrito y soberano príncipe Periano de Persia, cuyo valor y esfuerzo tuvo á costa suya bien experimentado el nunca vencido don Belianis de Grecia, vuestro mortal enemigo y competidor sobre los amores de la sin par Florisbella, hija del emperador de Babilonia, á quien en muchos y varios lugares disteis bien que entender, haciendo con él singular batalla, sin hallarse entre los dos jamás ventaja alguna, asintiendo de vuestra parte el prudentísimo sabio Fristón, mi contrario: yo, como caballero andante, amigo de buscar las aventuras del mundo y probar las fuerzas de los bravos y valerosos jayanes y caballeros, he venido hoy á esta Corte del rey Católico, do habiendo llegado á mis oídos el gran valor de



vuestra persona, y siendo tal cual yo he muchas veces leído en aquel auténtico libro, me ha parecido me sería mal contado si dejase de probar mi ventura con vuestro invencible esfuerzo hoy aquí en aqueste Prado, delante de todos estos vuestros caballeros y de la demás gente que nos está mirando; y esto hago porque soy único y singular amigo y aficionado al príncipe don Belianis de Grecia, por muchas razones: la primera, por ser él cristiano y hijo también de emperador cristiano, y vos pagano, de las casas y casta del emperador Otón, gran turco y soldán de Persia; y la segunda, por quitar de delante á aquel grande amigo mio un estorbo tan grande como vos sois, para que así con mayor facilidad pueda gozar de los sabrosos amores que con la infanta Florisbella tiene, pues se ve y sabe clarísimamente que la merece mucho mejor que vos, á quien no faltarán otras turcas hermosas con quien podáis casar; que no es posible deje de haber muchas en vuestra tierra; y dejar á Florisbella para don Belianis de Grecia, mi amigo, y si no salís luego de vuestra carroza, y subís luego en vuestro preciado caballo, en poniéndoos vuestras encantadas armas, para pelear conmigo, mañana publicaré delante de toda esta Corte y de su rey, vuestra cobardía y poco ánimo, después de haber muerto al gigante Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, y al hijo alevoso del rey de Córdoba; por tanto, respondedme luego con brevedad, y si no, daos por vencido, y yo me iré á buscar otras aventuras.

Maravilláronse todos de los disparates que habían oído decir á don Quijote, y comenzaron á hablar, sobre ellos, unos con otros riendo dél y de su figura; pero Sancho, que había estado muy atento á lo que su amo había dicho, se llegó, caballero en su asno, junto á la carroza, diciendo:

—Señor Perineo, vuesa merced no conoce bien á mi amo, como yo le conozco; pues sepa que es

hombre que ha hecho guerra con otros mejores que vuesa merced, pues la ha hecho con vizcainos, yangüeses, cabreros, meloneros, estudiantes, y ha conquistado el yelmo de Membrillo, y aun le conocen la reina Micomicona, Ginesillo de Pasamonte, y lo que más es, la señora reina Segovia, que aquí asiste; y aun es hombre que en Zaragoza acometió á más de doscientos que llevaban en azotado, como ya sabrán por acá; por tanto, mire que tenemos mucho que hacer, y las cabalgaduras vienen cansadas; yo y la señora Reina vamos con alguna poquilla de hambre; dése, pues, ¡por las entrañas de Dios! por vencido, como mi amo le suplica, y tan amigo como de antes, y no busque tres pies al gato, pues si los desta tierra son como los de la mía, no tienen menos de cuatro; déjenos ir con Barrabás á nuestro mesón, y vuesa merced y estos herejes de Persia, su patria, quédense mucho de noramala.

El caballero dijo al alguacil que con él iba, le respondiese de su parte, y se le llevase aquella noche á su casa. El lo hizo, diciendo á don Quijote:

—Señor Caballero Desamorado, en extremo holgamos todos los circunstantes de haber visto y conocido hoy en vuesa merced á uno de los mejores caballeros andantes que en el felice tiempo de Amadis y en el de Febo hallarse pudieron en Grecia; y doy gracias á los dioses, pues siendo paganos nosotros, como denantes dijo, habemos merecido ver en esta Corte al que tanta fama y nombre tiene en el mundo, y excede á todos cuantos hasta hoy hayamos oido visten duras armas y suben en poderosos caballos; por tanto, excelso principe, aquí el señor Periano aceta de muy buena gana la batalla con vuesa merced; no porque della pretenda salir con vitoria, sino para poderse alabar donde quiera que se hallare (dejándole empero vuesa merced con la vida) de haber entrado en batalla



con el mejor caballero del mundo, y de quien el ser vencido resultará infinita gloria suya y lustre de su linaje; pero la batalla, si á vuesa merced le parece, será el día que esta noche concertaremos en su casa, en la cual él y yo hemos de recibir merced que vuesa alteza y toda su compañía se vayan á alojar, donde los regalará y servirá con mucho cuidado, en particular á la señora reina Cenobia, á quien desea en extremo conocer; y así la ruega que, para que todos demos gracias á los dioses en ver su peregrina hermosura, sea servida de descubrir el rostro y quitar la nube que de aquesos sus dos bellos soles está puesta, para que su resplandor alumbre la redondez de la tierra, y haga detener al dorado Apolo en su luminosa esfera, admirado de ver tal belleza, bastante á darle nueva luz á él, pues es cierto vencer á la de su bella Dafne.

Don Quijote se llegó á ella, diciendo que en todo caso descubriese el rostro delante del principe Periano de Persia; que importaba mucho. Rehusábalo ella, como discreta, cuanto podía; pero Sancho, que habia estado repantigado en el asno, sin quitarse jamás la caperuza, se llegó al estribo de la carroza y dijo:

—Señor pagano, yo y mi señor don Quijote de la Mancha, Caballero Desamorado por mar y tierra, decimos que besamos á vuestas mercedes las manos

por el servicio que nos hace en convidarnos á cenar á su casa, como lo hizo en Zaragoza don Carlos, que buen siglo haya; y digo que iremos de muy buena gana todos tres, en cuerpo y en alma, así como estamos; pero la señora reina Segovia, desde allí donde está me hace del ojo, diciendo que no puede por agora descubrir la cara, hasta que se ponga la otra de las fiestas, que es muy mejor que la que agora tiene; por tanto, vuesa merced perdone.

En esto se llegó más cerca, por el otro lado, á la carroza, don Quijote, tirando de la rienda á la

mula de Bárbara, á la cual, mal de su grado, traía ya descubierta la cara, más propia para hacer acallar niños por su mala catadura, que para ser vista de gentes; á la cual, como vieses todos los circunstantes tan fea y arrugada, y por otra parte con el chincharrón mal zurcido y peor apuntado, no pudieron detener la risa; y viendo Sancho que el caballero de la carroza se la estaba mirando de espacio, y se santiguaba viendo su fealdad y la locura de don Quijote, dijo:

—Bien hace vuesa merced de persinarse, porque no hay cosa en el mundo mejor, según dijo el cura de mi lugar, para hacer huir á los demonios; que aunque la señora Reina no lo es por agora, podría ser, si Dios le diese diez años de vida sobre los que tiene, faltarle poco para serlo.

El caballero, disimulando cuanto pudo, dijo á Bárbara:

—Por cierto, señora reina Cenobia, que ahora digo muy de veras que todo lo que el señor Caballero Desamorado nos ha dicho de vuesa merced es mucha verdad, y que él se puede tener por dichoso en llevar consigo tanta nobleza por el mundo, para afrentar y correr á todas las damas que hay en él, especialmente en esta Corte; por tanto, vuesa merced nos diga de dónde es, y adónde va con este valiente caballero, si es servida; porque esta noche vuesa merced y él y este buen hombre, que dice las verdades desnudas, han de ser mis huéspedes y convidados.

Bárbara le respondió:

—Señor, si vuesa merced es servido, yo no soy la reina Cenobia, como este caballero dice, sino una pobre mujer de Alcalá, que vivo del trabajo de mi honrado oficio de mondonguera; y por mi desgracia, un bellaco de un estudiante me sacó, ó por mejor decir, me sonsacó de mi casa; y llevándome á la de sus padres, con nombre de que se quería casar conmigo, me robó cuanto tenía, en un pinar, dejándome atada á un pino en camisa; y pasando este caballero con cierta gente, me desataron y llevaron á Sigüenza; y el señor don Quijote, que es el que viene armado (andaba en esto don Quijote enseñando á unos y á otros las pinturas de su adarga, ufano de que tantos le mirasen), á quien falta tanto de juicio cuanto le sobra de piedad, me hizo este vestido y me compró esta mula en que llegase á Alcalá, llamándome por todos los lugares, caminos y ventas: la reina Cenobia, y sacándome algunas veces á las plazas para defender, como él dice, mi hermosura, siendo tal por mis pecados como vuesa señoría ve; y agora, queriéndome quedar en mi tierra, me ha persuadido á que venga á la Corte, donde dice que ha de matar á un hijo del rey de Córdoba, y á un gigante, que es rey de Chipre, y que á mi me ha de hacer reina de aquel reino; y yo, por no ser desagradecida á las mercedes que me ha hecho, he venido con él, con intento de volver lo más presto que pudiese á mi tierra. Y mire vuesa señoría si manda otra cosa; que me quiero ir; que parece que estos señores que están presentes se rien mucho, y podrían dar á ocasión á don Quijote con su risa á que, como loco, hiciese alguna necesidad.

Volvió en esto la rienda á la mula, y fuese para donde don Quijote estaba; y Sancho dijo al titular:

—Ya ve vuesa merced, señor mio, cómo la señora Reina es una buena persona, á quien Dios eche en aquellas partes en que más della se sirva; y perdónenos si ella no tiene tan buen hocico, como mi amo ha dicho y vuesa merced merece; pues suya es la culpa, suya es la gran culpa, porque yo le he dicho muchas veces que por qué no procuraba que aquel *persignum crucis* que tiene en la cara, se le dieran en otra parte, pues fuera mejor no se echara tanto de ver; y ella dice que á quien dan no escoge; por tanto, vuesa merced se venga luego; que ya se acerca la noche para cenar, y á fe que por la gracia de Dios no he menester yo agora más mostaza, ni perejil para hacerlo famosamente, que el apetito que traigo.

Con esto, sin más cortesía, comenzó á arrear su asno, y fuese para donde estaba Bárbara y don Quijote con toda aquella gente, á la cual tenía suspensa con un largo razonamiento de Rasura y Lain Calvo, diciendo que les había conocido, y que era gente muy honrada y para mucho; pero que ninguno dellos llegaba á su persona, porque él era Rodrigo de Vivar, llamado, por otro nombre, el bravo Cid Campeador. Oyóle Sancho estas últimas razones, y dijo:

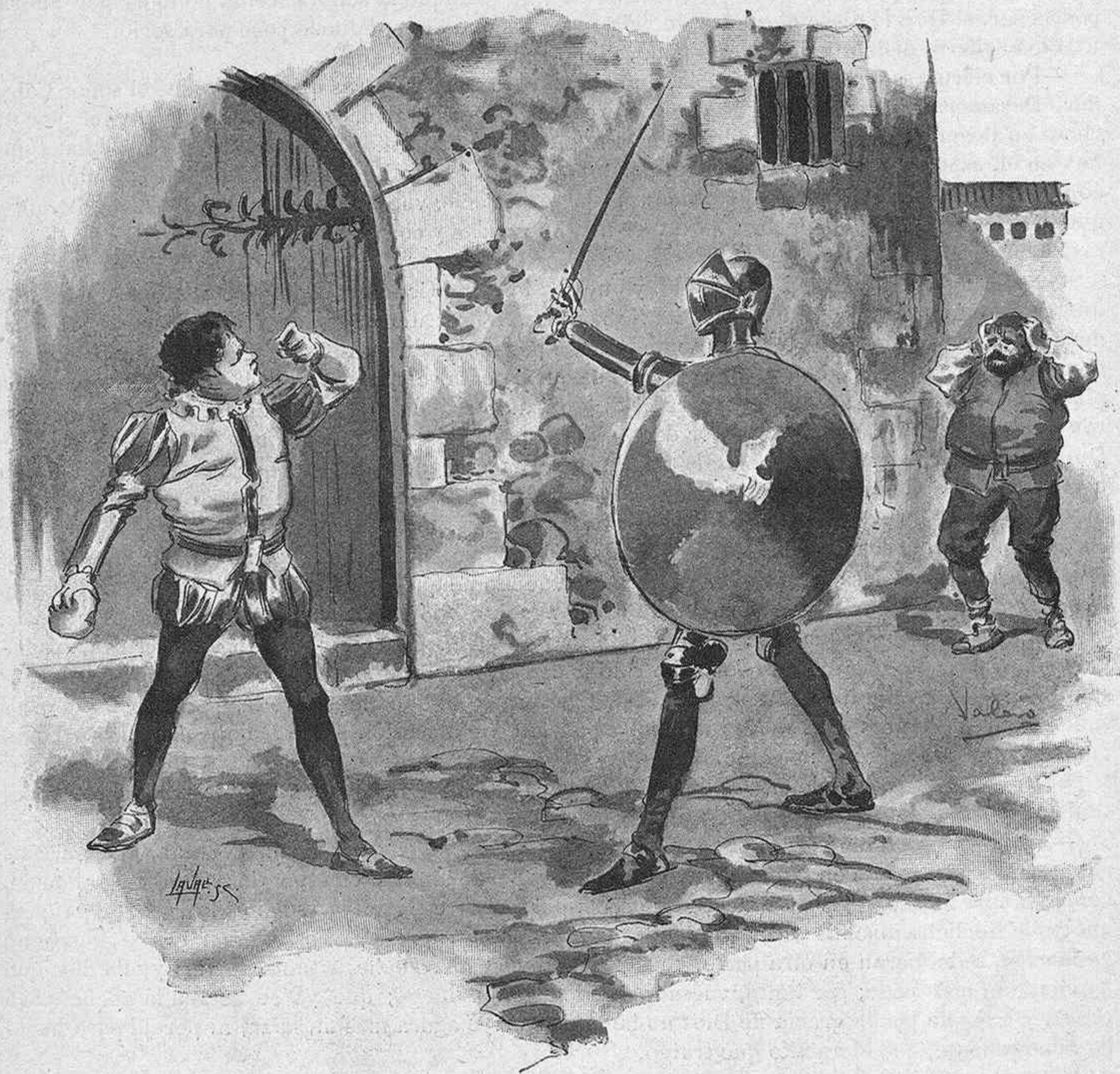
—¡Oh, reniego de cuantos Cides hay en toda la Cidería! ¡Venga, señor! Pecador soy yo á Dios, que estas pobres cabalgaduras están de suerte, que no pueden echar la palabra del cuerpo, según están de cansadas y muertas de hambre.

—¡Qué mal, oh Sancho—respondió don Quijote—conoces tú á este caballo! Yo te juro que si le preguntases, y él te supiese responder, cuál quiere más, estar escuchando lo que yo digo de guerras, batallas y noblezas de caballeros, ó media hanega de cebada, que él diría que gusta más de que hable de aquí al día del juicio, que no de comer ni beber; y es cierto se estaría días y noches escuchándome con mucha atención.

Estando en esto, llegó un criado del titular diciendo á don Quijote:

—Señor Caballero Desamorado: mi señor le suplica se venga conmigo á su casa, porque quiere que vuesa merced, la reina Cenobia y su fiel escudero sean sus huéspedes y convidados esta noche y en todos los demás días que á vuesa merced le plugiere, hasta que se remate el desafío á que le tiene aplazado.

—Señor caballero—respondió don Quijote—con notable gusto iremos á servir al príncipe Peria-neo; por tanto no hay sino guiar hacia allá; que todos iremos siguiendo.



CAPÍTULO XXX

De la peligrosa y dudosa batalla que nuestro caballero tuvo con un paje del titular y un alguacil.

EL criado, don Quijote, Sancho y Bárbara comenzaron á caminar hacia casa del titular que les habia convidado, con no poca admiración de cuantos los topaban por las calles, ni menor trabajo del criado en decir á unos y á otros el humor y nombre del armado, y calidad de la dama, y adónde y para qué fin los llevaba. Con esta molestia los entró en casa de su señor, y mandando dar recado á las cabalgaduras, los subió luego á los tres á un rico aposento, diciendo á don Quijote:

—Aqui, señor caballero, puede vuesa merced reposar, quitarse las armas y asentarse en esta silla, hasta que mi señor venga; que no puede tardar mucho.

A lo cual respondió don Quijote que no estaba acostumbrado á desarmarse jamás por ningún

caso, y menos en tierra de paganos, donde no sabe el hombre de quien se ha de fiar, ni lo que puede fácilmente suceder á los caballeros andantes, en deshonor del valor de sus personas.

—Señor,—replicó el criado,—aquí todos somos amigos, y deseamos servir á los caballeros de la calidad de vuesa merced, y así bien puede estar en esta casa sin cuidado ni recelo de contraria fortuna.

Pero viendo que todavía porfiaba en no quererse desarmar, se fué diciendo hiciese su gusto y aguardase á que su señor viniese, dejándolos con un paje de guarda para mayor seguridad de que no saliesen de casa. Comenzóse don Quijote á pasear por la sala, y viéndose Bárbara con buena ocasión y á solas para hablarle, lo hizo diciéndole:

—Yo, señor don Quijote, he cumplido mi palabra en venir con vuesa merced hasta la Corte; y pues ya estamos en ella, le suplico me despache lo más presto que pudiere, porque tengo de volverme á mi tierra á negocios que me importan; tras que temo, lo que Dios no quiera, que aquel alguacil que iba con el señor de la carroza, á quien vuesa merced llamaba príncipe de Persia, nos ha hecho traer á esa casa para saber quién es vuesa merced y quién soy yo; y es cierto que viendo como ando en compañía de vuesa merced, ha de pensar que estamos amancebados, y nos harán llevar á la cárcel pública, donde temo seremos rigurosamente castigados y afrentados; y vuesa merced créame, y guárdese no le pongan en ocasión de gastar en ella ese poco dinero que le queda; y después, cuando quiera, volviendo sobre sí, meterse en su tierra, no se vea forzado á haber de mendigar; por eso mire lo que en este negocio debemos hacer, pues en todo seguiré de bonísima gana su parecer.

—Señora reina Cenobia—dijo don Quijote;—yo sé claramente que el caballero que iba en la carroza es el príncipe Periano de Persia, y el que llama alguacil es un escudero honrado suyo; por tanto, pierda vuesa merced el miedo; estése conmigo, por me hacer placer, siquiera seis días en esta Corte; que después yo propio la volveré á su tierra, con más honra que piensa.

—Por Dios, señor don Quijote,—dijo Sancho estando en estas razones—que aquel que iba en la carroza, que nosotros llamamos pagano, oí decir á no sé cuantos que era un no sé quién, si sé que, es hombre bonísimo y cristiano; y á fe que me lo parece, lo uno por su caridad, pues nos ha convidado á cenar y á comer con tanta liberalidad; lo otro, porque si él fuera pagano, claro está que estuviera vestido como moro, de colorado, verde ó amarillo, con su alfanje y turbante; pero él está, cual Dios le hizo y su madre le parió y vuesa merced ha visto, todo vestido de negro. y todos cuantos le acompañaban iban de la misma suerte; y más, que ninguno hablaba en lengua paganuna, sino en romance, como nosotros.

Porfió á esto don Quijote con cólera; diciendo:

—Pues aunque tú y la Reina digáis lo que quisiéredes, él es sin falta ninguna el que ya tengo dicho.

Entonces Bárbara llamó al paje que estaba á la puerta, y le dijo:

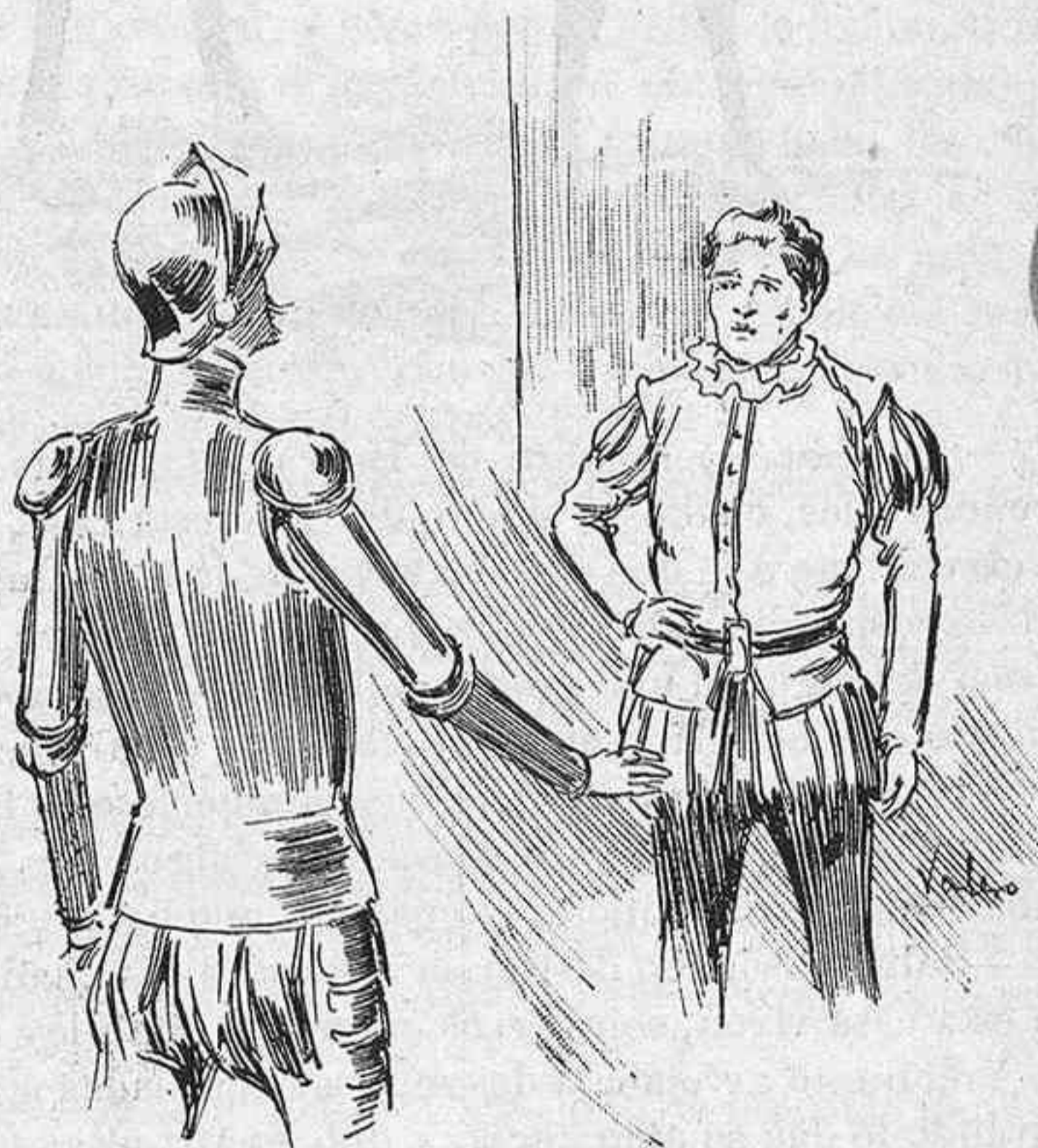
—Díganos, señor mancebo: aquel señor que iba en la carroza por el Prado, acompañado de tanta gente, á quien este caballero y yo hablamos, ¿quién es?

El paje le respondió quién era y su calidad, y como los había mandado expresamente traer á su casa.

—¿Y qué nos quiere hacer?—replicó Sancho—no nos veamos en otra tribulación, como en la que yo me ví en la cárcel de Sigüenza, tan cargado de piojos, que, aun de los que me quedan desde entonces, podría hinchar media docena de almohadas.

—Ninguna cosa pretende mi señor—respondió el paje—sino tener con vuestas mercedes algún buen rato de entretenimiento, y regalarles.

—Vení acá, paje—dijo don Quijote—¿vuestro amo no se llama Periano de Persia, hijo del



gran soldán de Persia y hermano de la infanta Imperia, competidor del nunca vencido don Belianis de Grecia?

Rióse muy de propósito el paje cuando oyó tantos disparates, y respondióle:

—Ni mi señor es príncipe de Persia, ni turco, ni en su vida estuvo allá ni vió á don Belianis de Grecia, cuyo libro mentiroso tengo yo en mi aposento.

—¡Oh paje vil y de infame ralea!—dijo don Quijote—¡y mentiroso llamas á uno de los mejores libros que los famosos griegos escribieron! Tú y el bárbaro turco de tu amo sois los mentirosos, y mañana se lo haré yo confesar á él, mal que le pese, delante del Rey, con los filos desta espada.

—Digo—respondió el paje—que mi señor es muy buen cristiano, caballero de lo bueno, y conocido en España; y quien lo contrario dijere, miente y es un bellaco.

Don Quijote, que tal oyó, metió mano á su espada y se fué, hecho un rayo, para el paje. Él, en viéndolo, se bajó por la ancha escalera á la calle, y saliendo á su puerta, decía á voces:

—¡Salga el bellaco que pone lengua en mi señor; que yo haré que le cueste caro!

Y diciendo y haciendo tomó una piedra de la calle contra don Quijote, el cual salió también á ella armado como estaba; y con la espada en la mano y cubierto con su adarga, se fué contra el paje, el cual anticipándose en la ofensa, le tiró la piedra que tenía, con tal furia, que le dió con ella tal y tan desatinado golpe, que á no hallarle el pecho armado, le pusiera la vida en contingencia. Al ruido y voces que todos daban se llegó mucha gente; y como vieron aquel hombre armado con la espada y adarga, amenazando y aun arremetiendo al paje del conocido titular, no sabían qué se decir. Llegaron dos alguaciles con sus corchetes luego al corrillo, y viendo lo que pasaba, se le acercó el uno, é intentando quitarle la espada, le dijo:

—¿Qué hacéis, hombre de Barrabás? ¿Estáis loco? ¡En tal puesto y contra paje de persona de prendas tales, cual es el dueño dél y de esta casa, metéis mano! Venga la espada luego, y veníos á la cárcel; que á fe que os acordaréis de la burla más de cuatro pares de días.

No respondió palabra don Quijote, sino que echando un pie atrás y levantando la espada, dió al bueno del alguacil una gentil cuchillada en la cabeza, de la cual le comenzó á salir mucha sangre. Viendo esto el herido alguacil, comenzó á dar voces diciendo:

—¡Favor á la justicia; que me ha muerto este hombre!

Llegáronse al ruido mil corchetes y alguaciles y otras personas, metiendo todos mano á sus espadas contra don Quijote, el cual con mucha alegría decía:

—Salga Periano de Persia con todos sus aliados; que yo les daré á entender que él, y cuantos en esta casa viven, son perros enemigos de la ley de Jesucristo.

Y con esto arrojaba á dos manos cuchilladas á todas partes. El pobre Sancho estaba á la puerta, mirando lo que su amo hacia, y dijo en voz alta:

—Eso sí, señor don Quijote, no se dé por vencido á esos bellacos de turcos, que le llevarán al Alcorán, y le circuncidarán mal que le pese, y después le pondrán á los pies unas trabas de hierro, como á mí en Sigüenza.

En esto cargó tanta gente sobre nuestro buen hidalgo, que á pesar suyo le quitaron la espada, y agarrándole media docena de corchetes, le ataron las manos atrás. Acertó á pasar por allí, cuando andaba en esta refriega, que era al anochecer, un alcalde de corte en su caballo, el cual viendo tanta gente junta, preguntó qué era la causa de aquello, y uno de los circunstantes le dijo:

—Señor, una grandísima desvergüenza; que un hombre armado de todas piezas ha entrado en



esta casa, do vive, como vuesa merced sabe, tal titular, y ha querido matar en ella un paje suyo, y queriéndole prender ciertos alguaciles por ello y la resistencia que les hacía, temerariamente ha dado á uno de ellos una muy buena cuchillada.

—¡Mal caso!—respondió el alcalde de Corte.

Y llegando donde los corchetes tenían á don Quijote sin poderle llevar, según se resistía, mandó que le dejasen; y así le levantaron de tierra, y puesto en pie, atadas las manos atrás, le dijo el alcalde, maravillado de verle de aquella suerte y con tanta cólera:

—Venid acá, hombre del diablo: ¿de dónde sois y cómo os llamáis, que tanto atrevimiento habéis tenido en casa de dueño de tan ilustres calidades?

Don Quijote le respondió:

—Y vos, hombre de Lucifer, que eso preguntáis: ¿quién sois? Lo que habéis de hacer es ir vuestro camino adelante mucho de noramala, y no meteros en lo que no os va, ni os viene; que yo, quien quiera que fuere, soy cien veces mejor que vos y la vil perra que os parió, y os lo haré confesar aquí á voces, si subo en mi preciado caballo y tomo la lanza y adarga, que aquesta soez y vil canalla me ha quitado; pero yo les daré el castigo que su loco atrevimiento merece, en matando al rey de Chipre, Bramidán de Tajayunque, con quien tengo aplazada batalla delante del rey Católico; y juntamente tomaré venganza del príncipe Periano de Persia, cuyas son estas casas, si no castiga la descortesía que los de su real palacio me han hecho, siendo yo Fernán González, primer conde de Castilla.

Maravillóse el alcalde de Corte de oír los disparates de aquel hombre; pero uno de los corchetes dijo:

—Vuesa merced, señor, crea que este hombre es más bellaco que bobo, y ahora que ha hecho el disparate y lo conoce, se hace loco, para que no le llevemos á la cárcel.

—¡Ahora sús!—dijo el alcalde de Corte—llévenle á ella, y pónganle á buen recado hasta mañana que salga á la audiencia y se vea su pleito.

Con esto le comenzaron á asir los corchetes, resistiéndose él cuanto podía. Sucedió, pues, que á esta hora, que ya eran cerca de las nueve, llegó el titular á la puerta de su casa, con mucho acompañamiento, y como vió tanta gente junta en su calle, preguntó la causa, y llegándose á él el alcalde de Corte, le contó cuánto aquel hombre armado había hecho y dicho. En oyéndolo, se rió mucho el titular dello, y refiriendo al alcalde lo que don Quijote era, y cómo por su orden le habían traído á su casa, le suplicó le soltase, dándoselo como en fiado; que él se obligaba á entregársele siempre que le requiriese ó constase que no era lo que le contaba, obligándose juntamente á todos los daños y costas de la cura del alguacil y á satisfacerle bastantemente. Lo mismo le rogaron todos los circunstantes que le acompañaban, deseosos de pasar la noche con el entretenimiento que les prometía el humor del preso y de los que venían en su compañía. Vióse obligado el alcalde, viendo los ruegos y seguridades que le daban gente tan principal, á condescender con su deseo; y así mandó á los corchetes le soltasen y entregasen al dicho titular, el cual viéndole libre, le dijo:

—¿Qué es esto, señor Caballero Desamorado? ¿Qué aventura es esta que le ha sucedido?

Respondió don Quijote:

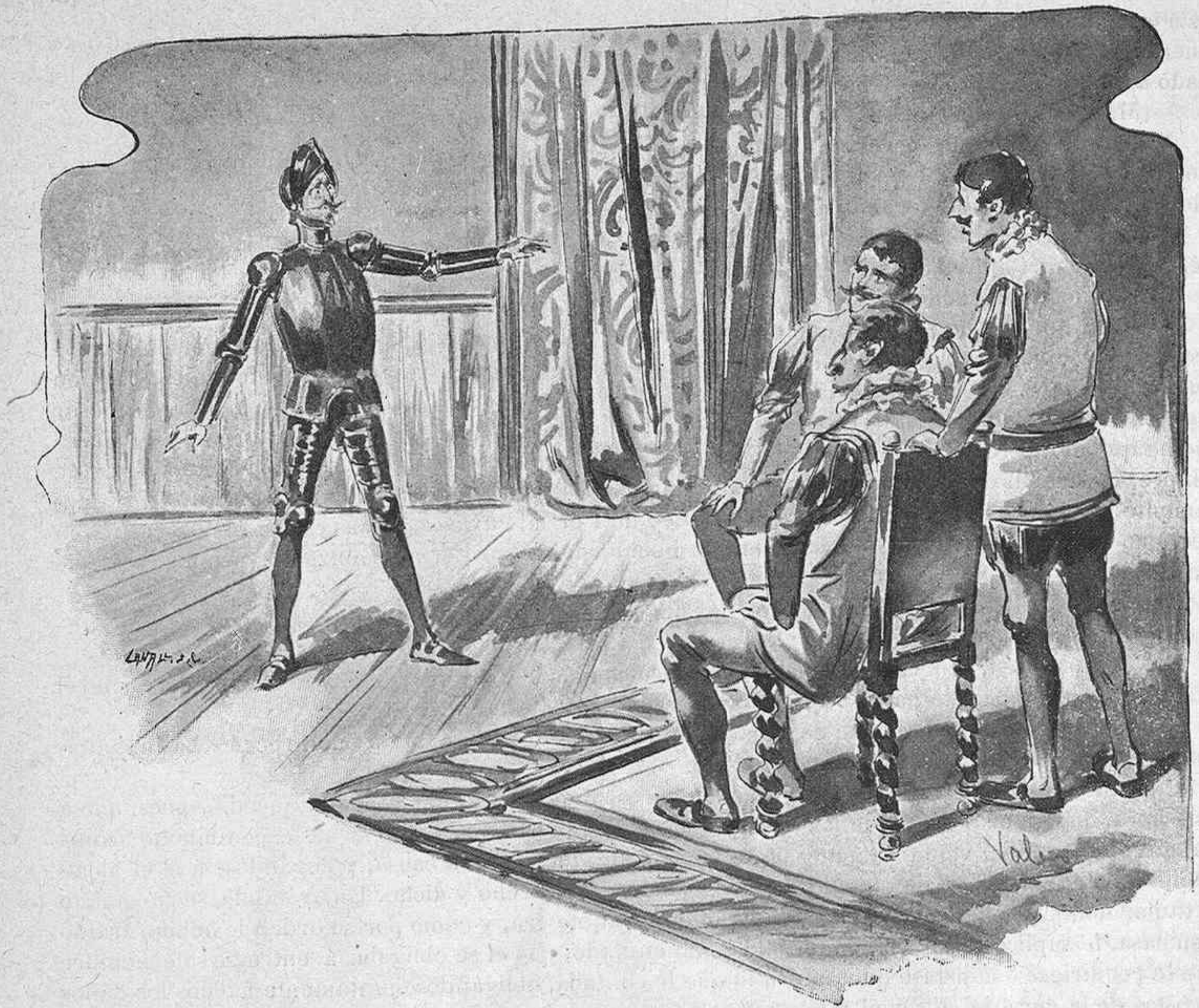
—¡Oh mi señor Periano de Persia! No es nada; que como toda esta gente es gente bahuna, no he querido hacer batalla con ella, aunque creo que alguno ha llevado ya el pago de su locura.

En esto llegó Sancho, el cual estaba mirando de lejos todo lo que su amo había padecido; y quitándose la caperuza, dijo:

—¡Oh señor príncipe! Su merced sea bien venido para que libre á mi señor destos grandisimos bellacos de alcaldes, peores que el de mi tierra, pues se han atrevido á quererle llevar agarrado á la cárcel, cual si no fuera tan bueno, como el rey y papa y el que no tiene capa; que he visto el negocio de suerte, que si no fuera por vuesa merced, creo que sin duda lo efectuaran, y aun yo, á no temerles, les diera dos mil mojicones.

—Bien podéis créer, amigo—dijo el caballero—que si no lo fuera yo tanto del alcalde de Corte como lo soy, y el respeto que él, como tal, me tiene, que lo pasara mal el señor don Quijote;—á quien asiendo de la mano tras esto, dijo:—Venga vuesa merced, señor príncipe de Grecia, y éntre en mi casa; que en ella todo se hará bien, y los bellacos de sus contrarios serán castigados como merecen.

Y despidiéndose con mucho comedimiento de algunos de los que le acompañaban, como lo había hecho ya del alcalde, se subió arriba con don Quijote y con Sancho. Quedáronse los corchetes hechos unos matachines en la calle, sin la presa, y pasmados de ver que el titular llevase aquel hombre á su lado llamándole príncipe.



CAPÍTULO XXXI

De lo que sucedió á nuestro invencible caballero en casa del titular, y de la llegada que hizo en ella su cuñado don Carlos en compañía de don Alvaro Tarfe.

EN subiendo arriba, dió orden el señor á su mayordomo llevase á cierto cuarto á don Quijote, Bárbara y á Sancho, y les diese bien y abundantemente de cenar; y habiéndolo ellos hecho, y lo mismo él, mandó al mismo mayordomo le sacase en su presencia á Bárbara, para dar principio al entretenimiento que pensaban tener él y los que habían cenado en su compañía, que eran algunos caballeros, con los dislates de don Quijote, confiando les daría cuenta de su principio y causa la dicha Bárbara. Bajó pues ella, no poco turbada y medrosa de verse llamar á solas; y puesta en presencia de los caballeros, la dijo el que la había hospedado:

—Díganos la verdad desnuda, señora reina Cenobia, de su vida y de la deste galán y valeroso caballero andante que tanto la cela y defiende.

—La mía, señores ilustrísimos, es la que tengo dicha en el Prado, breve y llena de altos y bajos, como tierra de Galicia. Bárbara de Villalobos me llamo, nombre heredado de una agüela que me crió, buen siglo haya, en Guadalajara; vieja soy, moza me vi, y siéndolo, tuve los encuentros que otras, no faltándome quien me rogase y alabase, ni á mí me faltaron los ordinarios desvanecimientos de las demás mujeres, creyendo aun más de lo que me decía de mi talle y gracia el poeta que me la celebraba, pues lo era el bellacón que á cargo tiene mi honra; entreguésela, y entreguémele amándote, y mintiendo á las personas que me pedían de derecho cuenta de mis pasos. Supiéronse presto en Guadalajara los en que andaba; que no hay cosa más parlara, que una mujer, perdido el recato, pues en lengua, manos, pies, ojos, meneos, traje y galas trae escrita su propia deshonra;

sintió mi agüela la mía á par de muerte, y murió presto del sentimiento; túvele yo grande por ello, y más porque mi Escarramán me había ya dejado. Hube de heredarla; vendi los muebles y hice todo el dinero que pude dellos, con que me bajé á Alcalá, do he vivido más de veinte y seis años, ocupada en servir á todo el mundo, y más á gente de capa negra y hábito largo; que en efecto soy naturalmente inclinada á cosa de letras; si bien las mías no se extienden á más que á hacer y deshacer bien una cama, á aderezar bien un menudo, por grande que sea, y sobre todo, á dar su punto á una olla podrida, y abahar de pópulo bárbaro una escudilla de repollo, sopas y caldo. Lo demás de la desgracia última que me sacó de aquella vita bona, ya se lo tengo dicho á vuesa señoría en el Prado, y le he dado cuenta de cómo creí al socarrón del aragonés, que me dió á entender se casaría conmigo si, vendidos mis muebles, le seguía hasta su tierra; mejor le siga la desgracia, que él cumpliero lo prometido; yo sí que fui tonta, y así es bien que quien tal hace, que tal pague. Metíome en un pinar, y hurtóme cuánto llevaba, dejándome aporreada y maniatada en camisa; pasó por allí este locazo mentecato de manchego con el tonto de Sancho Panza y otros que iban con ellos, y sintiendo mis lamentos, me desataron y ampararon, trayéndome consigo hasta Sigüenza, do me vistió don Quijote de la ropa que traigo, con que me veo obligada á acompañarle hasta que se canse de llamarme reina Cenobia, y de sufrir él y su escudero los porrazos é injurias que los he visto sufrir en Sigüenza y en la venta vecina de Alcalá, do el autor de tal compañía de comediantes les apuró de suerte, que por poco acabaran con sus desventuradas aventuras.

Refirió tras esto cuánto en la venta y en Alcalá les había sucedido, hasta llegar al Prado, con un desenfado y un donaire que á todos les admiró y provocó á risa. Mandaron para cumplimiento de la farsa bajar á don Quijote y á Sancho; y puestos ambos en su presencia, el amo armado y el criado encaperuzado, dijo el titular á don Quijote:

—Bien sea venido el nunca vencido Caballero Desamorado, defensor de gente menesterosa, desfacedor de tuertos y endilgador de justicias.

Y asentándole junto á sí, y á Bárbara á su lado, que no se quiso asentar de otra suerte, prosiguió, estando la sala llena de la gente de casa, que perecía de risa:

—¿Cómo le va á vuesa merced en esta Corte desde que está en ella? Dénos razón de lo que siente de su grandeza y perdóneme el atrevimiento que he tenido en querer alojar en mi casa personas de tan singular valor, cual son vuesa merced y la señora reina de las Amazonas, recibiendo la voluntad con que le sirvo, pues ella suple la falta de las obras.

—Esa recibo,—respondió don Quijote—invicto príncipe Periano, y lo mismo hace la poderosa reina Cenobia, que aquí asiste honrando esta sala; y tiempo vendrá en que yo pague tan buenos servicios con ventaja, y será cuando yendo con el duque Alfirón persiano á la gran ciudad de Persépolis, le haga casar á vuesa merced á pesar de todo el mundo con su bella hermana, llamándome entonces yo, por la imágen que traeré en el escudo, el Caballero de la rica Figura, pues será la que llevaré pintada al vivo en él, de la infanta Florisbella de Babilonia.

—Suplico á vuesa merced,—dijo el titular, que era hombre de gallardo humor,—no toque esa tecla de la infanta Florisbella, pues sabe que yo ando muerto por sus pedazos; y hágame merced de que se quede este negocio aquí; que presto se averiguará la justicia de mi pretensión en esta parte, entrando con vuesa merced en la batalla campal que tengo aplazada.

—Su ejecución insto,—replicó don Quijote,—y barras derechas.

Salió Sancho Panza en oyendo esto, y dijo:

—Par diez, señor pagano, que vuesa merced es tan hombre de bien como yo haya visto en toda



la Paganía otro, dejando aparte que es mal cristiano, por ser, como todo el mundo sabe, turco; y así no querría pusiese la vida al tablero, entrando en batalla con mi señor; que sería mal caso viniese á morir á sus manos quien en su casa nos ha hecho servicio de darnos de cenar como á unos papagayos, tantos y tales guisados, que bastaban á tornar el cuerpo al alma de una piedra. ¿Sabe con quién querría yo que don Quijote mi señor hiciese pelea? Con estos demonios de alguaciles y porteros que nos hacen á cada paso terribles desaguisados, y tales cual es el en que nos acabamos de ver ahora, pues nos han puesto á amo y criado en el mayor aprieto, que nos habemos visto desde



que andamos por esos mundos á caza de aventuras; y si no fuera porque vino á buen tiempo vuesa merced, mi señor se viera como en Zaragoza, á medio azotar; pero yo le juro por vida de los tres reyes de Oriente y de cuantos hay en el poniente, que si cojo alguno dellos en descampado y de suerte que pueda hacer dél á mi salvo, que me tengo de hartar de darle de mojicones, dándole mojicón por aquí, y mojicón por allí, este por arriba y este otro por abajo.

Decía esto Sancho con tal cólera, dando mojicones por el aire, como si verdaderamente se aporreará con el alguacil, dando mil vueltas al derredor, hasta que cayéndosele la caperuza en el suelo, la levantó diciendo:

—A fe que lo puede agradecer á que se me cayó la caperuza: que á no ser esto, llevara su merecido el muy guitón, para que otra vez no se atreviera, ú otro tal cual él, á tomarse con un escudero andante tan honrado como yo, y de tan valeroso dueño, como mi señor don Quijote.

Rieron cuantos en la sala estaban de ver la necia cólera de Sancho, al cual dijo el titular:

—Yo, señor Sancho, no puedo dejar de salir en batalla con el señor Caballero

Desamorado, de la cual saldré sin duda con vitoria, porque mi valor es conocido, y singular es el favor, que cierto mago que tengo de mi parte, me da siempre.

—Eso se verá,—replicó don Quijote,—á las obras á que me remito.

Parecióles en esto á todos que era bien dar lugar á la noche, y levantándose de la silla el titular, dijo á don Quijote:

—Mire vuesa merced, señor Desamorado, lo que emprende en emprender á pelear conmigo, y duerma sobre ello.

—Sobre una muy buena cama dormirá mejor mi señor, y yo y la señora reina otra que tal.

—No faltarán esas,—dijo el titular.

Y mandando llevarlos á ellas, se fueron á acostar todos.

Dos ó tres días tuvieron los del palacio semejantes y mejores ratos de entretenimiento á todas horas con los tres huéspedes, que jamás los dejaron salir de casa, conociéndoles el humor y cuán ocasionados eran para alborotar la Corte. Al cabo de ellos quiso Dios que llegasen á ella don Carlos con su amigo don Alvaro, á quien por aguardar que convaleciese de una mala gana que le había sobrevenido en Zaragoza, no quiso dejar don Carlos, y esta fué la causa de no haber llegado mucho antes. Alborotóse y regocijóse toda la casa con su venida, que la deseaban para celebrar y concluir el casamiento del dueño della todos; y al cabo de rato que estaban los huéspedes en ella, acaso les dijo el titular como les daría muy buenos ratos de entretenimiento con tres interlocutores que tenía de lindo humor para hacer ridiculos entremeses de repente; y diciéndoles quién eran, y del modo que los había hallado y llevado á su casa, y lo que en ella con ellos le había sucedido, holgaron infinito don Carlos y don Alvaro de la nueva, porque venían igualmente deseosos y cui-

dadosos de don Quijote, á quien después de cena mandaron salir, como solian, á la sala con Sancho y Bárbara, de cuya vida ya había dado el título también noticia á don Carlos y á don Alvaro, como ellos se la habían dado á él de cuánto les había pasado en Zaragoza con él y su escudero Sancho, y en particular don Alvaro, que se la dió de los sucesos de Argamesilla. Determinaron los dos no dárseles á conocer al principio; y calándose los sombreros, sontados al lado del titular, á la que se entraron los tres, reina, amo y criado, empezó á hablar del tenor siguiente el fingido Periano:

—Presto, valeroso manchego, mediré mi espada con la vuestra si perseveráis en vuestros trece de no rendirmeos, dejando de favorecer á don Belianis de Grecia; y es cierto quedaréis en la batalla infamemente vencido, pues tengo de mi parte aquí á mi lado el sabio Fristón, mi diligentísimo historiador y gran agente de mis partes.

Y diciendo esto, señaló á don Alvaro, el cual cubriéndose lo mejor que pudo, se puso luego en pie entre don Quijote y Sancho (que Bárbara ya ocupaba su ordinario asiento), y dijo, con voz hueca y arrogante:

—Caballero Desamorado de la infanta Dulcinea del Toboso, á quien tanto un tiempo adoraste, serviste, escribiste, y respetaste, y por cuyos desdenes hiciste tan áspera penitencia en Sierra Morena, como se cuenta en no sé qué anales que andan por ahí en humilde idioma, escritos de mano por no sé qué Alquife: ¿eres tú, por ventura, don Quijote de la Mancha, cuya fama anda esparcida por las cuatro partes del mundo? Y si lo eres: ¿cómo estás aquí tan cobarde, cuanto ocioso?

Don Quijote, oyendo esto, volvió la cabeza diciéndole:

—Responde tú, Sancho, á este sabio Fristón, porque no merece el oír la respuesta que pretende de mi boca, pues no me tiro, ni pongo con gente que no tiene más de palabras, cual estos encantadores y nigrománticos.

Quedó Sancho muy alegre de oír lo que su amo le mandaba, y poniéndose frente á frente de don Alvaro, cruzados los brazos, le dijo con voz furiosa, desta manera:

—Soberbio y descomunal sabio, nosotros somos esos de las cuatro partes del mundo por quien preguntas, como tú eres hijo de tu madre y nieto de tus abuelos.

—Pues esta noche,—replicó don Alvaro,—tengo de hacer un tan fuerte encantamiento en daño vuestro, que llevando por los aires á la reina Cenobia, la pondré en un punto en los montes Pirineos, para comerla allí frita en tortilla, volviendo luego por tí y tu escudero Sancho Panza, para hacer lo mesmo de ambos.

—Por nosotros decimos,—respondió Sancho,—que no queremos ir allá, ni nos pasa por la imaginación; si quiere llevar á la reina Segovia, hágalo muy en hora buena; que nos hará mucho placer en ello, y el diablo lleve á quien lo contradijere, pues no nos sirve de otra cosa por esos caminos más que de echarnos en costa, que ya habemos gastado con ella en mula y vestidos más de cuarenta ducados, sin lo que ha comido: y lo bueno es que quien después se lleva la mejor parte, son los mozos de los comediantes; sólo le advierto, como amigo, que si ha de llevársela, mire bien cómo la come; porque es un poco vieja y estará dura como todos los diablos; y así lo que podrá hacer, será echalla en una olla grande (si la tiene) con sus berzas, nabos, ajos, cebollas y tocino, y dejándola cocer tres ó cuatro días, estará comedera algún tanto, y será lo mesmo comer della que de un pedazo de vaca, si bien no le tengo envidia á la comida.

No pudo don Alvaro, oyendo esto, disimular más, viendo que todos se reían, y así se fué para don Quijote los brazos abiertos diciéndole:

—¡Oh mi señor Caballero Desamorado! déme esos brazos, y mireme bien á la cara, que ella le dirá cómo el que le habla y tiene delante es don Alvaro de Tarfe, su huésped y gran amigo.



Don Quijote le conoció luego, y abrazándole, le dijo:

—¡Oh mi señor don Alvaro! Vuesa merced sea bien venido: ya me espantaba yo que el sabio Fristón se desvergonzara tanto conmigo; pero no ha estado mala la burla que vuesa merced nos ha hecho á mi y á Sancho mi criado.

Sancho, que oyó lo que su amo decía á don Alvaro, luégo le conoció; hincándose de rodillas á sus pies, y puesta la caperuza en las manos, le dijo:

—¡Oh mi señor don Tarfe! Vuesa merced sea tan bien venido, como lo fuera agora por esa sala una olla cual la que yo acabo de guisar de la reina de Segovia, y perdóneme la cólera; que como dijo que era aquel maldito sabio que nos quería llevar á los montes Pirineos, mil veces he estado tentado con estos aunque pecadores puños cerrados, para cargalle de mojicones antes que saliera de la sala, confiado de que al primer repiquete de broquel me había de ayudar mi señor don Quijote.

Don Alvaro le respondió:

—Yo le agradezco mucho, señor Sancho, la buena obra que me quería hacer; pues á fe que no se las he hecho yo tan malas en Zaragoza, en mi casa y en la del señor don Carlos, do les dábamos aquellos regalados platos que vuesa merced sabe.

—¿Dónde—replicó Sancho—está el señor don Carlos?

—Aquí está para servirlos,—respondió el mismo, levantándose de su asiento para abrazar á don Quijote, como realmente lo hizo, con igual retorno dél y de su criado; y luego le dijo:

—No llegara á esta Corte, señor don Quijote, si no fuera por apadrinarle en la batalla que ha de hacer con el rey de Chipre Bramidán, sacándole del mundo, pues me dicen dél está en medio de la plaza Mayor desafiando cada día á cuántos caballeros la pasean, y vencéndolos á todos, sin haber quien le resista; cosa que tiene al Rey y á grandes del reino no poco corridos, y están por momentos aguardando á que Dios les depare un tal y tan buen caballero, que sea bastante á vencer y cortar la cabeza á tan infernal monstruo.

Don Quijote le respondió:

—Ya me parece, señor don Carlos, que los pecados y maldades del rey de Chipre, los cuales dan voces delante de Dios, han llegado á su último punto; y así, esta tarde sin falta se le dará el castigo que sus malas obras piden.

—Haga cuenta vuesa merced—dijo Sancho,—señor don Carlos, que hoy acabamos con ese demonio de gigante que tan cansados nos tiene; pero porque entienda mi señor don Quijote que no he recibido en vano el orden de escudelería, digo: que yo también quiero hacer batalla delante de todo el mundo con aquel escudero negro que dicho gigante trae consigo, á quien yo ví en Zaragoza en casa del señor don Alvaro, porque me parece que no tiene espada ni otras armas ningunas, y que está de la manera que yo estoy; y así digo que se las quiero tener tiesas, y hacer con él una sanguinolenta pelea de coces, mojicones, pellizcos y bocados; que si es escudero él de un gigante pagano, yo lo soy de un caballero andante cristiano y manchego; y escudero por escudero, Valladolid en Castilla, y amo por amo, Lisboa en Portugal. ¡Mirad qué cuerpo non de Dios con él y con la negra de su madre! Pues guárdese de mí, como del diablo; que si antes de entrar en la pelea me como media docena de cabezas de ajos crudos, y me espeto otras tantas veces del tinto de Villarrobledo, arrojaré el mojicón que derribe una peña. ¡Oh pobre escudero negro, y qué bellaca tarde se te apareja! ¡Más te valiera haber quedado en Monicongo, con los otros hermanos fanchicos que allá están, que no venir á morir á mojicones en las manos de Panza! Vuestas mercedes se queden con Dios; que yo voy á efectuarlo.

Detúvole don Carlos, diciendo:

—Aguardad, amigo, que aún no es hora de pelear; y descuidad, y dejad el negocio en mis manos.

—Eso haré de bonísima gana,—replicó Sancho,—y aun se las beso por la merced que me hace; que manos besa el hombre, que las querria ver cortadas.

—¡Oh Sancho!—dijo don Carlos,—tanto mal os he hecho yo, que querriades verme cortadas las manos!

—No lo digo por eso,—respondió él,—sino que me vino á la boca ese refrán, como se me vienen otros; y antes plegue á Dios vea yo manos tan honradas envueltas entre aquellos benditos platos de alhondiguillas y pieles de manjar blanco, que estaban en Zaragoza, pues confío que no me iría mal en ello.

Volvióse don Quijote, acabadas estas razones, al titular, diciendo:

—Aquí tengo, príncipe Periano, la flor de mis amigos, y quien dará noticia bastante de mi valor y hazañas á vuesa merced, y le desengañarán de cuán temerario es en no rendirseme, desistiendo de la pretensión de la infanta Florisbella, en bien de don Belianis, mi íntimo familiar.

—¿Pues pretende—respondió don Alvaro—este príncipe entrar con vuesa merced, señor don Quijote, en batalla?

—Es tan grande su atrevimiento—replicó él,—que se quiere poner en cuentas conmigo, cosa que siento en el ánimo, porque no querria verme obligado á ser verdugo de quien tan honrada y cumplidamente me ha hospedado; pero lo que podré hacer por él, será, para que tenga más largo el plazo para deliberar lo que más le conviniere, entrar primero en batalla con el rey Bramidán de Tajayunque, y luego con el alevoso hijo del rey de Córdoba, en defensa de la inocencia de su reina madre.

—No es poca merced la que se nos hace á todos,—le dijo don Carlos,—en diferir esta batalla; que en efecto á todos nos importa se ahorren pesadumbres entre dos príncipes tan poderosos, como es Perianeo y vuesa merced, y con las largas confío componer sus pretensiones, sin agravio de ninguna de las partes.

—Las del señor príncipe pagano,—respondió Sancho,—son tales, que me obligan á desearle servir aún en la misma pelea; y haciéndolo desde aquí, le doy por consejo que no salga á ella si no es bien comido; que en fin la tarde es larga; y aun será acertado llevarse alguna cosa fiambre para mientras descansaren, por si acaso le diere gana de comer el cansancio; yo desde aquí le ofrezco llevarlo todo, si quisiere, sobre mi rucio, en unas alforjas grandes que tengo; y más, me ofrezco á mandar á mi amo cuando le haya vencido á su merced y le tenga derribado en tierra y esté para cortarle la cabeza, se la corte poco á poco, porque le haga menos mal.

Agradecióle el príncipe Perianeo los buenos servicios que deseaba hacerle, y á su amo le aceptó la dilación de la batalla, mostrando deseaba mucho su amistad, y que temia el haber de salir en campaña con él, supuesto el abono que de su valor daban don Carlos y don Alvaro, el cual dijo á todos:

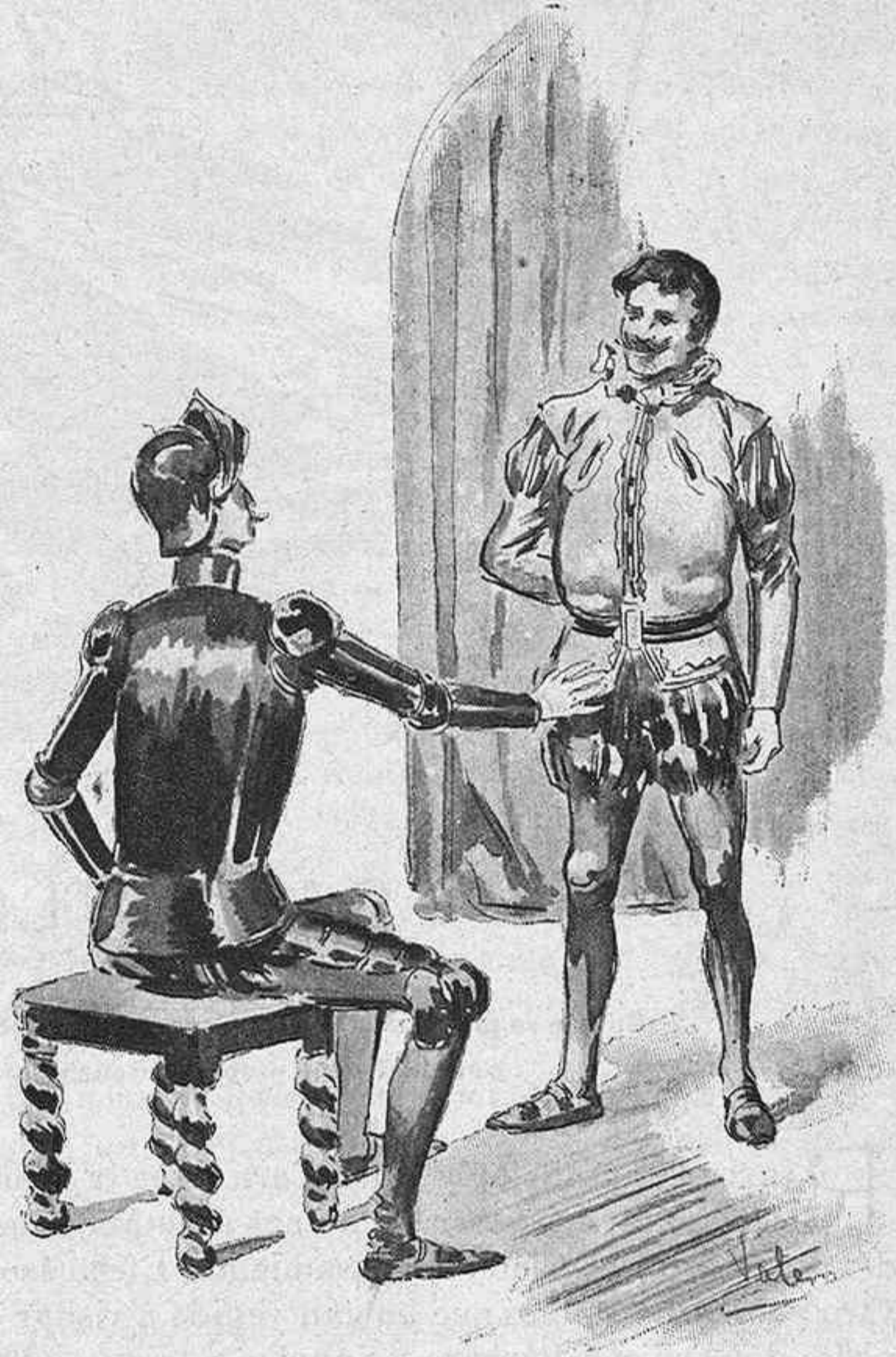
—Páreceme, señores, que estos negocios quedan en buen punto; y así razón será irnos á reposar; que harto tendremos que hacer mañana en dar aviso á toda la Corte de la venida del señor don Quijote, y del fin que le trae á ella, que es el deseo grande que tiene de libertalla de las molestias del insolente rey Bramidán.

Parecióles á todos bien la aguda traza de atajar la prolija conversación, y encaminándose cada uno para su cuarto, salieron todos de la sala. Apenas estuvo fuera della el pobre Sancho, cuando le cogieron los criados de don Alvaro y de don Carlos, á quienes conocia él bien, y preguntando del cocinero cojo, y dándose la bien venida entre sí, le dijo uno de ellos:

—Á fe, señor Sancho, que va vuesa merced medrando bravamente; no me desagrada que al cabo de sus días dé en rufián; por mi vida, que no es mala la moza; rolliza la ha escogido, señal de buen gusto; pero guárdela de los gavilanes desta Corte, y vuesa merced vaya sobre el aviso, no le coja algún alcalde de Corte con el hurto en las manos; que á fe que no le faltarán docientos azotes y galeras; que liberalísimamente se dan esas prebendas en la Corte.

—No es mía la moza,—respondió Sancho,—sino del diablo que nos la endilgó en camisa, en medio de un bosque; y de esa suerte y por el tanto la podrán tomar vuestas mercedes siempre que quisieren; que la ropa que trae, nuestro dinero nos cuesta; y juro ¡non de Dios! que si por ella me diesen, no digo docientos azotes y galeras, sino cuatro mil obispados, que la diera á Barrabás á ella y á todo su linaje, y que hiciera que se acordara de mi mientras viviera.

En esto se le subieron á dormir á sus aposentos, haciéndole decir dos mil dislates, á barato de los relieves que de la cena les habían quedado.





CAPÍTULO XXXII

En que se prosiguen las graciosas demostraciones que nuestro hidalgo don Quijote y su fidelísimo escudero Sancho hicieron de su valor en la Corte.

PARECIÓLES al titular y á don Carlos que la primera cosa que habian de hacer, salidos de casa y oída misa, era besar las manos á Su Majestad y á algunos señores de calidad y del consejo, dándoles parte del estado del casamiento. Efectuáronlo, pues, así, saliendo acompañados de don Alvaro y de otros amigos que habian venido á visitar á don Carlos. Ya estaban levantados sus huéspedes don Quijote, Bárbara y Sancho, á la que salian de casa; que no tuvieron poco en qué entender con ellos en hacerles quedar en ella; que no habia remedio con don Quijote, sino que les habia de honrar con su compañía, subido en Rocinante; y á duras promesas de que enviarian luego por él, dada razón de su venida á los grandes, le hicieron quedar, aunque no sin guardas, para que de ninguna suerte le dejasen á él, ni á los de su compañía, salir de casa. Á la que los señores salian della, se asomó de prisa Sancho á una ventana, diciendo á voces:

—Señor don Carlos, si acaso topare por ahí aquel escudero negro, mi contrario, digale que le beso las manos, y que se apareje para esta tarde ó mañana, para acabar aquella batalla que sabe, con uno de los mejores escuderos que tiene barbas en cinta; y más, que le desafio para después de la pelea, á quien segará mejor y más apriesa, y aun le daré dos ó tres gabillas de ventaja, con tal condición que comamos primero un gentil gazapo con su ajo; que yo lo sé hacer á las mil maravillas.



Tiróle, en esto, don Quijote del sayo con cólera, diciendo:

—¿Es posible, Sancho, que no ha de haber para tí guerra, conversación, ni pasatiempo que no sea de cosas de comer? Deja estar al escudero negro; que sobre mí que él te venga sobrado á las manos; y aun á fe que entiendo que habrás bien menester las tuyas para él.

—No habré—replicó Sancho,—porque pienso ir prevenido á la pelea, llevando en la mano zurda una gran bola de pez blanda de zapatero, para cuando el negro me vaya á dar algún gran mojicón en las narices, reparar el golpe en dicha bola, pues cierto que, dando él el golpe en ella con la furia que le dará, se le quedará la mano pegada de manera, que no la pueda desasir; y así, viéndole yo con la mano derecha menos, y que no se puede aprovechar della, le daré á mi salvo tantos y tan fieros mojicones en las narices, que de negras se las volveré coloradas á pura sangre.

Hicieron sus visitas el titular, don Carlos y don Alvaro, teniendo ventura en poder besar las manos de espacio á Su Majestad, y de poder tratar de sus negocios con él y con los demás señores á quienes tenían obligación de dar los primeros avisos del casamiento; y en la última visita que hicieron á un personaje de su calidad y muy familiar y amigo, casado con una dama de buen gusto, dieron cuenta de los huéspedes que tenían en casa y de los buenos ratos que pasaban con ellos, pues eran los mejores que señor podía pasar en el mundo. Encarecieron tanto los humores de ellos, que el marido y mujer les rogaron con notables veras se los llevasen á su casa aquella tarde, para pasarla buena. Ofreciéronlo de hacer, con condición de que se había de fingir él gran archipámpano de Sevilla, y su mujer archipampanesa, diciendo que don Quijote era hombre que sólo se pagaba de principes de nombres campanudos, porque el tema de su locura era ser caballero andante, defensor de agravios, y defensor de reinos, reyes y reinas; y que así se le había puesto en la cabeza que una feísima mondonguera de Alcalá, que traía por fuerza en su compañía, era la reina Cenobia, que no la había dejado menos perenal la vana y ordinaria lectura de libros de fabulosas caballerías, á la cual se había dado por el crédito que daba á todas las quimeras que en ellos se cuentan, teniéndolas por verdaderas. Con este concierto se volvieron á su casa á comer, dando de parte del grande Archipámpano un recado á don Quijote sobremesa, y diciéndole juntamente cómo todos habían de ir, caído el sol, á besarle las manos él y Sancho, metidos en coches, por ser muy de principes pasear la Corte aquellos meses en carrozas y no en caballos. Aceptó la ida don Quijote y lo mismo hizo Sancho. En pareciéndoles á los señores hora, mandaron aprestar los coches, y metiéndose todos dentro con don Quijote, armado y embroquelado con su adarga, y con Sancho, caminaron hacia la casa del fingido Archipámpano, á quien dieron los pajes luego aviso de las visitas que llegaban. En sabiéndolo, se puso bajo un dosel, en una gran sala, á recibilles; y entrando el titular, don Carlos y don Alvaro en ella, le saludaron con notable cortesía y disimulación, y asentándose por su mandado junto á él, llena la sala de la gente que los acompañaba y de la de casa, y estando en otro cabo della, en un buen estrado, la mujer con algunas dueñas y criadas, se levantó don Alvaro, y tomando de la mano á don Quijote, le presentó con notable cortesía delante del Archipámpano, diciendo:

—Aquí tiene vuestra alteza, señor de los flujos y reflujos del mar, y poderosísimo archipámpano de las Indias oceánicas y mediterráneas, del Helesponto y gran Arcadia, la nata y la flor de toda la caballería manchega, amigo de vuesa alteza y gran defensor de todos sus reinos, insulas y penínsulas.

Dicho esto, se volvió á asentar, y quedando don Quijote puesto en mitad de la sala, mirando á todas partes con mucha gravedad, puesto el cuento de la lanza, que un criado le trajo, en tierra, estuvo callando hasta que vió que todos habían visto y leído las figuras y letras de su adarga; y cuando vió que callaban y estaban aguardando á que él hablase, con voz serena y grave comenzó á decir:

—Magnánimo, poderoso y siempre augusto Archipámpano de las Indias, descendiente de los Heliogábalos, Sardanápalos y demás emperadores antiguos: hoy ha venido á vuestra real presencia el Caballero Desamorado, si nunca le oistes decir, el cual, después de haber andado la mayor parte de nuestro hemisferio, y haber muerto y vencido en él un número infinito de jayanes y descomunales gigantes, desencantando castillos, libertando doncellas, tras haber deshecho tuertos, vengado reyes, vencido reinos, sujetado provincias, libertado imperios, y traído la deseada paz á las más remotas insulas, mirando con los ojos de la consideración á todo lo restante del mundo, he visto que no hay en toda la redondez dél, rey ni emperador que más digno sea y mejor merezca mi amistad, conversación y trato, que vuesa alteza por el valor de su persona, lustre de sus progenitores, grandèza de su imperio y patrimonio, y principalmente por el esfuerzo que muestra su bella y robusta presencia; por tanto yo he venido, magnánimo monarca, no á honrarme con vos, que asaz tengo de honra adquirida; ni á procurar vuestras riquezas, ni reinos, que ahí tengo yo el imperio

de Grecia, Babilonia y Trapisonda para cada y cuando que los quisiere; ni á deprender cortesias, ni otras cualesquier gracias, ni virtudes de vuestros caballeros, que mal puede aprender quien es conocido por todos los principes de buen gusto, por espejo y dechado de virtud, crianza y de todo prudencial y buen orden militar: sino á que, desde este día me tengáis por verdadero amigo, pues dello os resultará no solamente honra y provecho, sino juntamente sumo contento y alegría; que llano es que todos los emperadores del mundo, en viéndome de vuestra parte, os han de rendir, mal que les pese. vasallaje, enviar parias, multiplicar embajadores, á fin sólo de hacer con vos inviolables y perpetuas treguas, mientras yo en vuestra casa estuviere, compelidos del temor que con el trueno de mi nombre y con la gloria de mis fazañas les entrará por los oídos hasta lo íntimo del corazón; y porque veáis que la fama que de mis obras habéis oído, no es solamente voz que se la lleva el viento, sino valentias heróicas y conquistas célebres, acabadas con suma felicidad, y felicidad en gloria de orden de la caballería andantesca, quiero que luego en vuestra presencia venga conmigo



á las manos aquel soberbio gigante Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, con quien há más de un mes tengo aplazada batalla para delante de vos y de todos vuestros grandes, en cuya presencia le he de cortar la monstruosa cabeza, y ofrecerla á la gran Cenobia, reina hermosísima de las Amazonas, con cuyo lado me honro, y á quien pienso dar el dicho reino de Chipre, entre tanto que este brazo la restituye en el suyo, que el Gran Turco le tiene usurpado, quedándome atrás esta victoria; la que también espero alcanzar de cierto hijo del rey de Córdoba, tan alevoso, que en mi presencia levantó un falso testimonio á una reina, de quien es aliado; y por remate hacer desistir de la vida ó de su pretensión al principe Periano de Persia en los amores de la infanta Florisbella, pues los solicita mi grande amigo Belianis de Grecia, y no cumpliría con lo que á quien soy debo si no le dejase sin pretendiente tan importante en tan grave pretensión. Vuesa alteza, pues, mande luego á los tres venir por orden á esta real sala; que de nuevo les reto, desafío y aplazo.

Dicho esto, quedaron él callando, y todos los demás de la sala tan suspensos de oír los concertados disparates de aquel hombre, y la gravedad y visajes con que los decía, que no sabían quién, ni cómo saliese á responderle. Pero al cabo de rato, el mismo Archipámpano le dijo:

—Infinito huelgo, invicto y gallardo manchego, de que hayáis querido hacer elección de mi Corte y de los servicios que en ella os pienso hacer para

bien suyo, gloria vuestra y aumento de mis estados, y más de que haya sido vuestra venida á ellos en tiempo que tan oprimidos me los tiene ese bárbaro príncipe de Tajayunque, que decís; pero porque es ardua la empresa del duelo que con él tenéis aplazado, quiero, para deliberar sobre ello con más acuerdo, que se dilate hasta que lo consulte con mis grandes; que esotros desafíos de los principes Periano y de Córdoba son de menos consideración, y fácilmente se compondrán ó rendirán ellos después, cuando vean triunfáis del rey de Chipre. La dilación, pues, de su batalla os pido consentáis en primer lugar, y en segundo os ruego os retiréis cuánto pudiéredes de las damas de mi casa y Corte, pues estando vos en ella, y siendo el Caballero Desamorado, y tan galán, dispuesto, bien hablado y valiente, de fuerza han de estar todas ellas con grandísima vigilancia, y aun competencia, sobre cuál ha de ser la tan dichosa y bien afortunada que os merezca; y no es mi intención caséis con ninguna dellas, porque pretendo casaros con la infanta mi hija, que allí veis, luego que os vea coronado emperador de Grecia, Babilonia y Trapisonda, y de aquí adelante recibiré á merced de que como yerno mio en espera, tengáis esta casa por propia, sirviéndoos della y de mis propios caballeros y criados.

Don Carlos llamó en esto, por un lado de la silla, á Sancho y le dijo:

—Por cuánto puede suceder en el mundo, no niegue vuesa majestad, le suplico, señora reina Cenobia, su grandeza, no la encubra diciendo una blasfemia tan grande, como la que agora ha dicho; que ya estoy cansado de oírsela repetir otras veces, y no tomemos en la boca eso de mondonguera; que aunque para mí sé yo claramente quién es y su valor, con todo, es necesario la conozca todo el mundo; vaya vuesa alteza á hablar con quien el señor príncipe Periano y estos caballeros la ruegan; que entre damas tales cual la Archipampanesa y la infanta su hija, ha de camppear su beldad, pues yo salgo fiador que en viéndola, la estimen y respeten en lo que merece y todos deseamos.

No se hizo, como cuerda, de rogar más, conociendo lo que debía á don Quijote, y que hasta entonces no le había ido sino bien en condescender con sus locuras, de que se llevaba por lo menos el pasar buena vida, y así ofreció el ir. Venida la mañana, el Archipámpano salió á misa, llevando consigo á Sancho, al cual preguntó por el camino si sabía ayudar á misa, y respondió diciendo:

—Sí, señor, aunque es verdad que de unos días á esta parte, como andamos metidos tanto en este demonio de aventuras, se me ha volado de la testa la confesión y todo lo demás, y sólo me ha quedado de memoria el encender las candelas y el escurrir las ampollas; y aun á fe que solía yo tañer invisiblemente los órganos por detrás en mi pueblo divinamente, y en no estando yo en ellos, todo el pueblo me echaba menos.

Rieronlo de gana, y acabada la misa, volvieron á casa á comer, y después de haberlo hecho, no sin muy buenos ratos que pasaron con Sancho, le dijo el Archipámpano:

—Yo, en resolución, quiero, señor Sancho, que de aquí adelante os quedéis en mi casa y me sirváis, ofreciéndome á daros más salario del que os da el Caballero Desamorado; que también yo soy caballero andante como él, y he menester servirme de un escudero tal cual vos, en las aventuras que se me ofrecieren; y así, para obligaros desde luego, os mando un buen vestido por principio de paga; pero decidme: ¿cuánto es lo que os da por año el señor don Quijote?

A esto respondió Sancho:

—Señor, mi amo me da nueve reales cada mes, y de comer, y unos zapatos cada año, y fuera deso me tiene prometido todos los despojos de las guerras y batallas que venciéremos; aunque hasta agora, por bien sea, los despojos que hemos llevado no han sido otros, que muy gentiles garrotazos, como nos los dieron los meloneros de Ateca; mas con todo eso, aunque vuesa merced me añadiese un real más por mes, no dejaría al Caballero Desamorado, porque á fe que es muy valiente, á lo menos según le oigo decir cada día; y lo mejor que tiene es ser esforzado sin perjuicio, ni daño de nadie, pues hasta agora no le he visto matar una mosca.

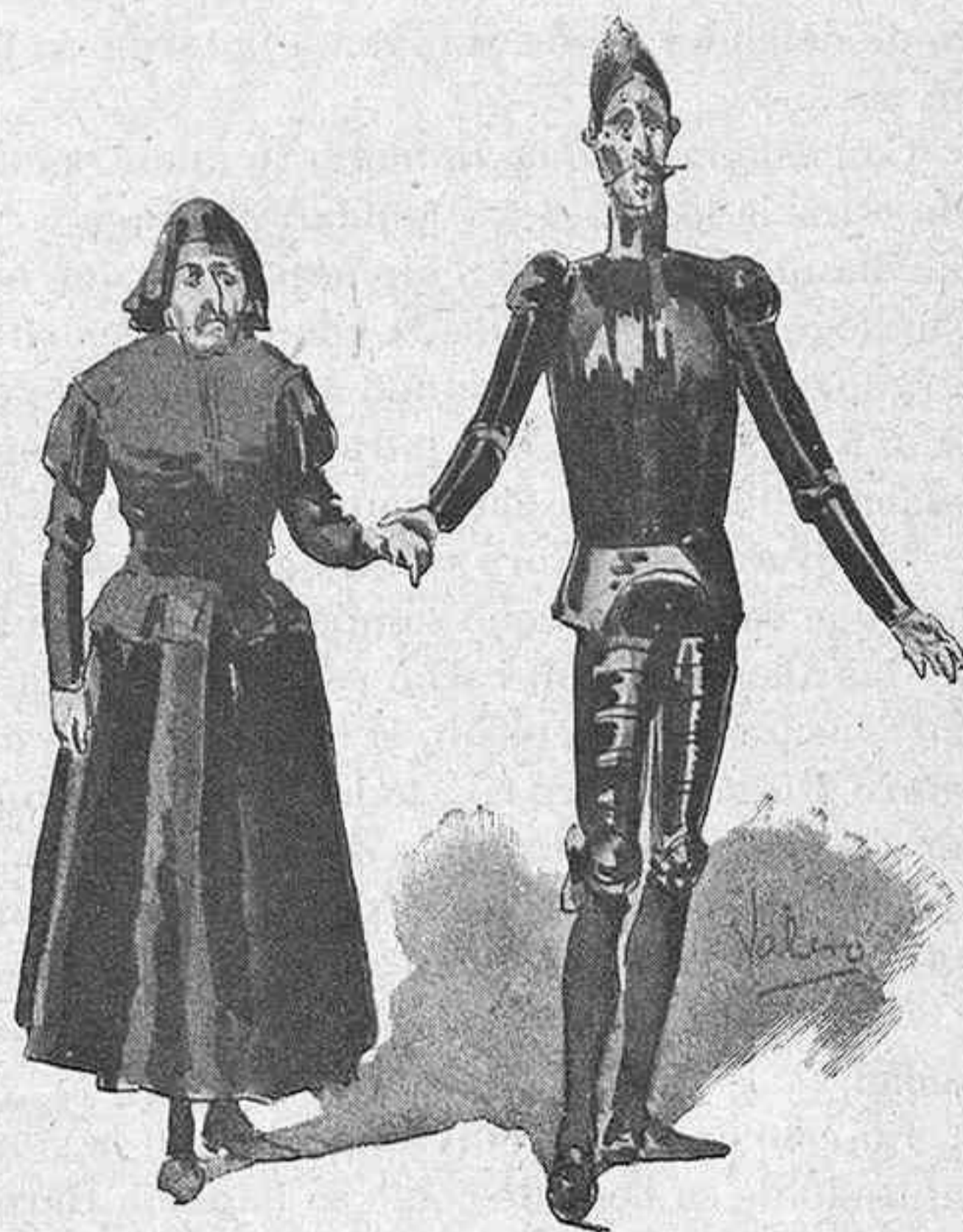
Replicó el Archipámpano diciendo:

—¿Es posible, Sancho, que si yo os regalase más que vuestro amo, y os diese cada mes un vestido y un par de zapatos, y juntamente un ducado de salario, no me serviríades?

Respondióle él:

—No es eso malo; pero con todo no le serviría, sino con condición que me comprase un gentil rucio para ir por esos caminos; que sepa que soy muy mal caminante de á pié, y más, que habíamos de llevar muy buena maleta con dineros, porque no nos viésemos en los desafortunios que agora un año nos vimos por aquellas ventas de la Mancha; tras que juntamente vuesa merced me había de jurar y prometer hacerme por sus tiempos rey ó almirante de alguna insula ó península, como mi señor don Quijote me tiene prometido, desde el primer día que le sirvo; que aunque no tenga muy buen expediente para gobernar, todavía sabríamos Mari-Gutiérrez y yo juntos deslindar los desafortismos que en aquellas islas se hiciesen: verdad es que ella también es un poco ruda; pero creo que, desde que ando por acá, no dejará de saber algo más.

—Pues, Sancho—dijo el fingido Archipámpano,—yo me obligo á cumpliros todas esas condicio-



nes con que quedéis en mi casa, y traigáis á ella juntamente vuestra mujer para que sirva á la gran Archipampanesa, que me dicen sabe lindamente ensartar aljófár.

—Ensartar azumbres, dijera vuesa merced mejor; que á fe que los enhila tan bien, como la reina Segovia, que no lo puedo más encarecer.

Pusieron en esto los señores fin á la plática por sestear un rato, habiendo dado aviso á algunos señores amigos para que acudiesen aquella tarde á gozar del entretenimiento que se les esperaba, con el caballero andante, su dama y su escudero. La misma prevención hicieron don Carlos, el titular, su cuñado y don Alvaro. Llegada, pues, la hora y aprestados los coches, se metieron en ellos con Bárbara, á la cual quiso llevar don Quijote á su lado; y con este entremés y no poca risa de los que los vían en el coche, llegaron á casa del Archipámpano; y subidos á ella y ocupando los ordinarios asientos los caballeros y las damas, entró por la sala don Quijote, armado de todas piezas, trayendo con gentil continente á la reina Cenobia de la mano. En viéndoles entrar, don Alvaro Tarfe se levantó, y postrado delante del Archipámpano, le dijo:

—El Caballero Desamorado, poderoso señor, y la sin par reina Cenobia, vienen á visitar á vuesa alteza.

Apenas oyó Sancho el nombre de su amo, cuando se levantó del suelo, en que estaba sentado, y corriendo para su amo, arrodillándose delante dél, le dijo:

—Sea mi señor muy bien venido, y gracias á Dios que acá estamos todos; mas dígame vuesa merced: ¿acordóse de echar de comer al rucio la noche pasada? que estará el pobre del asno con gran pena por no haberme visto de ayer acá; y así, le suplico le diga de mi parte, cuando le vea, que les beso las manos muchas veces á él y á mi buen amigo Rocinante, y que por haber sido esta noche convidado á cenar y á dormir, y hoy á comer, por solos dos reales y medio, ¡ahorcado sea tal barato, plegue á la madre de Dios! del señor Arcapámpanos, no los he ido á ver; pero que aquí en el seno les tengo guardadas, para cuando vaya, un par de piernas de ciertos muchuelos reales.

No hizo caso don Quijote destos disparates, sino que fué caminando con gravedad, de la suerte que había entrado, con la reina Cenobia, hasta ponerse en presencia del Archipámpano, do presentado dijo:

—Poderoso señor y temido monarca: aquí en vuestra presencia está el Caballero Desamorado, con la excelentísima reina Cenobia, cuyas virtudes, gracias y hermosura, con vuestra licencia, tengo de defender desde mañana á la tarde en pública plaza contra todos los caballeros, por rara y sin par.

Con esto la soltó de la mano, y mientras los circunstantes, admirados éntre sí, celebraban unos con otros la locura dél y fealdad della, se volvió el amo al escudero á preguntarle cómo e había ido aquella noche con el Archipámpano, y qué le había dicho de su buen brío, fortaleza y postura. En esto llegó Bárbara, llamada adonde los caballeros y damas estaban, do puesta de rodillas, callaba vergonzosísima, aguardando á ver lo que le dirían; los cuales tenían tanto que hacer en admirarse de la fealdad que en ella miraban, y más viéndola vestida de colorado, que no acertaban á hablarla palabra de risa: con todo, mortificándola cuánto pudo, le dijo el Archipámpano:

—Levantaos, señora reina Cenobia; que agora echo de ver el buen gusto del Caballero Desamorado que os trae, porque siendo él desamorado, y aborreciendo tanto á las mujeres, como me dicen que las aborrece, con razón os trae á vos consigo, para que mirándoos á la cara, con mayor facilidad consiga su pretensión, si bien se podría decir por él el refrán de que *qui amat ranam, credit se amare Dianam*; pero con todo, estoy en opinión de que si fueran cual vos todas las mujeres del mundo, todos los caballeros dél aborrecerían su amor en sumo grado.

El que estaba más cerca de su esposa le preguntó qué le parecía de la señora reina Cenobia, que el Caballero Desamorado traía consigo por dechado de hermosura:

—Yo aseguro—respondió ella—que le den pocas ocasiones de pendencias los competidores de su beldad.

En esto prosiguió el Archipámpano la conversación con la reina, preguntándole de su vida; y enterado de su boca de cómo se llamaba Bárbara, y de lo demás tocante á su estado y su oficio, y de la ocasión por qué seguía al loco de don Quijote, le dijo él si se atrevería á quedar por camarera de su mujer, que necesitaba de quien le acallase una niña que le criaban, oficio que le parecía que ninguno le haría mejor que ella; la cual excusándose con su poca capacidad y experiencia en cosas de palacio, tuvo luego al lado por abogado á Sancho, el cual salió á la causa diciendo:

—No tiene, señor, vuesa merced que pescudarla; que no saldrá el diablo de la reina del camino carretero de aderezar un vientre de carnero y cocer unas manecillas de vaca, pues no sabe otra cosa.

Y llegándose á ella, y tirándola de la saya colorada, que le venía más de palmo y medio corta, dijo:

—Abaje, señora Segovia, esa saya hasta todos los Satanases, que se le parecen las piernas hasta

cerca de las rodillas: ¿cómo, dígame, quiere que la tengan por reina tan hermosa si descubre esas piernas y zancajos, con las calzas llenas de lodo?

Y volviéndose al Archipámpano, le dijo:

—¿Por qué piensa vuesa merced que mi amo ha mandado á la reina Segovia que traiga las sayas altas y descubra los piés? Ha de saber que lo hace porque, como ve que tiene tan mala catadura, y por otra parte aquel borrón en el rostro, que la toma todo el mostacho derecho, quiere con esa invención hacer un *noverint universi* que declare á cuantos le miraren á la cara como no es diablo, pues no tiene piés de gallo, sino de persona, de que se podrán desengañar mirándola los piés, pues por la bondad de Dios los trae hartos á la vergüenza, y aun con todo, Dios y ayuda.

Don Quijote le dijo:

—Yo apostaré, Sancho, que tienes bien llena la barriga y cargado el estómago, según hablas; guarda no se me suba la mostaza á las narices y te cargue otro tanto á las espaldas, por igualar la sangre.

Respondió Sancho:

—Si tengo lleno el estómago, buenos dos reales y medio me cuesta.

Llegó á la que estaban en estos dares y tomares, don Alvaro, y haciendo apartar á Sancho y á Quijote á un lado, dijo el Archipámpano, haciéndole un gran acatamiento á la puerta de la real sala:

—Aquí está, excelso monarca, un escudero negro, criado del rey de Chipre Bramidán de Tajayunque; el cual trae una embajada á vuesa alteza, y viene á hacer no sé qué desafío con el escudero del Caballero Desamorado.

En oyéndolo, respondió aprisa Sancho, perdido el color:

—Pues dígame luego, por las entrañas de Jesucristo, que no estoy aquí y que no me hallo ahora para hacer pelea... Pero: ¡cuerpo del ánima de Antecristo! vayan y díganle que éntre; que aquí estoy aguardándole, y que venga mucho de noramala él y la perra negra de su madre; que yo, si me ayudan mi amo y el señor don Carlos, que me quiere del alma, me atrevo á hacerle que se acuerde de mí y del día en que el negro de su padre le engendró, mientras viva.

Hase de advertir aquí que don Alvaro y don Carlos habían dado orden á su secretario se tiznase el rostro, como lo hizo en Zaragoza, y entrase en la sala á presentarse á Sancho de la suerte que allá se presentó á él y á su amo, continuando el embuste del desafío. Entró, pues, dicho secretario, tiznada la cara y las manos, y vestido de una larga ropa de terciopelo gro, con una gran cadena de oro en el cuello, trayendo juntamente muchos anillos en los dedos y gruesos zarcillos atados á las orejas. En viéndole Sancho, como ya le conocía de Zaragoza, le dijo:

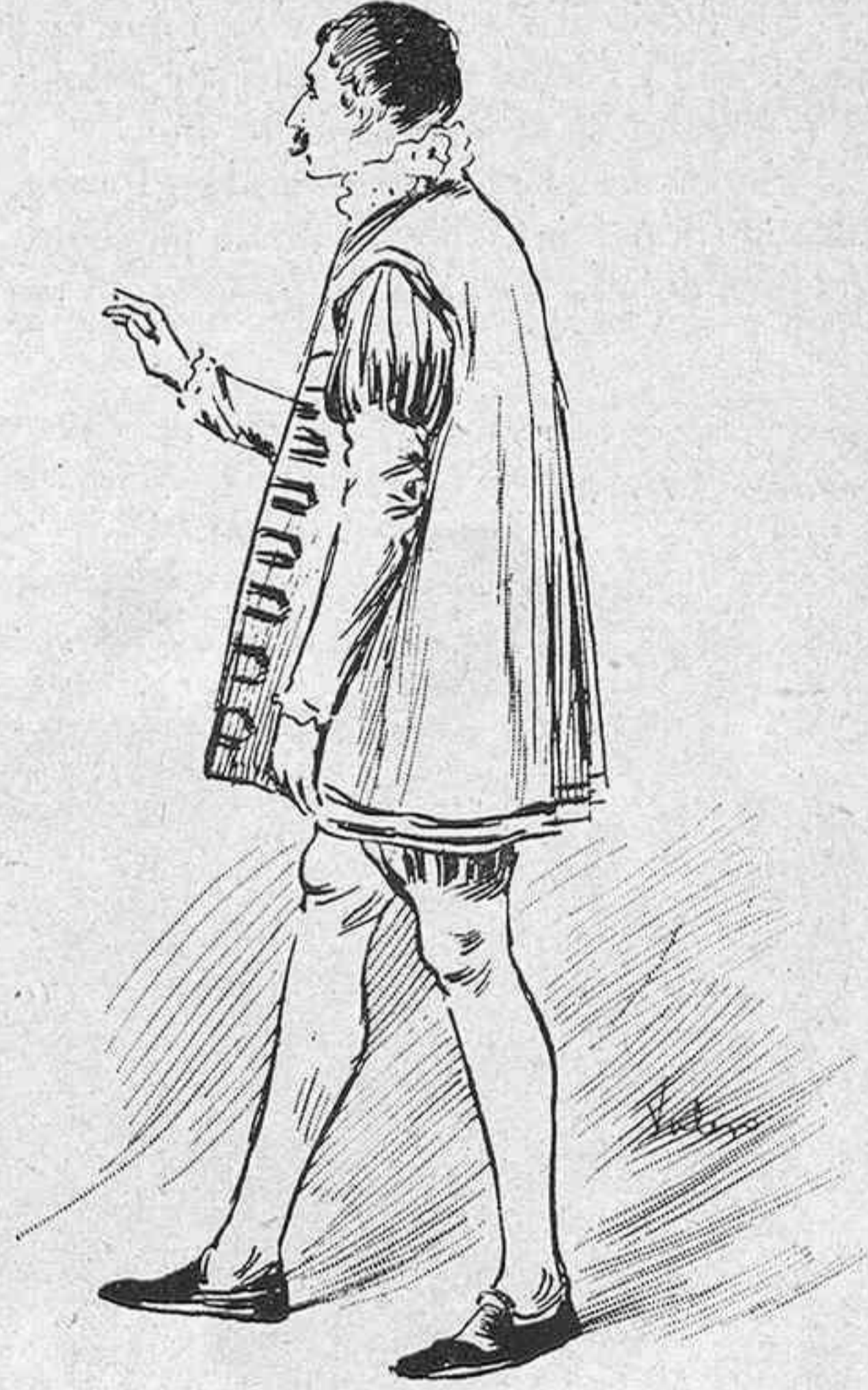
—Seáis muy bien venido, monte de humo: ¿qué es lo que queréis? que aquí estamos mi señor y yo, y guardaos del diablo, y mirad cómo habláis; que por vida de mi rucio, que no parecéis sino uno de los montes de pèz que hay en el Toboso para empegar las tinajas.

El secretario se puso en medio de la sala, y sin hacer cortesía á nadie, volviéndose á don Quijote, después de haber estado un rato callando, dijo desta manera:

—Caballero Desamorado, el gigante Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre y señor mío, me manda venir á ti para que le digas cuándo quieres acabar la batalla que con él tienes aplazada en esta Corte; porque él acaba de llegar ahora de Valladolid, de dar cima á una peligrosa aventura, en que ha muerto él solo más de doscientos caballeros sin más armas que una maza que trae de acero colado: por tanto, mandadme dar luego la respuesta, para que vuelva con ella al gigante mi señor.

Antes que don Quijote respondiese, se llegó don Carlos á su negro y disfrazado secretario, diciéndole:

—Señor escudero: con licencia del señor don Quijote, os quiero responder como persona á quien también toca ser vengado de las soberbias palabras de vuestro amo; y así, digo por ambos, que la batalla se haga el domingo en la tarde en el puesto que sus altezas señalen, en cuya presencia se



ha de hacer, y sea de la suerte y con las armas que vinieren á él más á propósito; y con esto os podéis ir con Dios, si otra cosa no se os ofrece.

El secretario respondió diciendo:

—Pues antes que vaya, quiero tomar luego en esta sala venganza de un soberbio y descomunal escudero del Caballero Desamorado, llamado Sancho Panza, el cual se ha dejado decir que es mejor y más valiente que yo: por tanto, si está entre vosotros salga aquí, para que, haciéndole con los dientes menudísimas tajadas, le eche á las aves de rapiña para que se lo coman.

Todos callaron; y viendo Sancho tan general silencio, dijo:

—¿No hay un diablo que, ahora que es menester, hable por mí, en agradecimiento y pago de lo mucho que yo otras veces hablo por todos?

Y llegándose al secretario, le dijo:

—Señor escudero negro: Sancho Panza, que soy yo, no está aquí por ahora; pero hallarle heis á la Puerta del Sol, en casa de un pastelero, do está dando cabo y cima á una grande y peligrosa aventura de una hornada de pasteles: id por tanto á decille de mi parte que digo yo que venga luego á la hora á hacer batalla con vos.

—¿Pues cómo—replicó el secretario—siendo vos Sancho Panza mi contrario, decís que no está aquí? Vos sois una gran gallina.

—Y vos un gran gallo—respondió Sancho—porque queréis que yo esté aquí á pesar mío, no queriendo estar, por más que sea Sancho Panza, escudero del Caballero Desamorado y marido de Mari-Gutiérrez; y si niego lo que soy, más honrado era san Pedro y negó á Jesucristo, que era mejor que vos y la perra que os parió, mal que os pese; y si no, decid al contrario.

No pudieron detener la risa los circunstantes, del disparate; y cobrando nuevo ánimo, prosiguió:

—Y sabed, si no lo sabéis, que estoy aguardando poco á poco á que me venga la cólera para reñir con vos; y creed bien y caramente que si deseáis con esa cara de cocinero del infierno hacerme menudísimas tajadas con los dientes para echarme á los gorriones, que yo con la mía de pascua, deseo haceros entre estas uñas rebanadas de melón, para daros á los puercos á que os coman: por tanto, manos á la labor; pero ¿de qué manera queréis que se haga la pelea?

—¿De qué manera se ha de hacer—replicó el secretario,—sino con nuestras cortadoras espadas?

—¡Cuerpo de tal!—dijo Sancho—eso no, porque el diablo es sutil, y donde no se piensa, puede suceder fácilmente una desgracia, y podría ser darnos con la punta de alguna espada en el ojo sin quererlo hacer, y tener qué curar para muchos días. Lo que se podrá hacer, si os parece, será hacer nuestra pelea á puros caperuzazos, vos con ese colorado bonete que traéis en la cabeza, y yo con mi caperuza, que al fin son cosas blandas, y cuando un hombre la tire y dé al otro, no le puede hacer mucho daño; y si no, hagamos la batalla á mojjicones: y si no, aguardemos al invierno que haya nieve, y á puras pelladas nos podemos combatir hasta tente bonete, desde tiro de mosquete.

—Soy contento—dijo el secretario—de que se haga la batalla en esta sala á mojjicones, como me decís.

—Pues aguardaos un poco—respondió Sancho—que sois demasiado de súbito, y aún no estoy del todo determinado de reñir con vos.

Enfadóse don Quijote, y dijole:



—Por cierto, Sancho, que me parece tienes sobrado temor á ese negro, y así entiendo es imposible salgas bien desta liecha.

—¡Oh mal haya quien me parió—replicó Sancho,—y aún quien me mete en guerreaciones con nadie! ¿Vuesa merced no sabe que yo no vengo en su compañía para hacer batallas con hombres ni mujeres, sino sólo para servirle y echar de comer á Rocinante y á mi asno, por lo cual me da el salario que tenemos concertado? Tanto me hará, que dé á Judas las peleas, y aun á quien acá me trajo. ¡Mirad qué cuerpo non de tal con vuesa merced! Estáse ahí el señor Arcapámpanos y su mujer con todo su abolorio, y el príncipe Periano, y el señor don Carlos y don Alvaro con los demás, desquijarándose de risa, y vuesa merced, armado como un san Jorge, contemplándose á su reina Segovia; y no quiere que tenga temor estando delante de mi enemigo, con la candela en la mano, como dicen. Igual fuera que se pusieran de por medio todos y nos compusieran, pues saben fuera hacer las siete obras de misericordia.

—Bien dices, Sancho—dijo don Alvaro—y así, por mi respeto, señor escudero, habéis de hacer paces con él y desistir de vuestra pretensión y desafío, pues basta el que tiene hecho vuestro amo con el suyo, para que en virtud dél quede por vencido el escudero del señor que lo fuere de su contrario.

—Á mi se me hace—respondió el secretario—muy grande merced en eso; porque si va á decir verdad, ya me bamboleaba el ánima dentro las carnes, de miedo del valeroso Sancho; y (replicó el secretario) no terné las treguas por firmes si juntamente no nos damos los piés.

—Los piés—dijo Sancho—y cuánto tengo os daré á trueque de no veros de mis ojos.

Y diciendo esto, levantó el pié para dárselo; pero apenas lo hubo hecho, cuando lo tuvo asido el secretario dél, de suerte que le hizo dar una gran caída. Rieron todos, y salióse corriendo el secretario, tras lo cual se llegó don Quijote á levantar á Sancho, diciéndole:

—Muc' o siento tu desgracia, Sancho; pero puédeste alabar de que quedas vencedor, y de que á traición y sobre treguas, y lo que peor es, huyendo, ha hecho tu contrario esta alevosia; pero si quieres te le traiga aquí para que te vengues, dilo; que iré por él, hecho un rayo.

—No, ¡cuerpo de tal!—dijo Sancho—pues peor librara si peleáramos mano á mano; y como vuesa merced dice, al enemigo que huye, la puente de plata.

Avisaron tras esto que ya era hora de la cena, porque se les había pasado el tiempo sin sentir, en oír y ver estos y otra infinidad de disparates; y obligando el Archipámpano á todos que se quedasen á cenar con él, lo hicieron con mucho gusto, pasando graciosísimos chistes en la cena; tras la cual se fueron todos á reposar, unos á sus cuartos y otros á sus casas, sólo Sancho, que se hubo de quedar en la del Archipámpano medio mal de su grado.





CAPÍTULO XXXIV

Del fin que tuvo la batalla aplazada entre don Quijote y Bramidán de Tajayunque, rey de Chipre, y de cómo Bárbara fué recogida en las Arrepentidas.

MUCHOS y buenos días tuvieron, no sólo aquellos señores, con don Quijote, Sancho y Bárbara, sino otros muchos á quien dieron parte de sus buenos humores y de los dislates del uno y simplicidades del otro; y llegó el negocio á término, que ya eran universal entretenimiento de la Corte. El Archipámpano, para mayor recreación, hizo hacer un gracioso vestido á Sancho, con unas calzas atadas, que él llamaba zaragüelles de las Indias, con que parecía extremadamente de bien, y más, puesto con espada al lado y caperuza nueva; siendo menester, para persuadirle se la ciñese, decirle le armaban caballero andante una tarde, por la vitoria que habia alcanzado del escudero negro, dándole el orden de caballería con mucho regocijo y fiesta; pero iba empeorando tan por la posta don Quijote con el aplauso que via celebrar sus hazañas á gente noble, y más desdeque vió armado caballero á su escudero, que, movidos de escrúpulo, se vieron obligados el Archipámpano y principe Periáneo á cesar de darle prisa, y á dar orden en que se curase de propósito, apartándole de la compañía de Bárbara y de conversaciones públicas; que Sancho, aunque simple, no

peligraba en el juicio. Comunicaron esta determinación con don Alvaro, y pareciéndole bien su resolución, les dijo que él se encargaba, con industria del secretario de don Carlos, cuando dentro de ocho días se volviese á Córdoba, donde ya sus compañeros estarían, por haberse ido allá por Valencia, de llevarse en su compañía hasta Toledo, y dejar muy encargada y pagada allí en casa del Nuncio su cura, pues no le faltaban amigos en aquella ciudad á quien encomendarle. Añadió que se obligaba á ello por lo que tenía escrúpulo de haber sido causa de que saliese del Argamesilla para Zaragoza, por haberle dado parte de las justas que allí se hacían, y haberle dejado sus armas y alabado su valentía; pero que era de parecer no se le tratase nada sin dejarle salir á la batalla de Tajayunque, porque, según la tenía en la cabeza, le parecía imposible persuadirle nueva aventura, no rematada aquella que tan desvanecido le traía; y que lo que se podía hacer era dar orden en que se aplazase y fuese el día siguiente, y para más aplauso, en la Casa del Campo, donde se podría cenar para más recreación, convidando muchos amigos, pues tenía por cierto sería graciosísimo el remate de la aventura, que no esperaba menos del ingenio del secretario. Agradóles á todos el voto de don Alvaro, y más al Archipámpano, el cual tomó á su cargo el proveer la cena y prevenir el puesto; sólo rogó á don Carlos le hiciese placer de procurar persuadir á Sancho se quedase en su casa y de traer juntamente á Mari-Gutiérrez; que él se encargaba de ampararles y valerles mientras viviesen, porque gustaba mucho él y su mujer del natural de Sancho, y estaban certificados que no era de menos gusto el de Mari-Gutiérrez; y porque ninguno de los valedores de don Quijote y su compañía quedase sin cargo en orden á procurar su bien, le dió al príncipe Periano de que procurase con Bárbara aceptase el recogimiento que le quería procurar en una casa de mujeres recogidas, pues él también se obligaba á darle la dote y renta necesaria para vivir honradamente en ella. Encargados, pues, todos y cada uno de por sí de hacer cuánto pudiese en el personaje que se le encomendaba, llegado el plazo señalado para la batalla de Bramidán, se fueron los dichos señores con otros muchos de su propia calidad á la Casa de Campo, do estaban ya otros haciendo estrado á las damas que con la mujer del Archipámpano habían ido á tomar puesto. Lleváronse los señores consigo á don Quijote, armado de todas piezas, y más de coraje, y con él á la reina Cenobia y á Sancho, llevando un lacayo del diestro á Rocinante, que con el ocio y buen recado estaba más lucio, y un paje llevaba la lanza. Estaba ya prevenido el secretario de don Carlos de uno de los gigantes que el día del Sacramento se sacan en la procesión en la Corte, para continuar la quimera de Bramidán. Llegados al teatro de la burla, y ocupados los asientos (tras un buen rato de conversación y paseo por la huerta) que dentro la casa estaban prevenidos, y puesto don Quijote en el suyo, se le llegó Sancho diciendo:

—¿Qué es, señor Caballero Desamorado? ¿Cómo va? ¿Están buenos el honrado Rocinante y mi discreto rucio? ¿No le han dicho nada que me dijese? Yo aseguro que no les ha dado mis recados; que no dejaran de responderme; pero yo sé el remedio, y es desocuparme de los negocios de palacio, y buscar tinta y papel, y escribilles media docena de renglones; que no faltará un paje ó pájaro, ó como los llaman, que se los lleve.

Don Quijote le respondió:

—Rocinante está bueno, y ahí le verás presto hacer maravillas, luego que enfrente con el caballo indómito que trajere Bramidán; del rucio no te digo, hijo, sino que gusta mucho de la Corte por lo poco que en ella trabaja y por lo bien que le va.

A eso replicó Sancho:

—Por ahí echo de ver que somos medio parientes, pues tenemos una misma condición; porque le juro, mi señor, que en mi vida he comido mejor, ni tenido mejor tiempo que desde que estoy con el Arcapámpanos; porque á él no se le da más de gastar ocho y nueve reales cada día en comer,



que á mi de comérmelos; y hame dado una cama en que duermo, que juro non de Dios no la tienen mejor las ánimas del limbo, por más que sean hijas de reyes; sólo hay malo que con tanto regalo se me olvidan los negocios de aventuras y peleas. Pero ¿qué me dice destos zaragüelles de las Indias? La más mala cosa son que se puede pensar; porque por una parte, si no les ponéis treinta agujetas, se os caen por los lados; y por otra, si les ponéis todas las que ellos piden, no se comedirán á caerse en una necesidad si no las desatáis de una en una, aunque se lo supliquéis con el bonete en la mano, por más que os vean con el alma en los dientes traseros, tras que no se puede un hombre con ellos rebullir, ni abajar á coger del suelo las narices, por más que se le caigan de mocos. ¡Oh! hi de tal, y qué bellaca cosa son para segar! No me atreveria yo á segar con ellos doce hazas al día, por todo el mundo; yo no sé cómo pueden los indios segar con ellos ni remecerse, sin dar de ojos á cada paso; yo creo que los pajes del Arcapámpanos deben de nacer allá en las Indias de Sevilla con estos diablos de pedorreras, según saltan y brincan con ellas; yo no sé los caballeros andantes si las traían en aquellos tiempos; lo que sé decir de mí es que todas las veces que he de mear, he menester quitar una agujeta de delante, y aún después, con todo eso, por más que haga, se me cae lo medio adentro; linda cosa son zaragüelles de mi tierra, pues si os da, trayéndolos, alguna correnza, apenas habéis desatado una lazada cuando ya están abajo. Mil veces le he rogado al Arcapámpanos se haga unos para él, como los míos, tan abiertos abajo como arriba, de buen paño de llori, pues cuando mucho, no le costarán más de veinte reales, y con ellos andaré hecho persona; y diciéndome que lo hará, nunca veo que lo efetúa.

Estando en estas razones, sintieron un grande rumor de los pajes que estaban á la puerta; y sosegándolos á todos don Alvaro, mandó asentar á Sancho en el suelo á los pies del Archipámpano; tras lo cual entró por la sala el secretario de don Carlos, metido dentro del gigante, el cual traía una espada de palo entintada, de tres varas de largo y un palmo de ancho. Apenas le vió Sancho asomar, cuando dijo á voces:

—Ven aquí, señores, una de las más desafortunadas bestias que en toda la bestieria se puede hallar: este es el demonio de Tajayunque, que sólo para perseguir á mi amo há más de cuatro meses que ha venido del cabo del mundo; y son tan endiabladas sus armas, que sólo para que se las traigan ha menester diez pares de bueyes; y si no, mírenle la espada, con que dicen que suele cortar un ayunque de herrero por medio. Miren, pues, ¡qué hará del pobre mi señor don Quijote! Por las llagas de Dios mande á todos me agan placer de echarle de aquí con Barrabás, á que vaya á tener guerra allí con la muy puerca de su madre; y no piensen nos va poco en ello, pues así partirá de un revés á diez ó doce de nosotros, como yo con un papirote partiría el ánima de Judas si delante de mí viniese.

Mandóle don Quijote callar, hasta ver qué era lo que quería, pues conforme á ello se le daría la respuesta. Puesto en medio el crecido gigante, dijo con mucha pausa, después de haber obligado á todos á que le diesen silencio, con volver buen rato la cabeza á todas partes:

—Bien habrás echado de ver, Caballero Desamorado don Quijote de la Mancha, en mi presencia, cómo he cumplido la palabra que te di en Zaragoza, de venir á la Corte del rey Católico á acabar delante de sus grandes la singular batalla que de tu persona á la mía tenemos aplazada. Hoy, pues, es el día en que los de tu vida han de acabar á los filos desta mi temida espada, porque hoy tengo de triunfar de ti y hacerme señor de todas tus victorias, cortándote la cabeza y llevándola conmigo á mi reino de Chipre, do la pienso fijar en la puerta de mi casa, con un letrero que diga: «La flor manchega murió á manos de Bramidán.» Hoy es el día en que, quitándote á ti del mundo, me coronaré pacíficamente por rey de todo él, pues no habrá fuerzas que me lo impidan; y hoy, finalmente, es el día en que me llevaré todas las damas que en esta sala y Corte están, á Chipre, para que haga dellas á mi gusto en mi rico y grande reino, pues hoy comenzará Bramidán, y acabará don Quijote de la Mancha: por tanto, si eres caballero, y tan valeroso como todo el orbe dice, vente luego para mí; que no traigo otras armas ofensivas, ni defensivas, más que esta sola espada hecha en la fragua de Vulcano, herrero del infierno, á quien yo adoro y reverencio por dios, juntamente con Neptuno, Marte, Júpiter, Mercurio, Palas y Proserpina.

Dicho esto, calló; pero no Sancho, que se levantó diciendo:

—¡Pues á fe, don Gigantazo, que si os burláis en llamar dioses á todos esos borrachos que decís, y lo sabe la santa Inquisición, que en hora mala vinisteis á España!

Mas don Quijote, lleno de saña y pundonor, se puso de piés en su presencia, y empuñada la espada, con mucha pausa y gravedad, comenzó á decirle:

—No pienses ¡oh soberbio gigante! que las arrogantes palabras con que sueles espantar á los caballeros de poco vigor y esfuerzo, han de ser bastantes á poner un pelo de temor en mi indómito corazón, siendo yo el que todo el mundo sabe y tú has oído decir por todos los reinos y provincias

que has pasado; y echáraslo de ver en que he venido á esta Corte solamente á buscarte, con fin de darte en ella el castigo que há tantos años que tus malas obras tienen tan merecido; pero ya me parece no es tiempo de palabras, sino de manos, pues ellas suelen ser testigo y prueba de la fineza de los corazones y del valor de los caballeros. Mas, porque no te alabes de que entre contigo en batalla con ventaja, estando armado de todas piezas, y tú de sola tu espada, quiero, para mayor demostración de cuán poco te estimo, desarmarme y pelear contigo en cuerpo y sólo también con espada; que aunque la tuya, como se ve, es más grande y ancha que la mía, por eso es esta regida y gobernada de mejor y más valerosa mano que la tuya.

Volvióse á Sancho tras esto, diciéndole:

—Levántate, mi fielescudero, y ayúdame á desarmar; que presto verás la destrucción que deste gigante, tu enemigo y mio, hago.

Levantóse Sancho, respondiéndole:

—¿No sería, señor, mejor que todos los que en esta sala estamos, que somos más de doscientos, le arremetiésemos juntos, y unos le asiesen de los arrapiezos, otros de las piernas, otros de la cabeza y otros de los brazos, hasta hacelle dar en el suelo una gran gigantada, y después le metiésemos por las tripas todas cuantas espadas tenemos, cortándole la cabeza, después los brazos, y tras esto las piernas? Que le aseguro que si después me dejan á mí con él, le daré más coces que podrán coger en sus faltriqueras, y me lavaré las manos en su alevosa sangre.

—Hazlo que te digo, Sancho— replicó don Quijote,—que no ha de ser el negocio como tú piensas.

En fin Sancho le desarmó, quedando el buen hidalgo en cuerpo y feísimo, porque como era alto y seco y estaba tan flaco, el traer de las armas todos los días, y aun algunas noches, le tenían consumido y arruinado de suerte, que no parecía sino una muerte hecha de la armazón de huesos que suelen poner en los cementerios que están en las entradas de los hospitales. Tenía sobre el sayo negro señalados el peto, espaldar y gola, y la demás ropa, como jubón y camisa, medio pudrida de sudor; que no era posible menos, de quien tan tarde se desnudaba. Cuando Sancho vió á su amo de aquella suerte, y que todos se maravillaban de ver su figura y flaqueza, le dijo:

—Por mi ánima le juro, señor Caballero Desamorado, que me parece cuando le miro, según está de flaco y largo, pintiparado un rocinazo viejo de los que echan á morir al prado.

Con esto don Quijote se volvió para el gigante, diciendo:

—¡Ea, tirano y arrogante rey de Chipre, echa mano á tu espada, y prueba á qué saben los agudos filos de la mía!

Hizose, dichas estas razones, dos pasos atrás, y sacando la espada medio mohosa, se fué poco á poco acercando al gigante, el cual, viéndole venir, fué prontísimo en sacudir de sus hombros la aparente máquina de papelón que sobre sí traía, en medio de la sala, y quedó el secretario que la sustentaba vestido riquisimamente de mujer; porque era mancebo y de buen rostro, y en fin, tal, que cualquiera que no le conociera, se podía engañar fácilmente. Espantáronse todos los que el



caso no sabían; pero don Quijote, sin hacer movimiento alguno, se estuvo quedo, puesta la punta de la espada en tierra, aguardando lo que aquella doncella, que él pensaba ser gigante, decía; la cual, reconocidos los circunstantes, dijo á don Quijote, sin moverse:

—Valeroso Caballero Desamorado, honra y prez de la nación manchega: maravillado estarás sin duda de ver vuelto hoy á un tan terrible gigante en una tan tierna y hermosa doncella cual yo soy; pero no tienes que asombrarte; que has de entender que yo soy la infanta Burlerina, si nunca la oíste decir, hija del desdichado rey de Toledo, el cual, siendo perseguido y cercado del alevoso príncipe de Córdoba, levantador de falsos testimonios á su propia madrastra, le ha enviado á decir muchas veces estos días, que sólo alzaría el cerco y le restituiría todas las tierras que su padre della había ganado, cuyo campo dicho príncipe como general regía, si le enviaba luego á su hija Burlerina, que soy yo, para servirse de mí en lo que fuese de su gusto, con condición de que había de ir acompañada de doce doncellas, las más hermosas del reino, y juntamente de doce millones de oro fino, el más fino que la Arabia cría, para ayuda de los gastos que en la guerra y cerco había hecho, jurando, si no lo cumplía, por los dioses inmortales, de no dejar en Toledo persona viva, ni piedra sobre piedra. Viéndose reducido el afligido de mi padre á tanta necesidad, y que no podían sus



fuerzas resistir á las del contrario, sino que le era forzoso morir él y todos sus vasallos en las crueles manos de tan poderoso enemigo, ó condescender con su inica condición, le envió á decir le diese cuarenta días de plazo para buscar en ellos las doce doncellas que pedia y aquella gran suma de dinero, y que si pasado dicho término no acudía con dicha cantidad, ejecutase en su reino el rigor con que le amenazaba. Constándole, pues, ¡oh invicto manchego! á un tío mío, grande encantador y nigromántico, notable aficionado tuyo, llamado el sabio Alquife, el gran peligro en que mi padre, su hermano, y yo su sobrina, estábamos, hizo un fortísimo encantamiento, metiéndome en este aparente gigante que aqui está tendido, y enviándome encubierta en él, por asegurar así mi honestidad, á buscarte á ti por todo el mundo, sin dejar reino, insula ó provincia en que no te haya buscado; y fué tanta mi ventura, que hallándote en Zaragoza, no hallé mejor medio para sacarte de allí y traerte á esta Corte, que sólo dista doce leguas de Toledo, que fingir el aplazado desafío: por tanto, ¡oh magnánimo príncipe! si hay en ti algún

rastro de piedad y sombra del infinito amor que á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso tuviste, aunque ya eres el Caballero Desamorado, por las leyes de amistad que á mi tío Alquife debes, y por lo que las esperanzas que en ti he puesto merecen, te suplico que, dejadas aparte todas las aventuras que en esta Corte se te pueden ofrecer, y todas las honras que en ella sus príncipes te hacen, acudas luego conmigo á la defensa y amparo de aquel afligido reino, para que entrando en singular batalla con el maldito príncipe de Córdoba, le venzas, y dejes libre de su tiranía á mi venerable padre, pues te juro y prometo por el dios Marte, de ser yo mesma el premio de tus trabajos.

Calló, dichas estas razones, aguardando las que don Quijote le daría de respuesta; pero Sancho, que estaba totalmente maravillado, antes que su amo respondiese, dijo:

—Señora reina de Toledo: no tiene vuesa merced que jurar por el dios Martes, ni Miércoles; que mi amo irá sin falta á matar á ese bellaconazo del príncipe de Córdoba, y yo sin falta iré con él, por el tanto váyase un poco delante, y digale al señor su padre como ya vamos, que nos tenga bien de cenar, y que á ese principillo nos le tenga para cuando lleguemos, muy bien atado á un poste, en cueros; que yo le aseguro, si lo hace, de hacerle con esta pretina que se acuerde mientras viva del nombre suyo, y aun de los de su padre y madre.

Dió á todos notable gusto la disparatada respuesta de Sancho; pero suplió su simplicidad el peso de la que dió don Quijote, diciendo á la dama:

—Por cierto, señora infanta Burlerina, que no os ama ni estima quien así os hace andar, en lo que yo, por más que sea mi grande amigo el sabio Alquife vuestro tío, pues con menos prevenciones las hiciera yo para defender el reino de su hermano vuestro padre, rey de Toledo, obligado de lo que le debo; pero ya que se interpone el peligro de la libertad de vuestra noble y hermosísima persona, mayores serán las obligaciones que me moverán á acudir con gusto al remedio de la referida necesidad; por tanto, respondo que iré en persona á dar favor y socorro á vuestro padre. Lo que queda que hacer es, que veáis cuándo y cómo queréis que partamos; que pronto y dispuesto estoy yo de mi parte para ir luego con vos, para haceros vengada de ese tirano príncipe que decís; que ya nos conocemos los dos, y aun deseo esta ocasión para que vea á qué saben mis manos; que desafiado le tengo; pero cual cobarde ha huído dellas.

El príncipe Periano, viendo la nueva aventura que se le había ofrecido á don Quijote, y lo presto y bien que don Alvaro había entablado con el secretario de don Carlos el modo con que se podía facilitar el llevar á la casa del Nuncio de Toledo á don Quijote, le dijo:

—Desde aquí desisto, señor Caballero Desamorado, de la pretensión de la infanta Florisbella de Grecia, sin querer entrar en batalla con quien puede dar seguridad de vitoria á reinos enteros, estando aún ausente; y así, en público me doy por vencido dese valor; con no poca gloria de vuesa merced, corrimiento mio y contento del príncipe don Belianis de Grecia.

Holgó mucho don Quijote destas razones, y agradecióselas, dándosele por amigo, y lo mismo Sancho, que deseaba se excusase esta pendencia; el cual, por mandado del Archipámpano, se levantó y fué con mucho respeto por la infanta Burlerina, trayéndosela por la mano, de cuya vista rieron los caballeros y damas en extremo, conociendo era el secretario de don Carlos, y no mujer, como pensaban don Quijote y su escudero, que viendo la risa de todos, no pudiendo sufrirla, dijo:

—¿De qué se ríen ellos y ellas, cuerpo non de quien las parió? ¡Nunca han visto á una hija de un rey puesta en trabajo! Pues sepan que cada día nos topamos yo y mi amo con ellas por esos caminos, y si no, dígalo la gran reina Segovia. Lo que vuestas mercedes, señoras, han de hacer, es tenerse por dicho que ha de dormir esta infanta con una de vuestas mercedes esta noche; si no, ahí está mi cama á su servicio, que le beso las manos.

Levantáronse todos tras estas razones á cenar, desapareciendo el secretario. Hubo gran cena, y mucha continuación en ella de los disparates de don Quijote y de Sancho; pero alabaron todos el parecer del Archipámpano, cuando supieron trataba de enviar á Toledo á curar en la Casa del Nuncio á don Quijote; y volviéndose á sus casas en los coches, como habían venido, se quedó en la del Archipámpano Sancho, como solía, y Bárbara y don Quijote se fueron con don Carlos y don Alvaro á la del príncipe Periano, el cual apenas estuvo en ella, cuando tomó á pechos el persuadir á Bárbara se recogiese en una casa de mujeres de su calidad, supuesto le estaba tan bien y era gusto del Archipámpano, que salía á pagar la entrada y á darle suficiente renta con que pasar la vida todo lo que le durase, que ella, convencida de sus buenas razones, y conociendo cuán mal le estaba volver á Alcalá, do ya todos sabían su trato, tras verse sin tener qué comer, ni partes para ganarlo con ellas, dió con no poca alegría el sí de hacer lo que se pedía y perseverar donde quiera que la pusiesen, con que se efectuó su recogimiento dentro de dos días, sin que don Quijote pudiese entenderlo; y cuando la hallaron menos sus diligencias, le persuadieron que las de sus vasallos habían podido sacarla encubierta secretamente de la Corte y volverla á su reino.





CAPÍTULO XXXV

De las razones que entre don Carlos y Sancho Panza corrieron acerca de que él se quería volver á su tierra ó escribir una carta á su mujer.

ESTABA ya don Carlos en vigilia de celebrar las bodas de su hermana con el titular, y quería, por gusto del Archipámpano y mayor solemnidad dellas, tener de asiento en Madrid á Sancho; y así, para obligarle á que, trayendo allí su mujer, no pensase más en su tierra, le dijo un día que se halló con él en casa del Archipámpano:

—Ya sabéis, mi buen Sancho, el deseo que de vuestro bien he tenido desde que os vi en Zaragoza, y el cuidado con que os regalé de mi mano en la mesa la primera noche que entrastes en mi casa, y cuánta merced os han hecho siempre en ella mis criados, particularmente el cocinero cojo: pues habéis de saber que lo que me ha movido siempre á esto, ha sido el veros tan hombre de bien y de buenas entrañas, teniendo lástima de que una persona de vuestra edad y buenas partes padeciese, y más en compañía de un loco tal cual es don Quijote, en la cual, por serlo tanto, no podíades dejar de dar en mil desgracias, porque sus locuras, desatinos y arrojamientos no pueden prometer buen suceso á él, ni á quien le acompañare; y no digo cosa de que ya no tengáis experiencia vos desde el año pasado; y si no, decidme: ¿qué sacásteis de las antiguas aventuras, sino muchos palos, garrotazos, malas noches y peores días, tras mucha hambre, sed y cansancio, tras veros manteado de cuatro villanos, con tantas barbas como tenéis? ¡Pues monta, que es menos lo que habéis padecido en esta última salida! en la cual las insulas, penínsulas, provincias y gobernaciones

que habéis conquistado vos y vuestro amo, son haber sido terrero de desgracias en Ateca, blanco de desdichas en Zaragoza, recreación de pícaros en la cárcel de Sigüenza, irrisión de Alcalá, y últimamente mofa y escarnio de esta Corte. Pero, pues ha querido Dios que entraseis en ella al fin de vuestra peregrinación, agradecédselo; que sin duda lo ha permitido para que se rematasen aquí vuestros trabajos, como lo han hecho los de Bárbara, que recogida en una casa de virtuosas y arrependidas mujeres, está ya apartada de don Quijote, y pasa la vida con descanso y sin necesidad, con la limosna que le ha hecho de piedad el Archipámpano, la cual es tan grande, que no contentándose de ampararla á ella, trata de hacer lo mesmo con vuestro amo; y así le perderéis presto, mal que os pese, porque dentro de cuatro días lo envía á Toledo con orden de que le curen con cuidado en la Casa del Nuncio, hospital consignado para los que enferman del juicio, cual él; y no contenta su grandeza en amparar á los diēhos, trata con más veras y mayor amor de amparáros á vos más de cerca, y de las puertas adentro de su casa, en la cual os tiene con el regalo, abundancia y comodidad que experimentáis tantos días há. Lo que queda que hacer es, que vos de vuestra parte procuréis conservaros en la privanza que estáis, que es notable, como lo es lo que él, su mujer y casa os aman, de la cual no saldréis vos y vuestra mujer Mari-Gutiérrez mientras viváis, á quien de mi consejo habéis de traer á ella, enviándola á buscar; que yo daré mensajero seguro y pagaré los gastos, pues gustará dello y de teneros en este palacio el Archipámpano, dándoos en él á ambos un cuarto y salario y muy honrada ración todos los días de vuestra vida, con que la pasaréis alegre y descansadamente en uno de los mejores lugares del mundo: por tanto, lo que habéis de hacer es condescender con lo que os pido, y darne en breve la respuesta cual merece el celo que de vuestro bien tengo.

Calló don Carlos dichas estas razones, y después de haber estado Sancho suspenso un buen rato de oillas, le respondió á ellas:

—Muy grande es, por cierto, señor don Carlos, el servicio que vuesa merced y el Archipámpanos me han hecho estos días, si bien les pido perdón dello; por si acaso no ha sido tanto como yo merezco, que eso ya me lo veo, y no me lo podrán pagar con cuánta moneda tienen todos los ropavejeros desta tierra: pero con todo se lo agradezco, y ahí están para hacelles merced en la Argamesilla veinte y seis cabezas de ganado que tengo, dos bueyes, y un puerco tan grande, como los de por acá, el cual habemos de matar, si Dios quiere, para el día de San Martín, para el cual estará hecho una vaca; así que digo que para respondelle me dé, si le parece, algunos meses de término; que no son cosas estas de mudar de tierra que se hayan de hacer de repente; lo que yo haré será ir á comunicallo con mi Mari-Gutiérrez, ó cuando mucho, le escribiré cuánto vuesa merced me dice; y si ella dice con una mano que sí, yo diré lo mesmo con ambas de bonísima gana; busque, pues, vuesa merced tinta y papel, si le parece, y escribámosla luego al punto una carta, en que se le diga como el Ave Maria todo eso; y digo escribamos, porque harto hace quien hace hacer; que yo por mis pecados no sé escribir más que un muerto, aunque tuve un tío que escribía lindamente; pero yo sali tan grandísimo bellaco, que cuando siendo muchacho me enviaban á la escuela, me iba á las higueras y viñas á hartarme de uvas y higos, y así sali mejor comedor dellos, que no escribanador.

Quedó contento de la respuesta don Carlos, y difirieron el escribir la carta hasta después de comer; y habiéndolo hecho con el Archipámpano, le dijo sobre mesa don Carlos como ya tenia el si de Sancho en lo que era traer á la Corte su mujer, si á ella le parecia, y que sólo faltaba el escribir-



selo, y que así, trajesen tinta y papel para que allí fuese secretario de la carta que le había de dictar Sancho. Trájose todo al punto, y apenas había empezado don Carlos á doblar el pliego, cuando le dijo Sancho:

—¿Saben, señores, lo que me parece? Que á fe mía que sería harto mejor y más acértado volverme yo á mi casa y quitarme de aquestos cuentos, pues há que sali della cerca de seis meses, andándome hecho un haragán tras de mi señor don Quijote por unos tristes nueve reales de salario cada mes; si bien hasta agora no me ha dado blanca, lo uno porque dice dará el rucio en cuenta, y lo otro porque harto me pagará, pues me ha de dar la gobernación de la primera ínsula ó península, reino ó provincia que ganare; pero pues á él le llevan vuestas mercedes, como ha dicho don Carlos, á ser Nuncio de Toledo, y yo no puedo ser de iglesia, desde agora renuncio todos los derechos y pertinencias que en cuánto conquistare me pueden pertenecer por herencia ó tema de juicio, y me determino volver á mi tierra agora que viene la sementera, en que puedo ganar en mi lugar cada día dos reales y medio y comida, sin andarme á caza de gangas; por tanto, burlas aparte, vuesa merced, señor Arcapámpanos, me mande volver luego mis zaragüelles pardos, y tome allá estos suyos de las Indias (¡quemados ellos sean!), y déne juntamente mi sayo y la otra caperuza, y adios, que me mudo; que yo sé que mi Mari-Gutiérrez y todos los de mi lugar me estarán aguardando; que me quieren como la lumbré de sus ojos. ¿Quién me mete á mí con pajes, que no me dejan en todo el día, sin otros demonios de caballeros, que no hacen sino molerme con Sancho acá, Sancho acullá? Y aunque aquí se come lindamente, si no siempre con la boca, á lo menos siempre con los ojos, todavía lo que son salarios se paga muy mal, y muchas veces veo que se fingen culpas de los criados para negárselos ó quitarles la ración ó despedillos mal pagados; y cuando no suceda en salud, es cierto que en enfermedad no hay señor que mande, ni mayordomo que ejecute obra de caridad con los pobres criados; en fin, bien dicen los picaros de la cocina que la vida de palacio es vida bestial, do se vive de esperanzas y se muere en algún hospital; ello es hecho, señor don Carlos; no hay que replicar; que mañana, en resolución, pienso tomar las de Villadiego; verdad es que si el señor Arcapámpanos me asegurase un ducado cada mes y dos ó tres pares de zapatos por un año, con cédula de que no me lo había de poner después en pleito, y vuesa merced saliese por fianza de ello, sin duda tendría mozo en mí para muchos días; por eso, si lo determina hacer, no hay sino efetuarlo, y encomendarme su par de mulas, y decirme cada noche lo que tengo de hacer á la mañana, y adonde tengo de ir á arar ó á dar tal vuelta á tal ó tal rastrojo, y de lo demás déjeme el cargo á mí, que no se descontentará de mi labor; verdad es que tengo dos faltas: la una, es que soy un poco comedor, y la otra, que para despertarme á las mañanas, algunas veces es menester que el amo se llegue á la cama y me dé con algún zapato; que con eso despierto luego como un gamo, y echado de comer á mi vientre y á las mulas, voy á la fragua á sacar la reja, alzo los fuelles mientras el herrero la machaca, vuélvome á casa una hora antes que amanezca, cantando por el camino siete ó ocho siguidillas que sé lindísimas, do por refrigerar el aliento pongo á asar cuatro cabezas de ajos, tomándolas con dos ó tres veces de la bota que tengo de llevar á la labranza; y á la que alborea, subo, hecha esta prevención, en la mula castaña que está más gorda...

Y de allí iba á proseguir; pero atajóle don Carlos, maravillado de su simple discurso, y dijole:

—Ello se ha de hacer puntualmente lo que os tengo aconsejado, pues se os cumplirán todas las condiciones que pedis.

—Á fe que lo dudo—replicó Sancho—de quien no tuvo vergüenza de tomar de un escudero como yo dos reales y medio por la primer cena que me dió, y así no quiero nada con él, sino que Dios le eche á aquellas partes en que más de él se sirva.

Dijole el Archipámpano, viendo que decia las dichas razones por él:

—Estad cierto, Sancho, que cumpliré cuánto en mi nombre os ha prometido el señor don Carlos, mejor de lo que vos lo sabréis desear, y estad cierto de que no os faltará en mi casa la gracia de Dios.

—La gracia de Dios—dijo Sancho—es, en mi tierra, una gentil tortilla de huevos y torreznos, que la sé yo hacer á las mil maravillas, y aun de los primeros dineros que Dios me depare, he de hacer una para mí y el señor don Carlos, que nos comamos las manos tras ella.

—Mucho gustaré de comella—respondió don Carlos;—pero ha de ser con condición de que por amor de mí os pongáis sombrero, como lo usamos en la Corte, y dejéis la caperuza.

—En todos los días de mi vida—replicó Sancho—no he gustado de sombreros, ni sé á qué saben, porque se me asienta la caperuza en la cabeza que es bendición de Dios; porque en fin es bonísimo potaje, pues si hace frío, se la mete el hombre hasta las orejas, y si aire, se cubre con su vuelta el rostro, cual si llevara un papahigo, yendo tan seguro de que se le caiga, como lo está la rueda de un molino de moverse, y no se bambalea á todas partes, como lo hacen los sombreros, que si les da

un torbellino ruedan por esos campos cual si les tomara la maldición; y más que cuestan doblado una docena dellos que media de caperuzas, pues no pasa cada una dellas de dos reales y medio, con hechura y todo.

—Bien parece, Sancho,—le dijo el Archipámpano—que conocéis la necesidad que tengo de vos, y que no tengo de reparar en cosa á trueque de que quedéis en mi casa, pues pedis tantas gollerías; pero para que conozcáis mi liberalidad, mañana os mandaré pagar dos años de salario adelantados á vos y á vuestra mujer, y en llegando ella os vestiré á ambos muy de pascua.

—Beso á vuesa merced las manos—le respondió Sancho—por ese buen servicio. Agora sólo resta saber si las tierras de vuesa merced que tengo de sembrar este otoño están lejos; tras que, como no las sé, será menester ir á ellas el domingo que viene, y también conocer las mulas y saber qué resabios tienen, y si tienen buenas coyundas y todo el demás aparejo; porque no quiero diga despues de mí vuesa merced que soy descuidado.

—Todo está, Sancho,—le replicó don Carlos—de la manera que deseáis; lo que se ha de hacer es que escribamos la carta á vuestra mujer.

—Escribamos por cierto—respondió él—con la bendición de Dios; pero vuesa merced advierta que ella es un poco sorda, y será menester que la escribamos un poco recio para que la oiga. Haga la cruz y diga: «Carta para Mari-Gutiérrez, mi mujer, en el Argamesilla de la Mancha, junto al Toboso.» Ahora bien, digale que con esto ceso, y no de rogar por su ánima.

—¿Qué es lo que decis, Sancho?—le dijo don Carlos—aun no le habemos dicho cosa, ¡y ya decis: Con esto ceso!

—Calle—respondió él—que no lo entiende; ¿quiere saber mejor que yo lo que tengo de decir? El diablo me lleve si no me ha hecho quebrar el hilo que llevaba, con la más linda astrología que se podía pensar; pero diga, que ya me acuerdo: «Habéis de saber que, desde que yo sali del Argamesilla hasta agora, no nos hemos visto; mi salud dicen todos que es muy buena; sólo me duelen los ojos de puro ver cosas del otro mundo, plegue á Dios que tal sea de los vuestros. Avisadme de cómo os va del beber, y si hay harto vino en la Mancha para remediaros la sed que mi presencia vos causa, y mirad por vida vuestra escardéis bien el huertecillo, dé las malas hierbas que le suelen affligir. Enviadme los zaragüelles viejos de paño pardo, que están sobre el gallinero, porque acá me ha dado el Arcapámpanos unos zaragüelles de las Indias, que no me puedo remecer con ellos; guardarlos he para vos, que quizás se os asentarán mejor, y más que sin mucho trabajo traeréis guardado el hornillo de vidrio, pues tienen por delante una puerta que se cierra y abre con una sola agujeta. Si queréis venir, ya os tengo dicho lo que nos dará el Arcapámpanos cada mes de salario; y así, os mando que antes que esta carta salga de aquí, os vengáis á servir á la Arcapámpanesa, trayendo todos los bienes muebles y raíces con vos, que ahí están, sin dejar un palmo de tierra, ni una sola hoja del huerto; y no me seáis repostona, que me canso ya de vuestras impertinencias, y tanto será lo de más, como lo de menos; y no os haya de decir, como acostumbro, con el palo en la mano: ¡Jo, que te estriego, burra de mi suegro!»

Volvióse, escritas estas razones, á don Carlos, diciéndole:

—Sepa vuesa merced, señor, que las mujeres de hogaño son diablos, y en no dándoles en el caletre, no harán cosa buena, si las quemar. Pues á fe que lo ha de hacer, ó sobre eso ¡oxte, morena!

Esto dijo quitándose el cinto, y tomándole en la mano con mucha cólera, añadiendo que él sabia de la suerte que se habia de tratar Mari-Gutiérrez, mejor que el Papa. Maravillado estaba el Archipámpano y cuántos en la sala asistian, de ver tan natural simpleza, y aun aguardaban á cuando habia de dar con el cinto á don Carlos; pero sin hacerlo, prosiguió diciendo:



—Escriba: «Ya os digo, Mari-Gutiérrez, que estaremos aquí lindamente; que aunque vos seáis enemiga de estar en casa de estos hidalgotes, todavía el Arcapámpanos está tan hombre de bien, que me ha jurado que en estando vos aquí, nos vestirá á ambos y nos dará el salario de dos años adelantado, que es un ducado por bestia cada mes, el uno á mí y el otro á vos: mirad, pues, si por lo menos vivimos mil meses, si tendremos harto dinero. Del señor don Quijote sólo os digo que está más valiente que nunca, y le han hecho Nuncio de Toledo; si le habéis menester, en dichas casas le hallaréis, y no poco acompañado, cuando paséis por allí; la Arcapampanesa, vuestra ama, con quien habéis de estar, os besa las manos y tiene más deseo de escribiros, que de veros; es mujer muy honrada, según dice su marido, si bien á mí no me lo parece, por lo que la veo holgazana, pues desde que estoy aquí, jamás le he visto la rueca en la cinta. Rocinante me dicen está bueno y que se ha vuelto muy persona y cortesano; no creo lo sea tanto el rucio, ó á lo menos no lo muestran sus pocas razones, si ya no es que calla, enfadado de estar tanto tiempo en la Corte.»

Paréceme que no hay más que escribir, pues aquí se le dice cuánto le importa, tan bien como se lo podría decir el mejor boticario del mundo, y yo trasudo de puro sacar letras del caletre.

—Ved vos, Sancho—dijo don Carlos,—si queréis decille otra cosa; que aquí estoy yo para escribillo, pues hay harto papel, gloria á Dios.

—Ciérrela—respondió Sancho—y horro Mahoma.

—Mal se puede cerrar—replicó don Carlos—carta sin firma, y así decid de qué suerte soléis firmar.

—¡Buen recado se tiene!—respondió Sancho;—sepa que no es Mari-Gutiérrez amiga de tantas retóricas; no hay que firmar para ella, que cree bien firme y verdaderamente todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia de Roma; y así, no necesita ella de firma, ni firmo.

Leyóse la carta, hecho esto, en voz alta, con increíble risa de los circunstantes y atención del mismo Sancho, á quien dijo el Archipámpano luego:

—¿Cómo llevará don Quijote el quedaros, Sancho, vos en mi casa? que no querría se enojase, y viniese después á ella desafiándome á singular batalla, con que mal de mi grado me obligase á haceros volver con él.

—No tenga vuesa merced miedo—respondió Sancho;—que yo le hablaré claro, antes que vaya á Toledo, y le volveré su rucio, la maleta y juntamente el desafortado guante del gigante Bramidán, que puse guardado en ella la noche que él se le arrojó desafiándole en casa del señor don Carlos, para que le vuelva á la infanta Burlerina, ó le dé en presente al arzobispo, cuando éntre por Nuncio en Toledo; que yo no quiero nada de nadie; y más que le diré se vaya con Dios, pues desde aquí al día del juicio reniego de las peleas, sin querer más cosa con ellas; pues tan pelado y apaleado salgo de sus uñas, cual saben mis pobres espaldas; y libré tan mal habrá dos meses en una venta, que por poco me hicieran volver moro unos comediantes, y después me costó muy gentiles golpes la defensa de un ataharre que mi amo llamaba liga; y aunque él me quiere tanto, que entiendo me dará lo que me tiene prometido, que es la gobernación de algún reino, provincia, insula ó península, todavía diré mañana, cómo no puedo ir allá con él, por estar ya concertado con vuesa merced, y que lo que podrá hacer será enviármela, que tan hombre seré para gobernalla acá, como allá. ¿Pero sabe vuesa merced qué me parece? Que pues para de aquí al Argamesilla no se hallará mensajero cierto, será acertado que yo, que sé el camino, lleve la carta, pues le aseguro que no haré más de darla fielmente en manos de mi mujer, y volverme luego.

—Pues para eso, Sancho—dijo el Archipámpano,—¿qué era menester escribirla, si vos habiais de ir allá en persona? No cuidéis della; que yo buscaré quien la lleve con brevedad, y traiga luego respuesta, aunque dudo sea ella tan elegante como vuestra carta, en que mostráis haber estudiado



en Salamanca toda la ciencia escribal que allí se profesa, según la habéis enriquecido de sentencias.

—No he estudiado—respondió Sancho—en Salamanca; pero tengo un tío en el Toboso, que hogaño es ya segunda vez mayordomo del Rosario, el cual escribe tan bien, como el barbero, como dice el cura; y como yo he ido muchas veces á su casa, todavía me he aprovechado algo de su buena habilidad; porque, como dicen: ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio; en la arca abierta siempre el malo peca; y finalmente, quien hurta al ladrón, harto digno es de perdón; y así dél sé escribir cartas; y si le he hurtado algo de lo que él sabe desto, como se ve en ese papel, no importa; que bien me lo debía, pues día y medio anduve á segar con él, y lleve el diablo otra blanca me dió sino un real de á cuatro; y á mi mujer, que fué á escardar doce días en su heredad el mes de marzo, no le dió sino un real amarillo, que no sabemos cuánto vale; por eso estoy yo mejor con los cuartos y ochavos, que son moneda que corre, y los han de tomar hasta el mismo Rey y Papa, aunque les pese.

Levantáronse en esto de la mesa para salir á pasearse, dejando el Archipámpano orden al secretario, de que envasen él y el mayordomo luego dos criados con aquella carta al Argamesilla, con mandato de que no viniesen sin la mujer de Sancho en ningún caso, procurando traerla regalada y con brevedad. Hizose así. Llegó Mari-Gutiérrez á la Corte con ellos, dentro de quince días, do la recibió Sancho con donosos favores, y el Archipámpano fué el señor más bien entretenido que había en la Corte aquellos días; y no sólo él, sino muchos della, con toda su casa, tuvieron alegrísimos ratos de conversación y pasatiempo muchos meses con Sancho y su Mari-Gutiérrez, que no era menos simple que él. Los sucesos de estos buenos y cándidos casados remito á la historia que dellos se hará andando el tiempo, pues son tales, que piden de por sí un copioso libro.





CAPÍTULO XXXVI Y ÚLTIMO

De cómo nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha fué llevado á Toledo por don Alvaro Tarfe, y puesto allí en prisiones en la casa del Nuncio, para que se procurase su cura.

CUANDO tuvo aprestada su vuelta para Córdoba don Alvaro, y estuvo despedido de todos los señores de quienes tenía obligación hacello en la Corte, trazó, la noche antes de la partida, que para arrancar della á don Quijote, entrase un criado del Archipámpano en casa, cuando acabasen de cenar, vestido de camino y con galas, como que venía de Toledo en nombre de la infanta Burlerina á buscarle, para que fuese en su compañía luego con toda diligencia á decercar la ciudad, y librala de las molestias que le hacía el alevoso principe de Córdoba. Túvole tan bien instruido, así de lo que había de hacer y decir á don Quijote cuando le diese el recado, como por el camino, y en Toledo (donde por orden del Archipámpano le había de acompañar, para mayor encubrir el engaño, y traerle nuevas dél y del modo que quedaba), que llegando la señalada noche y hora, á la que acababan de cenar en casa del principe Periano con él en su mesa don Carlos, don Quijote y don Alvaro, apenas él hubo dado aviso á don Quijote de cómo se partía el día siguiente para Córdoba, diciéndole si mandaba algo para Toledo, donde había de pasar, cuando entró por la sala el dicho paje del Archipámpano, gallardamente aderezado, el cual, después de haber saludado cortesmente á todos los circunstantes, se volvió á don Quijote y le dijo:

—Caballero Desamorado: la infanta Burlerina de Toledo, cuyo paje soy, te besa las manos humildemente y suplica cuán encarecidamente puede, que te sirvas de partir mañana sin falta conmigo, á la ligera y sin ruido, á la gran ciudad de Toledo, donde ella y su afligido padre y lo mejor

y lo más lucido del reino te está por momentos aguardando, pues no faltan más de tres días para cumplirse los cuarenta que el enemigo príncipe de Córdoba les tiene dado de plazo para deliberar ó la entrega de la ciudad, ó el rendimiento de las inhumanas parias que les tiene pedido; y si tú, con tu valeroso brazo, no los socorres, sin duda serán miserablemente todos muertos, la ciudad saqueada, quemados los templos, y los cimientos de torres y almenas ocuparán las alegres calles, sirviéndoles sus piedras de calzada y empedrada. La Infanta mi señora, y el Rey, por cierto postigo que el enemigo no sabe, te están esperando con todos los mejores caballeros de su Corte, para que otro día, antes que amanezca, tocando de repente al arma, con la voz y favor de Santiago les demos, cogiéndolos descuidados, un asalto tal, que quede el enemigo, como sin duda lo quedará, vencido, y tú vencedor; tras lo cual serás, si te pareciere, aunque sea corto premio de tus inauditas grandezas, casado con la hermosísima infanta Burlerina, la cual ha desechado á otros muchos hijos de reyes y príncipes, sólo por casar contigo: por tanto, valeroso caballero, vete luego á reposar para que, tomando la mañana, lleguemos á buena hora á la imperial ciudad de Toledo, que espera tu favor por momentos.

Don Quijote, con mucha pausa, le respondió, diciendo:

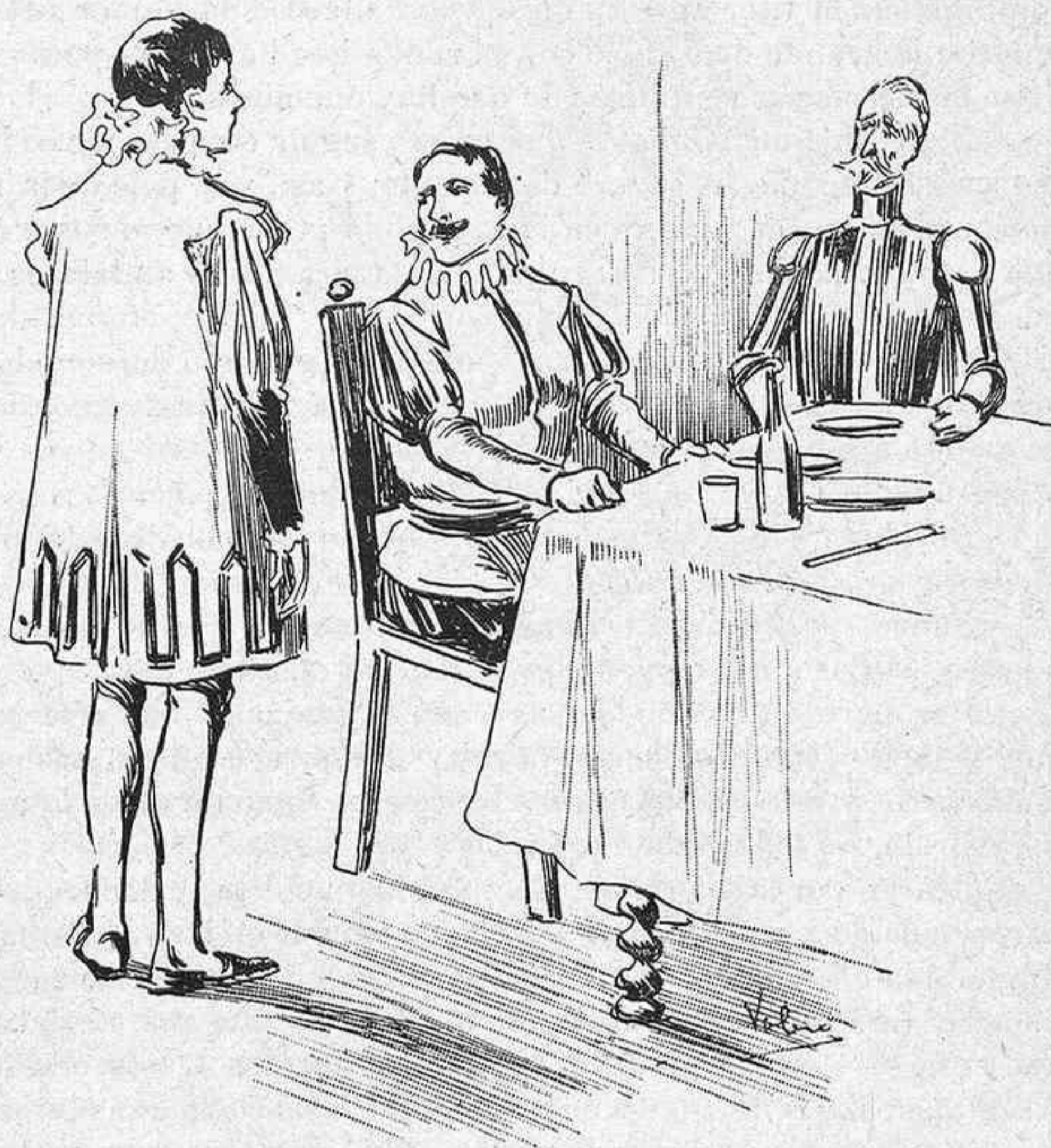
—A muy buen tiempo habéis llegado, venturoso paje, pues podré ir en esta ocasión acompañando al señor don Alvaro, que me acaba de decir que también por la mañana ha de partir para Toledo; por tanto, no hay sino que aderecéis todo lo necesario para que, en amaneciendo, partamos juntos, y pueda yo llegar con tan honrada compañía á socorrer al Rey vuestro señor y á la infanta Burlerina, sobrina del sabio Al-

quife, mi buen amigo. Verdad es que no soy de parecer de que se me trate de eso que decís, de casarme con dicha Infanta después de vencido y muerto el alevoso príncipe de Córdoba, su contrario, y saqueado su campo; que, en efecto, siendo conocido en el mundo por Caballero Desamorado, no será razón que ande en amores hasta pasar primero algunas docenas de años, pues podría suceder, como ha sucedido muchas veces á otros caballeros andantes, que andando yo por tanta y tan varia multitud de reinos y provincias, me encontrase y aun enamorase de alguna infanta de Babilonia, Transilvania, Trapisonda, Tolomaida, Grecia ó Constantinopla; y si esto me sucede, cual confío, desde aquel día me tengo de llamar el Caballero del Amor, pues pasaré notables trabajos, peligros y dificultades por el que á dicha Infanta tendré, hasta que, después de haber librado su reino ó

imperio del fortísimo enemigo que le tendrá cercado, le descubriré mi amor á dicha Infanta en su mismo aposento, do entraré bien armado con atentados pasos por un jardín, guiado por una sabia camarera suya, una noche obscura; y si bien al principio, por ser pagana, se azorará de oirme soy cristiano, todavía, prendada de mis partes y obligada de las razones con que le persuadiré la verdad de nuestra santa religión, se casará conmigo con públicas fiestas, bautizada ella y todo su reino; pero sucederme han tales y tan notables guerras por ciertos motines de envidiosos vasallos, que darán bien que contar á los historiadores venideros.

Viendo don Alvaro que ya comenzaba á disparatar, se levantó, diciendo:

—Vámonos á reposar, señor don Quijote, porque hemos de madrugar mucho para llegar con tiempo á Toledo, por lo que hay peligro en la tardanza.



Y dicho esto, se volvió al paje, diciéndole:

—Y vos, discreto embajador de la noble infanta Burlerina, idos luego á cenar, y después á acostar en la cama que el mayordomo os señalare.

Salióse el paje de la sala, y con él los demás, yéndose todos á sus camas, sin reparar don Quijote más en Sancho, que si nunca le hubiera visto, que fué particular permisión de Dios. Verdad es que la mañana, en levantándose, á la que ensillaban los criados de don Alvaro y paje del Archipámpano, preguntó por el escudero; mas divirtióle el humor don Alvaro diciéndole que no cuidase dél, porque ya se aprestaba para seguirles, y que poco á poco se vendría detrás, como otras veces solía. Tras esto y tras almorzar bien y despedirse del príncipe Periano y de don Carlos, se salieron de la Corte y caminaron para Toledo, ofreciéndoseles por el camino preciosísimas ocasiones de reír, particularmente en Jetafe y Illescas. Llegados á la vista de Toledo, dijo don Quijote al paje de la infanta Burlerina:

—Paréceme, amigo, que sería bien, antes de entrar en la ciudad, dar una gentil rociada al campo del enemigo, pues vengo yo bien armado, y él muestra estar descuidado del azote que tan cerca tienen sobre sí sus arrogancias en mi esfuerzo, pues sería empezar á hacerle bajar la cresta, que tan engreída tiene.

El paje le respondió:

—El orden, señor, que del Rey é Infanta traigo es que, sin rumor alguno, vamos adonde nos están esperando.

—Discretísimo es ese orden—añadió don Alvaro,—pues no hay duda sino que sería poner en contingencia la vitoria, si les diese vuesa merced la menor ocasión del mundo para prevenirse, y tendríanla grande de hacello con el rumor que haríamos, pues es cierto que, en sintiéndonos darían aviso las despiertas centinelas de que hay enemigos.

—Digo—dijo don Quijote—que quiero seguir ese parecer como más acertado, pues por lo menos me asegura de que los cogeré de repente; y así, vos, paje de la infanta Burlerina, guiad por donde habemos de entrar sin ser sentidos; pero id prevenido de que si solos somos, tengo de hacer antes que entre en la ciudad una sanguinolenta riza destos andaluces paganos que se han atrevido á llegar á los sacros muros de Toledo.

El paje fué caminando un poco adelante, guiando derecho hacia la puerta que llaman del Cambrón, dejando á la mano izquierda la de Visagra. Mas como don Quijote no viese rumor de gente de guerra alrededor de la ciudad, y viese por otra parte entrar y salir libremente por la puerta de Visagra todos cuantos querían, dijo maravillado al paje:

—Decidme, amigo, el príncipe de Córdoba ¿dónde tiene asentado su campo, que no veo por aquí ningún aparato de guerra?

—Señor—respondió él—es astuto el enemigo, y así se ha alojado á la otra parte del río, adonde nuestra artillería no le puede hacer mal, ni ofender.

—Por cierto—dijo don Quijote—que él sabe poco del arte militar, pues no echa de ver el necio que, dejando estas dos puertas libres y desembarazadas, pueden los de adentro meter fácilmente los socorros y provisiones que les pareciere, como en efeto lo meten todo hoy, con sola mi entrada; pero en fin, no todos saben todas las cosas.

Entraron por la puerta del Cambrón, como digo, y don Quijote iba por las calles mirando á todas partes cuándo y por dónde le saldrían á recibir el Rey, Infanta y grandes de la corte. Don Alvaro fingió, á la entrada del lugar, que se quería quedar á aguardar á Sancho, por poderse entrar libremente y sin el acompañamiento de muchachos que don Quijote llevaba, en la posada do había de aposentarse, como en efeto lo hizo, enviando dos ó tres criados suyos en compañía del paje del Archipámpano y de don Quijote, con los cuales, y con una multitud increíble de niños que le seguían viéndole armado, llegó el triste, sin pensar, á las puertas de la Casa del Nuncio, y quedándose en ellas para su guarda los criados de don Alvaro, se entró solo con él y un mozo de mulas, que le tuvo á Rocinante. El paje del Archipámpano, en apeándose, dijo á don Quijote:

—Vuesa merced, señor caballero, se esté aquí, mientras subo arriba á dar cuenta á la señora Infanta de su secreta y deseada venida.

Y subiéndose una escalera arriba, se quedó solo en medio del patio don Quijote, y mirando á una parte y á otra, vió cuatro ó seis aposentos con rejas de hierro, y dentro dellos muchos hombres, de los cuales unos tenían cadenas, otros grillos, y otros esposas, y dellos cantaban unos, lloraban otros, reían muchos y predicaban no pocos, y estaba en fin allí cada loco con su tema. Maravillado don Quijote de verlos, preguntó al mozo de mulas:

—Amigo, ¿qué casa es esta? Ó dime, ¿por qué están aquí estos hombres presos, y algunos con tanta alegría?

El mozo de mulas, á quien ya habian instruido don Alvaro y el paje del Archipámpano de cómo se habia de haber con él, le respondió:

—Señor caballero: vuesa merced ha de saber que todos estos que están aquí son espías del enemigo, á los cuales habemos cogido de noche dentro de la ciudad, y los tenemos presos para castigarlos cuando nos diere gusto.

Prosiguió don Quijote, preguntándole:

—¿Pues cómo están tan alegres?

Respondióle el mozo:

—Estánlo tanto, porque les han dicho que de aquí á tres días se entrega la ciudad al enemigo, y así la esperada vitoria y libertad les hace no sentir los trabajos presentes.

Estando en esto, salió de un aposento con un caldero en la mano un mozo, el cual era de los locos que iban ya cobrando un poco de juicio, y cuando oyó lo que el mozo de mulas habia dicho á don Quijote, dió una grandísima risada, diciendo:

—Señor armado: este mozo le engaña, y sepa que esta casa es la de los locos, que llaman del Nuncio, y todos los que están en ella están tan faltos de juicio como vuesa merced; y si no, aguárdese un poco, y verá cómo bien presto le meten con ellos; que su figura y talle y el venir armado no prometen otra cosa, sino que le traen engañado estos ladrones de guardianes, para echalle una muy buena cadena y dalle muy gentiles tundas hasta que tenga seso, aunque le pese, pues lo mismo han hecho conmigo.

El mozo le dijo que callase, que era un borracho y que mentía.

—En buena fe—replicó el loco—que si vos no creéis que yo digo la verdad, también apostaré que venís á lo mesmo que este pobre armado.

Con esto, don Quijote se apartó dél riendo, y se llegó bien á una de aquellas rejas, y mirando con atención quién estaba dentro, vió á un hombre puesto en tierra, en cuclillas, vestido de negro, con un bonete lleno de mugre en la cabeza, el cual tenia una gruesa cadena al pie, y en las dos manos unos sutiles grillos que le servían de esposas; estaba mirando de hito en hito al suelo, tan sin pestañear, que parecia estaba en una profundísima imaginación, al cual, como viese don Quijote, dijo:

—¡Ah buen hombre! ¿qué hacéis aquí?

Y levantando el encarcelado con gran pausa la cabeza, y viendo á don Quijote armado de todas piezas, se fué poco á poco llegando á la reja, y arrimado á ella se estaba sin hablar palabra mirándole atentísimamente, de lo cual el buen caballero estaba maravillado, y más viendo que, á más de veinte preguntas que le hizo, á ninguna respondía, ni hacia otra cosa más que miralle de arriba abajo; pero al cabo de un gran rato se puso en seco á reir con muestras de grande gusto, y luego comenzó á llorar amarguísicamente, diciendo:

—¡Ah señor caballero, y si supiéseis quién soy! Sin duda os moveria á grandísima lástima, porque habéis de saber que en profesión soy teólogo, en órdenes sacerdote, en filosofia Aristóteles, en medicina Galeno, en cánones Ezpilcueta, en astrologia Ptolomeo, en leyes Curcio, en retórica, Tullio, en poesia Homero, en música Anfión; finalmente, en sangre noble, en valor único, en amores raro, en armas sin segundo, y en todo el primero; soy principio de desdichados y fin de venturosos. Los médicos me persiguen porque les digo con Mantuano:

*His etsi tenebras palpent, est data potestas
Excrutiandi ægros hominesque impune necandi.*



Los poderosos me atormentan, porque con Casaneo les digo:

*Omnia sunt hominum, tenui pendentia filo,
Et subito casu quæ valere ruunt.*

Los temerosos, odiosos y avaros me querrian ver abrasado porque siempre traigo en la boca:

*Quatuor ista: timor, odium, dilectio, sensus,
Sæpe solent hominum rectos pervertiri sensus.*

Los detractores no me dejan vivir, porque les digo ha de restituir la fama cualquier que dice cosa que la tizna:

*Imponens, augens, manifestans, in malum vertens
Qui negat aut minuit, tacuit, laudetve remisit.*

Los poetas me tienen por hereje, porque les digo del afecto con que leen sus versos lo de Horacio:

*Indoctum, doctumque fugat recitator acerbus,
Quem vero arripuit tenet, occiditque legendo,
Non missura eutem nisi plena cruoris hirudo.*

Y con ellos me aborrecen los historiadores, porque les digo:

*Exit in immensum fecunda licentia vatum,
Obligat historica nec sua verba fide.*

Los soldados no pueden llevar que les anteponga las letras y les diga lo de Alciato:

*Cædant arma togæ, et quamvis durissima corda,
Eloquio pollens ad sua vota trahit.*

Los letrados no pueden tolerar les dé en rostro viéndoles hablar en cosas de leyes tan sin guardar la de Dios con el recato de sus predecesores sabios, que decían:

Erubescimus dum sine lege loquimur.

Las damas me arman mil zancadillas, porque publico dellas:

*Sidera non tot habet cælum, nec flumina pisces
Quot scelerata gerit fæmina mente dolos.*

Las casadas reniegan de que haya quien diga de ellas:

*Pessima res uxor, poterit tamen utilis esse
Si propere moriens det tibi quidquid habet.*

Las niñas no toleran oír:

*Verba puellarum foliis leviora caducis
Irritaque ut visum est ventus, et aura ferunt;*

y también:

Ut corpus teneris, sic mens infirma puellis.

Las hermosas figan oír que

Formosis levitas semper amica fuit:

con ser verdad que de todas se puede decir:

Quid sinet inausum fæminæ præceptus furor?

Los ociosos amantes querrian se desterrase del mundo mi lengua, que les repite:

*Otio si tollas periere Cupidinis artes,
Contemptæque jacet, et sine luce faces.*

Los sacerdotes se avergüenzan de que les repita lo que dijo Judit á los de su vieja ley: *Et nunc, fratres, quoniam vos estis presbiteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum ad eloquium vestrum, corda eorum erigite.* La real potencia que, como el amor, no admite compañía,

Non bene cum sociis regna venusque manet,

es tal, que se verifica bien de ella lo que dijo Ovidio en cierta epistola, respondió una reina recueta á su galán:

*Sic meus hinc vir abest ut me custodiat absens,
An nescis longas regibus esse manus?*

Esas, pues, ¡oh valerosísimo príncipe! son las que me tienen aquí, porque reprendo la razón de Estado, fundada en conservación de bienes de fortuna, á los cuales llama el Apóstol estiércol con

quebrantamiento de la ley de Dios, como si guardándola, de humildes principios no hubiera subido á ser David poderoso rey, y capitán invicto el gran Macabeo Judas, ó como si no supiéramos que todos los reinos, naciones y provincias que, con prudencia de carne y de hijos deste siglo, han tratado de ensanchar los estados, los han destruído miserablemente.

Proseguía el loco su tema con tan grande asombro de don Quijote, que viendo no le dejaba hablar, le dijo á gritos:

—Amigo sabio: yo no os conozco, ni he visto en mi vida; pero hame dado tanta pena la prisión de persona tan docta, que no pienso salir de aquí hasta daros la preciosa libertad, aunque sea contra la voluntad del Rey y de la infanta Burlerina su hija, que este real palacio ocupan; por tanto traedme vos, que estáis con ese caldero en la mano, las llaves luego aquí deste aposento, y dejad salir libre, sano y salvo dél á este gran sabio, porque así es mi voluntad.

Luego que esto oyó el loco del caldero, comenzó á decir riendo:

—Ea, que ciertos son los toros; á fe que habéis venido á purgar vuestros pecados en buena parte; en mala hora acá entrasteis.

Y dichas estas razones, se subió la escalera arriba, y el loco clérigo dijo á don Quijote:

—No crea, señor, á persona desta casa; porque no hay más verdad en ninguno della, que en impresión de Ginebra; pero si quiere que le diga la buena ventura en pago de la buena obra que me ha de hacer con darme la libertad que me ofrece, déme la mano por esta reja; que le diré cuánto le ha sucedido y le ha de suceder, porque sé mucho de quiromancia.

Quitóse don Quijote la manopla, creyéndole sencillamente, y metió la mano por entre la reja; pero apenas lo hubo hecho, cuando sobreviniéndole al loco una repentina furia, le dió tres ó cuatro bocados crueles en ella, asiéndole á la postre el dedo pulgar con los dientes, de suerte que faltó harto poco para cortársele á cercén. Comenzó con el dolor á dar voces, á las cuales acudieron el mozo de mulas y otros tres ó cuatro de la casa, y tiraron dél tan recio, que hicieron que el loco le soltase, quedándose riendo muy á su placer en la gavia. Don Quijote, en sentirse herido y suelto, se hizo un poco afuera, y metiendo mano á su espada dijo:

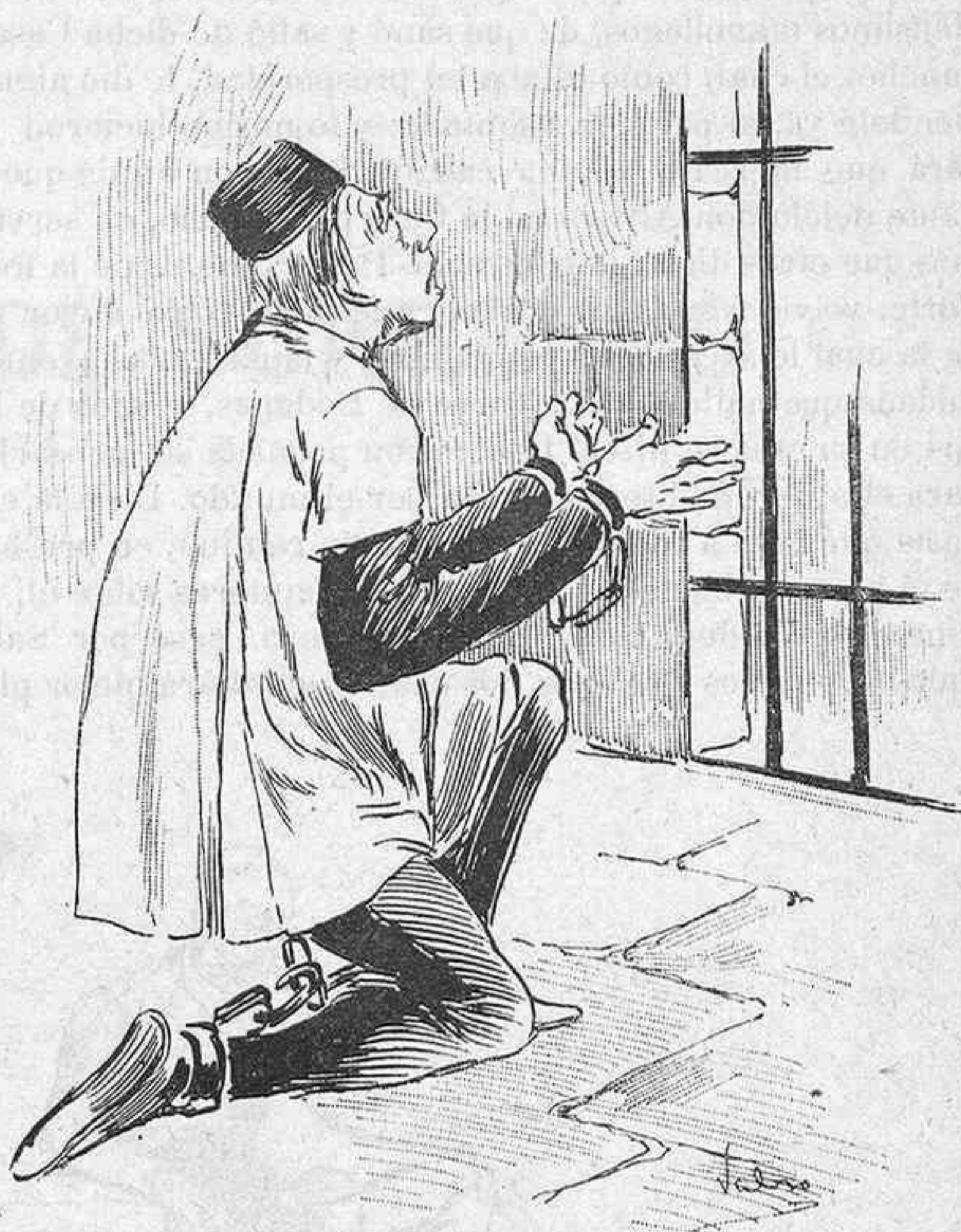
—Yote juro ¡oh falso encantador! que si no fuera porque es mengua mía poner manos en semejante gente cual vosotros sois, que tomara bien presto venganza de tamaño atrevimiento y locura.

Á esta sazón, bajaron con el paje del Archipámpano cinco ó seis de los que tenían cuenta de la casa, y como vieron á don Quijote con la espada en la mano, y que le corría mucha sangre della, sospechando lo que podia ser, se llegaron á él diciéndole:

—No muera más gente, señor caballero armado.

Tras lo cual uno le asió de la espada, y otros de los brazos, y los demás comenzaron á desarmarle, haciendo él toda la resistencia que podia; pero aprovechóle poco; con que en breve rato le metieron en uno de aquellos aposentos muy bien atado, do había una limpia cama con su servicio; y estando algo sosegado, después de haberle encomendado el paje del Archipámpano á los mayordomos de la casa, con notables veras, y dicholes su especie de locura, y las calidades de su persona, y de dónde y quién era, habiéndoles dado para más obligarles alguna cantidad de reales, le dijo á don Quijote:

—Señor Martín Quijada: en parte está vuesa merced adonde mirarán por su salud y persona con



el cuidado y caridad posible; y advierta que á esta casa llegan otros tan buenos como vuesa merced, y tan enfermos de su propio mal, y quiere Dios que en breves días salgan curados y con el juicio entero que al entrar les faltaba; lo mismo confío será de vuesa merced, como vuelva sobre si y olvide las leturas y quimeras de los vanos libros de caballerías que á tal extremo le han reducido; mire por su alma, y reconozca la merced que Dios le ha hecho en no permitir muriese por esos caminos á manos de las desastradas ocasiones en que sus locuras le han puesto tantas veces.

Dicho esto, se salió, y fué con los criados de don Alvaro á la posada en que estaba, á quien dió cuenta de todo, como hizo al Archipámpano, vuelto á la Corte. Detúvose don Alvaro algunos dias en Toledo, y aun visitó y regaló á don Quijote, y le procuró sosegar cuánto le fué posible, y obligó con no pocas dádivas á que hiciesen lo mismo á los sobrestantes de la casa, y encomendó cuánto le fué posible á los amigos graves que tenía en Toledo el mirar por aquel enfermo, pues en ello harían grandísimo servicio á Dios, y á él particularísima merced; tras lo cual dió la vuelta felizmente á su patria y casa.

Estas relaciones se han podido sólo recoger, con no poco trabajo, de los archivos manchegos, acerca de la tercera salida de don Quijote; tan verdades ellas, como las que recogió el autor de las primeras partes que andan impresas. Lo que toca al fin de esta prisión y de su vida, y de los trabajos que hasta que llegó á él tuvo, no se sabe de cierto; pero barruntos hay, y tradiciones de viejísimos manchegos, de que sanó y salió de dicha Casa del Nuncio; y pasando por la Corte, vió á Sancho, el cual, como estaba en prosperidad, le dió algunos dineros para que se volviese á su tierra, viéndole ya, al parecer, asentado; y lo mismo hicieron el Archipámpano y el principe Periano, para que mercase alguna cabalgadura, con fin de que se fuese con más comodidad; porque Rocinante dejólo don Alvaro en la Casa del Nuncio, en servicio de la cual acabó sus honrados dias, por más que otros digan lo contrario. Pero como tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la Corte, volvió á su tema, y que, comprando otro mejor caballo, se fué la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oidas aventuras, llevando por escudero á una moza de soldada que halló junto á Torre de Lodones, vestida de hombre, la cual iba huyendo de su amo porque en su casa se hizo ó la hicieron preñada sin pensarlo ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el temor se iba por el mundo. Llevóla el buen caballero, sin saber que fuese mujer, hasta que vino á parir en medio de un camino, en presencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto, y haciendo grandísimas quimeras sobre él; la encomendó, hasta que volviese, á un mesonero de Valdestillas; y él, sin escudero, pasó por Salamanca, Ávila y Valladolid, llamándose el Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.



LA CIEGA DE SORRENTO

LA CIEGA DE SORRENTO

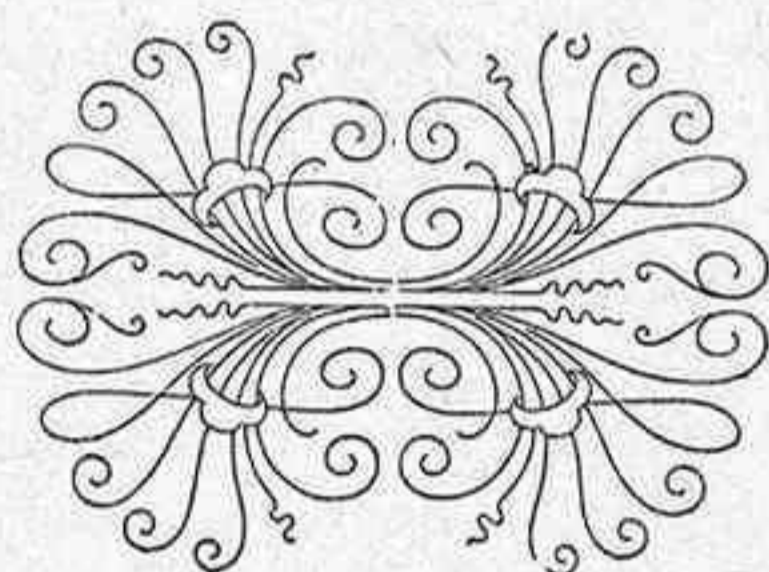
FRANCISCO MASTRIANI

La Ciega de Sorrento

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

F. LUIS OBIOLS



BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Calle de Mallorca, 226 y 228

1903

FRANCISCO MASTRINI

La Giega de Sorrento

FRANCESCO MASTRINI

FRANCESCO MASTRINI

FRANCESCO MASTRINI



LA CIEGA DE Sorrento.

POR

Francisco Mastriani

I

EL ESTUDIANTE DE MEDICINA



N ese laberinto de interminables y estrechas callejuelas, bautizadas con cien bárbaros nombres, funesto vestigio de extranjera dominación, y que, al cruzarlas, despiertan extraño sentimiento de opresión semejante al que

produce la vista de un hospital ó de una cárcel; en esa aglomeración de casas que parecen amontonadas unas sobre otras y á las cuales apenas presta pasajera alegría alguno que otro rayo de sol; en esos barrios donde raras veces penetran ni las miradas ni los pensamientos de la opulencia y que albergan, sin embargo, tras sus húmedas paredes, á honradas familias de humildes jornaleros; en la red, por último, de poblados y antiguos callejones de que se componen los barrios del Mercato, el Pendino y el Mandracchio y que es conocida con el solo genérico nombre de *Vecchia Napoli*, existe un pequeño callejón sin salida, ó mejor, una especie de nicho, de esos que dan escalofríos hasta á un napolitano cuando por vez primera los visita.

Este callejón tortuoso, fétido y sombrío lleva el nombre de *Vico Chiavetta al Pendino*: es inútil, lector, que pretendas dar con él en guías ó alma-

naques, ni en viejas escrituras, como no sea por rara casualidad.

Había dado ya la una de la madrugada del 10 de noviembre de 1840.

El viento de tierra soplaba con violencia por entre los viejos arcos de aquellas construcciones de la Edad Media, rugiendo cual espíritu infernal enfurecido sobre la dormida ciudad, y sacudiendo los seculares postigos de las ventanas.

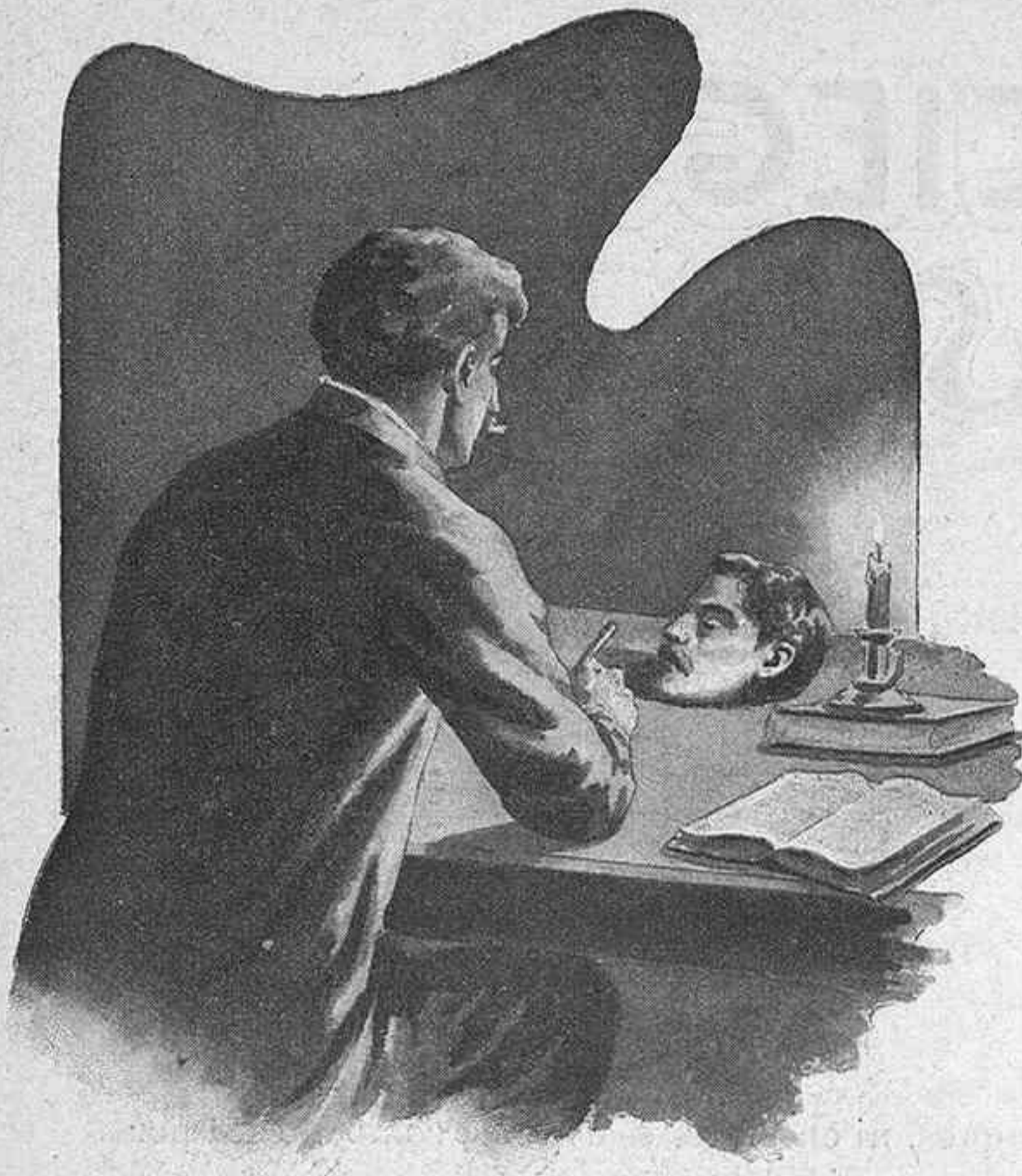
Solemne y absoluto impera el silencio de aquella calle en los intervalos en que cesa de bramar el viento.

Es la hora en que la multitud de los infelices y de los que sufren encuentra en el sueño el bálsamo que momentáneamente cicatriza sus heridas.

Pero ¿qué hace aquel hombre sentado junto á una mesa encima de la cual arde el resto de una vela de sebo de color? ¿Y qué es eso que hay tirado sobre la mesa? ¡Cielos! ¡una cabeza!... ¡una cabeza humana!... ¡Y todavía está coagulada la sangre en la parte por donde se la separó del tronco!... ¡Y tiene él en sus manos un cuchillo!...

No os asustéis... Aquel hombre no es un asesino... es simplemente un estudiante de medicina.

A la pálida claridad de la vela distingue su rostro moreno, flaco, esmirriado y feo. Tiene poblada la cabeza de cabellos rojos, pero ásperos y enortijados; su labio superior es saliente y carnoso, tocando casi con la punta de una nariz prominente y aguileña; diríase que los rizados pelos de su bigote no encuentran por donde colocarse entre aquellas dos prominencias, y se los ve torcerse en distintas direcciones y adquirir casi la forma de cerdas; sus ojos, bastante inclinados al estrabismo, están empero impregnados de vivacidad y son extremadamente movibles bajo una



frente ancha y espaciosa, en medio de la cual una profunda arruga abre un surco, semejando una herida ó más bien la huella de maldición divina. En el conjunto de las facciones de aquel sér humano se lee á primera vista el odio que debe experimentar hacia todo lo materialmente bello, y aquella irascibilidad de carácter natural en todo sér deforme; pero, estudiando mejor sus líneas, sorprende la expresión de profunda sagacidad que en ellas se revela, y la solemne majestad de que se reviste el rostro de los hombres que hacen de la ciencia su habitual ocupación.

La mezquina luz de la vela sirve más bien para agitar siniestras sombras en la habitación, que para alumbrarla. En un ángulo de la pared hay amontonados unos cuantos volúmenes en 4.º; otros están abiertos encima de la mesa, é indican que el joven acaba de tomar en ellos su alimento intelectual.

Las paredes de la habitación, vacilando entre los tintes blanco y negro, la daban más bien el aspecto de una cárcel, contribuyendo á tal apariencia su pavimento frio, húmedo y desprovisto de ladrillos.

Reinaba indudablemente en aquella casa la miseria, con todo su cortejo de privaciones; pesares y sufrimientos; aquella palidez, aquella pobreza, aquellos recuerdos de la muerte, aquella noche tan tétrica y oscura, aquellas quejumbrosas voces que el viento hacía pasar al través de los postigos, todo parecía poner en boca del huésped de aquella casa las palabras bíblicas: *Por doquier*

está presa de tristeza el alma mia hasta la muerte: permaneced aquí y velad conmigo.

Y realmente, por la manera como el joven hacía girar de vez en cuando sus azoradas pupilas alrededor de la habitación, parecía que invocase á algún compañero que con él se hubiera quedado á velar.

Este hombre, que aparenta ser ya de edad madura, apenas si ha cumplido el quinto lustro de su existencia; llámase Cayetano y es calabrés.

Hace cerca de dos horas que permanece inmóvil, junto á la mesa, con los ojos muy abiertos y fijos en aquella livida cabeza. Pero ¿qué hace? ¿Por qué se ha levantado de repente con sobresalto y ha echado un trapo usado sobre aquella cabeza dirigiendo los ojos hacia un rincón del cuarto?

¡Ah! una mujer, una anciana reposa sobre un misero jergón tirado al suelo, envuelta en un andrajo de detestable lana. Esta mujer en su sueño ha pronunciado el nombre de Cayetano; y éste, creyéndola despierta, se ha vuelto súbitamente hacia ella no sin un movimiento de terror, porque tiene sus razones para ocultar á su vista aquella pieza anatómica.

Esa mujer es su abuela materna.

Duerme aún la anciana, y Cayetano, que andando de puntillas ha ido á ver si realmente se había despertado, vuelve á su sitio y descubre nuevamente aquel deshecho de hospital.

Torna á caer sobre la silla, apoya su cabeza en las palmas de sus abiertas manos, y vuelve á abismarse en la profunda meditación que le inspira aquel tétrico y mutilado compañero.

No son á la verdad pensamientos científicos, investigaciones anatómicas ni estudios prácticos los que en aquel momento concentran la atención del joven calabrés. Si sus ideas tendiesen á repasar en la pieza anatómica las lecciones aprendidas aquella mañana en las salas de los Incubables, debería ir deshebrando de continuo los plexos nerviosos ó cortando las cubiertas musculosas, ó descubriendo los vasículos ocultos, ó siguiendo, bajo el sistema nervoso, las ramificaciones arteriales ó los mil vasos con que de un modo especial está tapizado el órgano del pensamiento.

No, esta vez no es la ciencia la que absorbe los pensamientos de aquel joven, ó no lo es á lo menos en el instante en que á nuestros lectores lo presentamos.

¿Por qué caen frías y pesadas dos gruesas lágrimas de sus pupilas fatigadas por la vigilia?

¿Por qué se enderezan sobre la frente los cabellos?

¿Por qué giran convulsivamente sus ojos dentro de sus órbitas, cerrándose después, como para evitar un objeto que le causa horror?

Terribles recuerdos se revuelven en aquella cabeza, agrupándose en ella cual densas nubes, precursoras de inminente huracán.

Una hora larga transcurre en aquella muda y salvaje contemplación de sangriento despojo; mas viene el sueño á posarse en los párpados de Cayetano; la naturaleza reclama sus derechos, y es menester obedecerla.

Levántase, coloca la cabeza en una caja de hojalata de que se sirve habitualmente para guardar las piezas anatómicas que trae del hospital y que devuelve fielmente al siguiente día para ser transportada al cementerio, junto con los demás cadáveres descuartizados que cada noche se recogen en las salas anatómicas.

La morada de Cayetano está compuesta de una habitación en cuyo fondo hay una alcoba, donde se ve su pequeña cama. Triste, oscura, húmeda y mefítica, esta habitación, como todas las de aquellos barrios malsanos, sólo recibe el aire y la luz por una ventana con los cristales casi todos rotos y empañados, que da á la plazuela *Zecca dei panni*.

Antes de ir á acostarse, acércase el joven estudiante á la ventana y dirige una mirada á lo largo de la calle. Una linterna ilumina una cueva ó más bien una caverna de arcos lúgubres como una tumba. A la débil é incierta luz de la linterna, dos hombres que han salido de la taberna hablan entre sí con aire recatado y misterioso.

Después de un momento de conversación, uno de ellos sacó del forro de su sombrero un cuchillo largo y puntiagudo, cuya hoja brilló ligeramente bajo los pálidos destellos de aquella mortecina luz, y, ocultándoselo en la manga de una cazadora de terciopelo que llevaba puesta debajo de la capa, perdiéronse ambos en la sombra, como dos lobos en los matorrales de una selva.

—¡Como los otros! exclamó tristemente Cayetano, siguiendo mientras pudo con la vista los movimientos de aquellos dos hombres... Tal vez rodeaban las mismas tinieblas aquellos sitios...



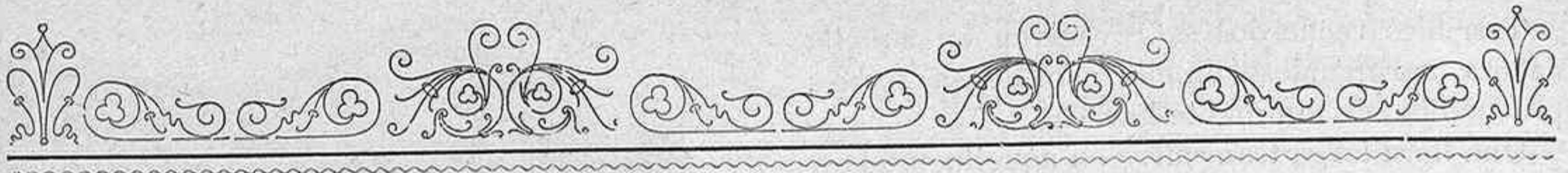
Tal vez se tramó el delito en la misma taberna... tal vez en el mismo día de hoy, 10 de noviembre... ¡y tal vez la misma muerte!... ¡Oh! ¡maldita noche!... maldita... mil veces maldita... ¡Maldito quien prestó brazo y consejo á Nunzio Pisani para realizar la infame obra!...

Estas últimas palabras, pronunciadas con desesperada y creciente energía, hicieron despertar sobresaltada á la anciana, que, sentándose en su jergón, exclamó:

—¡Dios mío! ¡qué sueño he tenido tan atroz!

Entretanto Cayetano, sin ser por ella visto, se deslizaba á lo largo de la pared para irse á acostar.





II

EN EL ANFITEATRO



UMEROSOS grupos de estudiantes se agitan en las salas bajas del hospital de Incurables. Estas salas se hallan distribuidas según la importancia de las lecciones y de los diversos cursos: las salas de anatomía descriptiva están separadas de las de anatomía patológica; se baja á ellas atravesando un corredor y un callejón descubierta

Estas salas, hoy muy decentes, eran antes sucias, húmedas y pestilentes, de suerte que parecían más bien dependencias de un matadero ó cementerio. El coste y la importancia de los cadáveres dependen de la fecha del fallecimiento y de la rareza de la dolencia que lo ha producido: las *piezas anatómicas* masculinas valen más generalmente que las femeninas, y entre éstas las *jóvenes* son preferidas á las viejas.

No se comprende que jóvenes de muy tierna edad y de temperamento sensible aparezcan indiferentes á la vista de aquellos despojos de gente pobre y honrada, á quienes, por las indispensables necesidades de la ciencia, ni siquiera es dado, á su partida del mundo, el consuelo de una lágrima, y cuyos cadáveres están condenados á ser cortados, desfigurados y descuartizados por el escalpelo.

Es la hora acostumbrada de la lección, las once de la mañana. En el gran salón de Anatomía

patológica, encima de una mesa de mármol, yace un cadáver enteramente desnudo. Una cincuenta de jóvenes estudiantes forman varios grupos en los bancos dispuestos á modo de anfiteatro y hablan en alta voz, murmurando y cantando: algunos, dando pruebas de insensibilidad, toman un refrigerio sobre aquella mesa, donde poco antes estudiaban sus lecciones de preparación anatómica. Historietas amorosas y anécdotas de colegio se divulgan entre aquellos grupos, que se desternillan de risa y golpean los bancos con sus bastones.

Cayetano era el único que no tomaba parte en aquella zaragata, y, retirado en un ángulo, tenía pertinazmente fija en el cadáver su ardiente mirada. Una arruga que surcaba su frente aparecía muy marcada, indicio en él de intensa concentración mental. Con la pierna izquierda sobre la





Hablando así, iba hojeando con impaciencia aquellos papeles. De repente se detiene y saca una carta de en medio de uno de aquellos cuadernos.

—¡Cielos! exclama, ¡qué letra es esta!.. no, ¡no me engaño! ¡esta letra es suya!

La carta estaba abierta. Cayetano la desdobló precipitadamente y leyó lo que sigue:

«Quagliano, 13 octubre 1827.—Querido Tomás: —Todo se ha descubierto. Siguen mis huellas. ¡Hemos sido vendidos!—Puedes estar seguro, sin embargo, de que, si me detienen; tu nombre no saldrá jamás de mi boca; lo juro por la Madonna Annunziata, cuyo nombre llevo. Vivo aquí con nombre supuesto, acogido por una respetable mujer del campo á quien he hecho creer que soy un cazador de las cercanías. Salgo únicamente por el campo, y voy siempre armado con una magnífica y flamante escopeta de caza. Sin embargo, como la vida y la muerte están en manos de Dios, te confío el cofrecillo de las alhajas cuyo valor es de veinte mil ducados, que encontrarás escarbando diez palmos bajo la séptima encina á la derecha, entrando en el bosque propiedad del señor marqués del Cappo. Este bosque, llamado el

Streppato, se encuentra á poca distancia de esta ciudad, y precisamente sobre el valle de San Genaro dei Poveri. Obra con suma cautela en la excavación del terreno; llévate el cofrecillo: una mitad de él es tuya, según lo convenido; la otra mitad, si me libro de las manos de la justicia, yo mismo te la vendré á buscar; si muero... confío en tu conciencia que la harás llegar á manos de mis pobres hijos en Calabria. Procura, sin embargo, vender estos objetos á distintos negociantes y mandar el dinero á la familia, sin decirles cuál es el origen de esos diez mil ducados... ¡Dirás que se los he dejado en testamento!... En una palabra, que ignoren en el fondo de su aldea la infamia unida á la muerte de su padre.

»No sé cuál será mi suerte... Un funesto presentimiento me advierte que no gozaré por largo tiempo del fruto de mi crimen... La sangre derramada ahoga mi espíritu... y la imagen de mi víctima se me presenta en todas partes, se acuesta á mi lado, y me dificulta la respiración en mis noches afanosas y solitarias... ¡Oh!... ¡en ciertas horas siento un remordimiento atroz!... Siento que se me va la cabeza al recordar las tranquilas veladas pasadas al lado de mi buena mujer, de mis inocentes hijos, y bendecido por aquella santa viejecita, mi madre... ¡Maldita miseria!... ¡malditos vicios que me trajeron á este trance!... ¡la sangre humana no se derrama impunemente!... ¡Perdóname, Tomás, si te turbo con estas ideas... perdona un resto de virtud inútil que se me aparece aún pálida y triste, y que para nada más me sirve ya que para desgarrar fuertemente el alma con el aguijón de los remordimientos!—¡Adiós... te recomiendo la estricta observación de todo cuanto te he encargado! ¡Te recomiendo mis hijos y mi madre!...—Adiós.—Tuyo, Nunzio.»

*
*
*

Cada palabra de esta carta parecía clavar un puñal en el corazón de Cayetano: sus labios estaban blancos como los de un cadáver: sus cabellos se erizaban, y sentía helarse en sus venas la sangre, que afluía toda á su corazón...

Después de haber permanecido algunos momentos en la actitud de la más dolorosa concentración, empezó á dar largos pasos por el despacho, y de vez en cuando se paraba, releía de uno á otro extremo la carta que tenía entre manos, volvía á su paseo rápido y nervioso, pegaba fuertes puñetazos sobre la mesa y murmuraba entre dientes palabras poco inteligibles é imprecaciones contra un enemigo sin nombre.

Esto duró cosa de un cuarto de hora; de pronto,

una alegría feroz iluminó su torva fisonomía, cual ilumina con su llama livida y humeante la faz del artillero una descarga de cañón...

Volver á colocar el protocolo en el armario de donde lo había sacado, meterse la carta en el bol-

sillo, abrir el despacho y salir á la calle, fué ejecutado en menos tiempo del que pudiera emplearse en pensarlo.

Cayetano había tomado la dirección del arrabal Loreto.

VI

EL CÓMPLICE



La habitación del notario Basileo estaba situada, como llevamos dicho, en el barrio Loreto. Un mísero aposento debajo del terrado de

una vieja casucha, de paredes un tiempo blancas y hoy de color indefinible, componía

toda su vivienda; hasta carecía de cocina, lo cual poco importaba á nuestro curial, porque tampoco la necesitaba. Su alimentación consistía en manjares que no necesitaban ser cocidos.

Por eso no se veía útil alguno de cocina, á excepción de una escudilla, un platito de barro de los que se usan en las posadas del campo, una cuchara y un cuchillo de hierro sin mango.

En cuanto á muebles, un jergón de paja tirado encima de una tabla sostenida por dos banquillos de madera, tres sillas, de las cuales dos apenas podían responder á su objeto, una mesa que había pertenecido á sus tatarabuelos y una colosal cómoda de nogal, formaban todo el ajuar de su propietario. Nada podía imaginarse más triste.

Agregábase á ello la más sucia negligencia. Hacía cerca de veinte años que no ponía el pie en aquella habitación alma viviente. La ventana, que daba á un inmundó terrado, estaba constantemente cerrada por temor de que alguien pudiese penetrar por ella. A consecuencia de este temor, estaba no sólo cerrada, sino atrancada, abriéndose únicamente á las horas en que el dueño estaba en casa, pues por ella entraba la luz.

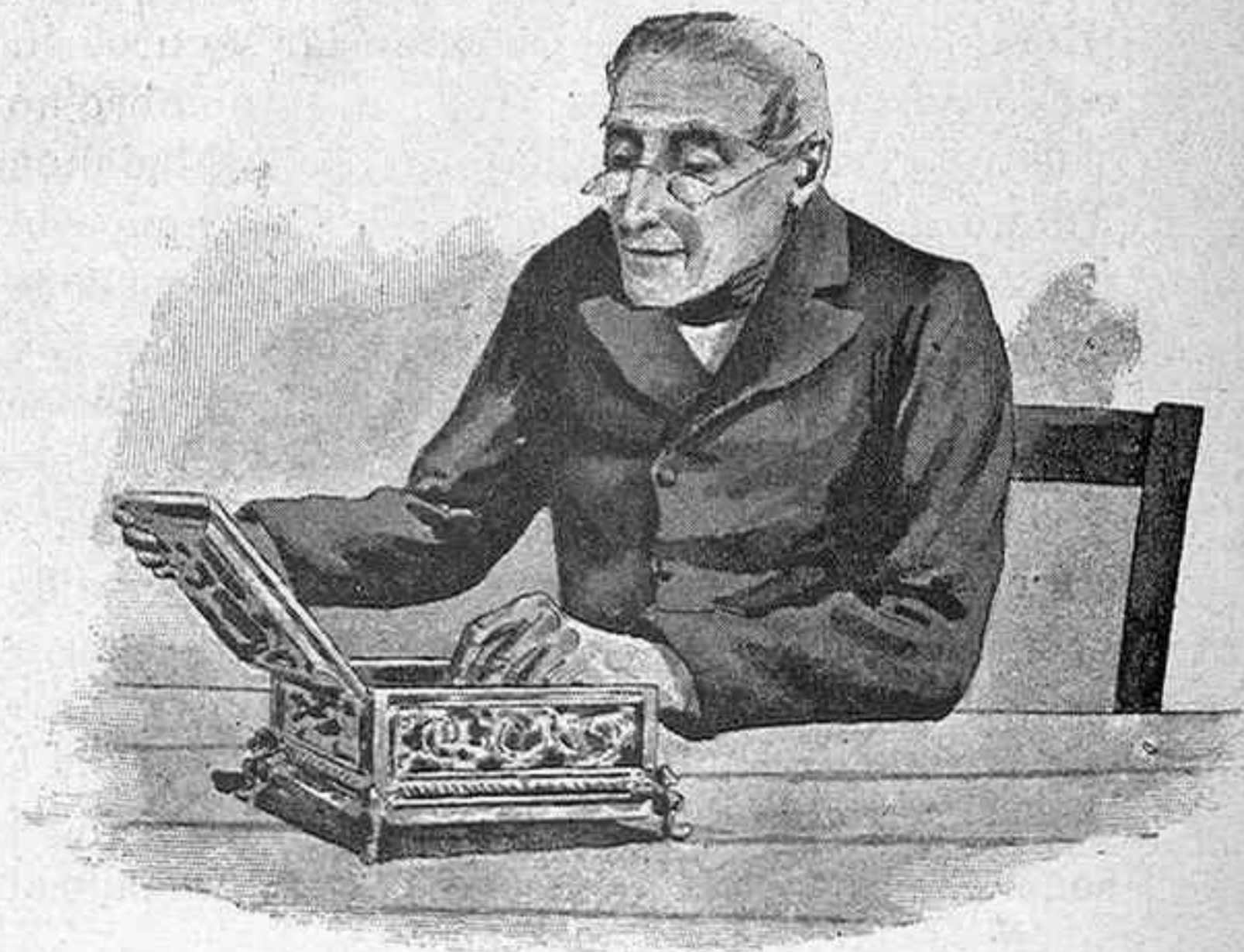
Basileo había terminado su comida: media rebanada de pan, un pedazo de queso seco, dos manzanas y un vaso de agua; esta comida, con que

se alimenta el más misero de los mendigos, sustentaba á aquel hombre que podía contar con una fortuna de más de sesenta mil ducados.

El viejo avaro había abierto el segundo cajón de su cómoda, después de haber lanzado instintivamente una mirada alrededor de su cuarto, y con mano trémula había sacado de él un cofrecillo, lo había abierto y se deleitaba con la vista de muchos objetos relucientes que en él desde largos años reposaban. Un exceso de ternura, un misterioso sentimiento de mayor simpatía hacia asomar las lágrimas á sus ojos, como á los del padre que, por un secreto presentimiento, sabe que antes de poco tiene que separarse de su adorada prole.

Sonó un golpe en la maciza puerta de la escalera; los avaros no tienen campanilla en sus puertas.

El notario dió un salto y cerró apresuradamente en la cómoda el objeto de su cariño; después se quedó inmóvil y se puso á escuchar atentamente, porque le parecía imposible que hubiese quien llamase á su puerta. ¿Quién podía ser? A nadie



había dicho jamás ni el piso ni el número de su casa; más aun, para evitar cualquier visita, había escogido una habitación en una callejuela sin nombre y en una casa que no tenía número...

Creía haberse equivocado, pues transcurrieron algunos minutos sin oír nada más, pero en breve le dió un salto el corazón: había sonado otro golpe más fuerte.

Acercándose entonces á la puerta, Basileo pronunció con trémula voz un *¿Quién es?* no sabiendo si disimular ó nó el timbre de su voz.

—Soy yo, señor Tomás, contestó desde fuera la voz de Cayetano.

—¿Qué quieres de mí? preguntó el notario algo más tranquilo. ¿Qué vienes á hacer en mi casa?

—Vengo á deciros dos palabras muy urgentes.

—Me las dirás luego en el despacho.

—No hay que perder tiempo; se trata de hacer ganar un buen pico.

El notario levantó en seguida el pesado picaporte, dió vuelta á tres llaves... abrióse la puerta, y después de haber entrado Cayetano, volvió á cerrarse instantáneamente.

Al hallarse dentro, dirigió éste á su alrededor una rápida é investigadora mirada. Estaba tranquilo, y sus facciones nada tenían de extraordinario ni de inquieto.

—Vamos á ver de qué se trata.

—Un momento, señor Basileo; el asunto es algo largo... sentémonos.



Sentáronse los dos; el avaro lo hizo de espaldas á la cómoda como para custodiársela; sus ojos expresaban suma perplejidad.

—Tened la bondad de ir á sentaros en aquel escritorio, dijo Cayetano indicándoselo.

—¿Y qué quieres que haga allí?

—Es indispensable que os acomodéis en él.

El notario lo hizo de muy mala gana.

—Coged un poco de papel... y una pluma.

—¿Y bien?

—Tened la bondad de hacer un pequeño cálculo como lo he hecho yo, y me diréis si me he equivocado.

El notario miraba á su dependiente para ver si en su cara se traslucía la menor señal de demencia; pero nada aparecía en ella, estaba completamente tranquilo.

—Escribid, señor Basileo: «Diez mil ducados al interés del 5 por ciento por 13 años...» Ved cuánto produce.

—Pues... 6.500 ducados.
 —Muy bien... estamos perfectamente acordes en los cálculos .. Ahora, multiplicad 30 por 12.
 —Hacen 360.
 —Multiplicad estos 360 por 12.
 —Son 4.320.
 —De estos 4.320 deducid 432.
 —Quedan 3.888.
 —Magnífico: se ve que en materia de aritmética sois maestro, mayormente cuando se trata de adiciones y multiplicaciones... Ahora, sumad estas tres cantidades, esto es 10.000,6.500 y 3.888.
 —La suma total es de 20.388.

—Pues bien, esta suma de 20.388 es precisamente la que me debéis.

El notario quedóse con la pluma pendiente de la mano, y mirando entre atontado y burlón á su dependiente, sin saber á qué atribuir aquella impertinente broma.

—¿Qué quiere decir esta comedia? preguntó, después de corta pausa.

—Quiere decir que debéis entregarme ahora mismo esa cantidad, que es mía.

El rostro de Cayetano estaba sereno, y no cabía duda del estado normal de su cerebro. El notario empezó á creerse presa de una pesadilla;



sus manos temblaban, sus mejillas se habían puesto pálidas, un velo de muerte pasaba por sus ojos... se le había anudado la voz en la garganta.

—¿Me habéis comprendido? preguntaba imperturbable Cayetano. Creo que me he explicado con bastante claridad.

El notario encontró la fuerza suficiente para murmurar entre dientes:

—Acabemos con esta broma, y dime en seguida lo que te ha llevado aquí.

—Lo que aquí me trae os lo he dicho ya; es el cobro inmediato y entero de mi crédito.

Basileo tuvo un momento de indecible furor; pero se contuvo, porque en realidad no sabía el terreno que pisaba. Sin embargo, no pudo dejar de acercarse con encendidos ojos á su escribiente, y mirándole bien á la cara, le dijo:

—Si estás loco, te prevengo que ya se acaba mi paciencia. ¡Sal inmediatamente de mi casa!

El joven, sin alterarse ante la violenta amenaza de su principal, se levantó á su vez, sacó del

fieso que las costumbres cortesanas me aburren... Mi tía tiene empeño en que la siga... para distraerme, como ella dice.

—¡Para distraeros! y es verdad, señorita... vuestra tía os quiere, anhela veros un poco más alegre... Atribuid á su cariño el deseo de arrojar de vuestro ánimo esta tristeza que parece haberse enseñoreado de vos.

—¡Oh! señor marqués, agradezco á mi tía su cariño, pero siento... que no podré estar alegre jamás. Dios ha impreso en mi corazón con caracteres de fuego la palabra *dolor*.

Los ojos de Rionero se llenaron de lágrimas... Albina pareció conmoverse ante aquella demostración de calurosa amistad.

—Caballero, os agradezco de todo corazón la exquisita bondad de vuestra alma, que parece conmoverse por mí... Os lo agradezco. ¿Aceptáis, señor marqués, mi amistad?

Al hablar así, la joven tendió su diestra á Rionero, quien, cogiéndola ávidamente entre sus manos, arrastrado por un movimiento de irresistible ternura, estampó en ella un ardiente beso.

—¿Si la acepto, señorita? ¿si acepto vuestra amistad? ¡pero si éste es el día más agradable de mi vida!... Si, señorita, seré vuestro amigo y estaré orgulloso de este título, que causa á mi corazón una alegría imposible de reprimir.

Albina le miró con fijeza, y después, retirando suavemente la mano que permanecía apretada aún entre las del ardiente italiano, le dijo:



—Tened cuidado, caballero... la amistad, no más que la amistad: es todo lo que puede ofreceros la desventurada Albina de Saintanges.

En este momento la baronesa volvía de hacer su visita al rey. Los dos jóvenes se separaron, después de haber cambiado un cariñoso saludo.

VIII

EL 18 DE JUNIO



El palacio Saintanges estaba situado en la *Chaussée-d'Antin*, uno de los barrios más aristocráticos de París.

Al día siguiente de la breve conversación tenida en Saint-Cloud, el

marqués Rionero se hacía anunciar, á eso de la una de la tarde, á la baronesa de Saintanges.

—La señora baronesa ha salido en este momento, se le contestó; si el señor marqués quiere hablar con la señorita, se le pasará recado inmediatamente.

Esto precisamente quería el impaciente Rionero, quien, desde las once de la mañana, se había mantenido encerrado dentro de un carruaje, á poca distancia del palacio de la baronesa, para espiar el momento en que ésta saliese.

—Pues bien, decid á la señorita de Saintanges que tengo que hablarle de algo muy urgente.

Tres minutos después, el marqués era introducido en la habitación de la joven.

Albina estaba sentada en un silloncito á la *Voltaire*: la habitación, cubierta de papel blanco con flores azules, provista de muebles ricos y de exquisito gusto, recreaba dulcemente los sentidos



con sus colores y perfumes. Una mesita de jaspe oriental, con un espejo ovalado, movable, rematado por dos geniecillos de plata, estaba colocado en medio de ella. Cuatro enormes jarros japoneses, llenos de camelias y otras flores, estaban colocados en los cuatro ángulos del gabinete.

La joven estaba envuelta en un holgado vestido blanco; sus brazos y el nacimiento de su pecho, enteramente desnudos, semejaban finísimo trabajo de alabastro.

Rionero se sentía dominado por una fascinación y quedó por unos momentos silencioso, de pie, contemplándola con penetrante mirada. Jamás en su vida había admirado tanta belleza.

Albina fué la primera en empezar la conversación.

—Señor marqués, os confieso que no esperaba tener el gusto de volver á veros tan pronto. Tened la bondad de sentaros... Siento que mi tía haya salido en este momento, pues le habria causado mucho placer una visita vuestra.

—Gracias, señorita, contestó Rionero inclinándose y sentándose frente á ella en un sillón. Permitidme que no participe enteramente de vuestro pesar por la ausencia de la baronesa... No obstante el gran aprecio que la profeso, no puedo dejar de agradecerle que me haya proporcionado, sin compartirlo con otros, el placer de vuestra presencia.

Dicho esto, temiendo haberse adelantado demasiado y demasiado pronto, añadió, como para aminorar la excesiva osadía de su pensamiento:



—¿Creéis, señorita, que únicamente el amor es celoso, y que la amistad no lo es también?

Esta noble enmienda de su inadvertencia volvió su aspecto normal á la fisonomía de Albina, que se había alterado un poco ante aquellas primeras y significativas palabras.

—Vuestro corazón es ardiente y noble, señor marqués... y vuestra fantasía, inspirada en el bello cielo de Italia, os arrastra en vuestras apasionadas frases... ¿De qué parte de Italia sois?

—Soy de Nápoles, señorita, de aquella tierra predilecta de Dios... Nosotros, los napolitanos, somos hijos del sol... tenemos el alma expansiva

como él y por eso nuestra vida no es más que amor... Si no amásemos, moriríamos.

—Si vuestra alma es semejante al sol, vuestro amor debe ser en consecuencia transitorio como sus rayos: el sol, ya lo sabéis, lo calienta todo, pero á nada se adhiere y detrás de su luz está la sombra.

—Admiro vuestro talento, señorita, mas permitidme que no entre en estériles discusiones con vos sobre un asunto sobradamente delicado, en el cual opino que en este momento seriais una adversaria demasiado débil para competir conmigo.

Albina palideció, y con voz que la emoción hizo ronca y temblorosa, exclamó:

—¿Adversaria débil, decís?

—Sí, señorita, adversaria débil comparada conmigo, porque... yo amo, ¡amo ardientemente!

Albina sacudió la cabeza, y sin tomar en cuenta el sentimiento y la dirección de aquellas fogosas palabras, dijo como si hablase consigo misma:

—¡Dice que ama!... ¡y yo!

—¡Qué estáis diciendo, Albina!... ¡vos amáis también!

—¡Oh! señor marqués, cambiemos... cambiemos de conversación, os lo suplico... Los médicos me han prohibido hablar ú oír hablar de ciertas cosas.

—Pues bien, señorita, me callaré... Pues así lo queréis, respetaré vuestros secretos afanes; pero, si es verdad que me tenéis por un amigo, si tal me creéis en realidad, no os pido más que una sola palabra, os lo pido en nombre de cuanto tenéis por más sagrado en el mundo... Decidme, Albina, ¿jamás á alguien?

Albina prorrumpió en inesperado llanto.

Rionero quedó aterrado. No cabía duda; Albina amaba. ¡Oh, amargo desengaño, tanto mayor cuanto que entonces sentía que amaba á aquella mujer con todo el delirio de la pasión!

Diez minutos transcurrieron en un silencio que solo interrumpió el llanto de la joven. Rionero, pálido y abatido, acercó su silla á la de ella, cogióla una mano entre las suyas, y mirándola con afligidos ojos:

—Albina, la dijo, escuchadme... seré breve en mis palabras... Yo, Albina, os amo, os amo como un hombre honrado y leal... Vuestro llanto me ha revelado en vos profunda y tal vez imposible pasión, como la mía. No os exijo el secreto de vuestro corazón; no pretendo conocer al objeto de vuestro amor, pero seamos hermanos en la misma desventura... Mirame á la cara, Albina, y dime si puedo hacer algo por ti, por tu amor. Si el hombre que tú amas es digno de ti, dime qué obstáculos se oponen á vuestra unión, manifiéstamelos, y te juro vencerlos... y, cuando habré puesto en tus brazos al objeto de tu amor, cuando habré satisfecho tus anhelos, entonces daré un adiós á Francia y tal vez al mundo, llevando conmigo el consuelo de haberte hecho feliz.

Albina estrechó su mano y, señalándole un cuadro colgado en la pared que daba frente á la puerta del gabinete, le dijo:

—Mirad, amigo mío...

—¿Qué es ese cuadro?

—Es un episodio de la batalla de Waterloo.

—¿Y qué?

—¿No veis allí, en medio de aquel grupo de huíanos polacos, aquel joven oficial francés desmayado y herido?

—¿Y bien?

—Aquel joven era el hombre á quien yo amaba y amaré eternamente.

—¡Muerto tal vez! exclamó Rionero, en cuyos ardientes ojos brilló un rayo de esperanza.

—¡Muerto! repetía la joven, y sus ojos se inundaban nuevamente de lágrimas.

Rionero respetó aquel justo dolor y permaneció profundamente conmovido, fijando en el cuadro una mirada en la cual estaban retratados los celos y la piedad.

Al deshecho llanto de Albina había sucedido un profundo abatimiento, de tal suerte, que la infeliz parecía absolutamente dominada por la desesperación de su inmenso dolor.

El marqués tenía también bañados en lágrimas los ojos.

—Perdón... mil veces perdón... señorita, dijo al poco rato con aire grave y solemne, por haber abierto de nuevo é involuntariamente la herida de vuestro corazón. Vuestra aflicción es más que justa, y ningún consuelo humano podría intentar jamás menguar su intensidad... Ahora comprendo por qué ayer vuestra frente estaba más sombría que de costumbre, por qué un vestido de luto traducía tan fielmente el de vuestra alma... Ayer estábamos á 18 de junio (1).

Calló Rionero, temiendo clavar más profundamente el dardo en el corazón de la joven... Nuevamente imperó el silencio, preñado de fuertes y diversas emociones, entre los dos jóvenes, cuya respectiva situación había cambiado de repente con la inesperada revelación hecha por Albina.

Profunda tristeza cubría el rostro de Rionero... Primeramente había visto oponerse á su amor un dique insuperable y cruel, y después, tras momentánea y lejana esperanza, veía ésta repentinamente obscurecida por aquella invencible pasión que unía el corazón de Albina á una tumba.

—Señor marqués, añadió la joven cuando se hubo repuesto algo de su dolor, ahora que conocéis el secreto de mi grande tristeza, no podréis condenarme si no respondo al sentimiento que por nueva desgracia mía os he inspirado. Enrique Monfort, el desventurado Enrique era mi novio; nos habíamos jurado amor eterno y nos amábamos, con aquella religión de corazón, que imprime un sello divino á los afectos de los mortales... ¡Cuán hermoso era con sus dieciocho escasos! y yo, señor marqués, no tenía más que quince años cuando me enamoré de él; mi alma era virgen de cariño: en los primeros años de mi infancia me fueron arrebatados mis padres, muertos ambos en el destierro por implacable decisión de

(1) Aniversario de la batalla de Waterloo, que tuvo lugar el 18 de junio de 1815.

Bonaparte. Y este hombre arrastraba en su caída al amor mío, á mi prometido. Una bala prusiana traspasó el pecho de Enrique en el momento en que éste recogía brillantes laureles, haciendo caer á sus pies á un coronel enemigo que se había adelantado hasta él. ¡Estaba escrito que yo debía perder á todos aquellos á quienes amaba sobre la tierra! Después de esto, ya comprenderéis, señor marqués, que no me es dado corresponder al cariñoso afán que me habéis demostrado; ya comprenderéis que me es imposible sentir otro amor. Si por lo demás hay algo que pueda suavizar la aspereza de mi lenguaje y consolaros, es mi promesa de que jamás otro hombre será amado por mí en este mundo. No, os lo juro, no seré de nadie, puesto que el destino me quiso separar del único á quien mi corazón se había consagrado. Más os diré, señor marqués; la nobleza de vuestros sentimientos y la dolorosa impresión que en mí dejáis, jamás se borrarán de mi alma; y si alguna vez ocurriese que, á fuerza de tiempo ó por las circunstancias, me decidiera á abrazar un estado que hoy rechaza mi corazón, os prometo, si continuáis honrándome con vuestro generoso amor, os prometo que seré vuestra.

Estas palabras hicieron resplandecer de radiante alegría las abatidas facciones de Rionero y llenarse sus ojos de dulces y gozosas lágrimas. No pudiendo reprimir la expresión de su contento, se lanzó á los pies de la joven y, cubriendo de besos su mano, con sofocada voz exclamó:

—Gracias, Albina, gracias; me salvas de la

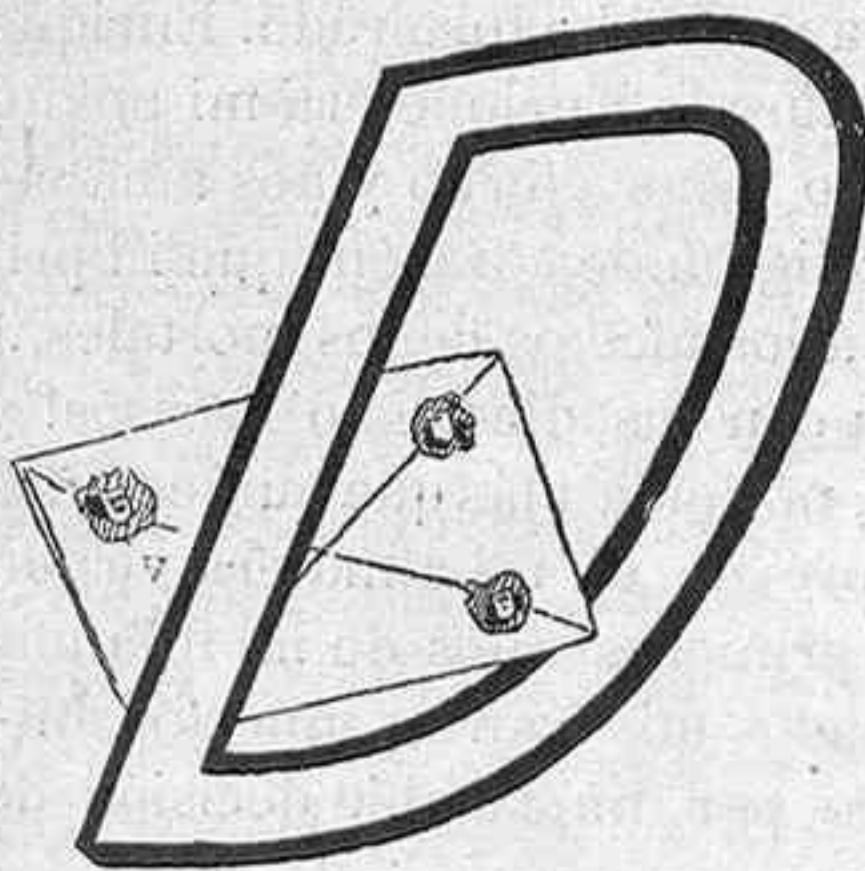


desesperación y de la muerte... Si, aguardaré dos, tres... cuatro años y cuanto quieras; aguardaré toda mi vida... Mi vida te pertenece ya... Gracias, gracias... ¡soy feliz, completamente feliz!

Una lágrima de ternura asomaba á los ojos de Albina, de quien volvió súbitamente á apoderarse la acostumbrada melancolía.

IX

LOS ESPONSALES



Después de esta entrevista, el marqués Rionero, que con frecuencia visitaba á la baronesa de Saintanges, demostró con Albina una reserva ejemplar, poniendo en sus palabras tan escrupulosa atención, que ni á la vista de los

hombres más duchos habría podido traslucirse su pasión. Seguro de sí mismo, y confiando absolutamente en la promesa que Albina le había hecho, el joven diplomático napolitano presentábase únicamente como un amigo de la familia.

Entre tanto, Albina, cuya tristeza no disminuía, únicamente encontraba algún alivio en la compañía del marqués, quien, con el noble y reservado silencio impuesto al ardiente amor que le devoraba, había llegado á inspirarle tan fraternal cariño, que, de vez en cuando, en un momento de confianza ó en una expansión espontánea de un corazón ardiente al par que triste, la joven se complacía en tutearle y en sostener con

á llorar, llamando uno tras otro á sus padres. A medida que el silencio contestaba á su llanto, más fuertemente lloraba y llamaba á su madre, callando por algunos instantes por si recibía contestación, y volviendo luego á empezar con más fuerza, frotándose los inflamados ojos con las manos y arrancándose mechoncitos de cabello.

De repente sus ojos se fijaron en una larga mancha roja que había sobre el cobertor; llevó á ella la mano y la retiró humedecida; viendo al propio tiempo su camisita también manchada de sangre. Era el abrazo que su madre la había dado al colocarla de nuevo sobre el lecho. No comprendió nada, pero por instinto se apartó del sitio donde estaba y fué á colocarse en el lugar donde solía yacer su madre.

No lloraba ya, sino que miraba á su alrededor con ojos sumamente abiertos, no sabiendo darse cuenta de su situación y pareciéndole imposible que su madre la hubiese abandonado.

De pronto lanza un grito penetrante, cúbrese el rostro con sus manecitas, escóndese vivamente hasta la cabeza bajo el cobertor, y un temblor convulsivo se apodera de ella.

Por el balcón de la terraza, que había quedado abierto después de la fuga del asesino, había entrado en la habitación un gato negro, grande y con ojos de tigre.

Y aquel gato, después de haber lamido la sangre que se había cuajado en el cuerpo de Albina, saltó sobre el lecho.

Beatriz fué presa de un llanto convulsivo... Llamaba á su madre y á su padre, temblábanle todos sus miembrecitos y se ocultaba luego bajo el cobertor.

El gato lamió aquella otra sangre que sobre el lecho estaba esparcida, y después, para encontrar un poco de calor, se tendió al lado de la infeliz criatura, que al contacto de aquel monstruo rompió á llorar con fuerte y convulsivo llanto.

Tras una hora de incesante angustia, enmudeció de pronto... y ya no se la volvió á oír.

Había pasado toda la noche, y el día nebuloso y triste derramaba ya su siniestra luz por aquella habitación, cuando se oyó llamar á la puerta que correspondía al resto del piso; y como no se obtuviese contestación, ni la puerta se abriese, llamaron varias veces y con creciente fuerza.

El gato, despertando azorado de su sueño, saltó del lecho y huyó como un malhechor por la terraza.

A los pocos segundos, y después de haber llamado nuevamente, una voz de hombre pronunció detrás de la puerta estas palabras:

—Abre, Albina, soy yo...



Era el marqués Rionero que llegaba en aquel momento á Pórtici, ansioso de abrazar á su esposa y á su hija.

El mismo silencio acogió sus palabras, por más que levantaba la voz y llamaba con impaciencia.

Al cabo de cinco ó seis minutos decidióse el marqués, sospechando algún accidente, á desce-rrajar la puerta.

Saltó la cerradura; abrióse de par en par la puerta y el marqués de Rionero entró en la habitación seguido de uu criado, que le había acompañado en el viaje.

Confesamos nuestra impotencia para describir cuál fué su horror al ver tendida en tierra y bañada en su propia sangre á la querida esposa.

Hay dolores que la pluma no acierta á describir y que sólo al alma le es dado comprender.

Y cuando, acercándose al lecho, apartó la cubierta para encontrar á su hija... creyó enloquecer.

Aquel angelito, pálido y demudado como un cadáver, con los miembros contraídos, no dió señal alguna de vida.

Aquella niña, sin embargo, no estaba muerta; pero una horrible convulsión nerviosa la había arrebatado la parte más amable de la vida.

¡Beatriz estaba ciega!

XII

SORRENTO

..... le piagge di Campagna amene,
 Pompa maggior della natura, e i colli
 Che vagheggia il Tirren, fertili e molli.

Tasso.



UANDO las agitaciones de azarosa vida, la monotonía de los placeres, el aguijón del dolor ó la necesidad de alejarse del incesante rumor de la capital, os mueven á buscar fuera de Nápoles un rato de solaz, recordáis que en la encantada península donde surgen los espectros de una antigua ciudad existe un país, suspiro de los que lejos viven, delicia de sus moradores, asilo de dulcísimos recuerdos, gloria del partenópeo suelo.

Este país se llama Sorrento.

Desde el momento en que subís al coche para ir de Castellamare á Sorrento, empieza á desplegarse ante vuestros ojos aquel panorama de naturales maravillas, que se llama el *Piano*, y que por espacio de unas doce millas, no cesará de sorprenderos con sus múltiples bellezas. Recorreréis un camino que casi se oculta entre caprichosos montes, ramal extremo de los Apeninos Campanenses, describiendo el mar á lo lejos tantas curvas, cuantos son los caprichos de las alpestres rocas que caen á plomo sobre el monte.

A cada revuelta aparece un nuevo espectáculo, y cuando durante dos horas seguidas hayan divagado vuestros ojos sobre tanta variación de cuadros, el camino habrá pasado para vosotros en un instante.

La entrada de Sorrento es deliciosa; el alma se llena de dulzura ante la sencillez de aquellas campiñas. Rodeado de collados eternamente frondosos, el suelo de Sorrento muestra en su seno las más bellas flores y los más variados frutos.

Sorrento es la patria de Torcuato Tasso. Al recordarlo, os sentís inclinados á besar el polvo de aquella tierra apenas ponéis los pies en ella... Ningún vestigio queda hoy de la casa donde nació el ilustre cantor de Godofredo. Aquellos venerables restos han sido profanados, y de aquel lugar, que debía mostrarse incólume á la veneración de la posteridad, se ha hecho... ¡una posada! ¡Y los brindis de la orgía y los cantos de la embriaguez resuenan entre aquellos muros, donde Torcuato revelaba las melancólicas armonías de sus versos! El lujo despliega sus frágiles pompas allí donde el genio ostentaba sus imperecederos tesoros. El papel aterciopelado cubre hoy las paredes de aquella estancia que hubiera debido conservarse intacta en la sencillez de sus pinturas.

El viajero que desde remotas tierras, deseoso de saludar la morada donde pasó sus primeros años el inmortal sorrentino, llega á Sorrento, después de haber atravesado infinidad de angostas callejuelas, se ve ante un patio, en lo alto del cual se lee: ¡POSADA DEL TASSO! y este nombre, que es una de las más bellas glorias italianas, sirve de muestra á una riquísima taberna; ¡y si el viajero pide ver la habitación del Tasso, se le muestra un elegante gabinete arreglado á la última moda!

XIII

BEATRIZ



RAN las siete de la mañana de un domingo de Septiembre de 1844. Por un alameda de acacias, formada en el centro de una graciosa quinta de Sorrento, vagaba con lento paso una jovencita, mientras en un poyo de mármol estaba sentada, leyendo, una mujer de edad madura.

Esta quinta hallábase situada á la izquierda de la calle Isabella; una pequeña quinta á la inglesa está situada á su lado izquierdo; cortada de vez cuando por cepas y por frondosos olivares, tiene una balaustrada frente á la calle y una escalinata de mármol que baja desde los dos pisos de la casa, terminando entre flores y plantas aromáticas.

En la terraza de aquel edificio se ve un elegante kiosco á la otomana, desde el cual la vista se extiende sobre la bonita ciudad de los naranjos. En lo alto de la balaustrada se lee en letras de metal: *Villa Rionero*.

La jovencita, que paseaba con suma lentitud, deteniéndose de vez en cuando, según los atractivos que le ofrecía la lectura de su compañera, era Beatriz, la hija del marqués Rionero, á quien, por la tierna simpatía que á todos los habitantes inspiraba, llamaban la *Bella Ciega de Sorrento*. Tenía recogido el cabello con cintas del mismo color del vestido, que era de muselina, de gracioso y bonito corte. Una manteleta también de muselina, recamada y orlada toda de blondas, cubría sus preciosos y bien formados hombros.

El rostro de Beatriz, habitualmente pálido, estaba en aquel momento animado de vivo color

que le comunicaba la embalsamada aura matutina, impregnada de los dulces efluvios de las nacientes plantas y del aroma de las flores diseminadas por la villa. Al verla detenerse y retroceder cuando llegaba al fin de la alameda, é ir de tiempo en tiempo acariciando con las manos las diversas flores que más por sus colores resaltaban, habríase jurado que gozaba plenamente de la luz de los ojos.

La mujer que en el poyo estaba sentada llamábase Gertrudis.

En el rostro de los ciegos hay generalmente esparcida esa tristeza, producto del aislamiento en que les pone la funesta condición de su existencia. Privados del contacto de sus semejantes, se ven precisados á concentrarse de continuo en sí mismos, y de ahí que en ellos esté muerta toda expansión del ánimo.



Beatriz, sin embargo, tenía una amiga á quien amaba, y que le sacaba de la melancólica concentración en que vivía. El marqués, comprendiendo que la desgraciada niña necesitaba una compañía, pensó que poniendo en su casa á una persona de condición humilde, pero no baja, Beatriz le tomaría cariño. Y así fué en efecto.

Cuando, por vez primera, la hija de Rionero hubo oído la voz de Gertrudis, la conceptuó de corazón generoso, excelente y leal, y tan grande afecto sintió por ella, que hasta desapareció en parte su tristeza.

Gertrudis había nacido de padres honrados y pertenecientes á la clase media. En casa de Rionero era tenida y considerada, no como camarera, sino como persona de la familia. Apreciábala el marqués, y le había cobrado gran cariño la niña, pasando sola con ella días enteros, cuando le faltaba la compañía de su tierno padre.

Debemos decir que Gertrudis merecía aquel aprecio y aquel cariño, pues á una natural bondad de corazón reunía instrucción é inteligencia nada comunes. Era tanta la dulzura y bondad con que cuidaba á la desventurada ciega, que ésta sentía menos el peso de su desgracia.

El libro en cuya lectura estaba Gertrudis embobada y que tanto parecía llamar la atención de Beatriz, era la famosa novela de Manzoni *Los Novios*. Aquella historia tan sencilla conmovía de tal modo el corazón de la niña, que Gertrudis, que la había empezado la noche anterior, tuvo que despertar á primera hora de la mañana, tras cariñoso ruego, para reanudar su lectura.

Había dado principio al capítulo séptimo, cuando vino á interrumpirla la voz del marqués que llamaba á Gertrudis... Era la hora de preparar el almuerzo. Puso Gertrudis la cinta de seda en el punto donde había acabado de leer, dejó el libro sobre el poyo y penetró en la casa.

Beatriz, en cuanto quedó sola, se encaminó á un pequeño recinto, rodeado por un bosquecillo de álces, en medio del cual se levantaba, rodeada de rosas, una hermosa estatua de mármol, que representaba una Flora farnesiana, corriendo á los pies de la estatua un gracioso riachuelo enteramente cubierto con las anchas hojas de las plantas acuáticas; Beatriz permanecía á veces largas horas oyendo el monótono suspirar de aquel hilo de agua. Es indecible la variedad de sentimientos que los ciegos encuentran en los sonidos y sobre todo en la voz humana, por la cual juzgan de la belleza corporal de una persona, á lo menos según la respectiva idea que de la belleza en general se han formado.

El marqués Rionero, que había penetrado en la *Flora*, como titulaba Beatriz aquel recinto, abrazó á su hija y la besó en la frente.

—Buenos días, Beatriz; ¿cómo están tus flores?



—Esta mañana su perfume es más delicioso que nunca.

—Esta mañana tendremos visitas, hija mía; vendrá gente á comer con nosotros.

—¿Quién?

—Tu novio Amadeo, con su amigo Lionelli y el conde Franconi, que me ha prometido presentarnos el famoso médico inglés Oliverio Blackman, recién llegado á Nápoles.

—¡Otro médico! ¿De qué sirve, padre? ¿Hace ya diecisiete años que estoy ciega, y aun te ilusiona la esperanza de que pueda curar? Por otra parte, yo, padre mio, cerca de tí y de Gertrudis y en medio de mis flores, soy feliz; estoy resignada con la voluntad de Dios; y el universo que me he creado en mi fantasía es á lo menos tan hermoso como el universo real... Si deseo la luz es únicamente para mirar tu rostro... Pero ¡qué digo! tu rostro lo conozco; no, no me engaño, te veo en mi pensamiento... ¡Cuán hermosos son tus ojos! ¡Con qué amor se fijan en mí!... Sin embargo, si te vieses un solo instante... no tendría nada más que desear... ¡moriría más contenta!...

Los ojos del padre estaban velados de lágrimas.

—Hija, bendita hija mía, hágase ante todo la voluntad de Dios. Si él quiere que estés privada para siempre de ver el universo, fuerza es inclinar la cabeza ante sus inexcrutables designios, pero... aun cuando me llames demasiado crédulo

de alegría. ¡Bendito seas! ¡Gracias sean dadas á tu inagotable misericordia!

Y los niños batían palmas al ver la comida y abrazaban á su padre, que les prodigó apasionadas caricias.

Un pensamiento generoso se había apoderado de la mente de Cayetano: pero su malvado instinto lo combatía. Esta vez, sin embargo, cedió al genio del bien... y tiró de la campanilla.

—¿Quién hay? preguntó la mujer mientras el marido, temeroso de un castigo de la autoridad, prestaba oído con angustiosa perplejidad.

—El abogado Brook, respondió Cayetano.

Este fué un momento horrible para el pobre joven. Había reconocido la voz de Cayetano; se figuró que éste, habiendo oído desde fuera su mentira, quería burlarse cruelmente de él antes de entregarle á la justicia; hasta se figuró que le venían á prender... Su vergüenza y turbación eran grandes; pues más que la cárcel, temía verse deshonrado á los ojos de su mujer y de sus hijos.

En la confusión de ideas que en él suscitaba su cruel situación, no supo tomar otro partido que evitar las miradas de su mujer, y huyó á la cocina.

Entre tanto Betty había abierto la puerta.

—Señora, dijo Cayetano, soy el abogado Brook; he venido á traer esta cantidad á vuestro marido como anticipo de los trabajos que debe hacer por mi cuenta.

Esto diciendo, ponía sobre una mesa la misma bolsa de oro que Enrique le había devuelto. Betty no cabía en sí de gozo.

—¡Enrique, gritaba la joven, Enrique, ven aquí!

Y entraba en la cocina, cuando de pronto se oyó un sordo rumor... Enrique se había arrojado por la ventana.

—¡Maldito! exclamaba entre sí Cayetano, saliendo de aquella casa donde involuntariamente había llevado el luto y la desolación; ¡maldito! La primera vez que he querido abandonarme á un sentimiento generoso, he destruído al hombre á quien quería favorecer.

Y aquella noche Cayetano juró que durante toda su vida sería sordo á todo sentimiento de humanidad que se levantase en su alma.

Como su riqueza iba cada día en aumento, un día creyó conveniente restituir, en cantidad equivalente, el tesoro que su padre había robado, y decidió efectuarlo con todas las precauciones posibles para no infundir sospechas. Para esto



necesitaba ir á Nápoles y pedir al mismo notario Basileo el nombre de su víctima ó el de sus sucesores.

Hacia algunos meses que había conocido al conde Roberto Franconi, napolitano, que se encontraba en Londres para divertirse, y cuanto éste, á instancias de su íntimo amigo el marqués Rionero, le propuso el viaje á Nápoles, aceptó en seguida, no tanto para condescender á las instancias del conde, cuanto para poner en ejecución su proyecto de restitución.

Llegaba á Nápoles á los cuatro años de su partida, yendo á hospedarse á la posada *delle Crocelle*. A pesar de su poca urbanidad, no pudo negarse á las instancias del conde Franconi, y juntos pasaron á Sorrento.

Lo demás lo saben ya nuestros lectores.

XVIII

CONFIDENCIAS



ESPUNTA-
BA el día
cuando
dejó Cay-
etano el
lecho,
después
de la no-
che que

hemos descrito. Como es de suponer, no había logrado conciliar el sueño.

Al levantarse, su primer movimiento fué llevarse la mano á la frente que sentía empapada en sudor; debajo de sus ojos se veía una raya azulada, y sus mejillas estaban pálidas. Sentía que se ahogaba, pero después de haberse pasado agua por la cara, salió lentamente de su habitación, atravesó varias

estancias y corredores y se encontró en lo alto de la escalinata de mármol que conducía á la villa.

A aquella hora el aire era suave y embalsamado, la vegetación estaba cubierta aún en parte por las sombras de la noche, brotaba de las flores un agradable perfume... Cayetano se detuvo por algunos instantes en el rellano de la escalinata.

Lejos de sentirse conmovida ante el encantador despertar de un hermoso día de otoño en aquella región del golfo de Nápoles, en la risueña Sorrento, el alma de Cayetano divagaba con la imagen de Beatriz, de la que le había quedado una especie de alucinación, como cuando se fija las miradas por algunos instantes en el sol, el cual deja en la pupila una confusión de luz y de colores, que se comunica á todos los objetos sobre que después se fija la mirada. Asimismo Cayetano veía la imagen de Beatriz doquier volvíanse sus ojos.

Bajó Cayetano á la villa, y después de haber

dado algunas vueltas se encontró junto á la Flora Farnesiana.

El joven calabrés tomó asiento en un banco de mármol, y estuvo poetizando con la imagen de Beatriz durante cerca de dos horas. Sacóle de su abstracción un andar ligero que oyó en un sendero inmediato. Volvió distraidamente la cabeza y vió venir á Beatriz... iba sola, ni su Gertrudis la acompañaba.

Cayetano sintió latir su corazón con violencia y una nube pasó por sus ojos.

—¡Dios mio! exclamó, y no dijo más.

Esta exclamación era una tácita renuncia de sus principios escépticos y la confesión de la debilidad de un alma dominada por violenta pasión.

Beatriz atravesó lentamente el sendero y después de haber dado una vuelta, iba á pasar junto á él,... mas de pronto se detuvo y volvió la cabeza hacia Cayetano.

—¡Aquí hay alguien! ¡hay un hombre! dijo para sí como asustada.

Cayetano después de vacilar un instante, pues sabía que estos desgraciados seres gozan del singular privilegio de juzgar de las facciones ajenas por el tono de la voz, decidióse á contestar:

—Oliverio Blackman.

La niña se sonrió, añadiendo:

—¡Ah! el *hombre negro*.

Nótese que Blackman significa exactamente en inglés *hombre negro*. Al decir esto Beatriz aludía al carácter misantrópico y descortés del joven médico.

Cayetano se sintió herido en el corazón.

Beatriz fué á sentarse frente á él, y prosiguió:

—Os parecerá raro, pero ello es que, de todos esos que vosotros, los que veis, llamáis *colores*, el único de que tengo una idea completa y perfecta es el negro, es decir, la privación de todos los colores... Dios ha puesto este color en mis pupilas... negro... negro... y siempre veo negro... Yo soy la *mujer negra* como vos sois el *hombre negro*.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de la desgraciada niña.

—Y yo, añadió Cayetano, arrancaré este maldito color á vuestras pupilas; os lo juro, Beatriz... lo juro por la luz de mis ojos.

—¡Oh! ¡soy tan dichosa en mi tumba! exclamó la joven... el mundo es para mí un recuerdo muy lejano y confuso como un sueño. La imagen de mi madre es la compañera inseparable de mi soledad. En la oscura noche que me rodea y me envuelve en sus densas tinieblas, mi alma ve tan claro como veis vos. Mi único deseo es ir un día á reunirme con mi madre.

—Encantadora niña, dijo Cayetano en un transporte de amor; antes de ir á reunirse con tu madre, el universo volverá á abrirse ante tus ojos...

Pero, dime, ¿no has de ser dentro de poco tiempo la esposa del caballero Amadeo?

Al decir esto, el acento de su voz era bronco y lúgubre.

—Mi padre lo quiere así, y á mí me toca obedecer... ¿Puedo tener yo voluntad propia? Ser infeliz y pasivo, ¿no debo acaso someterme *ciegamente* á la sabia voluntad de mi padre?

Beatriz sonrió al pronunciar la palabra *ciegamente*. En la mirada de Cayetano brilló un rayo de alegría.



—Pero vuestro padre ha obrado bien al consentir en este matrimonio, pues no ha querido contrariar vuestro amor por Amadeo...

—¡Mi amor! interrumpió ella... si yo no le amo.

—¿Cómo! ¿es cierto lo que decís? ¿no le amáis?

—No, señor. ¡Oh!... la distancia que me separa del hombre que se quiere hacer mi marido, es inmensa...

—¿Y esta distancia?...

—Es el universo, caballero... el universo que él puede abrazar con su mirada y que yo... ¡oh! ¡si yo amase á un hombre! no, Dios no me someterá á esta horrible prueba; sería demasiado infeliz... ¡Oh!... estaría celosa del aire... estaría

celosa del cielo que él podría mirar á cada instante, del mar, de los árboles, de las flores,... estaría celosa de todas las mujeres... ¡Oh Dios! ¡Dios mio! si me condenas á la desgracia de amar á un hombre, ¡ah!... haz que este hombre sea ciego como yo.

—Sí, Beatriz, exclamó Cayetano en el delirio de su pasión, ¡ó te devolveré la vista ó seré ciego como tú!

—¿Qué decís, caballero?

—Nada... nada, contestó éste que notó se había dejado llevar por el ardor de sus sentimientos... he dicho que no desespero de vuestra curación.

—¡Vos, caballero, no desesperáis de mi curación!... Pero esto no se lo diréis á mi padre, ¿ver-

dad? Sería engañarle con demasiada crueldad. Quiere saber esta mañana vuestra respuesta decisiva sobre la probabilidad de curación que mi ceguera ofrece. Vos no le engañaréis, ¿no es verdad, caballero? Creo que de seguro no le diréis lo que me habéis dicho á mi.

—¿Y por qué, Beatriz?

—Porque yo desespero de esta curación... desespero de ella por completo,

—Lo que á vuestro padre diré, Beatriz, lo sabréis dentro de una hora... ¡Oh! jamás podríais imaginaros lo que le voy á decir... Mas entretanto... hablemos de vos, señorita, hablemos de vuestro casamiento.

—¡De mi casamiento!... ¡Oh! precisamente es un asunto en que nunca quisiera pensar, porque no sé qué pena produce en mi alma... ¡cuando pienso que mis hijos podrían ser ciegos como yo!... Y luego, soy una criatura tan débil, tan imperfecta, tan fuera de las condiciones ordinarias de la vida... y me encontraria en poder de un hombre...

—Que os amaría, si es que no os ama ahora, interrumpió Cayetano pálido y conmovido.

—A quién no amaré jamás, prosiguió la ciega, á quien no podré amar.

—Pero, ¿de donde nace en vos este convencimiento?

—¿De donde nace?... Pues bien, os diré de donde nace, pero... confío en vuestro honor, porque de todo lo que os voy á decir no quiero que mi padre sepa ni una palabra.

—Os lo juro, Beatriz, podéis hablar con toda confianza.

—Una tarde, continuó la joven, me hallaba sola con mi novio en este mismo lugar... Era una tarde magnífica, serena, de cielo azul... Ya veis que también yo empleo el lenguaje de los que tenéis vista... Amadeo estaba sentado en el mismo banco donde vos lo estáis, y me hablaba de su amor... y estrechaba mi mano entre las suyas... Otra niña la habría retirado en seguida, mas yo no lo hice: al contrario, apreté sus manos con las mías.

Un dardo que hubiese penetrado en su corazón no habría causado tanto daño á Cayetano como esta confidencia; pero ahogó el grito de dolor que iba á escaparse de sus labios y siguió escuchando atentamente.

—¿Sabéis, prosiguió la ciega, por qué apreté sus manos?... Porque, así como vosotros juzgáis del corazón de una persona por sus facciones, nosotros juzgamos de él por la forma de la mano y por la voz... Y aquellas manos... se encontraron en perfecta armonía con aquella voz para revelarme en el caballero Amadeo un hombre de sentimientos poco nobles.

—Decid más bien un hombre vil, Beatriz; el

juicio que de él formásteis fué demasiado indulgente.

—¿Qué! ¿le conocéis acaso?

—Sí, Beatriz, le conozco hace mucho tiempo.

—¿Entonces habéis estado otra vez en Nápoles?

—Sí, he vivido aquí muchos años.

—¿Y cómo conocéis al caballero Amadeo? ¿Y él se acuerda de vos?

—No, él no me ha reconocido, pero me bastaría recordarle cierta aventura para que se acordase instantáneamente de mí... Me alegro de conocer vuestros sentimientos hacia él, Beatriz; no podéis figuraros cuán solemne es para vos y para mí este momento.

El rostro de la joven se tornó más blanco de lo que era.

—No os comprendo... murmuró.

—Dentro de una hora me comprenderéis...

Gertrudis vino á interrumpir este diálogo; Cayetano saludó á la amiga de Beatriz y subió á su aposento.

Eran apenas las ocho.

Penetró de rondón en la estancia del marqués, quien, habiéndose levantado una hora antes de lo acostumbrado, estaba sentado en su escritorio. Al ver entrar al médico inglés, creyó que sería portador de una grata noticia, y le salió al encuentro con los brazos abiertos.

—¿Me traéis la vida ó la muerte? le preguntó.



—Esta es la pregunta que os vengo á hacer, señor marqués.

—Explicaos, doctor; mi hija...

—Vuestra hija no será ciega. Empeño mi palabra de honor de que dentro de un mes ó dos Beatriz recobrará la vista.

—¡Ah! exclamó el padre abrazando á Cayetano, quien retrocedió un paso y dijo:

—Despacio, señor marqués; no os apresuréis á expresarme vuestro agradecimiento, pues yo voy á pedir os una compensación enorme.

—Todo lo que poseo es vuestro; hablad.

—Pues bien; la compensación que os pido por mi trabajo es... Beatriz... vuestra hija...

El marqués no pudo reprimir un movimiento de horror.

—¡Cielos!... ¿vos caballero... esposo de mi hija?

—Con esta sola condición la daré la vista.. Contestad, señor marqués... Ahora soy yo quien os pide lo que hace un instante me pedíais vos á mí, la vida ó la muerte.

—¿De modo que la amais?

—Sí, la amo... la amo con la más ardiente pasión.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué oigo!... ¡hija mía! ¡desgraciada hija mía!

Cayetano sintió herido su corazón; aquellas palabras del marqués eran una revelación patente de su deformidad.

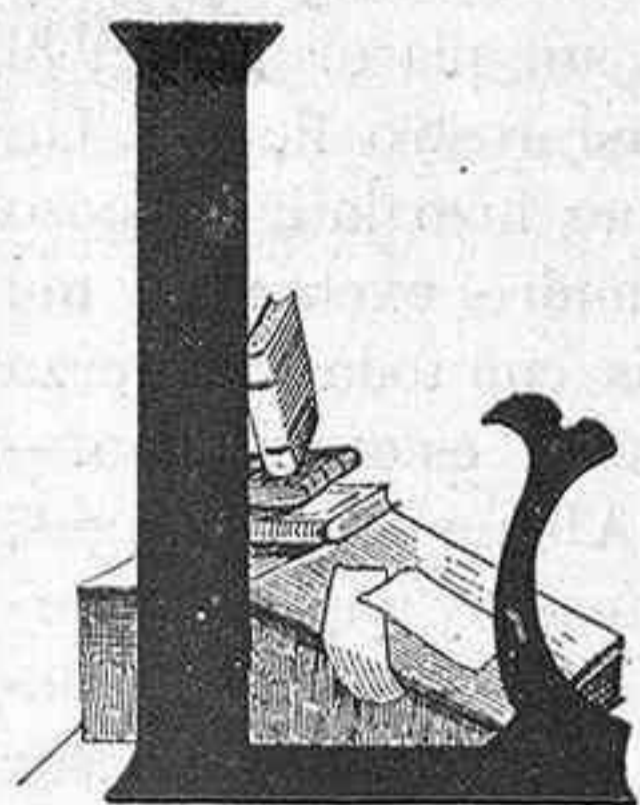
—Os comprendo, señor marqués, dijo con

acento terrible, os comprendo. Os causo repugnancia y horror... otro tanto me pasará con Beatriz; pero escuchadme atentamente... Yo vivía tranquilo antes de ver á vuestra hija... mi corazón, que ahora me atormenta, se hallaba reducido á un órgano de simples funciones materiales, lo había yo reducido á un mero músculo... mi único alimento moral era el odio á los hombres... pero en este momento una crisis terrible ha transformado mi ser y vos, señor marqués, sois la causa, aunque involuntaria, de esta transformación. Sí, sí, yo vivía tranquilo y muy feliz para un hombre de mi triste condición... me consideraba libre de ese sentimiento divino que los hombres llaman amor; era feliz cual lo es vuestra hija en su ceguera. ¡Oh! ¿no sería el mayor de los delitos devolver la vista á un ciego, para quitársela un momento después de haber él fijado sus ojos en la inmensidad del cielo? Señor marqués... ¡os dejo un día de tiempo para contestarme! Pensad que si rechazáis la proposición que os dirijo, vuestra hija permanecerá en las tinieblas que la rodean... Este eterno remordimiento roerá vuestro corazón... y á él se agregará el de haber dado la muerte á un hombre que no os había hecho daño alguno... Si me rechazáis, también yo seré ciego, lo he prometido á vuestra hija; pero seré ciego... porque moriré.

Cayetano salió de la estancia... y el marqués quedó sumido en la mayor aflicción.

XVIII

EL DIARIO DE BEATRIZ



A habitación de Beatriz, era un santuario donde nadie podía entrar, excepción hecha del padre y de Gertrudis. La razón de esta precaución, era la necesidad de una disposición fija de sus muebles. Cada objeto, cada mueble, tenía su sitio particular que jamás se cambiaba hasta que ella misma lo efectuaba. Una cama de hierro de bonita forma y con tupidos cortinajes, estaba colocada con los pies hacia la puerta que correspondió al aposento de-

signado á Cayetano. A la derecha de esta cama había un elegante cofre y á la izquierda una mesita de labor. Junto al balcón estaba colocada una chimenea á la inglesa, y cerca de la chimenea, un bonito mueble de palisandro que servía de escritorio y de mesa para comer. Cuatro grandes sillones completaban el mobiliario de aquella estancia. Unos cortinajes de seda blanca, con fleco de hilo de plata, caían á cada lado de la puerta de entrada y frente al balcón con grandes remates en el centro que terminaban en una piña de oro.

Beatriz solía anotar cada noche en un cuaderno de papel los pensamientos, impresiones y recuerdos que quería conservar. No hay necesidad de decir qué paternal paciencia debía haber em-

pleado el marqués en enseñar á su hija á escribir y con qué constancia seguía la pobrecita las lecciones de su padre, quien había hecho traer de París un alfabeto de relieve, al objeto de que su hija aprendiese á conocer la forma de cada letra. En pocos años se halló Beatriz en estado de escribir admirablemente, aunque privada de leer lo que había escrito, como no se lo hiciese leer por Gertrudis.

A la edad de 16 años había comenzado su *diario* y ya estaba llena de caracteres la mayor parte de las hojas de aquel cuaderno.

No podemos resistir á la tentación de dar á conocer á nuestros lectores, algunos fragmentos de aquella caprichosa miscelánea, ingenua creación de una alma virgen y solitaria. Abramos al azar el manuscrito, por distintas páginas.

«En mis días de tristeza, cuando hasta la compañía de Gertrudis me incomoda, cuando se apodera de mí la melancolía... y veo surgir, allá en el fondo de mi cerebro, pensamientos;... cuando estas tinieblas que me rodean me pesan como paño mortuario;... cuando mi corazón está privado de todo consuelo humano, con mucha frecuencia, un simple fugitivo tañido de la campana de la próxima parroquia, una descuidada oscilación del sagrado bronce, bastan para devolverme la tranquilidad y la alegría...»

»El sonido de la campana es inmenso y sublime como el pensamiento, solemne como la tumba, hermoso como el corazón. Cuando callan en torno las voces de los hombres y se agita el espíritu, el tañido de una campana habla al alma afligida secretas palabras de consuelo.

»Una indecible simpatía existe entre los suspiros del religioso bronce y los recuerdos de los pasados días. ¿Y quién no sabe lo dulce que es la hora de los recuerdos? ¿Quién en medio de los fugitivos instantes de una existencia tempestuosa, no se detuvo una hora para recorrer en el pensamiento sus primeros afectos... por una madre?...»

»Todos dicen que soy hermosa, que mis cabellos tienen un color que llaman de oro, que mis labios se parecen á aquella flor que llaman rosa... Dicen que soy rica y que mi padre al morir me dejará bienes y palacios... ¡y me preguntan por qué estoy siempre melancólica! y yo respondo: ¿Sería risueño el mar sin la luz del sol?

»¡Oh! ¡cuanto más hubiera deseado ser pobre y fea! ¡A lo menos en el humilde tugurio de mis padres me encontraría feliz en mi abandono! La vida me habría ofrecido sus delicias, para darme el pesar de no poder gozar de ellas. Un almuerzo espléndido servido á un enfermo. Tal vez por esto me dominan casi siempre melancólicas ideas.

»¡Qué diferencia de mi vida y la de las otras mujeres! ¡Ninguna de las ilusiones que hacen

palpitar el corazón de las demás, es capaz de conmover el mío!... Pobre ser excepcional, no se me invita á los goces del mundo. ¡Y me quedo en la sala de paso, mientras las otras doncellas loquean en los salones atestados de luz, esplendor y armonía!

»¡Oh! ¡cuanto quiero á mi padre por no haberme llevado jamás, conducido á esos sitios de recreo, donde me habría encontrado como en un abrasado desierto!... ¡Cómo admiro y estimo la delicadeza de mi padre en haberme alejado de la capital, donde habría estado demasiado cerca de los bailes y de las discusiones, y expuesta á la crónica compasión de otras mujeres que se habrían complacido en humillar á la hija del marqués Rionero!...»

»¡Cuán necia debo parecer á los ojos de los hombres! Mis movimientos son lentos, inseguros, recelosos, mientras que las otras mujeres, á mi edad, se abandonan á toda la vivacidad de su carácter.

»No sé qué sensación experimento cuando oigo reír á carcajadas... No acierto á convencerme de que tenga gracia el reír. ¡Y el caballero Amadeo que ríe por la más insignificante necesidad! ¡Oh! ¡cómo irrita esto mis nervios! ¡qué ganas de llorar me da! Cuando oigo reír en mi presencia pareceme que se ríen á costa mía y por mi infeliz estado...

»La primera vez que se me habló de un arte que llaman la pintura, decía yo entre mí: he ahí una cosa que yo no la podré hacer jamás... me decían que en aquellos grandes lienzos que mi padre tiene en el salón principal, hay representados magníficos paisajes y personajes que vivieron en otros tiempos...; muchas veces pasé la mano por encima de aquellos lienzos, y un día me pareció encontrar bajo mis dedos la cabeza de una mujer colocada en un gran cuadro, exactamente en medio del salón. El corazón me decía que aquella cabeza era de una mujer joven y hermosa...; yo encontraba un placer indecible en pasar mi mano por aquel rostro ficticio. Un pensamiento me asaltó, que hizo latir de gozo mi corazón: ¡si sería mi madre! exclamé, y me puse á llamar á Gertrudis con toda la fuerza de mis pulmones...—¿De quién es ese retrato?—la pregunté con afán.—De Albina de Pantanges, de vuestra madre, me contestó, y yo caí de rodillas frente aquel lienzo y lancé un grito de alegría. Desde aquel día cada mañana voy á besar á mi madre, á acariciarla, á decirle muchas cosas, á hacerla muchas peticiones que ella contesta... pues de aquel lienzo viene una voz misteriosa... una voz que siento en el alma y que pasa por mis oídos... y me revela muchos misterios y dice que me aguarda en el cielo donde ahora está ella.

»¡Oh! me acuerdo de que un día, al besar aquellos labios, me pareció que ella me había dado un beso. Estaba segura de haberme formado una idea exactísima del rostro de mi madre.

»Quisiera formarme una idea clara de eso que llaman *el cielo*. Me acuerdo de que siendo pequeña, cuando me encontraba en la terraza y alzaba las pupilas, veía sobre mi cabeza una cosa intangible, sutil, de hermoso color, pero tal vez ahora mi fantasía me engaña... si pudiese tocar el cielo con la mano, tendría una idea perfecta de él.

»La vista es para mí un misterio. No sabría formarme otra idea de la vista, sino comparándola con una especie de poder ó facultad inmensa, fantástica é impalpable como el alma.

»La luz, los colores y las sombras, son para mí palabras sin significado. Cuando trato de comprender el misterio de la luz, me engolfó en absurdidades y errores; necesito la fe y la revelación para comprender el universo, como todos los hombres necesitan una y otra para comprender la vida futura y el espíritu de la religión.

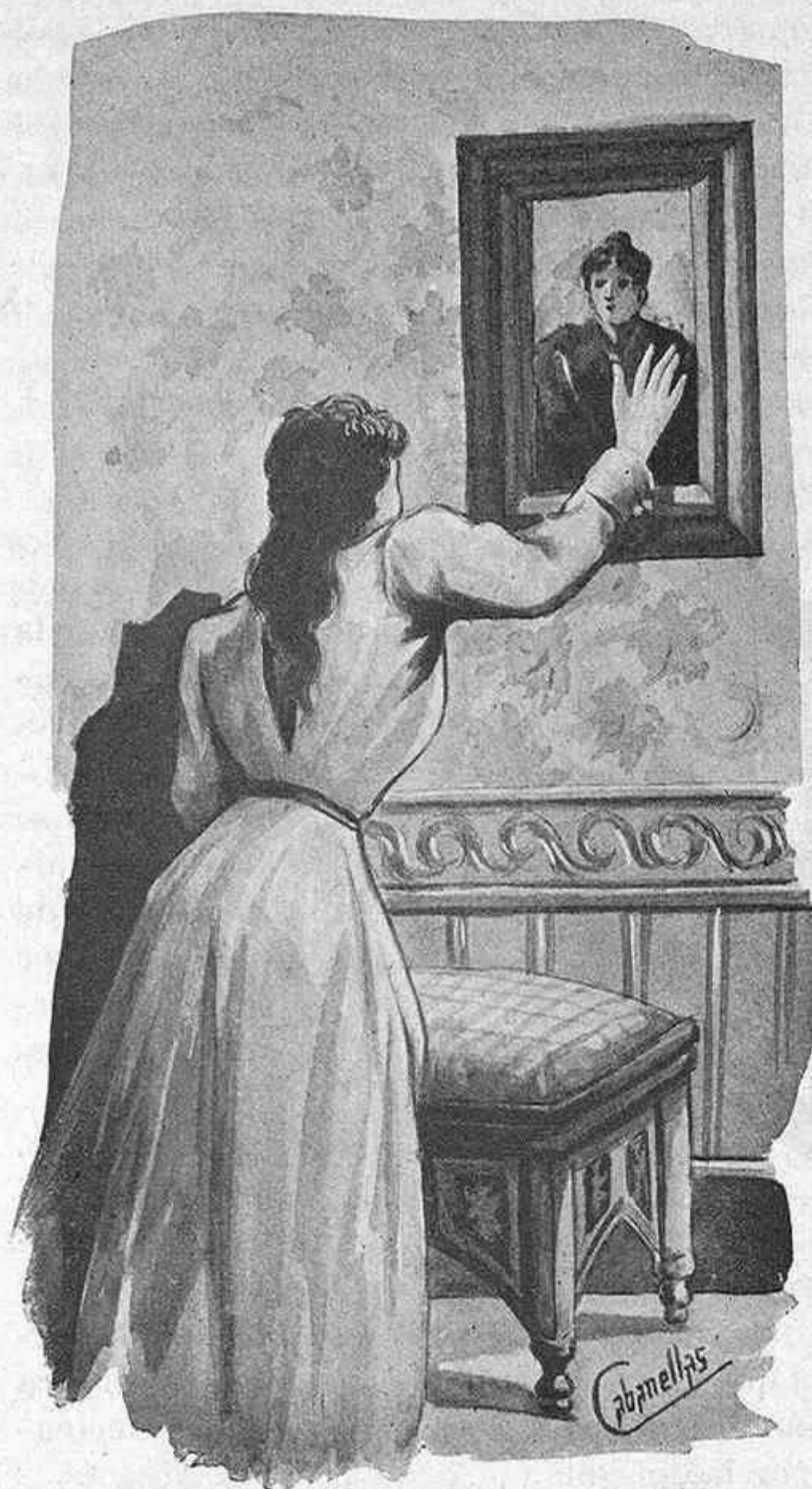
»En rigor podría decirse que yo no pertenezco á la misma especie humana á que pertenecen los demás. Un abismo me separa del resto de la humanidad, ¡y este abismo es el sentido que me falta! Mas la Providencia ha hecho también que lo que me falta esté en cierto modo compensado por la perfección de los demás sentidos.

»Sobre mí no imperan las tristes pasiones que tanto poder tienen sobre el hombre y sobre la sociedad. La ambición, la avaricia y la vanidad, no se albergan en los seres de mi especie.»

Y finalmente, las últimas frases por ella escritas en su diario, eran las siguientes:

«La idea de mi casamiento me asusta, me da miedo... un marido es para mí una especie de tirano, de déspota, que tendrá sobre mí el imperio que le dará la fuerza de su vista.

«...¡Y cuando pienso en el que será mi marido! no sé por qué este hombre despierta en mí desconfianza y terror; siento que cuando sea su mujer no seré feliz.

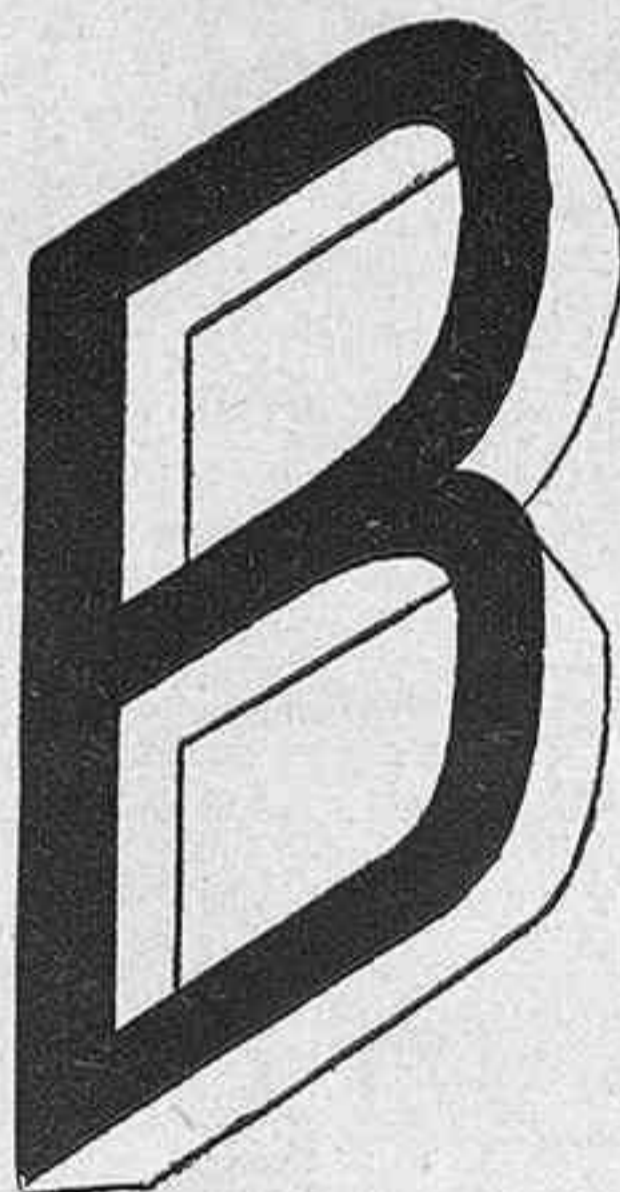


»No... no seré feliz con el caballero Amadeo. Aun sin lo que me ha dicho el médico poco ha en el jardín, yo presentía que este hombre tiene un lenguaje falso; sus palabras no salen del corazón... El caballero Amadeo es hombre astuto; tal vez engañe á mi padre... No seré dichosa con él; pero ahora es demasiado tarde... mi padre ha dado su palabra... y yo seré la mujer del caballero Amadeo... ¡Dios me asistirá!... Por otra parte, siento que mi vida no será larga...»



XIX

DUDAS Y ESPERANZAS



BEATRIZ acababa de soltar la pluma, cuando se presentó su padre en la puerta de su cuarto.

El marqués Rionero se detuvo un momento mirando á su hija antes de entrar... Debía de haber llorado, pues tenía húmedos los ojos y triste el rostro.

Al entrar el marqués, Beatriz había cerrado el cuaderno de su diario, y había saludado graciosamente á su padre. Con aquel maravilloso instinto que á los ciegos permite adivinar la persona que entra en la habitación, Beatriz nunca confundía á su padre con Amadeo, ni á Gertrudis con la doncella.

—Buenos días, hija mía.

—Estáis conmovido, papá,—exclamó la niña levantando hacia él su rostro como si hubiese querido mirarle á la cara.

—Sí, hija mía, te lo confieso...; no pretendo ocultarte el estado de mi alma.

—¡Dios mío! ¿qué ocurre?

Palideció la joven y quedó suspensa, en esa postura que suelen adoptar los ciegos en los momentos en que su alma está más agitada.

Entretanto, el marqués había cerrado la puerta y fué á sentarse al lado de su hija.

—Escúchame... Lo que debo decirte y en este momento tanto me agita, es una cosa que tendrá que decidir del destino de toda tu vida.

—Hablad, padre mío, estoy tranquila y resignada á vuestra voluntad, que es la de Dios.

El marqués, al entrar, había clavado los ojos en el diario de la joven, y al instante se le ocurrió una idea; y para llevarla á efecto, se aproximó más á su hija, de modo que su mano podía extenderse sobre la mesa donde estaba el manuscrito.

Jamás había violado los secretos de su hija, y aun cuando no pocas veces le ocurría dirigir su

mirada sobre lo que ella había escrito, jamás quiso, por delicadeza de alma, aprovecharse de la ceguera de su hija, para indagar los pensamientos que ella confiaba al papel. Este delicado sentimiento le inducía á no valerse en ninguna circunstancia de aquel triste estado de la niña, para penetrar sus secretos sin saberlo ella. La hablaba como si jamás hubiese sido ciega y en su presencia se conducía de igual manera que si ella hubiese podido observar cualquier acción ó gesto suyo.

Pero aquella vez tenía un motivo poderoso para burlar la vigilancia de su hija... Su porvenir dependía tal vez de una palabra que en aquel libro acaso leer pudiera... Tal vez encontrase en él alguna revelación inesperada que le diese luz sobre los sentimientos de la ciega... Sabía cuán angelical era el alma de aquella criatura, sabía que habría hecho siempre la voluntad de su padre aun á costa de su vida; sabía cuantos y cuales misterios de delicado sentimiento, se ocultaban en el fondo de aquel corazón, santuario de amor, de abnegación, de paciencia y de caridad. Sabiendo todo esto, se había decidido el marqués á arrancarle del corazón; aun á pesar suyo, un rayo que le iluminase sobre la resolución que debía tomar con ella.

—Ante todo, hija mía, necesito que me abras enteramente tu corazón; te lo pido en nombre de tu madre. Prescinde del cariño que me tienes; háblame como si Dios mismo escuchase tu confesión. Dime, ¿quieres á Amadeo?

La niña se ruborizó y bajó la cabeza como si hubiese querido bajar los ojos.

—Padre,—dijo después con voz débil y temblorosa.—¿Por qué me lo preguntas? ¿Puedo yo amar á nadie más que á ti en la tierra?

—Entonces ¿no amas al caballero Amadeo?

—Sí, le amo... como á mis flores y como á Gertrudis, pero no le amo como á ti... Cuando él me dice que me ama, cuando dice que soy hermosa, también yo le encuentro hermoso á él... pero sus palabras, padre, no me parecen sinceras.

—¿Y cómo sabes tú que es hermoso?

—¡Oh! ¡si su corazón fuera hermoso como su cara! Apostaría á que es alto y bien formado, y que son negros su barba y sus cabellos.

más allá de San Giorgio á Cremano; pasó el día allí, y por la noche emprendió de nuevo la marcha hacia Nápoles llevando consigo su tesoro. Pero, al llegar á San Giorgio, sospechó que se le seguía, y echó á correr; dió varios rodeos, atravesó una especie de cochera que tenía dos salidas, penetró en un viñedo, rompió palos, estacas, verjas y emparrados, saltó como una ardilla, y metiéndose en la hendidura de una pared, resolvió pasar allí la noche.

Al día siguiente, apenas amaneció, tomó nuevamente Nunzio el camino de Nápoles. Una vez allí, juzgándose en seguridad, su primera idea fué la de esconder el tesoro que llevaba y que á cada instante le habría podido hacer traición. Había pensado ya donde ocultarlo; sacó de él una alhaja para poder comer con el producto de su venta, y fué á enterrarlo al pie de una encina, en un bosque perteneciente al marqués del Gallo, en el valle de San Gennaro dei Poveri, llamado el *Streppato*.

Hecha esta operación, vivió durante algunos meses tranquilo y vagabundo, usando un nombre supuesto y cambiando á menudo de residencia: había olvidado enteramente al notario Basileo, y no le remordia la conciencia el haberle robado la parte del común delito, pues calculaba Pisani que su cómplice podía y debía darse por satisfecho con el oro y las joyas que consigo había llevado.

Mas en cambio pasaba noches horribles recordando su crimen: sonaban constantemente en sus oídos las últimas palabras de su víctima y el doloroso llanto de la niña, y recordaba á sus hijos, pobres y tal vez hambrientos, expuestos á todas las desventuras.

La Justicia, entretanto, corría tras sus huellas, y el marqués Rionero había prometido una magnífica recompensa á quien pusiese en poder de la autoridad al asesino de su esposa.

Procuró, pues, buscar Nunzio un sitio retirado, y fué cuando pasó á un lugarcillo inmediato á Nápoles, llamado Qualiano, donde se hizo pasar por un buen señor que iba á pasar una temporada allí al objeto de dedicarse á la caza. Vivía en casa de una mujer, á quien abonaba dos carlines diarios por la casa y manutención.

En este estado las cosas, pensó un día que si por acaso se le prendiese y se le condenase á muerte, quedaria perdido para él y para los suyos el tesoro escondido en el *Streppato*, y fué cuando se decidió á escribir al notario Tomás Basileo, la carta que conocemos. Halló medio de enviar reservadamente esta carta al notario, y éste le contestó que haría lo que él deseaba y que no olvidase la promesa de no revelar su complicidad.

Tranquilo ya sobre este punto, veía Nunzio deslizarse apacibles los días en su retiro, cuando una tarde, á eso de las veinticuatro horas italianas, fué reducido á prisión en el momento en que estaba comiendo alegremente en compañía de su huésped.

Aquella mujer había averiguado quien fuese el supuesto cazador y, atraída por el cebo de las recompensas ofrecidas por la justicia y por el marqués Rionero, ponía en poder de la primera al asesino de Albina de Saintanges.

Un año después, el día 9 de Octubre de 1828, Nunzio Pisani murió ahorcado en la plaza del Mercato de Nápoles.



Quedaba satisfecha la justicia de los hombres.

Tomás Basileo, después de la noche del doble crimen, como no tuviese más noticias de Nunzio, persuadióse de que éste habría huido á Calabria llevándose el cofrecito de las joyas. Más tarde, pensó que tal vez habría sido preso en Nápoles ó en algún otro punto del reino. Pasados algunos meses dejó de pensar en él y se contentó con la parte del robo que había quedado en su poder y que no dejaba de valer algunos millares de ducados. En un principio se le había ocurrido la idea de denunciar á Pisani para vengarse de él, pero le contenía el temor de que éste, en cuanto supiese quién era el autor de la denuncia, descubriese á su cómplice, y esto le contuvo.

El notario, no pensando ya en nada, vivía tranquilo; la mezquindad de su modo de vivir alejaba toda sospecha que sobre él pudiera tenerse. Figúrese el lector cuál sería su sorpresa al recibir y leer la carta de Nunzio. Una loca alegría invadió su corazón: ¡el cofrecillo era suyo! Comprendió que cuando Nunzio le revelaba el sitio donde había ocultado su tesoro, era porque no tenía esperanzas de poder librarse de la justicia.

En el momento de recibir la carta estaba buscando unas notas, precisamente en el legajo donde estaba el testamento cerrado, que después pasó á manos del caballero Amadeo. En la efervescencia de su alegría, y deseoso de desvanecer toda sombra de su complicidad con Pisani, hizo pedazos la carta en que desde Palermo se le pedían las notas que estaba buscando, creyendo romper la de su cómplice, y puso ésta en el lugar de aquélla en el legajo como carta de asuntos relacionados con dicho legajo. Esto explica por qué Cayetano dió más tarde con ella, cuando estaba buscando el testamento *all'anima*.

El tesoro fué desenterrado y pasó á la cómoda del avaro.

Basileo supo la captura de su cómplice y tuvo miedo; pero Nunzio Pisani cumplió su palabra: confesó el robo y el asesinato, pero se obstinó en negar la existencia del cofrecillo, diciendo que lo había perdido yendo de un país á otro.

El avaro, para mejor inducir á Nunzio á guardar silencio, había encontrado medio de hacerle saber, en el fondo de su prisión, que había enviado cantidades de dinero á su familia en Calabria, mentira que no se le podía desmentir, pues Pisani había procurado ocultar á los suyos la infame vida que llevaba y ni siquiera les escribía.

La condena de Nunzio aterró á Basileo, que temía siempre que su cómplice acabase por descubrir su participación, y no respiró hasta que vió su cuerpo balancearse en la horca.

Tranquilo ya, volvió el notario á sus habituales ocupaciones, pensando únicamente en lo pasado cuando sus ojos se posaban con paternal cariño en las joyas.

Después de la escena que llevamos descrita, en que Cayetano le quitó al avaro el cofrecillo, que era para él la vida, el notario se puso tan malo, que quedó como muerto durante veinticuatro horas. Vuelto en sí de su letargo, apoderóse de él una violenta fiebre, á pesar de la cual tuvo que salir para atender á sus tareas y para buscar otro dependiente.

El instinto de la avaricia no le abandonaba; verdad es que poseía bastantes riquezas que tenía empleadas en papel del Estado. Pero la notaria le producía bastante, y no habría podido abandonarla sin notable perjuicio en sus intere-

ses. Tuvo, pues, que tomar á sueldo otro dependiente, y éste fué precisamente aquel Domingo que entregó el testamento al caballero Amadeo.

Exacerbóse la fiebre, hasta el extremo de que no pudo el notario salir de casa. Domingo iba á verle algunas veces: le hacía de médico, ordenándole remedios que aquel miserable no tomaba para no gastar. En tanto, el delirio se había apoderado de su cerebro, haciéndole pronunciar frases incoherentes, pidiendo á veces, ya entre lágrimas, ya entre estúpidas risas, la cantidad de veinte mil francos...

Un día se sintió peor; deseaba que Domingo se quedase por la noche á su lado; pero el temor de que éste, aprovechando su sueño, le robase, le retrajo. El dependiente encendió, como de costumbre, una lamparilla, púsola junto á la cama del enfermo, y á la caída de la tarde se retiró, cerrando trás de sí la puerta.

No tardaron las tinieblas de la noche en invadir aquella habitación, cuyas sombras no hacía más que abultar la ténue luz de la lamparilla.

El notario se sentía bastante mal. Una sed ardiente le devoraba: tuvo fuerzas para sentarse en la cama y beber el único vaso de agua que Domingo le había dejado preparado. Pero aquella agua tibia no refrescó su garganta. La sangre se le iba agolpando en la cabeza y en el cuello; no podía conservar abiertos los ojos... El viejo comenzó á delirar...

Parecióle que se abría la puerta y que por ella penetraba un hombre en la habitación goteando sangre de las venas yugulares... Era Nunzio Pisani.

—¡Piedad! ¡piedad!...—gritaba con sofocada voz el notario, y tratando de alejar de sí con las manos el espectro que se le había acercado;—la cajita se la ha llevado tu hijo... ¡Déjame! ¡vete! ¿qué me quieres?... ¡Yo soy un infeliz... no tengo dinero... vete en nombre de Dios, vete!... ¡Oh! ¡por piedad, no me estrangules!... ¡Socorro! ¡socorro!... ¡Virgen del Carmen!

Y sus convulsos brazos se movían como si quisiera deshacerse de dos manos que le estuviesen apretando el cuello.

—¡Oh, no me estrangules, Nunzio!... ¡te lo pido por tus hijos!... ¡Oh!... Y ahora viene Cayetano... ¡Socorro!... ¡Ay! sois dos contra mí... ¡Ah! ¡á lo menos no me robéis!...

Hizo con la mano derecha un movimiento, y tocó la lamparilla que cayó en tierra y se apagó... La más densa obscuridad invadió la habitación.

Guardó silencio Basileo... Sólo dejaba oír una especie de rugido semejante al de un tigre... Tenía la boca abierta, muy abierta... Al cabo de un rato salió de aquellos labios un sonido articulado, una palabra vacilante..., apagada.

—¡Agua!... ¡Agua!—exclamaba el avaro.

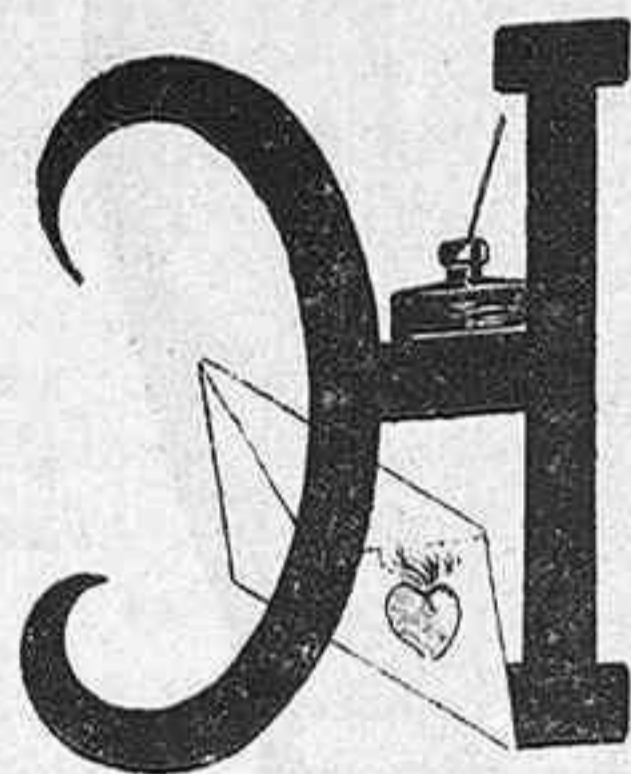
Mas nadie acudia á aliviar aquel agudo dolor, nadie velaba por aquella vida que se extinguía poco á poco en desesperada agonía. Poco des-

pués se percibió un breve suspiro... Tomás Basileo había muerto.

¡Le habia herido la Justicia de Dios!

XXV

LA CURACIÓN



ORAS después de librarse milagrosamente de la tumba que su enemigo le había preparado, Cayetano se hallaba en cama en la posada «delle Crocelle,» al objeto de curarse la herida que en el

hombro recibiera. Escribió al marqués Rionero una larga carta dándole los detalles más minuciosos de cuanto le había ocurrido el día anterior y prometiéndole que se trasladaría á Sorrento tan pronto como se hallase en estado de abandonar el lecho. No le ocultó el nombre del autor del atentado, á fin de que conociese plenamente el marqués el temple del hombre á quien estuvo á punto de unirse Beatriz.

Transcurrieron diez días... En este espacio de tiempo, Cayetano tuvo la satisfacción de recibir tres cartas del marqués y una de Beatriz, en que ésta expresaba vivísima inquietud por su estado y profundo horror por la infamia que contra él se había tramado. En aquellas líneas, trazadas por la ciega, no se citaba el nombre de Amadeo; hablaba solamente del delito, expresando vivo agradecimiento al cielo por no haber permitido el triunfo de tanta vileza.

El doctor inundó de besos aquella carta, por más que en ella no se hablaba de amor, y si tan sólo de la más cordial y sincera amistad: aún así se contentaba el corazón de Cayetano, que en todo el decurso de su vida jamás había saboreado las dulzuras de una palabra amiga. ¡Imposible le parecía que Beatriz le hubiese escrito!

Al cabo de un mes, sintióse bastante aliviado para poder volver á Sorrento. Es indecible la alegría con que vió amanecer el día en que iba á poder volver á ver á Beatriz. ¡Cuán largos y penosos le habían parecido aquellos días que le habían tenido alejado de cuanto amaba! En la embriaguez del placer que le causaba el verse en estado de volar allí donde perennemente ha-

bía estado con el pensamiento, había olvidado todos los proyectos que durante su enfermedad concibiera, y aún la venganza que había meditado, fría, terrible, inaudita, contra el infame que había querido asesinarle.

En el relato que, hecho de su puño y letra y autorizado con su firma, había remitido á la autoridad, detallando las circunstancias, lugar y consecuencias de la agresión de que había sido objeto, atribuía al propósito de robarle su dinero y letras el móvil del atentado, mas no citaba para nada á Amadeo; quería reservarse para sí el placer de la venganza.

Creemos que no desagradará á nuestros lectores conocer los párrafos más interesantes de la larga carta que el médico escribió á Beatriz, rogando á Gertrudis que se la leyese y que se la diese á leer también al marqués Rionero: vedla ahí:

«¡Con que es verdad, ángel de mi vida! ¡Estos son tus caracteres! ¡No me engaña mi calenturienta fantasía? ¡Gracias, eternamente gracias te doy!

»¡Oh, Beatriz! ¡siento que desde hoy jamás podré vivir lejos de ti!... Confíesote que á veces me asalta la terrible duda de si jamás podrás amarme y de si, al unirme conmigo para siempre, no haces más que obedecer la voluntad de tu padre y asociarte á mi destino, como compensación de la luz que restituiré á tus ojos.—¡Ángel mío, desvanece esta duda mía!

»Si supieses cuán triste estaba mi alma, cuán obscuro era para mí el horizonte de mi vida antes de que vinieses tú á embellecerla con tu sonrisa de inocencia y de virtud! Yo debo parecer-te frío, egoísta, y esto es precisamente lo que me martiriza, éste es el afán que me devora... Yo jamás me presento con mi verdadero aspecto; cuando mis labios sourien, mi corazón llora amargamente... No, mi querida, mi celestial Beatriz, yo no merezco tu amor; pero si tú me privas de él... ¡Ay! la felicidad no es otra cosa que el amor.

»En una de las febriles noches que he pasado,

soñé que era la de nuestro casamiento: un espléndido banquete reunía á los amigos: tú estabas sentada junto á mi... ¡cuán bella estabas!... A mi izquierda estaba una querida viejecita, la única criatura que en este suelo me había amado... mi abuela, la madre de mi padre. El tuyo estaba enfrente de nosotros... Cuando nos retiramos á la cámara nupcial, abrazaste á mi abuela y lloraste largo rato en su seno y la llamabas tu madre. ¡Oh! ¡cuán hermosa debía ser tu madre! ¡Cuánto te debía amar!...

»¡Oh! yo te he amado desde mi infancia; te veía en mi porvenir como una imagen indefinida; pero te adoraba... Cada noche te ensoñaba, porque tú eras el primero y el último pensamiento de mis días... Cuando niño, me asaltaba á veces una singular tristeza y me daban ganas de llorar... y al ponerse el sol, subía á los montes de mi nativa tierra y lloraba, porque hubiera querido que toda la naturaleza se hubiese animado y hubiese correspondido á la ternura de mi alma. Entonces me imaginaba una niña de pálido rostro, de frente pensativa... y la veía á través de la niebla del porvenir, y una esperanza vaga sonreía á mi corazón... Esta criatura eras tú, Beatriz: ¡bendígante los ángeles cual te bendigo yo!

»Tengo un carácter incomprensible: hay momentos en que todo me disgusta, y busco el sueño, la nada... En estos momentos nada me consuela, nada, ni las riquezas, ni la gloria, nada... Pero en estos momentos, si tú me dijese una palabra, si pudiese leer carta tuya, se me ensancharía el pecho, y sentiría descender la calma á mi corazón.

»A veces pienso que con este carácter mío, tal vez tú, uniéndote á mi, serás desgraciada... Quién sabe si un día... ¡Oh, Dios mío! ¡haz que muera yo antes que ella tenga que verter ni una sola lágrima por mí!... ¿Qué puedo ofrecerte en cambio de tu celestial amor? Mi alma enferma y un pasado... ¡Oh! no me ames, Beatriz, no me ames: tal vez tu desamor me mate, pero á lo menos moriré sin el remordimiento de haberte hecho desgraciada.

»Tiempo vendrá en que te abriré toda mi alma; tiempo vendrá en que te contaré toda la historia de mi vida. No tengo más que treinta y un años, y parezco haber llegado á la edad en que se empieza á descender. Mis hombros están encorvados bajo el peso de los afanes; en mis cabellos empieza á despuntar la nieve de la vejez. ¡Si supieses cuánto he sufrido! No creas que las riquezas de que ahora gozo las haya gozado siempre. No, Beatriz; la miseria pálida y descarnada fué la compañera de mis primeros años; mi madre, mi hermana y mi abuela murieron entre penas y privaciones. Un hado horrible puso en



mi frente el sello del infortunio... Me he quitado el pan de la boca para tener medios de estudiar; me he vuelto tísico inclinado sobre los libros y sobre los cadáveres: he consumido mi cuerpo fibra tras fibra en busca de la ciencia. ¡Oh, cuánto amo mi arte! ¡Con qué soberbia alegría arrebató sus víctimas á la muerte!... Y sin embargo yo odiaba á la humanidad, Beatriz; la odiaba como me odiaba á mí mismo... Y tú has templado esta alma mía: tu voz, tu sola voz bastó para transformar mi sér, para darme una existencia nueva... Y cuando te vi... ¡oh! sábelo Dios lo que este corazón mío experimentó. Una fuerza superior, incomprensible, introdujo en mi alma un amor súbito, ardoroso. ¡Si, la voluntad del Eterno me mandó que te amase!

»Dentro de poco tiempo haré volver la vista á tus ojos: ese día será el más hermoso de mi vida. Por este solo instante bendeciré veinte años de continuos estudios y de enormes fatigas. Por este solo día bendeciré los afanes pasados y las torturas de mi pobre corazón. Tus pupilas volverán á contemplar el cielo, la creación, á tu padre... y se fijarán en mí... ¡Ay! ¡cómo tiemblo al pensarlo!... ¡Quiera Dios que mires mi alma; quiera Dios que no veas otra cosa que mi corazón!

»Si yo hubiese sucumbido en Nápoles bajo los

golpes de los sicarios de Santoni, tal vez tú no habrías recobrado jamás la vista; pero no me habrías odiado, como me odiarás acaso cuando... ¡Oh, no, Beatriz! Si tu corazón no puede sentir amor por mí, si tu alma concibe una repugnancia invencible por mi persona, no tienes que decir más que una palabra, una sola palabra, y esta execrada existencia mía no será más que una funesta memoria de tu vida. Manda, y el hombre que habrá abierto tus ojos á la luz se hundirá por sí mismo en aquellas tinieblas de donde toda la ciencia humana no es bastante para sacar á los que las producen. Ábranse tus labios, y enmudecerán para siempre los del desventurado.

OLIVERIO BLACKMAN.»

Al fin partió Cayetano para Sorrento. Iba gozoso, devorando el camino con el pensamiento. El día anterior había enviado un criado para anunciar su regreso al marqués Rionero.

A la una de la tarde llegaba á la plazuela de la parroquia de Sorrento. El marqués, que había salido á su encuentro, le recibió con lágrimas en los ojos y le abrazó con efusión. El doctor estaba pálido, tanto por la debilidad de la convalecencia

como por la emoción que en aquel momento sentía.

Al llegar á la villa Rionero, encontraron á Beatriz que les estaba aguardando á la puerta de la salita de paso... Cayetano se arrojó á sus pies, y sin decir una sola palabra llenó de besos la mano que ella le tendía.

Gertrudis y todos los familiares de la casa tenían los ojos bañados en lágrimas.

Esta vez Cayetano iba vestido con la mayor pulcritud, y cuidadosamente peinado.

Por de pronto no se pronunció la menor palabra relativa á Amadeo. Pasó la tarde en la más grata é íntima conversación: el médico no estaba ya triste y taciturno.

Sin embargo, Blackman no había olvidado á su enemigo. Algunos días después de su regreso á Sorrento, pidió permiso á Rionero para ir por un día á Nápoles donde le llamaban sus asuntos. Partió temprano, llegó á Nápoles á las diez, tomó un coche y se hizo llevar á su antigua posada. Dos horas estuvo allí encerrado en su cuarto, ocupado en preparar productos químicos. A eso de mediodía salió, haciendo venir con él á un demandadero, tomando ambos á pie el camino de la calle Nardones.

XXVI

UNA CUADRILLA DE SOLTEROS



MADEO aguardaba con impaciencia el resultado del lazo tendido á Cayetano; estaba poseído de aquella fiebre que devora á las almas perversas cuando esperan los frutos de sus execrables obras. Ya hemos dicho que había sido encomendada la ejecución

del crimen á tres sicarios. El que había conducido al médico á la fatal casa de la subida de Betlemme, en cuanto le hubo introducido en ella, regresó por distinto camino á la calle Nardones, seguro de que sus compañeros habrían despachado á su víctima para la eternidad.

—Todo ha ido á pedir de boca,—dijo al caballero Amadeo;—á estas horas nuestro amigo sirve de pasto á los ratones y á los topos de la vieja cantina de la calle de Betlemme.

En el rostro del miserable caballero brilló una feroz alegría.

—¿Y no has aguardado á que tus compañeros acabasen su obra?—le preguntó al sicario.

—Estaba ansioso de venir á daros cuenta del buen resultado de mi treta. ¡Si hubiese visto Vuestra Excelencia cómo se tragaba ese bobo el cuento de la enfermedad de mi tío! En fin, todo ha ido bien, y no tardarán Pepe y Antonio en venir á explicaros cuantas estocadas le han asesado en la giba. Esta noche brindaremos á su memoria y nos daremos un delicado atracón para solemnizar la jornada. No somos golosos, pero lo bueno siempre es bueno, y cuando Dios da, para todos da. ¿Manda algo más Vuestra Excelencia?

—No: recordad que vuestro silencio en este asunto os asegura una pensión vitalicia.

—¡Qué dice Vucencia! No parece sino que tengamos que ir pregonando á derecha é izquierda lo que hacemos para que luego nos hagan ir á bailar en la horca. Duerma tranquilo,

Excelencia, consérvese bueno, diviértase y no piense en nada.

Salió el bandido y Amadeo quedó aguardando á los otros dos que debían venir á tranquilizarle por completo. Mas en vano aguardó aquel día, aquella noche y todo el día siguiente; los dos asesinos no parecieron.

Al cabo de algunos días mandó á aquel mismo sicario en busca de los asesinos y del muerto, pero volvió pálido y tembloroso, diciendo que no había encontrado cadáver alguno en la cueva de Betlemme, y que no sabía qué había sido de Pepe ni de Antonio.

Esto preocupó á Amadeo. Varias veces había-sele ocurrido la idea de ir personalmente á Sorrento para proporcionarse noticias de Blackman; pero ¡y si éste viviese aún!...



La esperanza de que los asesinos no habrían revelado su nombre al médico antes de cometer el crimen tranquilizaba un tanto al caballero.

—Blackman, si vive, no debe de saber quién es el promovedor del atentado,—se decía Amadeo;—es probable que á sus asesinos sólo los haya tomado por unos ladrones, sin otra idea que quitarle, con la vida, lo que llevase encima. También puede ser que los otros dos, una vez dado el golpe, hayan huído para sustraerse á la justicia y gozar en otro punto del producto de su trabajo.

Aceptó Amadeo esta última hipótesis como la más probable, y se afirmó en ella cuando vió que pasaban los días sin poder saber cosa alguna ni del médico ni de sus agresores: lo único que le preocupaba era la incertidumbre de si vivía ó no su odiado rival. Un día envió á Sorrento una persona para que con maña averiguase si había

vuelto Blackman á la villa Rionero, y supo con satisfacción que no se le había vuelto á ver por allá. Esta noticia le tranquilizó, y no dudó ya de la muerte del doctor.

Concibió entonces el proyecto de volver á Sorrento, después de algunos meses, y probar nuevamente fortuna, para ver si reconquistaba la confianza del marqués y la de la ciega. Esto resuelto no pensó más que en darse buena vida y divertirse.

Los remordimientos son tan terribles para los ricos como para los pobres, sólo que los primeros tienen medios para alejarlos de sí á todas horas del día y de la noche, ahogando su voz en los goces y entre el ruido de obscenas orgías. Lo que más temen los malvados es la soledad; mas los ricos tienen sobre los pobres la ventaja de que pueden más fácilmente librarse de su propio pensamiento. Y Amadeo ni un solo instante se quedaba á solas con su conciencia.

La pasión á que con más ardor se lanzaba era la del juego, cuyas emociones le hacían olvidarse fácilmente de todo otro pensamiento.

Cierta mañana Amadeo aguardaba á algunos amigos á quienes había convidado á almorzar: iba á celebrar con ellos su cumpleaños. Una opípara y suntuosa comida iba á reunir á esos amigos, todos ellos solteros, jóvenes alegres y despreocupados. Todo vestigio de tristeza tenía que desterrarse de aquella alegre reunión, cuyas horas debían transcurrir entre placeres.

Reuniéronse á eso de las once los amigos de Amadeo; eran seis apuestos caballeros, entre los cuales figuraba aquel Benjamin Lionelli que habíamos visto en el salón del marqués Rionero en Sorrento. Se veía igualmente allí á dos jóvenes franceses.

Después de un cuarto de hora de animada conversación en el salón del caballero Amadeo, un criado anunció que estaba pronta la mesa y juntos pasaron á la pieza destinada á comedor. Elogióse la magnificencia del servicio, el gusto de Santoni para esas comidas, trocaronse algunas frases de cumplido, y luego cada cual empezó á poner en movimiento las mandíbulas con ese placer que da el apetito.

—A la salud de tus amores,—exclamó Lionelli dirigiéndose al anfitrión y levantando una copa llena de vino del Rhin.

—Y á tu próxima boda con la de Rionero,—dijo otro.

—A propósito de esta boda, creo que hay novedades, ¿no es verdad, Amadeo?—preguntó un tercero.

—¡Cómo!

—¿Qué hay?

—Hay que nuestro Amadeo hace algún tiempo que no visita á su bella ciega.

—¿Será que Beatriz le habrá sido infiel?

—Qué, ¿quizás la ciega ha visto?

—A no ser que el marqués haya olido la casta de pájaro que es el novio.

—Nada de esto,—contestó formalmente el caballero;—por ahora tengo mis razones para aplazar la boda; no estamos acordes sobre la dote. Además, ese marqués Rionero es un hombre extravagante; se empeña en morir en aquella fastidiosa Sorrento, donde espera que algún día recobre la vista su hija. Esta locura se ha apoderado de él de tal manera, que gasta y derrocha para hacer venir médicos y charlatanes. Ahora mismo se ha dejado pescar por un impostor aventurero, un John Bull, llamado Oliverio Blackman, á quien le da comida y casa, y poco falta para que le entregue la hija.

—Si no me equivoco,—observó un convidado,—parece haber oído decir que ese Oliverio Blackman fué secuestrado no há mucho de una manera muy singular.

—Sí, se ha hablado en Nápoles de esta aventura, como de un ejemplo de valor inaudito.

—Dicese que él mató á todos sus agresores...

—Que le habían preparado una celada, de la cual sólo un milagro le pudo librar.

—¡Tienen tanto puño los ingleses!

—¡Y qué sangre fría!

—¡Qué valor!

—Pero ¿es seguro que vive aún ese Blackman?

—Se le tenía por muerto.

—Parece casi cierto que también él murió.

—Se encontró su cadáver junto á los de los dos asesinos.

Es indecible lo que sufrió Amadeo durante esta conversación, temiendo que le descubriese á cada instante su emoción, pero logró dominarse y sólo respiró cuando en cierto modo aseguraron los comensales que se había encontrado el cadáver del inglés junto con los de sus agresores. Y no podía creer que fuese de otro modo, pues sabía ciertamente que Blackman no había vuelto á Sorrento.

Pronto se hizo general la conversación: no hay que decir que eran objeto de ella las mujeres, los teatros, las carreras de caballos y las bailarinas. Referíanse anécdotas escandalosas, caprichos del día y hechos originales. El Champagne y el dorado Sillery animaban todas estas conversaciones, no cesando nunca el movimiento de las botellas y de las copas. Aquello era una confusión, un tropel de frases y epigramas y brindis sonoros y bien rociados, produciendo el todo un infernal ruido que aturdió.

Al fin los convidados, siguiendo el ejemplo de Amadeo, se levantaron para pasar á la salita del té. Proveyóse cada cual de un cigarro, y, después de bebido el té, empezó la feliz diges-

ción. La conversación era más reposada, pero no menos alegre y expansiva.

Amadeo, arrellanado en un magnífico sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo y una pierna puesta encima de la otra, se recreaba fumando en la más dulce ociosidad, y pensaba en las palabras que le dijera el doctor Blackman el día de su entrevista y del atentado. Pensaba Santoni en el pronóstico de larga vida que le había hecho el inglés, y su pecho se ensanchaba aspirando el aroma de su cigarro habano.

Un camarero entró á distraer sus ideas, entregándole una carta que acababa de llegar.

—¿De dónde viene esta carta?—preguntó el caballero.

—La ha traído un criado, que ha dicho que no esperaba contestación y se ha marchado.

—¿No has preguntado quién la mandaba?

—No, señor.

—Está bien, véte.

Amadeo dirigió una mirada distraída al sobre y leyó estas sencillas palabras:

Al caballero Amadeo Santoni.—Muy reservada y urgente.

Amadeo se quitó el cigarro de la boca, pidió permiso á los amigos para leer la carta, rompió el sobre, abrió rápidamente la carta, y... soltó un agudo grito. La carta había caído á sus pies.

Levantáronse los amigos y corrieron hacia él preguntándole qué pasaba; mas el caballero Amadeo se había cubierto los ojos con las dos manos y lanzaba gritos de dolor.

—¡Los ojos!... ¡los ojos!—exclamaba Amadeo,—No sé... un polvo infernal se ha desprendido de esa carta... ¡ah! siento que se me abrasan las pupilas... ¡pronto! socorro... ¡un médico!...

Apenas había acabado de pronunciar esta palabra, cuando apareció Cayetano á la puerta del salón.

—Aquí está el médico,—dijo.

—¡Esta voz!—exclamó aterrado Amadeo,—¿de quién es esta voz?

—De Oliverio Blackman,—contestó tranquilamente éste.

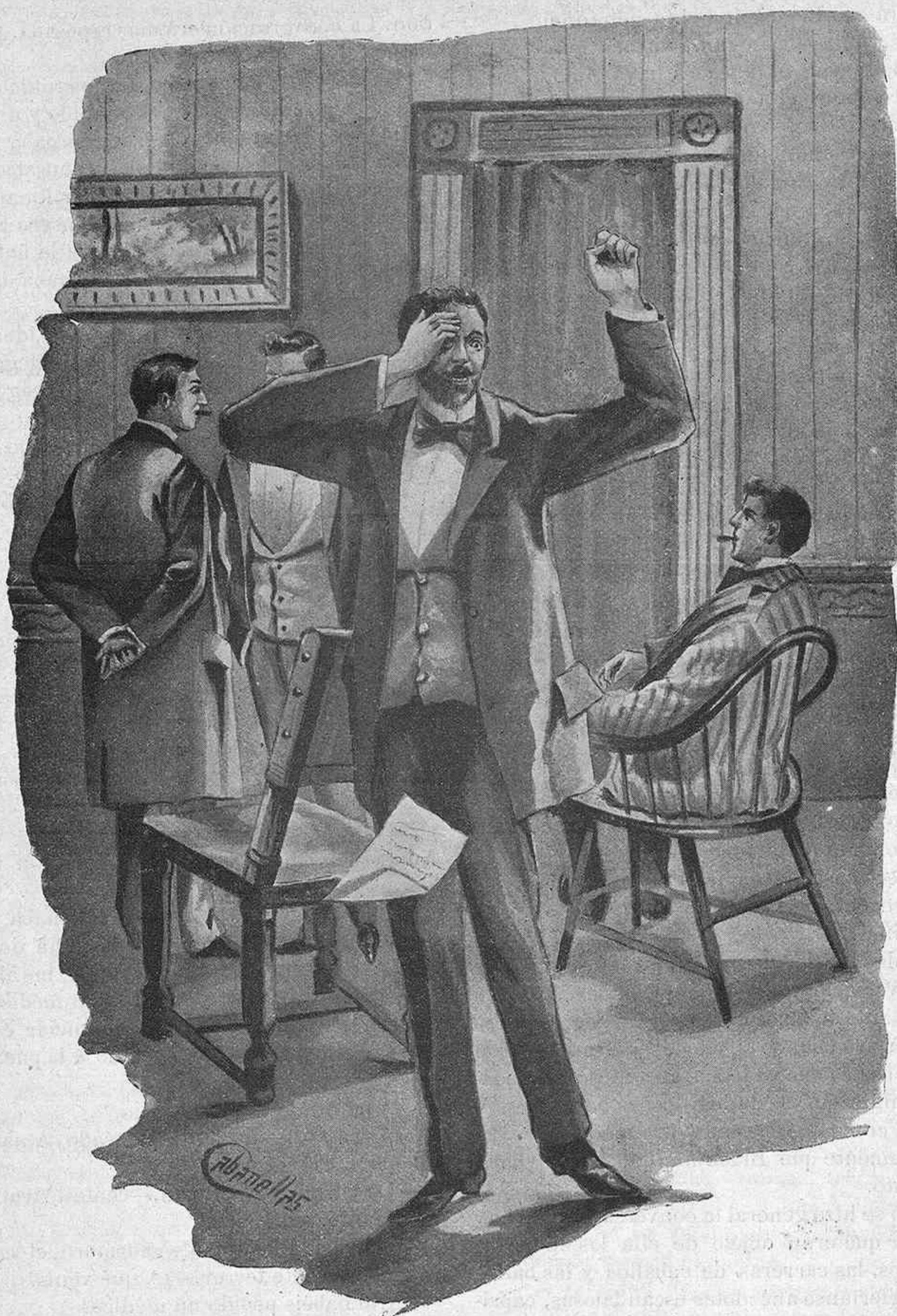
—¡Oliverio Blackman!—murmuró el caballero con creciente terror.—¿A qué venís?

—¿No habéis pedido un médico?

—Esta carta...—añadió Amadeo bajando la voz,—esta carta es tuya; ahora lo comprendo; habla, hombre diabólico: ¿qué has puesto en este papel?

—No sé de qué me habláis, caballero Santoni, ni sé qué papel es éste; no sé nada; había venido sencillamente á visitaros; ya debéis saber que he estado enfermo.

Durante este breve diálogo, los criados de Amadeo, que habían sido llamados, trajeron una palangana llena de agua, y empapando en ella



la punta de una tohalla, frotaban los ojos de su señor, que se retorcía de dolor, apretaba los dientes, arrugaba la frente y no podía despegar los párpados.

Entre tanto, los amigos de Amadeo habían recogido la carta tirada al suelo y leído en ella esta sola línea:

«Caballero Santoni.—Un amigo vuestro os advierte que el médico inglés Oliverio Blackman no ha muerto.»

El exceso del dolor había rendido á Amadeo; los amigos le rodeaban, le echaban agua á los ojos y se los soplaban para evitar la inflamación.

—¡Pronto! ¡que se le traigan una docena de sanguijuelas!—ordenó Lionelli.

—Que se le sangre,—decía otro.

—Que se le haga aspirar un poco de vinagre y éter.

—Desabrocharle la levita y el chaleco, desatarle la corbata,—gritaba un cuarto.

Y todos se apresuraban á hacer algo, animando al caballero á que tuviese confianza en los auxilios de la medicina. Cayetano miraba sonriendo ese afanarse general, y luego sus ojos se fijaron en el caballero.

—Es cosa vuestra, doctor,—dijeronle los amigos de Amadeo;—mirad de qué se trata; ¿qué demonio de mal es este que ha atacado de repente al pobre Amadeo?... Dice que han saltado unos polvos de esta carta...

—Delirios del vino,—dijo friamente Cayetano;—esto no es más que un golpe de sangre; dejadme observar sus ojos.

Y acercándose al caballero Amadeo, despegó violentamente sus párpados y observó:

—La retina está paralizada,—dijo al poco rato;

—la pupila está destruida, la córnea corroída... el caballero ha perdido para siempre el uso de los ojos. ¡Está ciego!

Los circunstantes lanzaron una exclamación de terror.

Cayetano Pisani cruzó rápidamente el umbral de la puerta del salón. Minutos después tomaba un carruaje de punto, diciéndole al cochero:

—A la estación del ferrocarril de Castellammare.

Y mientras el coche rodaba sobre el empedrado, el médico se decía con los ojos centelleantes de salvaje alegría:

—Ahora, Amadeo Santoni, vive para llorar eternamente las faltas de tu vida. ¡Así se venga Cayetano Pisani!

XXVII

LA OPERACIÓN



UNA vez en Sorrento, Cayetano no dijo una palabra de la extraña y terrible venganza con que había castigado las infamias del caballero Amadeo; y se consagró enteramente á los preparativos de la gran operación que debía

volver la vista á Beatriz.

Cayetano poseía en grado eminente todas las cualidades de un gran operador. No era ni demasiado joven ni viejo; pues si el operador es demasiado joven, carece de experiencia y sangre fría; dominado por una imaginación ardiente, no calcula todos sus movimientos ni todas sus palabras; arrastrado tal vez por el deseo de la celebridad, desprecia las lecciones de la experiencia; excesivamente confiado en sus propios recursos, es temerario y atrevido. Si es demasiado viejo, pueden faltarle aquellas tres cualidades indispensables para el buen resultado de una operación, indicadas en estos tres adverbios latinos: *tuto, cito, et jucunde*, esto es, que la operación debe hacerse con seguridad, presteza y alegría.

Al llegar el día prefijado para la operación que debía restituir la vista á Beatriz, Cayetano

se levantó con los primeros albos del día, salió al terradito de su habitación y dirigió al cielo una tácita plegaria. Su frente estaba serena como la aurora que preconizaba uno de aquellos días de Sorrento, reflejo de una felicidad incomparable cual las inspiraciones del corazón. Parecía que Dios quería colmar de una luz pura y espléndida el día en que debían disiparse las tinieblas de los ojos de un ángel.

Un mes entero había consagrado Cayetano á la solución del gran problema médico que debía decidir de su propia vida, pues tan ligada estaba á la feliz y perfecta ejecución de una obra casi prodigiosa. Durante un mes, el joven médico no había salido de su cuarto, incesantemente absorto en sus estudios, sin que deba creerse que se encontrase ante un experimento nuevo para él, ni que titubease en la incertidumbre de una aplicación práctica... No, Cayetano estaba tranquilo y seguro de sí mismo... La ciencia le daba la profunda convicción de un éxito brillante. ¿Por qué, pues, permanecía retirado en la soledad de su cuarto? Porque aun cuando la ciencia le daba seguridad, encontraba la necesidad de consultar las obras más renombradas que en Inglaterra, Alemania é Italia, se han publicado sobre la ceguera y su curación.

Es indecible la emoción que experimentó Cayetano al ver despuntar el día del cual dependía la felicidad de toda su vida. Si una gran palpitación de corazón acompañaba casi siempre á sus



operaciones sobre personas indiferentes, figuráos, si podéis, con qué ansiedad se disponía esta vez á poner la mano sobre la frente de aquella niña que tan cara le era. Únicamente los artistas que se disponen á enmendar una falta en una obra maestra pueden comprender cuán terribles sean aquellos instantes. Cuando Miguel Angel se dispuso á retocar un trabajo de Rafael, su mano temblaba, latía con fuerza su corazón, y toda su alma estaba concentrada en el pincel que debía pasar por encima de los frescos del de Urbino.

En esta situación se encontraba Cayetano, uniéndose á las palpitations del artista las del amante. Pero el médico creyó que debía imponer silencio á cualquier emoción que pudiese hacerle vacilar la mano, y se prometió no dar oídos á otra voz que á la del arte.

Beatriz rezó largamente la víspera del día prefijado, y levantándose, según costumbre, antes del amanecer, rogó también al alma de su madre que impetrase ante el trono del Altísimo tan gran beneficio y que la asistiese en aquellos solemnes momentos. Resignada á la voluntad de Dios y de su padre, no se había abandonado á esperanza ni ilusión alguna, pero en cambio no desesperaba de la curación que tal vez la Providencia le habría otorgado merced á las preces de su querida madre.

El marqués Rionero estaba agitado, convulso, aturdido. De vez en cuando brillaba en su rostro un rayo de alegría que desaparecía en seguida; á veces la incertidumbre y el temor extendían sobre sus mejillas una mortal palidez. No sabía separarse ni un momento de su hija, á quien debía querer más cuando sus ojos se hubiesen abierto á la sublime luz del día. Y sin embargo le asaltaban dudas todavía... Una hora antes de la operación, el marqués y Beatriz se postraron ante las imágenes de Jesús y de la Virgen María,

y rezaron ardientes preces, para impetrar la gracia de que recobrase la vista la idolatrada niña.

A eso de las once de la mañana, Cayetano entró en la habitación de Beatriz... Traía un pequeño estuche de oro, donde estaban colocados los diversos instrumentos que necesitaba... El marqués Rionero besó con ternura á su hija y estrechó la mano de Cayetano: parecía aturrido; juzgaba imposible, al contemplar la serenidad del médico, que á éste no le asaltase duda alguna sobre el éxito de la operación... Finalmente comprendió que era necesario que se alejase.

—Señor marqués,—le dijo aparte Cayetano,—una pequeña emoción, una distracción cualquiera, podría hacer vacilar mi mano... No agreguéis otras causas de turbación á las que mi corazón experimenta. Ya podéis comprender cuán necesario es que se me conceda entera libertad de acción.

El rostro del marqués estaba inundado de lágrimas: sólo pudo contestar á Cayetano abrazándole. Lanzó otra prolongada y tierna mirada á su hija... y se retiró. Cayetano quedó solo con Beatriz.

Pasaron algunos segundos siempre en el más profundo silencio por una y otra parte. Beatriz estaba sentada en un sillón, frente á la ventana y con la cabeza apoyada en el respaldo. Un vestido de casa, blanco como la nieve, la daba el aspecto de una de aquellas vírgenes dormidas que con frecuencia vemos en nuestra fantasía en los primeros años de la vida. Las cortinas estaban caídas, cual lo había dispuesto Cayetano, y los postigos entornados, de modo que la escasa luz de la estancia tendía sobre la ciega una especie de vaporoso velo.

Cayetano la miró un instante con ojos ávidos de amor. Temió, al contemplarla, que no sería dueño de sí mismo en el momento de la operación.

—Beatriz,—la dijo Cayetano con voz solemne y reposada,—este momento es el más bello y el más terrible de mi vida. ¡Oh! Os quiero tanto, que temo no poseer toda aquella sangre fría de que tiene necesidad mi brazo para abrir vuestros ojos á la luz.

—¡Y es verdad, Dios mío, y es verdad!—exclamó la joven en un irresistible arranque de loca alegría:—¡recobraré la vista! ¡Volveré á ver á mi padre! ¡volveré á ver al cielo! ¡veré mis flores!... ¡Dios mío, Dios mío, no me hagáis morir antes de este divino momento!

—Me veréis á mí, Beatriz, y me odiaréis, ¡oh! sí... me odiaréis...

—¡Odiaros! ¿Y podéis pensarlo? ¿A quién seré deudora de la felicidad de volver á ver la crea-

ción? Y después de Dios ¿no os deberé mis bendiciones?

—¡Oh!... No dudo,—replicó tristemente Cayetano,—no dudo que estaréis reconocida al hombre que os habrá hecho recobrar la vista... Pero ¿es acaso el reconocimiento lo que yo os pido? ¡Oh, Beatriz!... Perdóname... Esta es la última vez que te hablaré de mi amor, de mi ardiente amor, porque ésta es quizás la última vez que te dirijo la palabra sin que puedas mirarme y ruborizarte. ¡Oh! yo te amo con un frenesí, con una pasión que tú no puedes comprender... Dime, dime que me amarás: te lo pido de rodillas en este supremo instante; dímelo, Beatriz, y quedaré suficientemente recompensado.

Y Cayetano se arrojó á sus pies y lloró, apoyada la cabeza en uno de los brazos del sillón.

—Señor Blackman,—dijo la niña—vuestra alma es bella y noble; os amaré... ¡Sí, siento que os amaré!

—Esto me basta,—repuso Cayetano,—no pido más; estas palabras darán á mi brazo la fuerza necesaria para obrar prodigios... Vamos, el tiempo apremia, y vuestro padre está allí contando los segundos... Beatriz, ahora no soy tu amante, sino tu médico. Mi mano tendrá que causarte un dolor intenso, pero instantáneo, ¿me perdonarás?

—Aun cuando tuviese que morir un instante después, moriré contenta y feliz de haber visto á mi padre... y á vos.

—No sigáis, Beatriz,—dijo Cayetano,—desde este instante domináos; quede tranquila vuestra alma como vuestra frente; este instante ha de



ser igual á todos los demás de vuestra vida... Poned cuidado en no hacer el más mínimo movimiento con la cabeza ó con el cuerpo en el acto de la operación; pensad en Dios y en vuestra madre. Por mi parte, me tenéis frío á vuestro lado; mi mente está tranquila y serena, y mi ardiente corazón no podrá turbar los movimientos de mi brazo.

No dijo más; sabía que las mujeres en general tienen más fuerza y valor que los hombres para soportar las operaciones.

Hizo correr el sillón donde estaba sentada Beatriz y lo situó junto á la ventana, de modo que la luz viniese de costado y no diese de lleno en la retina de la doncella. Abrió el estuche y sacó de él la aguja de operar. Colocóse frente á

la ciega; con la mano izquierda mantuvo quieta su cabeza, y con la derecha se aprestó á la operación del ojo izquierdo.

Beatriz soltó un leve y sordo gemido... había sido punzada la esclerótica.

Otro grito sofocado brotó de los labios de la ciega... Había caído la lente cristalina. Algunos segundos después ya no había opacidad... ¡La pupila estaba libre!

De repente Beatriz lanza un grito desgarrador y se desmaya; sus facciones se tornaron blancas como una estatua de mármol.

Cayetano cerró más los postigos, acercó un frasco de éter á la nariz de la niña y luego tocó la campanilla. Era la señal convenida.

El marqués Rionero apareció en el umbral; sus ojos interrogaron con indecible ansiedad la fisonomía del médico. Estaba pálido y tembloroso.

—¡Ya está hecho!—murmuró Cayetano en voz baja y casi cortada por las lágrimas;—ya hay una pupila libre.

—¡Dios mío, te doy gracias!—exclamó el padre, cayendo de rodillas en medio de la habitación y prorrumpiendo en un torrente de lágrimas...—¡Hija, hija mía!

Y quería abrazarla, pero Cayetano se lo impidió.

—Silencio, señor marqués,—le dijo;—no está hecho aún todo. Una fuerte emoción nerviosa en ella podría destruirlo todo. Estos momentos son míos, enteramente míos; os prohibo que la dirijáis la palabra hasta que haya pasado un día. Ahora retiráos y dejadme completar la obra.

El marqués miró un rato en silencio á su hija, dirigió sus ojos bañados en llanto hacia el cielo, estampó un beso en la fría y pálida frente de Beatriz y se alejó diciendo al doctor:

—Es vuestra, caballero; terminad vuestra obra y Dios os bendiga; ahora moriré contento.

Una hora después quedaba terminada la operación de los dos ojos.

El marqués, trémulo de alegría, abrazó á Cayetano y le tuvo largo rato aprisionado entre sus brazos, llamándole hijo y llorando copiosamente.

Gertrudis y los demás familiares reían, lloraban, iban de uno á otro lado de la casa y parecían locos.

Cayetano no se separó del lado de Beatriz, quien se había dormido por efecto de un ligero narcótico que le había suministrado el médico, después de hecha la operación.

XXVIII

PRIMERAS IMPRESIONES



UNA nueva existencia se ofrecía á Beatriz desde este momento; un porvenir coloreado con divinos matices sucedía á un pasado monótono, casi diremos sepulcral; la alegría, el gozo, el movimiento, debían reemplazar á la tristeza y á la inmovilidad, en una palabra, el alma y la vida en lugar de la materia y de la muerte.

Después de la operación, Cayetano había prohibido á todos acercarse á la enferma; era necesaria una calma inalterable, calma que no podía turbar emoción alguna. La contracción del iris y el estado de irritación de toda la conjuntiva tenían cerrados aún los párpados de Beatriz, quien permaneció durante muchas horas en una especie de estupor.

La ansiedad del marqués para ver los ojos de su hija era indescriptible; pero Cayetano se mantuvo inexorable, custodiando la puerta de la habitación de la niña para impedir que por ningún estilo se turbase el reposo de la convaleciente.

Al cabo de veinticuatro horas de practicada la operación, Beatriz empezó á distinguir los primeros objetos que estaban al alcance de sus ojos. Excusamos describir la inefable emoción que agitaba su pecho á cada movimiento de pupilas, la sobrehumana alegría que acompañaba á sus primeras miradas. Beatriz lloraba, reía, se levantaba involuntariamente, extendía la mano hacia todos los objetos, se ruborizaba y palidecía alternativamente,

Al principio solo pudo sufrir una ténue luz, y todos los objetos le parecían grandes; mas á medida que veía otros mayores, achicábanse los primeros y tomaban á sus ojos más naturales proporciones. Creía también que se le aplicaban todos los objetos á los ojos, y los que presentaban una forma más regular, sin que ella pudiese ex-

refrenaba la impetuosidad de su amor, y sentimientos más moderados reemplazaban en su ánimo á los que hasta entonces le habían dominado.

—Beatriz,—dijo,—mujer incomparable; oyéndote hablar una desconocida dulzura descende á mi alma y mitiga el ardor de mi pasión. ¡No, no es posible que seas mía! Mas si el cielo me hace digno de tan suprema felicidad, si tú compartes mi suerte, te rodearé de tanto amor, te adoraré tanto como jamás criatura mortal ha amado en este suelo... Tú avivas en mi corazón aquellas esperanzas que habían hecho huir mi desventura, tú inspiras á mi razón el pensamiento del cielo, tú me haces otro hombre y llamas á mis labios la oración. Si, en tu compañía, Beatriz, es dulce para mí el orar. Oremos en este templo de la naturaleza, bajo la bóveda de este firmamento que anuncia la gloria de Dios; el

perfume de las flores y la brisa de la noche le llevarán nuestras preces. Postrémonos, Beatriz, y haz que repita yo contigo aquellas oraciones que mi madre ponía en mis infantiles labios.

Beatriz cayó de rodillas y sus ojos se dirigieron por un momento hacia el cielo.

Mas de pronto, dos brazos estrecharon aquellos temblorosos cuerpos. Era el marqués Rionero que, con lágrimas en los ojos, había sido por algunos instantes espectador invisible de aquella conmovedora escena.

—¡Hijos, hijos míos!—exclamó,—hacéis bien en orar juntos: mañana será un día solemne para vosotros. Lo he dispuesto todo... Mañana celebraréis vuestros esponsales.

Cayetano estrechó con indecible emoción la mano del marqués y estampó en ella un prolongado y ardiente beso.

XXX

EL CASAMIENTO



El día siguiente todo era movimiento en la quinta Rionero. El marqués había dispuesto los preparativos de la fiesta que debía dar con motivo de los esponsales de su hija.

Apenas amaneció, artistas, jardineros, criados y cocineros, todos trabajaban por su

lado; hubiérase dicho que debían acudir á la quinta gran número de convidados, y sin embargo dos personas solamente debían tomar parte en aquella fiesta de familia; el conde Franconi y su hija.

Haremos notar aquí una circunstancia que no deja de ser importante. En cuanto Beatriz hubo recobrado la vista, Cayetano había suplicado al marqués que no admitiese en su casa sino á aquellos hombres que por su edad ó por la vulgaridad de su estado no pudiesen impresionar el ánimo de Beatriz. Estaba celoso y tenía sus razones, pues cualquier parangón le habría sido

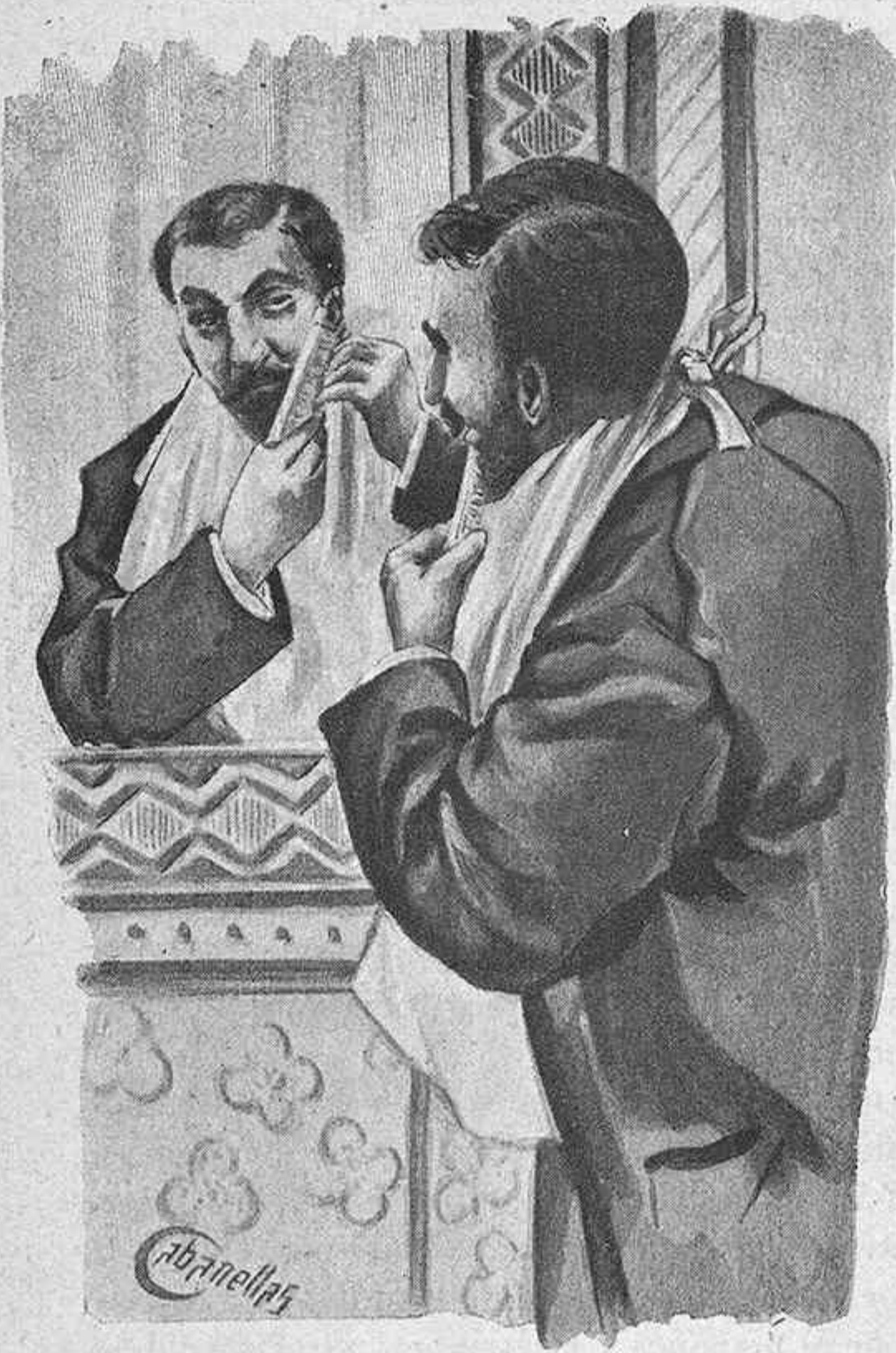
funesto en el corazón de la mujer amada. El marqués, aun cuando le hizo observar la imposibilidad de mantener á Beatriz en un círculo de personas siempre igual y tranquilizarle sobre los sentimientos nobles y delicados de su hija, quiso sin embargo complacerle, y convidó únicamente á aquellas personas que eran indispensablemente necesarias.

El conde Franconi era viejo y conocido antiguo del marqués; su hija iba por vez primera á Sorrento para visitar la familia Rionero. Ambos penetraban en la quinta á eso del mediodía, en un coche del cual descendieron, siendo recibidos por el marqués y Beatriz en el primer descanso de la escalera.

La hija del conde era una graciosa niña de diez y siete años y se llamaba Carolina. Sus facciones eran habitualmente pálidas, pero se encendían con facilidad á cualquier viva sensación; tenía oscuros los cabellos y los ojos, que eran bellísimos y locuaces; sus labios eran risueños y estaban impregnados de esa gracia que atrae la simpatía, la confianza y el abandono. Aun cuando bajita y de movimientos vivaces, su porte era noble y digno como sus maneras y lenguaje. Comprendíase á primera vista que estaba dotada de una exquisita sensibilidad, templada empero por una perfecta educación y una cultura de es-

piritu nada común. Era algo inclinada al romanticismo, mas esta propensión sólo se transparentaba cuando algún motivo generoso y grande excitaba sus ideas y palabras. Capaz de comprender y sentir pasiones profundas, animábanse vivamente sus ojos cuando en su presencia se refería algo conmovedor. A toda la vivacidad de una niña, unía un sentimiento elevado y superior á su tierna edad. Feliz excepción de su sexo, podía presentar el tipo de la verdadera y ardiente amistad.

Hemos descendido á estos detalles sobre su persona, porque más tarde su carácter se dió á



conocer en todo su noble temple al lado de Beatriz, por la cual había concebido esa amistad de que tan raros ejemplos ejercen las mujeres.

Apenas se hubieron visto Beatriz y Carolina, adivinaron la simpatía que debía unir las por toda su vida. Cayetano estaba celoso de los hombres y no podía sospechar que para un alma como la de Beatriz, la necesidad vaga é indefinida de amar, la natural tristeza y la soledad en que por tantos años había vivido, debían necesariamente producir una impresión fuerte y dolorosa á la vista del primer sér joven y bello que se presentase á ella. Con ser la primera vez que se veían y se conocían, Beatriz y Carolina se

abrazaron con entusiasmo y se besaron con ternura.

Beatriz se sentó en un diván al lado de la hija del conde, y la miraba con placer inmenso, la interrogaba sobre un sin fin de cosas y la cogía de las manos, la abrazaba y la besaba; después la iba revistando el traje, y el abrigo y las blondas que adornaban las mangas de su vestido y la anudaba los lazos y la alisaba su preciosa cabellera. Carolina encontraba un indecible encanto en las maneras ardientes é ingenuas de Beatriz y no se saciaba de admirar su perfecta belleza, matizada de graciosa melancolía.

El marqués Rionero, Cayetano y el conde conversaban entre sí, aguardando la llegada del ministro del Señor que debía recibir la anticipada promesa de unión. Cayetano estaba vestido con tanto gusto y elegancia, que á primera vista parecía un guapo mozo. Desde el día en que se había enamorado de la ciega, se había apoderado de él el afán de hacer desaparecer por todos los medios posibles su deformidad á los ojos de los demás. A este fin, se dejó crecer la barba cuidándola extremadamente, con lo cual disimulaba la defectuosa configuración de sus labios, y peinaba cuidadosamente su cabello que con gran trabajo logró al fin suavizar.

Beatriz le miraba esta vez con complacencia, fuese porque en realidad Cayetano tenía en su aspecto algo severamente varonil y noble, fuese porque adivinase en su novio aquel secreto deseo de aparecer á sus ojos lo menos desfavorablemente posible.

No tardó en llegar el ministro del Señor, el párroco de Sorrento.

Pronunció éste un discurso sobre los deberes de los cónyuges, y luego pasó á interrogar á cada uno de los dos.

—Señor Oliverio Blackman: la religión que profesáis ¿es la católica apostólica romana?

—Sí,—contestó éste con voz entrecortada.

—¿Cuál es vuestra patria?

—Londres,—respondió Cayetano bajando los ojos.

—¿Cómo se llamaban vuestros padres?

Cayetano no se esperaba esta pregunta que le cayó encima como una exhalación. Guardó silencio por unos momentos, con los labios cerrados y los ojos fijos en el párroco, quien juzgando distracción el terror del novio, creyó necesario repetirle la pregunta:

—Señor Blackman: he tenido el honor de pedir los respetables nombres de vuestros padres.

El calabrés, que no observó en el rostro del sacerdote indicio alguno de sospecha ó de segunda intención, pudo vencer su emoción, y fingiendo haberse distraído, contestó con voz entrecortada:

—El nombre de mi padre es... Pablo Alfonso; mi madre se llamaba María.

El primer nombre era el del marqués Rionero, sorprendiendo á todos la rara coincidencia de tener igual nombre los padres de los dos novios, hecho que el marqués creyó de buen augurio: el segundo era realmente el nombre de su madre, de la mujer de Nunzio Pisani.

Sin más incidentes se hicieron á los dos novios las demás preguntas de costumbre.

Es indecible lo que sufrió Cayetano durante aquel interrogatorio. En vez de unos esponsales, parecía un proceso criminal; no habría estado de otro modo un reo ante sus jueces del en que lo estaba él ante el ministro del Señor. Aquella simulación á que le condenaba su destino juzgábalo enorme delito. Engañar á Beatriz y al marqués, á la más amada de las mujeres y al más virtuoso de los hombres, se le hacía tan insoportable, que estuvo á punto de renunciar al matrimonio para no verse precisado á mentir. Más de una vez le vino la audaz idea de arrojarle á los pies del marqués y declararle su verdadera personalidad; pero, ¿habría consentido entonces Rionero en ese matrimonio? ¿Habría permitido que su noble hija, descendiente de familia ilustre y honrada, fuese la mujer del hijo de un ladrón y homicida públicamente ahorcado? ¿Y aun cuando el marqués hubiese sido capaz de tanto heroísmo, podía esperarse otro tanto de la hija?

Por otra parte, Cayetano pensaba en la inutilidad de semejante confesión, que habría hecho infelices á tres seres sin provecho de ninguno.

El nombre de Cayetano Pisani ya no existía en el mundo: ¿á qué resucitarlo? Pisani no existía ya... Este aborrecido nombre se había extinguido en Nápoles bajo la tétrica horca de la plaza del Mercato, el día 9 de Octubre de 1828.

Cayetano, pues, se persuadió á si mismo de que no mentía asegurando que se llamaba Oliverio Blackman; á nadie había usurpado aquel nombre. Ni había mentido el calabrés al revelar los nombres de sus padres, pues María se llamaba su madre, y en cuanto á su padre, ¿no venía á serlo de hecho el marqués por efecto del matrimonio?

Esto sin embargo, atormentábale el pensar que debía avergonzarse á si mismo y enmascarar su verdadera entidad, después de haber hecho tanto para vencer su propio destino.

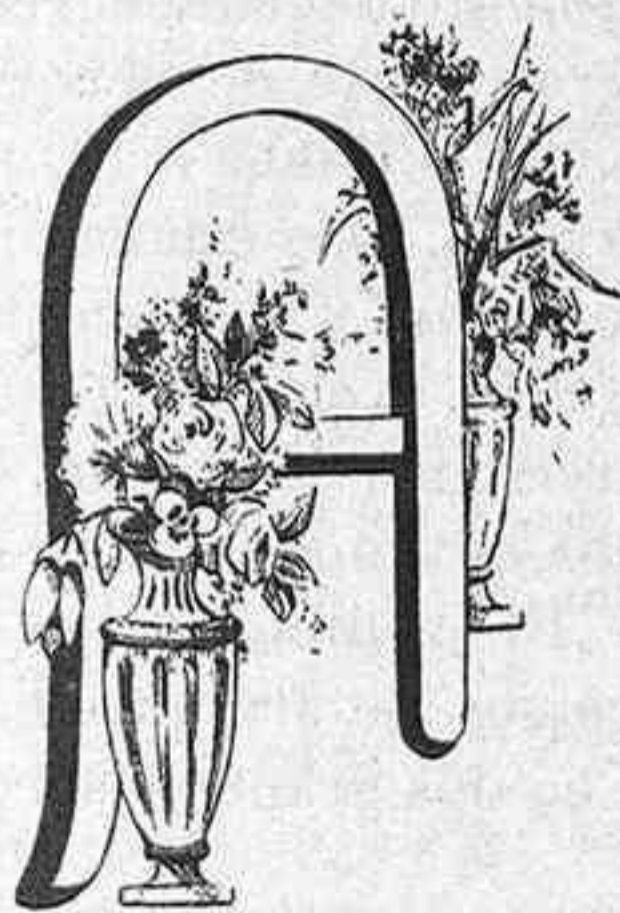
La alegría de que en breve iba á ser el marido de Beatriz le hizo olvidar todo otro penoso pensamiento y se abandonó por entero á la cercana felicidad de poseerla.

Beatriz no estaba alegre, pero su frente aparecía serena y despejada; ahora tenía un padre, un hermano y una amiga, tres seres que la amaban con delirio y que habrían dado su vida por ahorrarle una sola lágrima. La hija del marqués había debido ser feliz; pero... la felicidad no es el patrimonio de la humanidad.

Beatriz, toda vestida de blanco, pálida y con los ojos empañados de lágrimas, parecía, no una virgen que se dispone para la boda, sino una víctima que se prepara voluntariamente al sacrificio.

XXXI

LA NOCHE DE BODAS



la morada de los esposos.

Mientras iban de Sorrento á Nápoles, Cayetano refirió al marqués la terrible venganza que

ALGUNOS días antes del fijado para la boda, el marqués se trasladó á Nápoles con Cayetano para arreglar todos los asuntos relativos al contrato matrimonial y para la compra de muchos objetos de lujo y ornato destinados á

había tomado del caballero Amadeo. Sorprendido y aterrado quedó el marqués; pero juró guardar el más absoluto silencio con su hija sobre esta aventura, que la habría afligido y perturbado en gran manera.

Aprovechó Cayetano la ida á Nápoles para alejarse unos momentos del marqués é ir á adquirir noticias sobre el notario Tomás Basileo, cuya muerte ignoraba. Dos designios llevaba en esta averiguación: primero, poner en obra su proyecto de restitución de la equivalencia del tesoro robado por su padre, y segundo, indagar hábilmente si se conservaba aún memoria de él en el barrio y si se había olvidado por completo el nombre de Pisani.

La noticia de la muerte del notario le desani-

mó, pues hacia difícil, si no imposible, la restitución proyectada.

Nadie habría podido reconocer en el rico extranjero de larga barba, recostado en blando carruaje, al pobre y contrahecho cursante de medicina del callejón Chiavetta al Pendino, ó al dependiente del despacho de la vía Giudecca. Cayetano visitó aquellos barrios donde se había deslizado una gran parte de su juventud entre estudios, fatigas y privaciones, é hizo abundantes limosnas á los pobres de aquella parroquia.

A eso de las cuatro de la tarde, el marqués y el doctor estaban sentados á la mesa en el café de Europa, saliendo luego en coche para la estación del ferrocarril. Por la noche estaban de vuelta en Sorrento, donde fueron recibidos con alegría por Beatriz y Carolina, que se había quedado á veranear en la quinta Rionero.

Día de gran solemnidad fué realmente para todo Sorrento aquel en que Beatriz iba á casarse. El marqués Rionero hizo distribuir varias dotes para casamientos y grandes sumas á los pobres, á fin de que éstos, con sus oraciones, implorasen del Eterno para los novios aquella parte de felicidad que al hombre le es dado gozar en esta tierra de lágrimas y destierro.

Desde que despuntó el día, gran número de personas de todas edades y condiciones llenaban los alrededores de la villa Rionero para esperar el momento en que la bella Beatriz apareciese para ofrecerla las demostraciones de cariño y los votos que por ella formaban los buenos habitantes de aquella ciudad, á quienes nunca había desatendido el marqués.

Todas las clases sociales se apresuraron á festejar, cual si se tratase de un regocijo público, el matrimonio de la hija de Rionero. Desde las primeras horas del día estaban paradas en los alrededores de la quinta alegres comitivas de jóvenes vestidos con sus mejores ropas.

El marqués había escogido el día 29 de Junio, fiesta de los santos Pedro y Pablo, para la boda de su hija. No hay que decir si se levantó temprano aquel día el buen señor. En toda la noche no pudo pegar los ojos, y dudamos que dormir pueda en tal día un padre cariñoso. Bien era verdad que Beatriz no se alejaba por ahora del techo paterno; pero al cabo de algunos años debía la joven acompañar á su marido á Inglaterra ó á otro punto. ¡En cuántas cosas no piensa un padre la víspera del día en que debe poner á su hija en poder de un hombre! ¡Cuántos secretos temores hacen estremecer su corazón!

Rionero, pues, se levantó á eso de las cuatro de la mañana, y recitadas sus acostumbradas oraciones, empezó á andar por la casa. Aunque todo estaba dispuesto desde muchos días antes, dirigióse ante todo á la cámara nupcial, vacía en-



tonces, pero que al día siguiente debía encerrar entre sus muros una tan gran parte de su corazón. Todo en aquella habitación estaba ordenado con elegancia, todo era bello, todo estaba dispuesto con aquella mano amorosa y próspera que adivina los gustos y los analiza. Aquella habitación era la más remota y recogida de la casa.

El marqués no se cansaba de contemplar con fruición aquella estancia. El jardinero vino al poco rato á traerle dos ramos de fresquíssimas flores que Rionero colocó en dos grandes jarros de plata dorada.

Toda la gente de casa fué despertada por el marqués, y se dejó abierta la puerta principal, porque no cesaban de acudir toda clase de personas á ofrecer al padre de Beatriz protestas de

lealtad, votos de felicidad y colosales ramos de flores.

Los familiares del marqués parecían locos de alegría, pues todos amaban de verdad á Beatriz y la mayor parte de ellos la habían visto crecer, siendo bastantes los que recordaban á su idolatrada madre, y á las lágrimas de la común alegría mezclábase una lágrima de dolor á la memoria de la virtuosa Albina.

Beatriz tenía su cama junto á la de Carolina. Despertó ésta la primera y, después de haber contemplado por unos instantes á su nueva amiga, que dormía con los labios entreabiertos por plácida sonrisa, acercó su cabeza al rostro de su dormida amiga y la despertó con un tierno beso. Levantáronse las dos niñas, hicieron sus oraciones, y fueron á encontrar al marqués que las abrazó.

Poco después toda la familia estaba de pie y reunida en el gran salón.

Cayetano estaba tan aturdido y como incrédulo de su felicidad que parecía desatentado; sus ojos buscaban con avidez los de Beatriz, como si hubiese querido leer en ellos lo que pasaba en el ánimo de la joven; mas ésta parecía muy contenta ó á lo menos tal se mostraba, siempre cogida del brazo de Carolina de cuyo lado no se separaba ni un momento; parecía insegura y asustada; estremeciase en cuanto se la dirigía la palabra, y cuando Cayetano se acercaba á ella, poníase extremadamente ruborosa y apretaba con más fuerza el brazo de la hija del conde.

Ninguna pluma fisiológica podrá describir jamás lo que pasa en el corazón de una niña en los momentos que preceden al solemne juramento que la une al destino del hombre. Todas las conjeturas se perderían en los misterios de aquel corazón, para el cual dentro de poco la vida debe dejar de ser un misterio. Mucho menos intentaríamos describir el estado de ánimo de Beatriz, colocada en condiciones tan excepcionales con respecto al hombre con quien iba á unirse en indisoluble lazo.

Estaba acordado que la boda se celebraría en casa. A este fin el marqués había hecho construir en el salón un altarcito con todo lo necesario para la sagrada ceremonia: por la mañana, toda la familia se debía trasladar á la Catedral para asistir á los divinos oficios de las fiestas de precepto é implorar de Dios las celestes bendiciones.

A las once salían dos coches de la quinta Rionero: en el primero iban Beatriz, Carolina, Gertrudis y la anciana duquesa, tía del marqués, que llegó el día antes para asistir á la ceremonia; en el segundo, el marqués Rionero, Cayetano y el conde Franconi.

En toda la carrera oíanse constantes aclamaciones y bendiciones á los novios y al marqués. Por doquier se admiraba la belleza de la novia, y no faltaron quienes encontraran guapo al novio, tanta era la fuerza del entusiasmo de aquellas honradas gentes. Arrojábansele flores, dulces, y hasta alguna poesía.

El marqués estaba entusiasmado de tan ingenuas demostraciones; su alma buscaba la más pura acción de gracias para dirigirla al cielo que tal alegría le proporcionaba.

Oidos los divinos oficios regresaron á la quinta donde se efectuó la comida, que fué sumamente alegre y sazónada de esa satisfacción que en el corazón producen la virtud y el mutuo amor.

Llegó la noche. De todos los ángulos de la quinta brotaban torrentes de luz. El jardín presentaba también risueño y pintoresco aspecto, pues colgaban de las ramas de los árboles farolitos de colores y se había levantado en el centro un magnífico pabellón iluminado interior y exteriormente. Atestados de gente estaban los alrededores de la quinta contemplando entusiasmada aquellos preparativos de fiesta.

De pronto aquella multitud abrió calle y guardó respetuoso recogimiento y silencio. Pasaba el señor obispo de la diócesis de Sorrento que iba á bendecir la unión de la hija del marqués.

No era menos alegre y espléndido el espectáculo en el interior de la quinta. Al aparecer Beatriz en medio del gran número de asistentes al acto, brotó de todos los labios un grito de admiración.

Vestía un traje blanco y transparente con guirnalda de rosas también blancas, prendido á la cintura por una banda azul celeste; los cabellos estaban rodeados por una corona de rosas; llevaba desnudos los brazos y la parte superior del pecho sobre el cual resplandecía una cruz de brillantes. Se apoyaba en el brazo de Carolina, la cual iba vestida también con elegancia que revelaba en ella un gusto delicado. Un vestido de velo color de rosa con dos blancas recillas daba á la deslumbradora blancura de su piel algo de aéreo y vaporoso; un hilo de perlas caía sobre sus desnudos hombros; una camelia roja era todo el adorno de sus cabellos.

El marqués, el conde Franconi y Cayetano iban completamente vestidos de negro, excepto el chaleco que era blanco.

Carolina se puso al piano y arrancó de él religiosos acordes mientras se preparaba todo para el solemne juramento nupcial.

La ceremonia tuvo lugar en medio del más religioso silencio; todos los ojos, bañados de lágrimas, estaban fijos en la pareja postrada á los pies del ministro del altar, que, con las manos ex-

tendidas sobre sus cabezas, les daba la bendición de Dios. Cayetano había colocado el anillo nupcial en el dedo de la novia, y sus manos, enlazadas, temblaban la una en la otra cual dos ligeras hojas movidas por el viento.

Profirióse el juramento de eterna fidelidad y amor y quedó terminada la ceremonia.

¡Beatriz Rionero, hija de Albina de Saintanges, era la mujer de Cayetano Pisani, hijo del asesino de Albina!

El regocijo y la alegría reemplazaron á la

conmoción y al llanto. Carolina, que había apretado contra su pecho y besado con efusión suma á su querida amiga, volvió al piano é hizo oír un animado motivo de polka que llevó la alegría á todos los corazones.

Rodeóse á los dos esposos; mas éstos, sentados uno junto á otra, nada veían, nada oían, y permanecían pálidos é inanimados en medio del vivo movimiento de universal alegría.

Nadie quería marcharse sin oír la voz de Beatriz quien no había vuelto á cantar desde el día



que recobrará la vista. Empeñáronse todos en que había de cantar algo por poco que fuese, y Beatriz, después de haberse resistido cuanto pudo, sentóse al piano y cantó... la *Ciega de Sorrento*, aquella romanza tan triste, tan patética, que solía cantar en sus días de angustia y de tinieblas. Llanto amargo fué su voz cuando llegó á estas palabras:

Nell'albor del viver mio
Vidi in sogno il paradiso;
Ed un angelo di Dio,
Mi baciava gli occhi e il viso.

Había querido cantar por última vez aquella canción que le recordaba su ceguedad: era un último suspiro, un adiós á las solitarias alegrías de su pasada vida. Mal podríamos pintar lo que

sintió el corazón de Cayetano al escuchar aquella débil melodía que le reveló por vez primera los tesoros de amor que en el corazón de la ciega se ocultaban.

Al levantarse del piano Beatriz, que había sido oída con religioso silencio, se encontró entre los brazos de Carolina.

El resto de la velada pasó en la más cordial alegría. Al dar la media noche en la catedral, las personas ajenas á la familia fueron despidiéndose del marqués, renovándole los más ardientes votos por su felicidad y por la de los recién casados.

El conde Franconi y su hija se retiraron á sus respectivas habitaciones. Rebosantes de ternura fueron los besos que, antes de separarse, cambiaron las dos amigas. El marqués, Cayetano y Beatriz, quedaron solos en la cámara nupcial.

Cayetano comprendió que convenia dejar unos instantes de soledad al amor paternal y filial, y se alejó bajo un pretexto para dejarles en libertad. Beatriz se quitó de las sienes la corona de rosas y se arrojó en los brazos de su padre dando rienda suelta á todos los sentimientos que oprimian su pecho, llorando abundantemente, oculta la cabeza en el pecho de su padre. Este, después de unos instantes de viva conmoción, levantó la cabeza de su hija é imprimió un beso en su frente.

Ninguna palabra habian cambiado; sólo sus manos se habian encontrado. De pronto la diestra del marqués cogió casi convulso la diestra de Beatriz y se puso á mirar atentamente el dorso de sus dedos.

No acertaba á dar crédito á sus propios ojos; pareciale un juego de fantasía, una ilusión óptica: en el dedo anular de Beatriz acababa de ver el marqués el anillo nupcial que él había puesto, en el día de su boda, en el dedo de su infeliz

mujer Albina de Saintanges. Era el anillo que representaba dos manos entrelazadas, ostentando en su centro un brillante de gran valor.

Beatriz miraba sorprendida á su padre que se había puesto sumamente pálido y estupefacto, no acertando á apartar su mirada seca y ardiente de la joya que había sacado del dedo de su hija.

En esto Cayetano entraba de nuevo en la cámara nupcial. El marqués corrió casi loco á su encuentro, le asió por el brazo y mostrándole la sortija,

—¿De dónde sacásteis este anillo?—le dijo.

Cayetano se puso blanco como un cadáver y empezó á mirar sucesivamente el anillo y al marqués, pero sin decir palabra.

—¿De dónde sacásteis este anillo?—volvió á preguntarle con voz de trueno Rionero.—Este anillo,—prosiguió fijando en la joya una loca mirada,—este anillo que habéis colocado en el dedo de mi hija es el mismo que coloqué yo en la diestra de mi mujer Albina de Saintanges, cruelmente asesinada diez y siete años atrás... Este anillo se hallaba en un cofrecito de joyas que fué robado por el asesino.

Durante estas palabras del marqués es indecible la expresión que tomaba el semblante de Cayetano: sus ojos habian girado convulsivamente en sus órbitas.

—¡Señor marqués! ¡El nombre, el nombre del asesino!—pedía Cayetano.

—Nunzio Pisani,—contestó Rionero.

El doctor lanzó un grito terrible... y cayó de rodillas. El marqués le asió ambos brazos.

—¿Quién eres pues? Habla... ¡oh!... habla... ¡Dios poderoso!

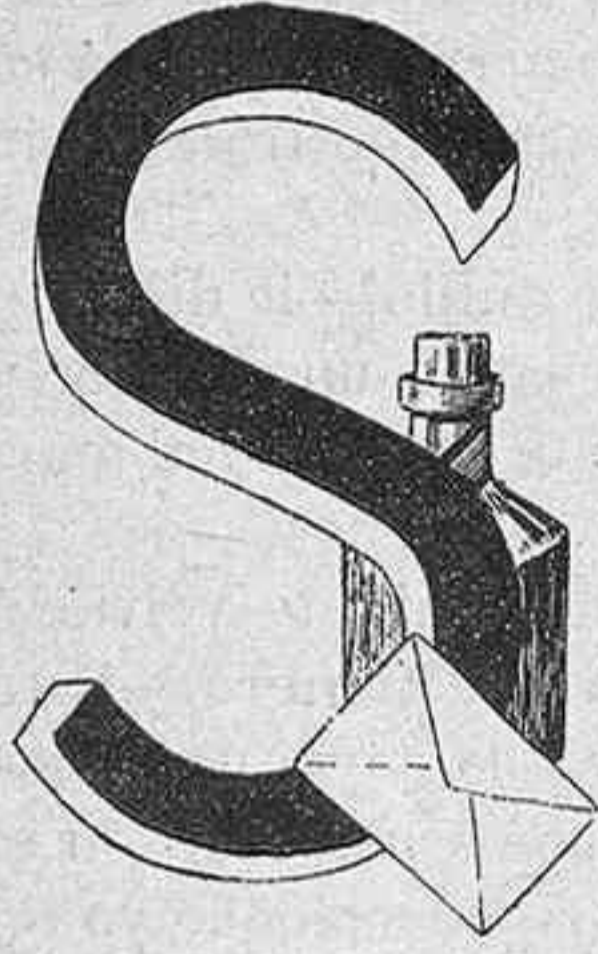
—Cayetano Pisani, hijo de Nunzio,—murmuró éste cayendo con la frente inclinada al suelo.

El marqués había corrido á sostener en sus brazos á Beatriz, que no daba señales de vida.



XXXII

DESESPERACIÓN



ORIENTE, la aurora doró con su luz las habitaciones de la quinta Rionero, y en la que debía ser cámara nupcial reinaba la soledad y el silencio. El balcón estaba todavía abierto... Los acontecimientos humanos, el llanto y la risa, la vida y la muerte pasan como pasa un suspiro del viento sobre encina secular. ¿Qué es el hombre y qué son sus pasiones en la naturaleza? El céfiro cargado de aromas besa indiferente los labios de hermosa doncella y los de repugnante mendigo: las rosas que brotan encima de los sepulcros no tienen colores menos vivos ni son menos delicadas que las que han crecido en medio de rico jardín. Las ardientes pasiones que devoran á los hombres y á la sociedad en general no tienen fuerza bastante para agitar una brizna de hierba ni un solo sople de viento. Convulsiones del orden moral, las pasiones humanas no interrumpen ni perturban en lo más mínimo el admirable orden que á la universal naturaleza ha fijado Dios.

La aurora del 30 de Junio aparecía tan serena y pura como la que la había precedido; pero ¡cuán diferente para la familia Rionero! ¡El día anterior todo respiraba alegría! ¡hoy en las habitaciones de aquella quinta reina un silencio de muerte!

Cayetano vestía aún el traje de boda... El día habíale sorprendido recostado en un sillón, en aquella estancia que se le había destinado en la quinta desde el primer instante en que había puesto los pies en ella.

Su rostro estaba desconocido... pálido como la muerte... Sus ojos estaban hundidos y sus labios descoloridos y lividos. Con la cabeza apoyada en la mano y caída la otra mano sobre la rodilla, parecía sumido en la más extrema postración.

El balcón de su cuarto estaba abierto desde el día anterior; los ojos de Cayetano se fijaron maquinalmente en las colinas lejanas heridas por los primeros rayos de la luz y su corazón se estremeció... asiéronse sus manos á los brazos del sillón y miró con extrañeza en torno suyo.

—¡Es de día!—murmuró el hijo de Nunzio.— ¡Horrible sueño; noche execrable!

Fijáronse después sus ojos en el traje de boda que llevaba puesto.

—¡Oh! ¡mi razón! ¡mi razón!—exclamó el desdichado tocándose la frente.— ¡No me acuerdo de nada! ¡Hoy es el día de mi boda!... ¡Sí!... ¡la horrible escena del anillo fué un sueño! Aquí, en esta silla, debo haber soñado que estaba á punto de lograr el colmo de la felicidad; que Beatriz era mi esposa, mi adorable esposa, que estábamos unidos ante Dios y ante los hombres... Aquella cámara era un templo de luz y de amor... Un ministro de Dios había enlazado nuestras manos... Yo coloqué entonces en la mano derecha de Beatriz el anillo... ¡Ah! Aquel anillo fué robado por mi padre, robado á la madre de Beatriz... ¡Paréceme que el marqués me ha maldecido! ¡Paréceme que mi esposa se moría!... ¡Oh! ¡mi razón! ¡Dios mío! ¡salva mi razón!... Si no fué horrible sueño, yo estoy loco, sí, estoy loco, porque lo que me ha sucedido no me podía suceder. ¡No, sería una cosa demasiado terrible!

Cayetano quiso levantarse, pero se sintió tan débil que volvió á caer en su asiento. Un gran espejo estaba adosado á la pared de su habitación y precisamente frente á la puerta. Aquel espejo era el mismo en que Cayetano se había mirado la primera noche que llegó á Sorrento... El sillón en que entonces se hallaba sentado estaba vuelto de espaldas á la puerta y situado por lo tanto casi frente al espejo. Poco después de haber probado en vano incorporarse, encontráronse sus ojos con su imagen reflejada en el cristal del espejo.

—¡Oh! ¿pero quién es ese espectro en traje de boda? ¡Yo! ¡yo! ¡Entonces no ha sido un sueño! ¡Es la realidad! ¡la realidad!

Diciendo esas palabras habíanse fijado sus miradas en el espejo... Y de pronto vió pasar por él varias sombras... Eran los criados de la quinta... Uno llevaba en sus manos una taza, otro una botella, un tercero dos almohadas... y aquellas sombras iban también en traje de fiesta, pero pasaban enjugándose los ojos...

Era aquella silenciosa agitación de una familia en cuyo seno alguien se está muriendo.

Cayetano no apartaba un instante sus locas miradas de aquel cuadro que reflejaba en su cere-



bro un panorama de muerte... No comprendía nada..., pero en su mente se alzaba la realidad cada vez más terrible y luminosa; la escena de la noche anterior surgía junto con la luz del día con toda su infernal claridad.

Cayetano no dudaba ya de su desdicha..., pero sin embargo permanecía inerte, con la mirada fija siempre en el espejo... Parecía ajeno á la escena que había acontecido; parecía no comprender el abismo en que desde la altura de su felicidad había caído desplomado... la misma Beatriz no era más que una fantasma de muerte que por su cerebro cruzaba... ¡Y miraba... miraba al espejo!

Una figura apareció en él... Era un hombre alto, con los cabellos caídos sobre la frente extremadamente pálida, con el dolor impreso en el rostro: llevaba traje de fiesta y su tocado estaba descompuesto como su cara... Aquella aparición no pasó como las primeras sombras, sino que se detuvo en medio del espejo y fijó en Cayetano una prolongada mirada de indecible cólera y dolor... Llevó después sus manos á la cabeza en ademán de vehemente desesperación y desapareció. Era el espectro del marqués Rionero. No bien se hubo desvanecido aquella aparición Cayetano se levantó. Desde aquel momento su imaginación se había despejado y en su espíritu se reprodujo con todos sus detalles la escena de la noche anterior.

—¡Todo acabó!—dijo entre sí,—¡todo acabó! La

enemiga estrella que brilló sobre mi nacimiento, brille desde hoy sobre mi tumba; cúmplase mi destino; trónchese una existencia maldecida y de influencia tan fatal; expiaré el pecado de haber amado á la más hermosa de las humanas criaturas y de haber creído por un momento en la felicidad!

Cayetano dió un paso hacia el balcón; mas dobláronse sus rodillas y tuvo que apoyarse en la pared.

—¡No volverla á ver! ¡No volver á oír su voz! ¡Morir maldecido por ella! ¡Oh Dios mío! ¿Qué hice para ser tan desgraciado? Si mi padre cometió un delito ¿no lo expió con infamante muerte? ¿No lo expié también yo en veinte y siete años de las más crueles privaciones? ¿No lo expié viendo morir de hambre á mi madre y de tisis en un hospital á mi amada hermana? ¿No me lanzastes tú en medio de las generaciones como un ludibrio, como una ironía, como una caricatura? ¿No pusiste en mi corazón esa ardiente llama de amor para hacerme con ella una hoguera donde se abrasa hoy mi alma y mi existencia?... Perdona, ¡oh!... perdona mis locas palabras... Hágase tu voluntad en la tierra, como en el coro de los ángeles en el cielo. ¡Perdóname! ¡perdóname! ¡Soy tan desgraciado!...

Cayetano rompió á llorar y permaneció largo rato con la frente apoyada en las palmas de sus manos. La religión hablaba solemne á su corazón y se arrepentía sinceramente de las faltas de su vida; renegaba de su escepticismo y al fin creyó deber inmolarse por la honra de Oliverio Blackman, por la paz de Beatriz, por gratitud hacia el marqués y hasta para rescatar en parte la culpa de su padre. Un pensamiento, una idea terrible brotó en su mente. Enjugóse los ojos, acercóse á una mesa donde había recado de escribir, y con firme mano trazó las siguientes líneas:

«Señor marqués.—Cuando entréis en mi cuarto habré dejado de existir.

»Beatriz es libre... que nadie sepa el funesto descubrimiento de anoche. Atribúyase mi muerte á un momento de locura, á un acceso de *spleen*. Encima de mi mesa encontraréis una declaración firmada *Oliverio Blackman*, donde confieso haberme dado voluntariamente la muerte. Encontraréis además en mi cartera muchas letras sobre los bancos de Londres y París endosadas á favor vuestro... es una restitución que os hago del tesoro robado por mi padre. ¡Así pudiese restituir la vida á vuestra desgraciada esposa! Desde hace muchos años tenía el propósito de entregar á la familia de la víctima de mi padre (que por desdicha no conocía) una cantidad equivalente á la de las joyas robadas; y úl-

timamente, cuando estuvimos juntos en Nápoles, el motivo que me hizo separarme unos instantes de vuestro lado fué precisamente el de ir en busca de noticias relativas á la familia desposeída de aquel tesoro.

»Dejo todos mis bienes á Beatriz, á vuestra hija; encontraréis una declaración en mi cartera. Beatriz Rionero es legalmente la mujer de Oliverio Blackman y á ella corresponde mi fortuna; que goce de ella en compensación del mal involuntario que la he causado.

»Adiós, señor marqués: no os estorbará más una vida que os recordaría continuamente el crimen de mi padre. Adiós, no maldigáis la memoria del desgraciado

»CAYETANO PISANI.»

Redactada esta carta púsose á escribir rápidamente las dos declaraciones que mencionaba en ella, y después se preparó friamente á abandonar este mundo.

Las amarguras de su vida y su deformidad le habian hecho pensar muchas veces en el suicidio, y durante su residencia en Londres había compuesto un veneno muy activo sin antidoto alguno eficaz. De él había traído consigo una botellita y la conservaba con suma cautela. Había llegado el momento de hacer uso de ella.

Levantóse; se acercó á una pequeña maleta de viaje, la abrió y sacó de ella una cajita, y de ésta una redomita cuadrada, encima de la cual leíase en inglés: *acetato de morfina*. Colocó la redoma sobre la mesa y tocó la campanilla. Eran apenas las seis de la mañana.

—Entregad inmediatamente esta carta al señor marqués Rionero,—dijo al criado que se presentó á la puerta.

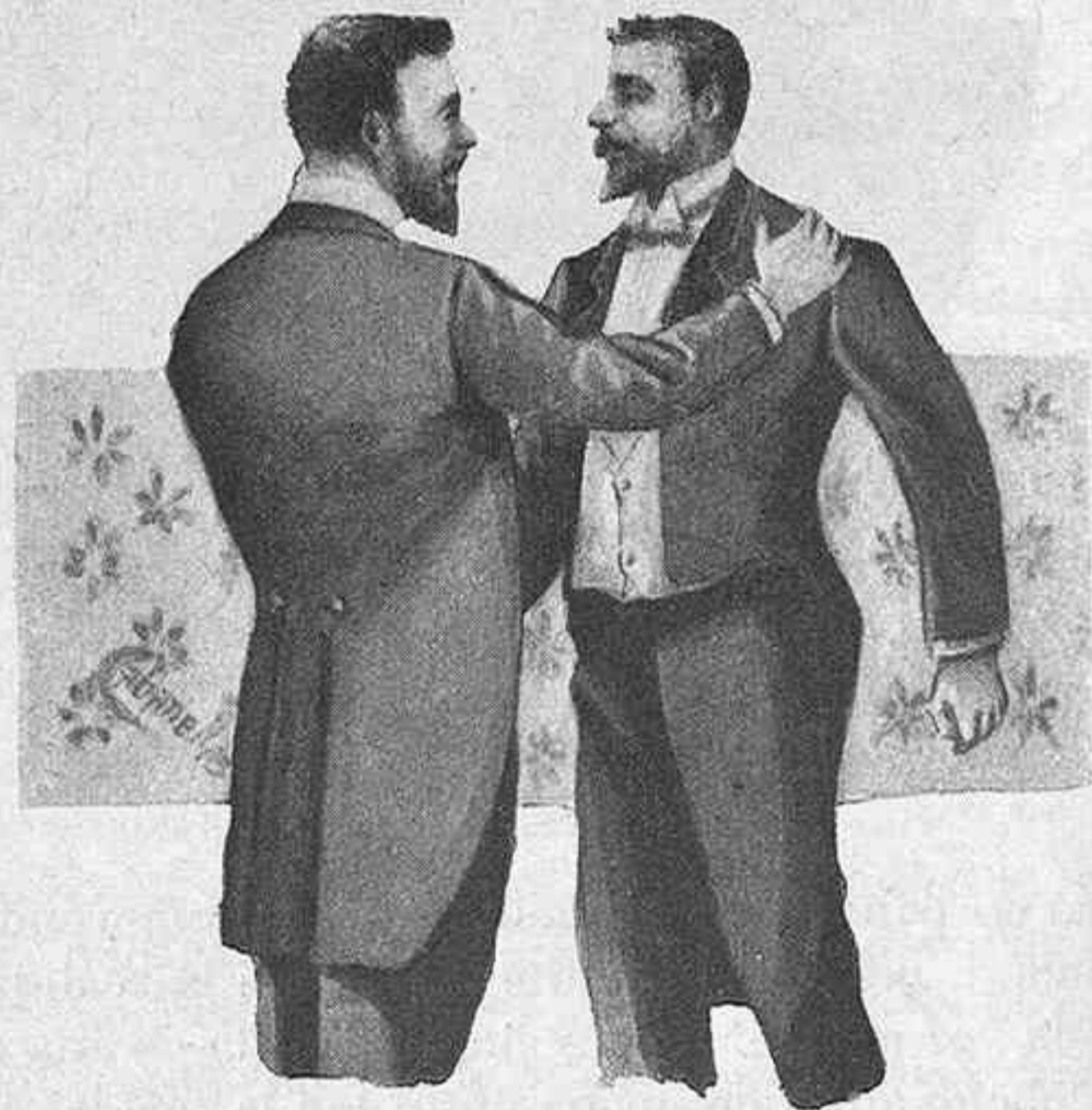
Y se sentó junto á la mesa.

Cayetano estaba frio como el mármol; su mano no había vacilado ni al escribir aquellas cartas ni al tocar la fatal botella. Próximo á des-

cender al sepulcro, dió un último adiós á la vida en sentidas frases, mezcla confusa de encontrados sentimientos.

—¡Beatriz!... ¡Oh Beatriz, esposa mia, adiós!... —terminó diciendo.—Que el Omnipotente tenga ahora piedad de mi alma y abrevie mi agonía.

Dicho esto, su mano derecha buscó sin temblar la botella, hizo saltar el tapón y la aproximó á sus labios. Mas una mano vigorosa detuvo su brazo, le arrebató la botella y la arrojó con violencia por el balcón.



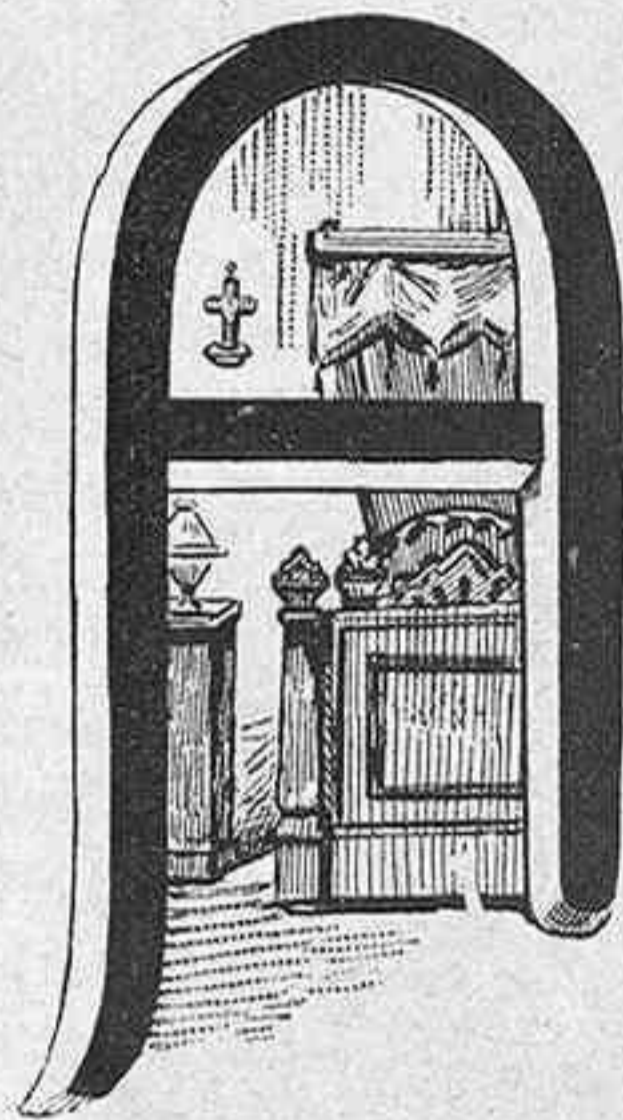
El médico se volvió rápidamente y encontró de pie junto á él al marqués Rionero que tenía en la mano izquierda la carta que acababa de recibir.

—¡Cayetano Pisani ya no existe!...—dijo con voz solemne el padre de Beatriz.—Esta carta me anuncia su muerte... Oliverio Blackman, tu vida me pertenece; antes de morir tienes que cumplir un deber sagrado... ¡salva á mi hija... que se muere!



XXXIII

EL SUEÑO



Loir la terrible revelación hecha por Cayetano en la funesta noche de sus bodas, Beatriz, como dijimos, cayó desvanecida en brazos de su padre. La delicada sensibilidad de aquella niña había estado sometida, durante aquel día, á emociones agradables,

pero demasiado fuertes; de modo que cuando ocurrió aquel impensado descubrimiento la pobrecita estaba ya cansada, y fué tan rudo y cruel esta vez el golpe, que cayó rendida cual tierno abedul tronchado por violento y repentino huracán.

El marqués llamó á los criados para que auxiliasen á su hija, que en brazos llevó él mismo á su antiguo cuarto, ocultando lo acontecido y diciendo solamente que le había sobrevenido un desvanecimiento, producido tal vez por las vivas emociones del día. Añadió que no quería que su hija ocupase la cama nupcial hasta que se hubiese desvanecido esta momentánea indisposición.

El nombre y la existencia de Cayetano Pisani era, pues, todavía un misterio para todos, y Oliverio Blackman continuaba en la quinta rodeado de las mismas atenciones y consideraciones de siempre.

Tan rápido había sido aquel suceso, que nadie se había acostado aún; por lo tanto todos los familiares de la quinta estuvieron en un momento alrededor de Beatriz, tratando de hacerla volver en sí. Pero fueron ineficaces los cuidados é infructuosos los remedios usuales; Beatriz continuaba en su dolorosa inmovilidad: respiraba libremente, pero esta era la única función que anunciase la vida en ella. Sus facciones estaban descoloridas; sus ojos, cerrados, proyectaban sobre sus mejillas una sombra cadavérica, y sus labios tenían la lividez de la muerte.

Pasó el resto de la noche en la más angustiosa expectativa. El marqués no dijo una palabra so-

bre Oliverio, y como le preguntasen por qué no se valía de sus luces en tan triste circunstancia, contestó que, rendido y tal vez también indispuerto, se había tendido en la cama y allí le había cogido el sueño.

Es indecible la impresión que en el ánimo del marqués produjo la carta de Cayetano, en medio de la lucha de afectos que desgarraban su corazón. De pronto quedó anonadado, creyendo que no existía ya el hijo de Pisani: este sacrificio de su propia existencia, transformó en parte los sentimientos de natural aversión que el padre de Beatriz sentía por Cayetano. Además, éste, con su testamento, atenuaba noble y generosamente un delito en que ninguna parte había tomado, fuera la de la culpable posesión del tesoro robado; culpa que confesaba haber tenido siempre la idea de enmendar con la restitución, que era lo que precisamente hacía en aquel momento. Por otra parte, Cayetano Pisani no había eclipsado por completo á Oliverio Blackman; el hijo del ladrón no cubría del todo al insigne médico inglés; el hijo del asesino de Albina no hacía olvidar del todo al que había devuelto la vista á Beatriz.

Todas estas ideas se agolpaban en la imaginación de Rionero poniéndole casi á punto de perder el juicio, y se apretó repetidas veces la frente, cual si hubiese querido retener por fuerza su fugitiva razón.

Lo más urgente era salvar la vida de los dos seres que Dios había unido y que reposaban bajo un mismo techo. La vida de su hija estaba en peligro, pero no tan inminente como la de Cayetano: éste había muerto tal vez ya y con él toda esperanza de salvar á Beatriz. Sin soltar la carta que acababa de leer corrió á la habitación de Cayetano; detúvose en la puerta y respiró viendo al médico vivo aún. Oyó su breve monólogo, vió la acción con que éste se disponía á absorber el líquido fatal, y, como sabemos, impidió el suicidio.

Cayetano no creyó á sus propios oídos cuando el padre de Beatriz profirió distintamente estas palabras: *¡Cayetano Pisani ya no existe!*... Tanta generosidad hizo vibrar en el corazón del doctor la cuerda más bella y armoniosa: la virtud. Sintióse poseído del poderoso deseo de imitar tan delicado proceder, de sublimar el arre-

pentimiento con los más inauditos sacrificios, de continuar la expiación de la falta de su padre con una serie de actos de la más ciega abnegación.

—¡Es verdad!—exclamó Cayetano cayendo á los pies de Rionero,—es verdad... Providencia en la cual yo no creía, ¡qué bien reconozco tu mano omnipotente y salvadora! ¡Oh gracia celestial! ¡cuán admirablemente se desarrollan tus obras en este suelo! ¡Y vos, señor, consentis que viva yo!... Señor; postrado á vuestras plantas, os juro que no alentaré más que para depender de vuestras órdenes; yo salvaré á vuestra hija; la devolveré la vida como la devolví la vista, y cuando esté salvada, si me decís: muere, bastará un instante para que haya desaparecido yo de la faz de la tierra.

El marqués levantó á Cayetano y le dijo friamente:

—Venid... el porvenir está cubierto con un fúnebre velo y mi alma está triste como la muerte... Venid; ahora se trata de salvar á Beatriz... Cayetano Pisani no existe ya... Recordad que para todos sois aun Oliverio Blackman, el marido de Beatriz Rionero.

Dicho esto desapareció, mientras Cayetano lanzaba un grito de alegría y prorrumplía nuevamente en llanto.

Momentos después entraba en la habitación de Beatriz.

A la derecha de la cama estaba el marqués, á la izquierda Carolina, á los pies Gertrudis. En el rostro de estos tres personajes estaba retratada la más cruel angustia. Reanimáronse empero las facciones de las dos mujeres en cuanto vieron llegar al médico. Aproximóse éste á la cama; contempló largo rato en silencio á la enferma, tomóla el pulso, y por breve espacio de tiempo quedó meditabundo. Los ojos de todos estaban fijos en su rostro con ademán de interrogadora ansiedad.

—Dentro de un cuarto de hora Beatriz recobrará el sentido,—dijo Cayetano;—abrid el balcón...

Cumplióse su orden y una oleada de dulces exhalaciones penetró en la estancia. Cayetano escribió rápidamente una receta que mandó ir á buscar sin demora y se puso de nuevo á contemplar á la enferma. A los pocos minutos una ráfaga casi imperceptible de color apareció en las mejillas de Beatriz, color que se fué acentuando hasta que se fijaron dos rosas en sus mejillas.

Cayetano llamó aparte al marqués y en voz baja le dijo:

—Me voy, pues Beatriz está próxima á recobrar enteramente los sentidos. Ya comprenderéis lo perjudicial que sería para ella el verme



en este momento... No la abandonéis, y en cuanto haya abierto los ojos suministradla la poción que he ordenado.

Retiróse después de haber tomado el pulso á la enferma y de haberla contemplado unos segundos con indecible ansiedad.

Poco tardó Beatriz en abrir los ojos tan placidamente como si despertase de un tranquilo sueño.

—¡Hija mía!—exclamó el padre sin poder decir otra palabra, y riendo y llorando á un mismo tiempo.

—¡Padre mío!—murmuró la niña con voz tan débil que apenas se pudo percibir.

Volvióse Beatriz hacia la izquierda y encontró el semblante de su amiga que estrechó y besó su mano con fraternal amor. Sonrióse la enferma con tal dulzura que pareció que nada triste le había acontecido.

—Estaba segura de teneros á mi lado,—dijo al poco rato;—vosotros no abandonáis jamás á la pobre ciega.

El marqués y Carolina cambiaron una mirada de dolor; el primero se apresuró á llevar al estado normal las ideas de su hija, diciéndola:

—Yo, hija mía, no te abandoné ni un instante

mientras fuiste ciega y ahora tampoco me alejaré de tu lado; no puedo vivir sin tí. Carolina ha estado también junto á ti durante tu sueño; no ha querido acostarse temiendo que estuvieses enferma y que tuvieses necesidad de su auxilio.

Beatriz volvió los ojos hacia su amiga, como para darla las gracias con una mirada llena de ternura.

—Estabas indispuesta, hermana mía,—la dijo Carolina,—y yo no podía dormir. ¡Me es tan grato velar junto á tí! ¡Me daba tanto placer verte dormir!

—¡Cuán bella eres, Carolina, y cuánto te quiero!—exclamó Beatriz.—¡Oh!... No me abandonarás jamás, ¿no es verdad? No me abandonarás jamás, como no me abandona mi padre... ¡Oh!... Habéis hecho bien de estar junto á mí mientras dormía. ¡He tenido un sueño tan feo... y luego tan bonito! Parecióme que estaba á punto de casarme; todas las habitaciones de esta quinta resplandecían de luz y resonaban de festivas voces... Por todas partes veía dulces sonrisas, rostros felices y sonrientes; mi padre y un ángel estaban á mi lado; el ángel era mi Carolina, mi hermana, mi amiga... Todos buscaban al novio... y de pronto se abre una puerta, que hasta entonces había estado cerrada, y sale un hombre. ¡El novio! ¡el novio! gritaban todos; pero éste parecía vacilar en acercarse á mí; después me cogió por la mano y me guió hacia el tálamo; mas de repente se apagaron todas las luces, callaron todas las voces, cesaron los cantos, y la obscuridad y el silencio lo invadieron todo... Y cuando estuvimos solos en la cámara nupcial, una voz que yo no vi de donde salía, una voz misteriosa y solemne hizo llegar á mis oídos estas terribles palabras: «El hombre con quien te has casado, es el hijo del asesino de tu madre». Yo lancé un grito de terror y me pareció que perdía el sentido. Un instante después se iluminó de nuevo la habitación, pero con una luz que parecía la puesta del sol, y por los aires resonó un coro de ángeles que cantaba:

Sui colli beati degli astri più belli;
Vicino alle tombe dei muti fratelli;
Tra le aure fuggenti che parlano amore.
Col giorno che muore—è bello il morir!

Se al letto paterno la fronte riposi,
E vedi l'amica dagli occhi pensosi.
E senti la madre toccarti col viso,
E bacio, e sorriso—di morte il sospir. (1)

Y mientras este coro, acompañado de sublimes arpas celestiales, transportaba mi espíritu á sitio diferente de este obscuro y bajo universo, senti que mi padre me estrechaba entre sus brazos... Creí por un momento que estaba muerta.

Una idea luminosa pasó como una exhalación por la mente del marqués... Su fisonomía se abrió á la esperanza.

Carolina dió á beber á la enferma la poción recetada por el médico y Beatriz la tomaba maquinalmente.

Entretanto el marqués creyó que debía tomarse una resolución arriesgada, pero decisiva: tocó la campanilla y dió una orden al criado que se presentó. Poco después aparecía Cayetano á la puerta de la habitación.

El marqués corrió á cogerle de la mano, lo presentó á su hija y le dijo con risueño tono:

—Mira, Beatriz. ¿Crearás que el pobre Oliverio ha adivinado el sueño que has tenido? Mira, tiene miedo de presentarse ante tí, como lo tendría el hijo de Nunzio Pisani.

Cayetano quedó sorprendido: cogió al vuelo la sublime y generosa idea que había brotado del alma del marqués, y le dirigió una mirada de inefable gratitud.

—Adelantáos, Oliverio,—añadió Rionero,—venid á disipar la desfavorable impresión que un sueño sumamente triste ha dejado en el ánimo de vuestra esposa durante el delirio á que ha estado sujeta á consecuencia de las grandes emociones de anoche; venid, abrazad á vuestra mujer, ¿no véis que ella os aguarda?

Cayetano dirigió al cielo una mirada que revelaba todo el dolor de su pasada vida. Cayó de rodillas junto al lecho y quedó allí mudo... sorprendido de las admirables vías de la Providencia y anonadado por la generosidad del marqués.

Beatriz le tendió su mano.

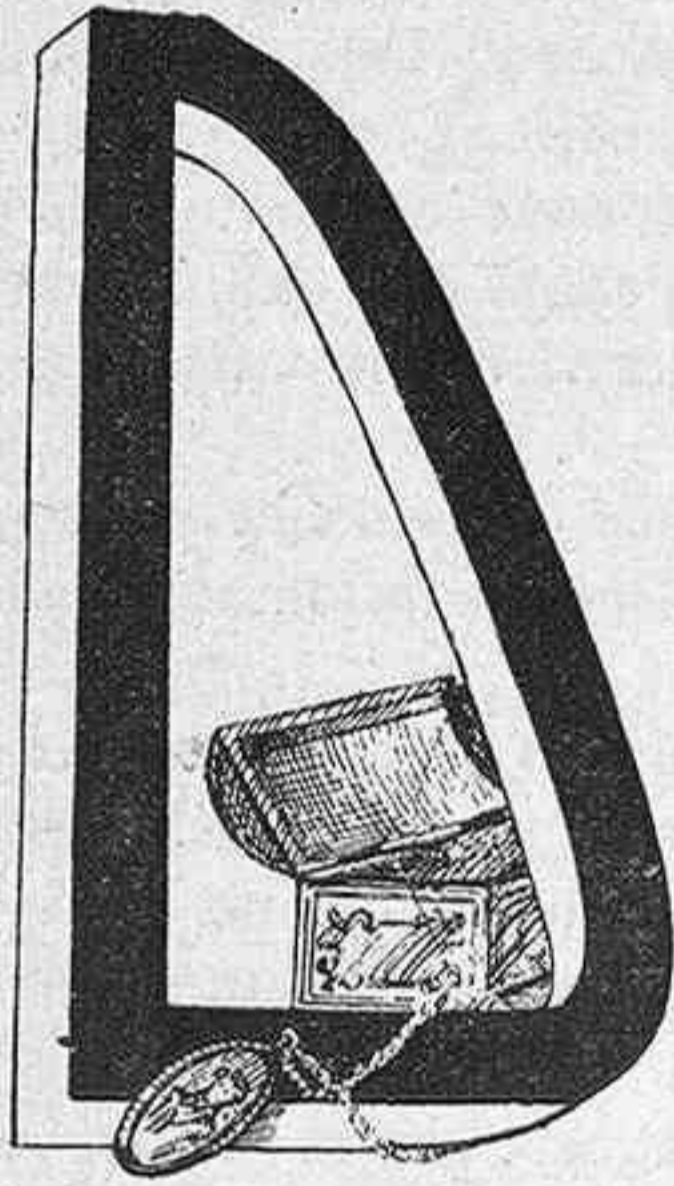
—¡Perdón, Oliverio,—le dijo,—perdón!...

Cayetano sólo contestó imprimiendo un respetuoso beso en la mano de su amada.

(1) Versos de Sav. Cost. Amato.

XXXIV

LA HABITACIÓN DE ALBINA



DESDE el momento en que el mismo marqués Rionero había tan generosamente borrado la mancha que infamaba á Cayetano, se efectuó en el carácter del joven una admirable transformación. Redimido por la Providencia de la ignominia de un nombre execrado, se había vuelto profundamente religioso, y la

sublime virtud de Rionero le hacía amar al género humano. Rionero le tendía la mano y le sacaba de un abismo de infamia y de envilecimiento, le ennoblecía á sus propios ojos y le daba un ejemplo vivo de la altura á donde puede llegar el alma humana cuando está verdaderamente inspirada por la Palabra eterna. Rionero no solamente olvidaba el crimen de Nunzio Pisani, sino que en un arranque de heroica generosidad, borraba para el hijo la vergüenza de su nacimiento, le devolvía su estimación y se tenía por satisfecho de un enlace que habría debido causarle repugnancia y horror.

Cayetano juró dedicar su vida á merecer cada vez más el aprecio del marqués Rionero; existía un sér á quien podía decirle sin ruborizarse: «Yo soy Cayetano Pisani que se ha regenerado en Oliverio Blackman»; hoy le rodeaba una familia, un padre, una esposa adorada, amigos sinceros y criados cariñosos; hoy creía en algo en que antes no había creído, en la virtud; hoy, en fin, tenía por cumplir en la tierra la noble y bella misión del cristiano: el amor y la caridad.

A media noche del 29 de Junio estuvo á punto de tocar la cúspide de la felicidad; media hora después había caído en los más profundos abismos de la desgracia: al amanecer del día 30 no veía otro puerto de salvación que la tumba, á la cual se abandonaba; poco después la felicidad le volvía á elevar, sonriente y confiado, á la cima de las satisfacciones humanas.

El primer deber que Cayetano se impuso fué el de devolver la salud á Beatriz. Esta, al volver en sí, había quedado en dolorosa postración de fuerzas y eso afectaba ligeramente su razón...

Hallábase en ese estado en que se encuentra un convaleciente después de un año de enfermedad: le silbaban los oídos, tenía frecuentes vértigos que nublaban su vista, hasta el punto de que á veces creía haber vuelto á cegar, cual realmente lo creyó al volver en sí la vez primera.

Abatida por la fiebre, no pudo abandonar el lecho. Allí la rodeaban constantemente cuatro seres amados y amantes; su padre, tesoro inagotable de ternura; Carolina, personificación de la amistad más pura y delicada; Gertrudis, tipo de la más ardiente y respetuosa abnegación; Cayetano, el hombre á quien ella había consagrado su vida entera y que en cambio le dedicaba el más puro afecto.

El médico dispuso que durante el resto del día 30 se le hiciese beber á la enferma, de hora en hora, una poción sencilla y á propósito para calmar suavemente la fiebre. Al día siguiente, Beatriz tenía el pulso más tranquilo y no le dolía la cabeza; pero estaba menos sonriente, menos locuaz, menos expansiva que en el día anterior.

El marqués había evitado cuidadosamente traer á su memoria cualquier circunstancia que le pudiese hacer recordar la escena ocurrida en la cámara nupcial. Con suma habilidad había logrado persuadirla de que en cuanto penetró en la habitación, después de la sagrada ceremonia, había sido atacada de un desmayo, durante el cual había tenido el sueño que ella refiriera.

Esforzábanse todos en sacarla de su abatimien-



to y ella correspondía con cariño á sus cuidados, pero dejaba entrever en el fondo de su alma una melancolía que inútilmente se esforzaba en ocultar.

No se le escapó á Cayetano el estado de ánimo de Beatriz y lo atribuyó á la postración nerviosa que le había dejado la fiebre. Para alejar esta tristeza, recobrar aquella fuerza del cuerpo que la comunica al espíritu y proporcionarla saludables diversiones tenía que abandonar el lecho; y por lo tanto se levantó al día siguiente, pareciendo haber salido de una larga enfermedad. Difícilmente pudo llegar al salón apoyada en los brazos de Carolina y de su padre.

En todo el día sólo tomó una taza de caldo; al día siguiente ya se sintió mejor y almorzó ligeramente con la familia, persistiendo rápida la mejoría.

Entre tanto la cámara nupcial seguía desocupada. Beatriz estaba ya completamente restablecida y sin embargo Cayetano no decía palabra sobre sus derechos de esposo. Esperaba una señal del marqués para poder correr á aquella felicidad que ya no osaba esperar.

En el segundo piso de la quinta, destinado casi todo á la duquesa de F..., tía del marqués, había una habitación que estaba siempre cerrada. Nadie podía entrar en ella á excepción del marqués, que era el único que tenía la llave. Esta habitación estaba destinada á Albina de Saintanges, es decir, encerraba todo lo que había sido de uso de la infeliz; objetos que le habían sido caros y que el marqués conservaba intactos; los muebles que prefería y que eran de su uso habitual; sus vestidos y los útiles propios para labores de mujer. á que era aficionada la madre de Beatriz, y los libros que más le gustaba leer.

Visitaba cada día el marqués esta habitación, cerrándose por dentro con llave y permaneciendo algunos minutos allí. Era para todos un misterio el empleo que de aquel tiempo hacia Rionero; lo cierto es que siempre salía de allí tranquilo y sereno.

Beatriz, durante el tiempo de su ceguera, había sido conducida allí por su padre; el marqués solía escoger los días más memorables y de más grato recuerdo, tales como el día del cumpleaños de Albina, el de su matrimonio y el del nacimiento de Beatriz. En estas ocasiones rezaba en aquella habitación, junto con su hija, por el alma de su respectiva esposa y madre. Era un gran día de júbilo para la ciega aquel en que se le permitía visitar la estancia de su madre.

El 12 de Julio era precisamente el aniversario del cumpleaños de Albina.

Beatriz esperaba ahora con impaciencia la llegada de ese día, pues por primera vez le conce-

día el cielo que pudiera visitar la habitación de su madre en el pleno goce de la vista. Rionero no se lo quería consentir, pero tales razones expuso Beatriz, que se vió precisado á contentarla no dejando de recomendarla vivamente que permaneciera poco rato allí.

Nada había dicho Rionero á Cayetano de la existencia de aquella habitación para evitarle tan doloroso recuerdo: tampoco conocían aquel secreto el conde Franconi y su hija; la memoria de su mujer tenía para él algo de tan sagrado, que temía profanarla al contacto de los demás hombres.

Separáronse, pues, unos instantes Rionero y su hija de sus huéspedes, y juntos subieron al segundo piso y se encaminaron á la estancia de Albina. Esta habitación estaba arreglada como si viviese en ella la mujer á quien los muebles pertenecían. Al entrar allí Beatriz lanzó un grito de sorpresa y dos lágrimas surcaron sus mejillas. Había visto colgado en una pared el cuadro que representaba la Virgen y Rafael, cuadro que estaba precisamente en la cámara nupcial de Albina en la quinta de Pórtici. A aquella Virgen cada día Albina hacía dirigir los ojos y las oraciones de la pequeña Beatriz cuando esta se levantaba de la cama.

También aquella vez el marqués y su hija rogaron por el alma de Albina de Saintanges. Después el padre, para satisfacer el deseo de su



hija, se alejó dejándola sola en aquel templo de desgarradoras memorias.

Beatriz tocó y besó, como solía, todos los objetos; se sentó en el silloncito donde su madre acostumbraba entregarse á la lectura; abrió la librería, examinó uno por uno todos los volúmenes, en muchos de los cuales un pedacito de papel señalaba los pasajes más notables ó que más habían excitado la admiración de la lectora.

Inútil es decir que no dejaba cosa alguna por observar; todo lo cogía y lo examinaba con suma atención.

Hubo momentos de tierna expansión para la joven, que encontraba entre aquellos objetos la aurora de su vida, el cariño de amante madre; vió allí sus vestiditos, sus camisitas, sus mueblecillos y sus juguetes.

Entre los muebles había el cofre de donde Nunzio Pisani robó el cofrecito de las joyas. Beatriz tenía la llave que su padre le había entregado y se apresuró á visitar aquel último tes-

timonio del martirio de su querida madre. Aquel mueble estaba dividido en varios compartimientos; había muchos cajoncitos donde se conservaban las alhajas, adornos y otros objetos de lujo pertenecientes á la marquesa. Beatriz los examinaba uno á uno, metiendo la mano por todos los rincones, apareciendo cada vez nuevos objetos á su vista. En el fondo de uno de sus cajones tocó una especie de botón, abrióse un secreto y apareció á sus ojos un retrato en miniatura.

Beatriz lanzó un grito de sorpresa, cogió el retrato y se puso á contemplarlo... Sus ojos centelleaban de admiración y de placer; vivo rubor encendió su rostro.

En esto sonó un ligero golpe en la puerta. Beatriz, con un movimiento involuntario, ocultó la miniatura en su seno y fué á abrir.

Era el marqués Rionero que venía á reñirla dulcemente por haberse entretenido en aquella habitación más de tres horas.

XXXV

UN BAILE EN NÁPOLES



MUCHOS días pasaron desde aquel en que Beatriz visitó la estancia de su madre. Ningún acontecimiento notable se registró en la quinta. Cayetano seguía con inquieto afán

el estado moral de Beatriz, esforzándose inútilmente en hacer asomar á sus labios una sonrisa de alegría. El marqués Rionero creyó disipar la tristeza de su hija llevándola un día á la capital. Cayetano, aun cuando por su parte no habría consentido en aquella resolución del marqués, no se opuso, porque la voluntad de aquél era ley. Además, en esta excursión el médico veía un medio seguro de distraer á la joven que aun guardaba en el más absoluto silencio y pasaba los días junto á Carolina que hacía esfuerzos inútiles para animarla.

Beatriz seguía amando á la hija del conde, pero tenía en su corazón un secreto pesar que disimulaba cuidadosamente.

Fijado el día para el viaje á la capital, una mañana el marqués, Cayetano, el conde Franconi, Beatriz y Carolina, fueron en elegante carruaje á Castellammare donde tomaron el ferrocarril.

Beatriz se encontraba en un mundo nuevo... Mil impresiones la asaltaban; mil encontrados sentimientos hacían palpar su corazón, y durante el trayecto habíanse animado sus ojos y su alma parecía absorta ante tan gratas sensaciones.

Llegaron á Nápoles. Era la primera vez que la joven oía el rumor de la capital y veía tanta gente por la calle, tan hermosos palacios, tan suntuosas tiendas, tanto movimiento y tanta animación. Los mercados bien provistos, los cafés atestados de gente, los almacenes llenos de todo lo que el lujo sabe inventar de más rebuscado le causaban tal sorpresa, que miró á todas partes extasiada y silenciosa. La calle de Toledo y la Ribera del Chiaia le causaron admiración y placer. Carolina le explicaba todo lo que ella parecía no comprender, nombraba las calles más notables, los más célebres palacios y las iglesias donde se admiran las obras maestras de las más bellas artes.

Rionero se felicitaba de haber tenido la idea de llevar á la capital á su hija en cuyo rostro asomaban saludables colores y en cuyos ojos brillaba la alegría.

Mas Cayetano había fijado su mirada sobre su joven mujer y se ocupaba exclusivamente en espiar sus pensamientos. No se dejaba engañar

fácilmente por la fugitiva sonrisa que había asomado en sus labios; la vivacidad que alegraba sus ojos no engañó el amor de Cayetano, quien veía en el fondo del alma de la joven una angustia que desgarraba su corazón por no poder averiguar su causa. Estaba, pues, distraído y silencioso, tomando escasa parte en la conversación del marqués y el conde y contestando con monosílabos á las preguntas que le dirigían.

El carruaje se detuvo en el extenso patio de una cochera, casi al extremo de la Ribera del Chiaia. Era la habitación del conde Franconi.

Desde el día anterior se habían hecho los pre-

parativos necesarios para recibir á los distinguidos huéspedes. Sirviéronles un excelente almuerzo, reinando entre los comensales la más cordial amistad y dispensándose á los novios los más delicados obsequios.

Para dar una agradable sorpresa á sus huéspedes el conde había dispuesto secretamente un baile para la noche.

La casa del conde tenía fama por sus recepciones y por sus veladas, pero aquella noche Franconi se había excedido á sí mismo, como suele decirse en la buena sociedad.

Aquel año Nápoles estaba atestada de foraste-



ros; parecía que las naciones europeas se hubiesen dado cita en aquella ciudad reina del Mediterráneo. La afluencia de extranjeros era inmensa en los salones del conde Franconi; gran parte del cuerpo diplomático, los ministros extranjeros y los secretarios de embajada habían acudido allí; la política, la ciencia y la riqueza se daban la mano, se confundían en las evoluciones del rigodón y en las cadenciosas vueltas del vals.

El baile estaba brillantísimo y animado; la polka, recientemente importada de la capital de Francia, imperaba por su novedad, por su gracia y por su viveza; cien parejas se lanzaban animosas á los caprichosos movimientos de la danza polaca. Aquello era un torbellino de mujeres hermosísimas y de elegantes caballeros.

En las salas donde no se bailaba se habían formado variados grupos. Los balcones que daban á la Rivera estaban atestados de guardias marinas, que no habían tomado parte en el bai-

le, y de otras personas á quienes la edad no permitía dedicarse á los placeres de la juventud.

Beatriz estaba sentada en un ángulo del salón. Carolina, que por un rato la había hecho compañía, habíase lanzado con delirio al baile que constituía uno de sus gustos favoritos.

Renunciamos á describir las sensaciones que experimentaba Beatriz. Era la primera vez que asistía á un baile, la primera vez que pasaban ante sus ojos, como fantasmas de agradable sueño, tantos seres felices, jóvenes, bellos y sonrientes. Ella era la única entre las jóvenes que no bailaba; la pobrecita no sabía bailar. Carolina y su padre, con extrema delicadeza, habían hecho correr por el salón la voz de que á la Rionero se le había muerto una parienta lejana, para dar un pretexto á la abstención de su amiga. Por una feliz coincidencia Beatriz vestía de negro; había hecho voto solemne de vestirse de negro la primera vez que fuese á Nápoles después de recobrar la vista.

Muchas distinguidas señoras se habían aproximado á la hija del marqués Rionero, dirigiéndola cariñosamente la palabra. Beatriz estaba en la más cruel indecisión, pues debía sonreír, conversar, fingir calma é indiferencia, mientras su corazón experimentaba una mortal angustia, un vehemente deseo de llorar. Estaba pálida y abatida; trataba de ocultarse bajo los pliegues del cortinaje; habría dado la mitad de su vida por estar lejos de aquel sitio, por encontrarse en su cuartito de Sorrento.

Cayetano no estaba en el salón.

Había pretextado para no bailar lo poco acicalado de su traje, y realmente aun cuando vestía con elegancia, su traje no era para figurar en un baile. Entretanto el nombre de Oliverio Blackman había recorrido los diversos grupos de los hombres que más al corriente estaban de la celebridad del día; de modo que cuando él apareció en la puerta del salón, circuló un murmullo entre las parejas que bailaban y los que estaban de pie junto á las damas. Muchas miradas se dirigieron alternativamente á Cayetano y á la hija del marqués.

Beatriz oyó pronunciar detrás de ella el nombre de Oliverio, levantó los ojos y encontró muchas miradas irónicas, en las cuales creyó adivinar cierto aire burlón; vió á su esposo en quien estaba fijada la atención general y la infeliz se ruborizó. Era la primera vez que se avergonzaba de su marido.

Cayetano vió aquel rubor y lo comprendió todo; sintió que se desgarraba su alma; mas esta vez no maldijo ni á los hombres ni á la naturaleza, no renegó de su destino; aceptó con resignación su dolor... Aquel noble joven había, con decidida voluntad, transformado su sér; su vida tenía por objeto, no ya su propia felicidad, sino una interior abnegación para buscar con afán la del marqués y la de Beatriz.

Al dolor que el corazón de Cayetano sintiera viendo que era blanco de las burlonas sonrisas de aquella turba elegante y al descubrir el rubor de Beatriz, había sucedido una inmortal inquietud por el estado en que veía á su querida mujer. Una viva palidez había reemplazado al rubor que encendiera sus mejillas; la joven sufría; el ojo investigador del médico no se equivocaba.

Había acabado un vals. Cayetano aprovechó aquella confusión que sigue á la danza y se aproximó á Beatriz.

—Beatriz,—la dijo en voz baja,—¿sufrís?

—Sí, Oliverio, sí, sufro... ¡y vos también me habéis abandonado!

—¡Abandonaros! Mis miradas no os han dejado ni un instante; pero las conveniencias sociales... debéis saber que á los ojos del mundo es

un delito el que un marido y mujer estén lado á lado en un baile...

Al pronunciar estas palabras Cayetano había fijado una investigadora mirada en el rostro de la joven, quien bajó los ojos con visible inquietud y sólo contestó con un suspiro.

—Vamos á cualquier otra habitación,—dijo al poco rato,—aquí siento que me ahogo.

Levantóse: siguióla Cayetano; atravesaron varios salones y fueron á ocultarse en una piececita poco iluminada. Beatriz se dejó caer en un diván.

Cayetano se había quedado de pie junto al balcón y se mantenía en silencio; pero el estado en que veía á la mujer de su corazón le alarmó de tal manera que acercándose á ella

—Beatriz,—la dijo,—soy el más desgraciado de los hombres; hace algún tiempo que sufrís y me ocultáis la causa de vuestras lágrimas y de vuestros sufrimientos. No la ocultáis al médico ni al marido, sino á vuestro amigo. Tened piedad de mí, no desgarréis este corazón que tanto os ama, tened confianza en mí, pues espero probaros que la merezco... ¡Dios nos concede este momento de soledad en estos salones donde todo en apariencia sonríe, y donde nadie puede sospechar que haya dos corazones que tanto sufran!... Decid, Beatriz, decid qué es lo que os aflige; no temáis, estoy pronto á sacrificarlo todo á vuestra felicidad... Si el título de mujer mía lleva el rubor á vuestro rostro, si esta es la causa de la tristeza que os oprime, decídmelo, Beatriz, decídmelo. ¡Quién sabe! He jurado en mi corazón haceros feliz á cualquier precio, hasta con el sacrificio de mi vida! Dimelo, Beatriz, háblame en la candidez de tu alma; si mi deformidad te inspira un sentimiento de aversión que tu corazón vencer no puede, dímelo, porque yo lograré...

—¡Qué!—exclamó Beatriz;—vos...

—Lo podré todo, Beatriz, para arrancar la tristeza de vuestra alma. Si mi mano ha obrado un prodigio con devolveros la vista, otro prodigio obraré para declarar nulo nuestro matrimonio y restituiros la felicidad.

—¡Oh! ¡la felicidad!... Esta se me escapa con la vida. ¡Hombre generoso: yo no me avergüenzo del título de mujer tuya, antes bien estoy orgullosa de él! La causa de mi tristeza ni yo misma la conozco... Yo no sé qué pasa en mi alma, pero siento que no podrás hacer nada para desvanecer el presentimiento de un próximo fin.

Al terminar esta frase, que llegó confusa al oído de Cayetano, tan débil era la voz de la joven, abrióse una puerta que estaba perfectamente disimulada en la pared; bajo esta puerta había aparecido un hombre. Cayetano dejó escapar un grito de sorpresa.



—¡Amadeo Santoni! — exclamó. — ¿Vos aquí, caballero? ¡Dios del cielo, á qué estado le reduje!

—Beatriz, nuestros papeles se han cambiado: vos gozáis de la vista, yo estoy privado de ella para siempre,—dijo el caballero Amadeo sin mostrar ira ni emoción.

Aquel hombre era sólo una sombra de sí mismo. Treinta años de más no le habrían envejecido tanto como aparentaba estarlo. Espesa é inculta aparecía su negra barba que hacía resaltar más la extremada blancura de su rostro. El dolor había dejado una poderosa huella de su paso sobre aquellas facciones, en las cuales aparecía una serenidad tal que llenó de admiración á Cayetano.

Beatriz estaba como atontada. Con la mirada fija sobre aquel hombre que se le presentaba cual fantástica aparición, con los labios cerrados, parecía estar esperando la solución de aquel enigma.

—Adivino vuestra sorpresa, Beatriz: no esperábais encontrarme aquí y en este estado en que me ha puesto vuestro esposo Oliverio Blackman.

—¡Qué!—exclamó la joven mirando al médico,—¡vos, doctor!

Cayetano se cubrió el rostro con las manos.

—No ha sido Oliverio,—se apresuró á añadir Amadeo,—sino Aquél que da las penas adecuadas á las faltas. Escúchame, Oliverio, escúchame con atención. En los primeros momentos en que me convencí de haber quedado ciego, no sé decirte los accesos de rabia y desesperación á que me abandoné; rugía como un león, blasfe-

maba contra todos los hombres, pasaba todo el día execrando al universo. Yo conocía perfectamente al autor de la horrible desgracia que había caído sobre mí; mis imperdonables faltas me convencían de que únicamente Blackman podía haber inventado un género de venganza tan atroz contra mí, su enemigo. No descansaba pensando en la manera de aniquilarte, de desahogar la sed de venganza que devoraba mi alma. Denunciarte á la justicia... ¿cómo podría haberlo hecho? ¿Sobre qué indicios podría sentar la acusación? Y aun cuando hubiese logrado probar que tú me habías arrancado las pupilas, ¿no habrías revelado tú entonces al tribunal la tentativa de asesinato con que quise manchar mi vida?

»¡Lección tremenda! Todos aquellos amigos que poco antes habían estado conmigo en alegre banquete, que se deshacían en protestas de amistad, desaparecieron en cuanto me hirió la desventura; los pocos que aun me rodeaban, pareciendo interesarles mi estado, lo hacían con un fin innoble y malvado, el de aprovecharse de mi ceguedad para arrebatarme el dinero que fingían gastar en médicos y medicinas. ¡Médicos y medicinas! ¿De qué me servían? ¿No es indudable que yo no puedo recobrar ya la vista?

»Robábanme mis amigos y mis criados; no faltaban á veces la burla y el desprecio; ninguna palabra amiga animaba mis días de horrible soledad. Las lágrimas afluían todas á mi corazón... Estaba desconocido; la ropa me venía grande, comía poco y no fumaba, detestaba y maldecía todo lo que en otras ocasiones me alegrara.

»¡Oh! ¡cuán horrible fué la primera vez que me desperté ciego! Creía que era aún de noche. Escuché el reloj que dió la hora y conté las ocho de la mañana; lancé entonces un aullido de desesperación y busqué un arma con que quitarme la vida.

»Un día un amigo officioso me dijo que Beatriz ya no era ciega; que Oliverio Blackman la había dado la vista; esta noticia produjo en mí de momento un acceso de furor; mas desde aquel momento empezó en mí esa saludable reacción que ha logrado transformar tanto mi sér. Acudió á mi imaginación la idea de si todo aquello que me había acontecido era obra de una mano superior que quisiera de este modo castigar las infamias de mi vida pasada. ¡Cuántas veces, Beatriz, me había burlado de vuestra ceguedad! Y ahí me tenéis sumido en esta horrible condición en que os encontrábais vos. Ahí está mi necio orgullo reducido á la más completa impotencia. Aquí tenéis el más infeliz, el más debil de todos los seres, despreciado por cuantos gozan de la vida.

»Empecé á considerar friamente mi triste po-

sición. Un día un rayo divino iluminó mi mente: parecióme que podría aún crearme una sombra de felicidad en mi estado con el arrepentimiento, la resignación y el perdón. La divina máxima: *Perdona y ama á tus enemigos*, en lugar de exasperarme me consolaba. Pensé que al reconciliarme con el Sér Supremo no estaría solo; que en la noche de mi vida, arrimado á él, sería menos desgraciado. Este pensamiento que el cielo me enviaba me hizo tanto bien, que durante largas horas vertí abundante llanto que [fué para mi alma lacerada suavísimo rocío. Pedí á Dios desde el fondo de mi corazón que no me abandonase; pedile que perdonase las faltas de mi pasada vida. ¡Oh! ¡qué cambio se verificó en mí! Acepté con resignación mi desgracia, me puse á meditar tranquilamente sobre las locuras y vanidades de la vida, y no me juzgué tan infeliz como al principio. Mi ceguedad me ponía en un estado de eterna concentración; decidí hacer de ella un estado de plegaria perpetua. Al pensar que si no me hubiese ocurrido esta desgracia tal vez hubiera muerto en la impenitencia y en el pecado, bendecía al Creador por haberme dado un medio de reconocer mi error.

»La oración y la beneficencia ocuparon mis días. Vendí mi casa de la calle Nardones, despedí á todos mis criados y me concreté á vivir lo más modestamente posible. Quedábame un amigo, el conde Franconi: le rogué que me cediese una habitación en su casa, consintió y vine á vivir á este palacio. No puedo deciros lo que mi corazón experimentó cuando supe que vosotros dos, junto con el marqués Rionero, ibais á venir á pasar un día aquí. Había suplicado al conde que no revelase jamás que fuera yo su huésped, pues deseaba ser olvidado de todos, y el conde me complació. Cuando habéis llegado aquí y pasásteis por delante de mi habitación he oído la voz del marqués y la vuestra, Oliverio. No he querido tomar parte en el almuerzo para no turbar la fiesta con mi presencia. He almorzado solo en mi celdita, haciendo votos por vuestra felicidad.

»Mil veces he dado gracias al cielo, Beatriz, por no haber permitido nuestra unión. Conmigo, Beatriz, habriais sido muy desgraciada.

»Quería veros, pero no me atreví á suplicaros que viniéseis á mi cuarto; me avergonzaba de mi mismo. Nadie podía imaginar que, mientras la casa resonaba con los alegres acordes de la fiesta, en un ángulo de la misma casa, bajo este mismo techo, se hallase el caballero Amadeo Santoni reducido á la más miserable condición.

»Hace poco, desde ahí dentro, he oído vuestra voz, Blackman, y la vuestra, Beatriz; he supuesto que estariáis solos y me he decidido á presentarme á vosotros. Tenia necesidad de implorar



vuestro perdón, Oliverio, y el vuestro también, Beatriz... Sí, mi corazón estará más tranquilo cuando haya oído de vuestros labios la palabra de perdón que cada día le pido al Sér Supremo. ¡Oh! conceded al pobre ciego este consuelo; haced que pueda sentir en la mja vuestras manos.»

Cayetano se precipitó sobre la mano que el ciego alargaba, la besó con ternura y dejó caer una lágrima en ella.

—Soy yo, Amadeo, soy yo quien debo pedir os perdón; mi venganza fué vil, execrable, y tanto más infame cuanto más irreparable... ¡Perdonadme, Amadeo! ¡Abrazadme!

Aquellos dos hombres se arrojaron en los brazos uno de otro. ¡Noble triunfo de la Religión!

Beatriz habia quedado tan aturdida, tan sorprendida de cuanto habia oído y estaba viendo, que no acertaba á despegar los labios. Cayetano condujo suavemente de la mano á Amadeo hacia su esposa... Levantóse ésta, apretó la mano del ciego y le dijo con débil acento:

—Señor Santoni, adoremos los decretos de la Providencia... Si nuestra amistad puede aliviarnos en vuestra soledad, os la cedemos sincera y

afectuosa. Echemos un velo sobre nuestro triste pasado.

Dejáronse oír en esto muchas voces que preguntaban por los dos esposos. Amadeo se retiró á su habitación después de haber abrazado á Cayetano y depositado un beso en la fría mano de Beatriz.

Volvieron los esposos á la sala de baile; Carolina abrazó á su amiga y quedó pasmada viéndola excesivamente pálida.

Pasaron todos los convidados al buffet donde estaba dispuesto un espléndido refresco, después del cual reanudóse de nuevo el baile, con más ardor aun que antes.

La fiesta terminó al amanecer.

Cuando la luz de la aurora vino á iluminar en aquella casa los restos de la fiesta, un sentimien-

to penoso se apoderó de todos al notar en las facciones de Beatriz una lividez mortal.

Y cuando Carolina, después de haberla acompañado á la habitación destinada á los esposos, se despedía de ella deseándole buen reposo, la joven no pudo responder, porque un acceso de tos seca y cavernosa le cortó la palabra.

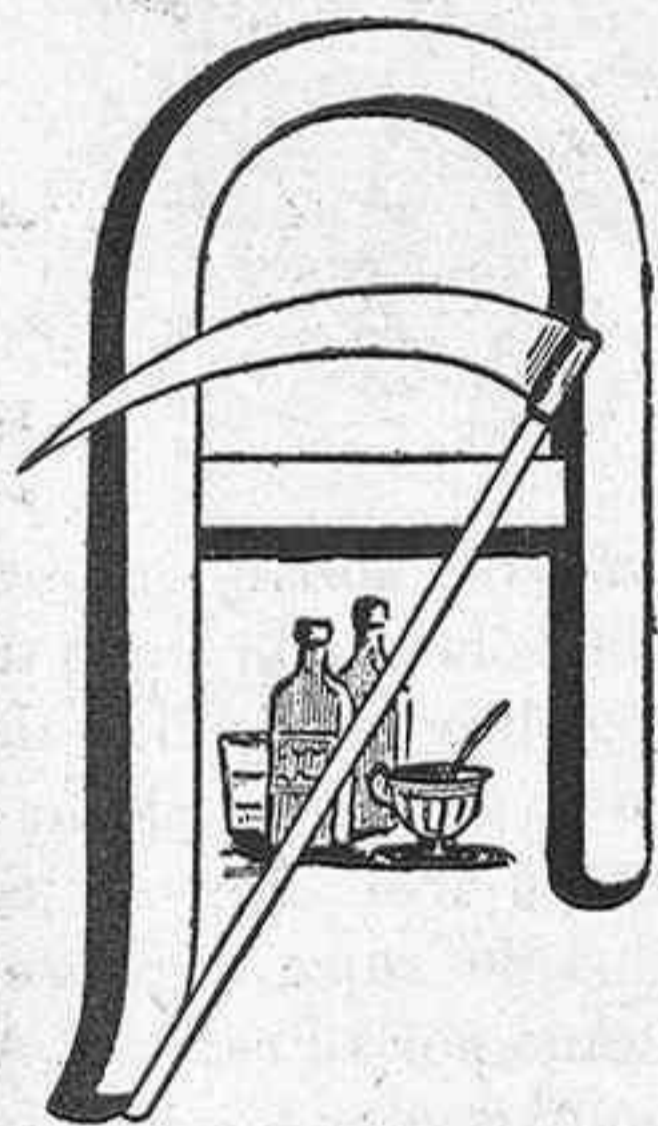
Cayetano y el marqués estuvieron un rato con Beatriz que cayó en una especie de sopor. Y cuando fué ocasión de retirarse, Cayetano dirigió al marqués una mirada implorando tácitamente la gracia de quedarse al lado de su adorada esposa.

El marqués comprendió lo que Cayetano le decía, estrechóle entre sus brazos, le hizo salir consigo de la estancia y le dijo á media voz:

—En Sorrento.

XXXVI

LA ENFERMEDAD DE BEATRIZ



la mañana siguiente, el marqués, Cayetano, Beatriz y Carolina regresaban á Sorrento á donde llegaron á las dos de la tarde. El conde Franconi había puesto gran empeño en que se quedasen algunos días en Nápoles; pero el marqués se excusó alegando el esta-

do de salud de su hija.

Beatriz sintió frío durante el viaje, de modo que fué preciso que se acostase á su llegada, y por la noche reapareció la fiebre acompañada de una tos seca y molesta. Cayetano prescribió algunos medicamentos.

Entonces se dió cuenta de que la enfermedad de Beatriz no era solamente moral; la fiebre que tiempo atrás padeciera no se había llegado á dominar; quedó latente y ella motivaba el abatimiento y la inexplicable tristeza de la joven.

La tristeza de ésta se comunicó á todos en la quinta. En nada se pensaba, en nada; el único pensamiento que á todos dominaba era la curación de Beatriz.

El marqués se esforzaba en ocultar á su hija

la inquietud que le inspiraba el estado de su salud, y este constante empeño en querer aparecer indiferente, en vez de consolarle le apesaraba más; su carácter se volvió huraño, desigual, seguía las variaciones que experimentaba el mal de su hija.

Calcúlese lo que le pasaba al pobre Cayetano. Al pesar indecible que le causaba la pérdida de una salud para él tan querida, se agregaba el tormento de no haber podido descubrir aún la índole del mal que minaba la existencia de la joven. Día y noche espiaba con mirada profunda é indagadora todos los movimientos del oculto enemigo que serpenteaba en el seno de Beatriz y que escapaba á sus investigaciones sin haber podido formar más que vagas é inciertas conjeturas. Era la primera vez en su vida que la naturaleza ocultaba á sus ojos su obra de devastación: la ciencia le abandonaba en la circunstancia más solemne de su vida.

Había jurado al marqués devolver á Beatriz su perdida salud. ¡Oh! ¡cuántas veces había hecho semejante juramento, seguro de sí mismo y con la entera convicción de remediar y alejar el mal! Mas Cayetano debía pasar por todos los grados de la expiación moral de su vida pasada: su orgullo de sabio se vería humillado; Cayetano había de confesar su ignorancia ante un mal que envenenaba la existencia de la única criatura á quien, muertos los suyos, había amado en la tierra.

Entretanto el mal adelantaba á grandes pasos: el sopor, el abatimiento, el malestar físico aumentaban cada día más. Beatriz parecía comprender la ineficacia de los recursos del arte, y este convencimiento no hacía más que hundir á la joven en aquella especie de apatía é indiferencia que se apodera de los enfermos que no creen ya posible su curación. Tomaba los remedios que se le daban, pero más bien por complacer á su familia que por confianza en ellos.

El marqués pasaba largas horas junto al lecho de su hija sin disimular ya la tristeza que le dominaba y fijos constantemente los ojos en ella. A veces un rayo de alegría iluminaba su semblante; era cuando la joven parecía menos trabajada por el mal, menos desconfiada de los remedios y menos ensimismada. Pero estos momentos eran raros y cortos; la enferma volvía á caer súbitamente en aquella especie de letargo que por largas horas la dominaba.

Una tarde, mientras Carolina estaba ocupada en otra habitación preparando una bebida para la enferma, ésta despertó de su letargo habitual; sentóse de repente en la cama, abrió desmesuradamente los ojos y se volvió hacia la derecha donde solía ponerse su padre. Rionero dormía con la cabeza apoyada en los brazos y éstos apoyados en la cama. La naturaleza había reclamado sus derechos; era aquel sueño de cansancio que sucede á las largas vigiliass. ¡Hacia tantas noches que no se acostaba! ¡Cuántas veces le había sorprendido el día junto al lecho de su hija! Los más grandes dolores como las más grandes alegrías no pueden sustraer al hombre al imperio de las leyes naturales; el hambre y el sueño reinan por igual sobre todos los seres sin tener en cuenta los sufrimientos del alma. Una ley providencial de la naturaleza ha dispuesto que el sueño haga sentir con más fuerza su dominio sobre dos ojos que hayan llorado mucho.

Beatriz fijó una mirada de ansiosa ternura en su padre; se inclinó é imprimió un ligero beso en sus venerados cabellos. No quería despertarle, pero su corazón sentía una extraordinaria necesidad de expansión, de amor y de ternura. ¡Hacia tantos días que no había dirigido la palabra á su infeliz padre, que no le había consolado con una esperanza, que no le había dado gracias por los asiduos cuidados con que á todas horas del día y de la noche velaba á su lado aquel padre incomparable!

Beatriz, después que hubo mirado nuevamente como dormía el autor de sus días, volvió á inclinarse sobre su cabeza, le dió en ella otro beso más fuerte, y después se la rodeó con ambos brazos y la estrechó contra su seno. Rionero se despertó. Hubo un momento de suprema alegría para su corazón. Sintió alrededor de su

cuello los brazos de su hija; sus lágrimas y sus besos se confundieron, y largo rato permanecieron abandonados á aquella dulcísima expansión.

—Padre mío,—decía con débil voz la joven,— ¡y tendré que dejaros! ¡dejaros para siempre!

—No, hija mía, no me dejarás; tengo confianza y hasta seguridad de que te pondrás buena; pero te lo suplico, aparta esta melancolía que te domina; haz por tener más valor, más ánimo; no te dejes abatir por esta indisposición pasajera.

—¡Pasajera, decís! ¡Oh, padre mío, Dios lo quiera! pero el mal que me corroe no os pasajero... ¡Si supiéseis cuánto sufro!



—¿Y por qué no explicas tus sufrimientos á Oliverio? Una palabra, una sola palabra que tú le dijeres, podría ponerle sobre las huellas de descubrir tu mal y estirparlo. Confiesa que haces mal en guardar con él un frío silencio. ¡Si supieses cuánto te ama! ¡Cuánto sufre el pobre! ¡Oh! ten piedad de él, yo temo por su razón... Á estas horas estoy seguro que está encerrado en su cuarto meditando sobre la extraña índole de tu mal... Habla solo todo el día, parece loco; hace mucho tiempo que sus ojos, como los míos, no se cierran al sueño. Dile, hija mía, dile una palabra; si ésta no le da luz á lo menos le dará consuelo. El pobre no solamente está devorado por el pesar de no poder conocer plenamente tu enfermedad, sino que teme además que ya no le quieres, y este pensamiento es mil veces más doloroso para él. Revélale lo que sientes, lo que sufres; haz que oiga yo tu voz bendita, hija mía. ¡Oh, no nos mates con tu silencio, ten piedad de todos nosotros, ¡ten piedad de mí!

—¡Oh, padre mío!—respondió Beatriz;—yo bien quisiera hacerlo todo para acallar tu afán, para ponerte contento. Quisiera decirte lo que sufro si pudiese, pero me siento tan mal... tan

mal, que no sé precisamente lo que sufro... Y luego, ¡si supieses como se alivia mi corazón viéndote á mi lado! Sí, padre mío..., para complacerte haré lo que desees; explicaré á tí... y á Oliverio lo que padezco... Sin embargo, debo decírtelo, mi buen padre: yo no sé lo que en mí ha pasado desde aquel día en que soñé que Oliverio era el hijo del asesino de mi madre... Hago todos los esfuerzos posibles para alejar de mí esta ilusión, pero me parece siempre descubrir en Oliverio algo que no acierto á definir, pero que me produce una especie de miedo y de repugnancia. Sé que hago mal, sé cuánto me quiere, cuán nobles y delicados son sus sentimientos; pero su aspecto, su mirada, su voz... ¡oh! su voz en particular me causa actualmente un efecto que no te acierto á explicar... Y si quieres que te abra enteramente mi corazón, te diré que la primera vez que estando ciega oí la voz de ese hombre me sentí poseída de un estremecimiento como si me hubiesen tocado una herida antigua; la voz de ese hombre me recordó otra voz horrible que resonó en mis oídos en la fatal noche del 23 de Enero de 1827: no sé por qué estas dos voces se aunaron instantáneamente en mi espíritu. Desde aquel momento, admirando el talento y el corazón de Blackman, jamás he podido evitar un sentimiento de desconfianza respecto á él; y, desde que tuve aquel sueño, la presencia de Oliverio me hiela la sangre, me da miedo... Y después, no sé... hace algún tiempo que su rostro me produce una impresión que antes no me producía... Me avergüenzo de decirlo, pero... una especie de visión... ha herido mi fantasía; he visto... un ángel... allá en la habitación de mi madre...

Profiriendo estas últimas palabras la voz de Beatriz era ténue, y estaban sus ojos velados por la debilidad, y su cabeza se dejó caer sobre las almohadas. Poco después había cerrado los ojos y vuelto á caer en su soporífero delirio.

El marqués no entendió ó no oyó las últimas palabras de su hija, pero le asustó la cadavérica palidez que había invadido su semblante. Tocó la campanilla y mandó llamar á Oliverio.

Cayetano se aproximó al lecho de Beatriz. Estaba más pálido y más abatido que la enferma misma; un dolor profundo estaba grabado en su semblante. A su vista el marqués prorrumpió en amargas consideraciones sobre la impotencia de la ciencia para salvar á aquella desgraciada.

—¡Y mi hija ha de morir así!—añadió Rionero.—No, no, si la ciencia es impotente, si vuestra mente y vuestro corazón nada os dictan para salvar á este sér que decís que tanto amáis, no será impotente el amor de padre. No, yo la arrancaré de las garras de la muerte, yo la salvaré con mi amor ó moriré con ella. Id, caballe-

ro, id á estudiar en los estériles volúmenes... vos estudiáis, y mi hija sucumbe á la infame enfermedad que me la roba... ¿Qué me importa vuestra erudición si para nada sirve, ni siquiera para darme á conocer el nombre de la serpiente que se abreva con la sangre de mi hija? Id, id, caballero... podéis estar orgulloso de vos mismo, de vuestra obra... de vuestros remedios... ¡Impostura! ¡Impostura!

Después de haber desahogado por completo en estos términos la angustia que le oprimía, comprendió que había herido mortalmente el corazón de Cayetano y se apresuró á añadir tendiéndole la mano:

—Perdonad, amigo mío, perdonad; no sé lo que me digo.

—Sé cuanto queréis decirme, señor marqués,—dijo el médico apretando aquella mano,—desahogad en mí vuestro justo dolor: ¡ojalá pudiese yo con mi sangre mitigar su intensidad!... Pero no nos abandonemos á inútiles reproches... Ocupémonos cuanto podamos en librar á esta mujer querida de la misteriosa enfermedad que amenaza llevársela... pues Dios ha querido castigar mi soberbia ocultando á mis ojos la índole del mal de vuestra hija, no tengáis reparo alguno por mí, yo os propongo una consulta, señor marqués.

—¡Una consulta!—exclamó sorprendido Rionero.

—Una consulta, señor marqués,—repitió Cayetano.—Tal vez lo que escapa á mis ojos no escapará á los de otro; tal vez Dios permitirá á los demás conocer la índole de este mal extraordinario.

—Pues bien,—dijo el marqués,—puesto que creéis que otro pueda indagar mejor que vos el mal de mi hija probemos este nuevo medio. Mañana reuniremos la consulta.

Carolina se presentó para suministrar á la enferma la poción descrita. A duras penas se la pudo despertar algo de su sopor para hacérsela beber. Fué casi preciso hacerla una ligera violencia para abrir sus labios y hacérsela tragar. Asaltóla una tos que le duró bastantes minutos.

Rionero escribió inmediatamente al conde Franconi suplicándole que le enviase los mejores médicos de la capital. En efecto, al día siguiente llegaron á la quinta Rionero cuatro de los más celebres profesores napolitanos.

Enterados detalladamente por el marqués, después de una larga deliberación, los cinco médicos pidieron ver á la enferma y fueron conducidos á la estancia de Beatriz.

La jovencita no estaba á la sazón oprimida por el acostumbrado sopor; parecía más aliviada. Sin embargo, cada vez que hablaba cuatro ó cinco palabras seguidas se sentía molestada por la tos,



por lo cual tenía miedo de abrir la boca. Carolina tenía entre las suyas las manos de Beatriz.

—Beatriz, amiga mía, hermana mía,—dijo Carolina,—¿por qué no me hablas? ¿Por qué callas? Tú sufres, tú estás enferma. Paso horas enteras á tu lado sin oír una palabra tuya. ¿No soy tu amiga? ¿No me amas ya?

La mirada de Carolina estaba tan llena de vida y de amor, de tal modo animaban sus mejillas el sentimiento de la amistad, que Beatriz la atrajo á sí y la besó en las mejillas con extremada ternura. Carolina la devolvió beso por beso y caricia por caricia.

—Te amo... siempre, hermana mía...—profirió con gran trabajo Beatriz.—Perdóname... me siento tan débil... que no tengo fuerzas para hablar... ¡Oh! pero aquí... en mi corazón, en este pobre... pecho mío... ¡si pudieses leer en él!...

—Ahora estoy contenta, amiga mía,—contestó Carolina,—ahora que has dicho que me amas aún, que me amarás siempre, no deseo otra cosa que verte restablecida por completo.

—¡Restablecida!—exclamó sonriente la enferma, mientras la asaltaba la tos.

—Ya lo ves, Carolina,—continuó la enferma.—Ya lo ves, aquí dentro... (señala el pecho) hay un fuego, un ardor, una especie de caldera... Hace poco... cuando estaba aletargada, me parecía que me habían estrangulado... ¿no dirías quién? Nunzio Pisani.

—¡Nunzio Pisani!—repuso la amiga de Beatriz que no conocía este nombre.

—Sí, por Nunzio Pisani, que tenía la voz y las facciones de Oliverio.

—¿De tu marido?

—Si supieses el efecto que me hace oír que me dicen *tu marido*,—repuso Beatriz sonriéndose;—¡bonitas bodas han sido las mías! El lecho nupcial que se me prepara es el en que descansa mi madre.

—Siempre las mismas ideas,—dijo formalizándose Carolina;—me enfadaré de veras si repites semejantes frases.

—Pues bien, no las repetiré, no quiero entristecerte; pero he pasado hace poco unos momentos terribles... Parecíame, como te he dicho, que aquel hombre me estrangulaba, y al mismo tiempo me parecía que yo era dos personas distintas, una muerta y otra dichosa... La primera descansaba en un ataúd..., la segunda en los brazos de un ángel... que vi en el cuarto... de mi madre.

Carolina creyó que la enferma deliraba y trató de hacerla adquirir ideas más razonables; y encargada por Rionero de preparar á su amiga para la visita de los médicos, con dulces frases la tranquilizó y la comunicó los deseos de su padre y de Oliverio mismo, de que la examinasen unos insignes médicos de Nápoles amigos suyos, quienes solo esperaban su permiso para entrar á visitarla.

Beatriz hizo con la cabeza una señal afirmativa, y Carolina fué á avisar á los médicos, transmitiéndoles de paso todo lo que la enferma había dicho.

Penetraron, pues, en la estancia los cinco doctores junto con el marqués, saliendo de allí conmovidos é intranquilos al cabo de tres cuartos de hora. Cayetano estaba atrozmente pálido; Rionero parecía loco.

Dos largas horas estuvieron reunidos los doctores: al salir se retrataba en sus facciones un sincero dolor.

—¿Y bien?—preguntóles el marqués con viva ansiedad.

—¡Valor, señor marqués! Dios os reserva un inmenso dolor.

—¡Qué! ¿qué quiere decir eso? ¿Morirá mi hija?

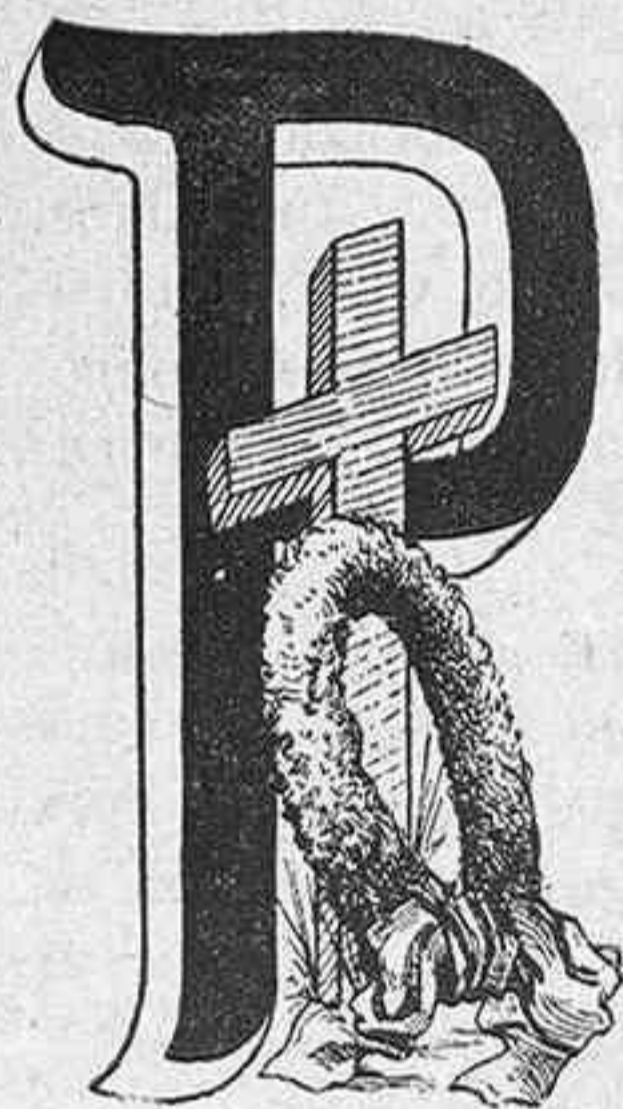
Un silencio sepulcral acogió estas palabras: el marqués cayó sin sentidos en una silla.

Los médicos se retiraron dejando encima de una mesa escritas estas frases:

«Señor marqués: la enfermedad de vuestra hija tiene algo de misterioso é incomprensible... Para nosotros la enfermedad, adelantada ya, puede ser una especie de corrupción nerviosa. Sólo un milagro la puede salvar. Atended por ahora á la salvación de su alma. Nuestra conciencia nos impone un lenguaje claro. Confianza y valor y ¡que Dios os ayude!»

XXXVII

EL OCASO



PASARON algunos días sin gran alteración en la salud de Beatriz: siguiendo las órdenes de los médicos se la proporcionaron los auxilios de la religión que la enferma aceptó con resignación angelical.

El marqués no abrigaba ya duda alguna sobre la desventura que le amenazaba, y no consentía

que otro prestase á su hija ni los más insignificantes cuidados. Contemplábala sin cesar cual se contempla un objeto precioso que se debe abandonar en breve.

La presencia de Cayetano producía en el ánimo de su hija una impresión dolorosa consecuencia de aquella escena del anillo que ella creía haber sido un sueño y que había introducido en el seno de Beatriz el germen de la atroz enfermedad que la mataba.

Cayetano, por su parte, sospechando desde el primer momento que él era la causa de la tristeza y de la enfermedad de su esposa, había pensado en alejarse para siempre. Mas, disipaba este pensamiento la idea de que, muerta Beatriz, el marqués quedaría solo en este mundo, siendo así que él, Cayetano, había jurado consagrar el resto de sus días á la felicidad de aquel hombre. Además, habría podido renunciar á la vida, pero no á vivir lejos de Beatriz y de su padre.

Un día, á eso de las seis de la tarde, Beatriz se despertó sonriente y animada. Un rayo de alegría brilló en la mirada que cruzaron Cayetano y el marqués.

Los ojos de la joven se fijaron detenida y sucesivamente en su padre, en su esposo, en Carolina, en Gertrudis y en la camarera: aquellos ojos tenían un lenguaje solemne, una expresión de conmovedora ternura.

Todos quedaron fascinados por aquella mirada: pálidos y silenciosos, latiales con fuerza el corazón y aguardaban anhelantes las palabras de aquel querido sér.

—¿Qué día es hoy?—preguntó Beatriz.

—El 15 de Agosto,—respondió su padre:—es el día de la Asunción, hija mía... La Virgen nos conceda la gracia de que te podamos conservar.

—¡Bonito día! ¡Oh! Estaba segura de que la Virgen atendería mis ruegos... Salve Reina, Madre de misericordia...—murmuraba con voz débil la joven.

El resto de esta oración brotó de sus labios, mas no llegó á los oídos de los que la rodeaban.

A los pocos minutos, Beatriz hizo una seña á su padre con la mano para que se acercase más y murmuró algunas palabras á su oído. El marqués suplicó á Carolina y á los demás de la casa que se retirasen: la joven quedó sola con su padre y con Cayetano.

—Acercad mi cama más hacia el balcón,—les dijo;—haced que vea el cielo, las colinas... los árboles..

Cayetano y el marqués se apresuraron á complacerla.

El sol empezaba á ocultarse tras las colinas de Nápoles; su disco de fuego se había detenido en su cumbre más alta, y saludaba con un último adiós el sereno golfo de Sorrento.

Beatriz hizo que colocasen detrás de ella un montón de almohadas, y miraba la puesta del sol absorta en un éxtasis divino. Sus manos reposaban una en las de su padre y otra en las de Cayetano.

Sus labios se abrieron para dar paso á frases entrecortadas, expresión de un delirio suave en que veía á su madre, sentía que ésta la levantaba en sus brazos y que la quería llevar consigo. Su respiración se hizo corta, afanosa y convulsiva.

—Hija mía, vuelve en ti...—la dijo Rionero abrazándola.—Dinos qué deseas... Mira á tu padre...

Y viendo que su hija le miraba como alelada, Rionero rompió á llorar. Cayetano se esforzó en hacer recordar al marqués que la base principal de la enfermedad de su hija estaba en la excitabilidad nerviosa.

Beatriz levantó algo la cabeza, una viva luz brilló aún en sus pupilas y nuevamente empezó á delirar.

Mas no tardó en dejarse caer de nuevo sobre las almohadas, y tomó esa posición que suelen tomar los enfermos cuando se aproxima su última hora.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
I.—El estudiante de medicina	1	XX.—El nuevo novio	59
II.—En el anfiteatro.	4	XXI.—El caballero Amadeo.	61
III.—El pasante de notario	6	XXII.—Un recuerdo inoportuno	63
IV.—El testamento cerrado	9	XXIII.—Las tinieblas	66
V.—La carta	11	XXIV.—La justicia de Dios y la justicia de los hombres	72
VI.—El cómplice.	14	XXV.—La curación	75
VII.—Albina de Saintanges	19	XXVI.—Una cuadrilla de solteros	77
VIII.—El 18 de Junio	21	XXVII.—La operación	81
IX.—Los esponsales	24	XXVIII.—Primeras impresiones	84
X.—Trama diabólica	27	XXIX.—El corazón de Beatriz	86
XI.—El asesinato	30	XXX.—El casamiento.	89
XII.—Sorrento	34	XXXI.—La noche de bodas.	91
XIII.—Beatriz.	35	XXXII.—Desesperación	96
XIV.—El médico inglés	37	XXXIII.—El sueño.	99
XV.—La plegaria	40	XXXIV.—La habitación de Albina	102
XVI.—La abuela.	43	XXXV.—Un baile en Nápoles.	104
XVII.—Estancia en Londres	46	XXXVI.—La enfermedad de Beatriz.	109
XVIII.—Confidencias	50	XXXVII.—El ocaso.	113
XVIII.—El diario de Beatriz	53	Epilogo	115
XIX.—Dudas y esperanzas	56		